GLADIUS

Gladius Spiritus Quod Est Verbum Dei



Mons. Pedro Daniel Martínez

CARTA PASTORAL SOBRE LA VIDA

83

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO CATÓLICO

GLADIUS

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO CATÓLICO

83



INDICE

GLADIUS

Año 28 / Nº 83
Pascua 2012

Director
Marcelo Breide Obeid

Fundación Gladius
R. Breide Obeid, M. Breide Obeid
P. Rodríguez Barnes, E. Rodríguez Barnes,
J. Ferro, E. Zancaner, Z. Obeid

Colaboran en este número
Jorge N. Ferro, Patricio H. Randle,
Ricardo Bernotas, Eduardo B. M. Allegri

Ilustración de Tapa

Monumento del niño no nacido
Martin Hudáček
Eslovaquia, 2010

La compra de las obras del fondo editorial y las suscripciones se pueden efectuar por correo: C. C. 376 (1000) Correo Central, Buenos Aires, República Argentina, o personalmente: Librería Leonardo Castellani, Luis Sáenz Peña 312, Buenos Aires, tel. 4382-4547

Para correspondencia o envío de artículos o recensiones dirigirse a Javier Rodríguez Barnes, secretario Gladius: tel. 4136-2558, fundaciongladius@fibertel.com.ar

Martínez, Pedro Daniel
Carta pastoral sobre la vida - 1ª ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Gladius, 2012
176 p., 23 x 15 cm.
ISBN 978-987-659-031-0
1. Iglesia Católica. 2. Teología pastoral.
I. Título. CDD 253

Fecha de catalogación: 23-08-2012

Impreso por Editorial Baraga
del Centro Misional Baraga
Colón 2544, Lanús Oeste,
Buenos Aires, República Argentina

Agosto de 2012

Editorial

Carta pastoral sobre la vida *

El hombre: "imagen y semejanza de Dios"

Con la presente Carta Pastoral me dirijo a Ustedes, mis queridos fieles de San Luis, y a todos los hombres de buena voluntad con ocasión de los presentes debates suscitados a raíz de posibles promulgaciones de leyes contrarias a la vida del ser humano. Ante la duda y confusión que podrían tener al respecto, es mi deber como Obispo trasmitirles la enseñanza tradicional de la Iglesia acerca de la vida del hombre, como don de Dios. Les escribo esta Carta Pastoral movido por la caridad de Cristo, la caridad de la verdad y la verdad de la caridad. *Veritas in caritate*, es el lema de mi Escudo episcopal.

La vida es algo sumamente delicado, importante y fundamental, para todos los hombres y especialmente para los cristianos. Pues la Revelación divina afirma que el hombre "es creado a imagen y semejanza de Dios" para un destino de vida plena y perfecta, de allí su dignidad (cfr. Gn 1, 26-28, 9. 5-6). La vida tiene un valor sagrado, incluso cuando se viva en circunstancias difíciles. Importante y fundamental también porque se refiere al primero de los derechos de cada ser humano: a la vida. Finalmente, importante y fundamental para nosotros en San Luis porque esta realidad se encuentra hondamente enraizada en nuestras convicciones y modo de vida.

* Dada su importancia, ante los acontecimientos que vienen ocurriendo en nuestro país, ofrecemos a nuestros lectores la Carta Pastoral firmada por monseñor Pedro Daniel Martínez, Obispo de San Luis en la Argentina. Texto íntegro dado en San Luis el 8 de mayo de 2012 y tomado de http://www.zenit.org/article-42212?l=spanish

I. La vida del hombre

1.Dios forma, plasma y conoce a cada hombre desde el seno materno (cfr. Jr 1, 5,Job 10, 8-12, Sal 22, 10-11). Incluso “lo ve mientras es todavía un pequeño embrión informe y que en él entrevé el adulto de mañana, cuyos días están contados y cuya vocación está ya escrita en el «libro de la vida» (cfr. Sal 139 / 138, 1. 13-16)” (Beato Juan Pablo II, Encíclica, *Evangelium vitae* (25.III.1995), n. 61). La Iglesia afirma que la vida humana es sagrada y permanece siempre en una radical relación con su Creador y Redentor, su fin último. Sólo Dios es Señor de la vida desde su comienzo y es Él mismo quien la volverá a tomar (Cfr. Gn 2, 7, Sab 15, 11). Hemos sido creados para la felicidad y vivir en comunión con Dios eternamente: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo” (Jn 17, 3). Hemos sido creados para “ver a Dios”!

2. La Iglesia y también la biología humana, al afirmar la vida humana desde su inicio, reconocen que “en el cigoto resultante de la fecundación está ya constituida la identidad biológica” de un nuevo ser humano, irrepetible y por ello “debe ser respetado y tratado como persona [...] y [...] se le deben reconocer los derechos de la persona, principalmente el derecho inviolable a la vida de todo ser humano inocente” (Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción, *Donum vitae* (22.II.1987), I, 1).

Es decir, que el ser humano desde sus primeros instantes de vida, no se puede reducir a un simple conjunto de células. Precisamente porque el “cuerpo embrionario se desarrolla progresivamente según un “programa” bien definido y con un fin propio, que se manifiesta con el nacimiento de cada niño” (Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción, *Dignitas personae* (8.IX.2008), n. 4). Se trata ya de una vida nueva que es distinta de la vida de la madre y del padre. Es un ser humano que se desarrolla por sí mismo (Cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración sobre el aborto provocado (18.XI.1974), n. 12).

En esta verdad de carácter metafísico y fundante del ser humano se está afirmando que a través de toda su vida (antes y después del nacimiento) no experimenta “ni un cambio de naturaleza ni una gradación de valor moral [...]. El embrión humano, por lo tanto, tiene desde el principio la dignidad de la persona humana” (*Dignitas personae*, n. 5). Por ello, el Magisterio de la Iglesia Católica siempre ha intervenido en

“defensa del carácter sagrado e inviolable de la vida humana”, en todos los momentos: desde su inicio que precede al nacimiento hasta su término natural. El embrión humano no es un ser humano en potencia sino que ya lo es realmente.

Las consideraciones que a continuación desarrollo en torno de la vida y del aborto expresan las enseñanzas de la Iglesia. Éstas manifiestan también tanto la consonancia con el orden y ley naturales como con las más serias investigaciones científicas. Al respecto, la Iglesia, como sostiene la Congregación para la Doctrina Fe, ha tenido siempre presente “los aspectos científicos correspondientes,aprovechando los estudios llevados a cabo por la Pontificia Academia para la Vida y las aportaciones de un gran número de expertos, para confrontarlos con los principios de la antropología cristiana” (*Dignitas personae*, n. 3).

II. El aborto y la enseñanza de la Iglesia católica

3. El aborto, contrario a la vida del hombre, “es la eliminación deliberada y directa, como quiera que se realice, de un ser humano en la fase inicial de su existencia, que va de la concepción al nacimiento” (*Evangelium vitae*, n. 58).

Asimismo, el aborto directo, intentado como fin o como medio, es un desorden moral particularmente grave, porque elimina deliberadamente un ser humano inocente. El origen de la violencia contra la vida, lo leemos en los primeros momentos de la creación cuando “Caín se lanzó contra su hermano Abel y lo mató” (Gn 4, 8). La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo (cfr. Gn 3, 1. 4-5), que es homicida y mentiroso desde el principio (Jn 8, 44), y por el pecado de Adán y Eva (cfr. Gn 2, 17, 3, 17-19). La propagación del pecado, de la violencia y rebeldía contra Dios, fueron la causa del castigo purificador del diluvio. Sin embargo Dios hizo Alianza con toda la humanidad “recreándola”, en los mismos términos del inicio de la historia de la creación, y condenando a quien “vertiere sangre de hombre [...], porque a imagen de Dios hizo El al hombre” (Cfr. Gn 9, 5-10).

La Ley de Dios, relativa a la inviolabilidad de la vida humana y a no quitar la vida del inocente, se manifiesta explícitamente en los diez mandamientos en el monte Sinaí al prohibir el homicidio: “no matarás” (Ex 20, 13) y “no quites la vida del inocente y justo” (Ex 23, 7). Confirmada por el mismo Jesucristo en el Nuevo Testamento (Mt 5, 21-22, 19, 18).

La violencia homicida es contraria al mandamiento nuevo de Jesucristo. Quien nos enseñó a amarnos los unos a los otros como Él nos amó (cfr. Jn 15, 12). Y san Juan nos lo reafirma: “Pues este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros. No como Caín, que siendo del maligno, mató a su hermano” (1 Jn 3, 11-12). “Así, esta muerte del hermano al comienzo de la historia es el triste testimonio de cómo el mal avanza con rapidez impresionante: a la rebelión del hombre contra Dios en el paraíso terrenal se añade la lucha mortal del hombre contra el hombre” (*Evangelium vitae*, n. 8).

4. Observamos ya en el Antiguo Testamento cómo las parteras de Israel se opusieron a las órdenes injustas del Faraón, quien había ordenado matar a todo varón recién nacido: “si es niño hacedlo morir” (Ex 1, 16). “Pero las parteras temían a Dios, y no hicieron lo que les había mandado el rey de Egipto, sino que dejaban con vida a los niños” (Ex 1, 17). Es decir, porque “temían a Dios” se opusieron a las amenazas contra la vida.

Los primeros cristianos, tuvieron que afrontar las mismas dificultades que nosotros hoy. En efecto, cuando entraron en contacto con el mundo greco-romano, en donde era difundida la práctica del aborto y del infanticidio, se opusieron radicalmente a esa costumbre con su doctrina y costumbres cristianas. Así nos lo trasmite el primer documento después de la Sagrada Escritura: La Doctrina de los Doce Apóstoles [*Didaché*]. El que haya sido escrito en la segunda mitad del s. I tiene un enorme valor, pues nos muestra la vida interna de la Iglesia naciente. Allí leemos “no matarás al hijo en el seno de su madre, ni quitarás la vida al recién nacido [...]”. Por su parte Atenágoras (s. II), en su Defensa de los cristianos, nos refiere que los cristianos consideraban homicidas a las mujeres que tomaban medicinas para abortar. La *Carta a Diogneto* (s. II) nos tramite que los cristianos “procrean niños, pero no abandonan fetos”.

Varios Concilios anteriores al año 1000 determinaron que la eliminación del niño por nacer es un gravísimo pecado y el Papa Esteban V (885-891) afirmaba que “es homicida quien hace perecer, por medio del aborto, lo que había sido concebido”. Santo Tomás de Aquino (+1274) (Doctor común de la Iglesia) sostiene que el aborto es contrario a la ley natural y es un pecado grave (cfr. *In IV Sent., dist. 31, q. 2, art. 3, expositio textus, cfr. Super 1 Thim*., cap. 5, lect., 2). El 24 de julio de 1895 el Santo Oficio decretó la ilicitud del aborto.

Esta doctrina ha sido sostenida y reafirmada también por el Magisterio pontificio más reciente. Las pretendidas justificaciones del aborto fueron rechazadas por Pío XI (1922-1939) (cfr. Encíclica, *Casti connubii*, 31.XII.1930). En el mismo sentido se pronunció Pío XII (1939-1958) al excluir todo aborto directo, es decir, todo acto que tienda directamente a destruir la vida naciente o vida embrionaria. Tanto "si tal destrucción se entiende como fin o sólo como medio para el fin" (Discurso a la Unión médica italiana, 12.IX.1944). La sacralidad de la vida fue reafirmada por el beato Juan XXIII (1958-1963), pues "desde que aflora ella implica directamente la acción creadora de Dios" (Encíclica *Mater et Magistra*, (15.V.1961), cap. III).

El Concilio Vaticano II (1962-1965) condenó "con gran severidad" el aborto, ya que "se ha de proteger la vida con el máximo cuidado desde la concepción, tanto el aborto como el infanticidio son crímenes abominables" (*Gaudium et spes*, n. 51).

Pablo VI (1963-1978), refiriéndose a esta enseñanza de la Iglesia acerca del aborto, sostuvo en diversas ocasiones que la doctrina moral acerca del aborto "no ha cambiado, ya que es inmutable". Considerando, por lo demás, a la llamada"liberación del aborto" como una "plaga social" (Alocución, *Salutiamo con paterna effusione*, 9.XII.1972).

El actual Catecismo de la Iglesia Católica claramente manifiesta que "desde el siglo primero, la Iglesia ha afirmado la malicia moral de todo aborto provocado. Esta enseñanza no ha cambiado, permanece invariable. El aborto directo, es decir, querido como un fin o como un medio, es gravemente contrario a la ley moral" (n.2271).

5. Estas afirmaciones de la Iglesia se fundan tanto en la ley impresa en el corazón de cada hombre (cfr. Rom 2, 14-15), en la misma ley natural, en la Palabra de Dios escrita y trasmitida por la Tradición de la Iglesia, como en las enseñanzas de su Magisterio ordinario y universal (Cfr. *Evangelium vitae*, n. 57). La enseñanza de la Iglesia, al respecto, es inmutable y no ha cambiado.

Por eso, en ninguna circunstancia, nadie tiene el derecho a eliminar de modo directo a un ser humano inocente. Este es el contenido central de la Revelación divina y del Magisterio de la Iglesia católica sobre el "carácter sagrado e inviolable de la vida humana".

III. La normativa canónica de la Iglesia en relación con el aborto

6. La Iglesia Católica, por ello, desde los primeros tiempos ha reafirmado esta doctrina también a través de sanciones disciplinares, manifestando la gravedad del aborto directamente intentado, tanto como fin o como medio ("crimen abominable"), ya que es contrario a la ley de Dios y al derecho a la vida del ser más indefenso, como lo es el ser humano en el seno de su madre. El aborto es para la Iglesia uno de los pecados más graves. Matar "un ser humano, en el que está presente la imagen de Dios, es un pecado particularmente grave" (*Evangelium vitae*, n. 55).

La ley de la Iglesia católica actualmente vigente, y vinculante para todos los fieles católicos, sostiene que "incurre en excomunión *latae sententiae* quien procura el aborto, si éste se produce" (c. 1398). La excomunión afecta a todos los que cometen ese delito siempre que conozcan esta pena y tengan más de 16 años de edad, al momento de realizarlo. Se incluyen también aquellos cómplices sin cuya cooperación el delito no se hubiera producido. El fiel cristiano que incurre en la pena de excomunión, hasta que no se le levante tal pena, se encuentra en una situación que no es compatible para recibir la comunión sacramental.

Esta pena de la excomunión, en su aspecto medicinal, tiende a la conversión y no a la condena de quien ha incurrido en el delito del aborto. Pues tiene como fin hacer consciente al fiel cristiano de la gravedad del pecado cometido y arrepentirse bajo la mirada y el perdón misericordioso de Nuestro Señor Jesucristo quien padeció, murió y resucitó por nosotros.

El amor de Dios inclina el corazón del fiel para que se convierta de su mala conducta y viva (cfr. Ez 18, 23, 33, 11) y, acordándose de la misericordia del Señor (cfr. Eclo 51,8), ore como el profeta Nehemías: "acuérdate de mí, Dios mío, y ten piedad de mí según tu gran misericordia!" (Neh 13, 22, cfr. Bar 2, 27). O como el Rey David: "Rocíame con el hisopo, y seré limpio, lávame, y quedaré más blanco que la nieve" (Sal 50, 9), porque "Si tienes en cuenta nuestra culpas, Señor ¿quién podrá resistir?" (Sal 129, 3). Tú, Señor, no desprecias un corazón contrito y humillado (cfr. Sal 50, 19).

Dios no nos trata según nuestros pecados sino según su gran misericordia (cfr. 1 Mac 13, 46). Él es siempre fiel y nunca aparta su mi-

sericordia de nosotros (Cfr.Gn 39, 21, 2 Mac 6, 16, Dn 3, 35). Por ello, "habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión (Lc 15, 7).

7. En este contexto, el beato Juan Pablo II se dirigía a las mujeres con las siguientes palabras consoladoras: "Una reflexión especial quisiera tener para vosotras, mujeres que habéis recurrido al aborto. La Iglesia sabe cuántos condicionamientos pueden haber influido en vuestra decisión, y no duda de que en muchos casos se ha tratado de una decisión dolorosa e incluso dramática.

Probablemente la herida aún no ha cicatrizado en vuestro interior. Es verdad que lo sucedido fue y sigue siendo profundamente injusto. Sin embargo, no os dejéis vencer por el desánimo y no abandonéis la esperanza. Antes bien, comprended lo ocurrido e interpretadlo en su verdad. Si aún no lo habéis hecho, abríos con humildad y confianza al arrepentimiento: el Padre de toda misericordia os espera para ofreceros su perdón y su paz en el sacramento de la Reconciliación. Os daréis cuenta de que nada está perdido y podréis pedir perdón también a vuestro hijo que ahora vive en el Señor. Ayudadas por el consejo y la cercanía de personas amigas y competentes, podréis estar con vuestro doloroso testimonio entre los defensores más elocuentes del derecho de todos a la vida. Por medio de vuestro compromiso por la vida, coronado eventualmente con el nacimiento de nuevas criaturas y expresado con la acogida y la atención hacia quien está más necesitado de cercanía, seréis artífices de un nuevo modo de mirar la vida del hombre" (*Evangelium vitae*, n. 99).

Otro argumento quedaría por considerar aún: los niños por nacer que han muerto sin el bautismo. Al respecto "la Iglesia –leemos en el Catecismo de la Iglesia Católica– sólo puede confiarlos a la misericordia divina, como hace en el rito de las exequias por ellos. En efecto, la gran misericordia de Dios, que quiere que todos los hombres se salven (cfr. 1 Tim 2, 4) y la ternura de Jesús con los niños, que le hizo decir: "Dejad que los niños se acerquen a mí, no se lo impidáis" (Mc. 10, 14), nos permiten confiar en que haya un camino de salvación para los niños que mueren sin Bautismo. Por esto es más apremiante aún la llamada de la Iglesia a no impedir que los niños pequeños vengan a Cristo por el don del santo bautismo" (n. 1261).

IV. Dios pedirá cuentas de la vida del hombre al hombre

8. Toda ley que reivindicara el "derecho" al aborto y pretendiera reconocerlo legalmente, sería concederle inicuamente a la libertad humana un poder absoluto sobre los demás y contra los demás hombres. Y esto sería posible cuando todo, incluso la ley, es fruto de consensos sin referencia al ser, a la verdad y al bien. En la actual cultura relativista todo es negociable, hasta el primero de los derechos fundamentales: el de la vida. La falsa tesis relativista rechaza la existencia de una norma moral que tenga sus raíces en la naturaleza del ser humano a la cual tenga que hacer referencia la misma concepción del hombre, del Bien Común y del Estado.

La pérdida del sentido de Dios y del temor de Dios harían posible una ley del aborto. Sería el olvido (muchas veces voluntario) de la visión cristiana del hombre, de la sociedad y del mundo. Nunca será un "logro social" o un fruto de vida la sanción de una ley semejante.

¿Cómo se podría hablar de la dignidad del hombre, cuando los mismos hombres con sus leyes permiten matar al más débil e inocente? ¿Amparado y en nombre de cuál justicia se realiza la más injusta de las discriminaciones entre las personas, al legislar que algunos son dignos de ser defendidos y de vivir, mientras a otros se les niega tal derecho?

"Ninguna circunstancia, ninguna finalidad, ninguna ley del mundo –nos enseña el beato Juan Pablo II– podrá jamás hacer lícito un acto que es intrínsecamente ilícito, por ser contrario a la Ley de Dios, escrita en el corazón de cada hombre, reconocible por la misma razón, y proclamada por la Iglesia" (*Evangelium vitae*, n.62).

9. La posible promulgación de una ley por la que se intentara el aborto directo, como fin o como medio, de ninguna manera podría ser avalada por los católicos. Al respecto, es necesario recordar que la Iglesia siempre, desde sus orígenes, vivió en sus fieles el deber de obedecer a las autoridades públicas legítimamente constituidas (cfr. Rom 13, 1-7, 1 Pe 2, 13-14). Sin embargo enseñó también firmemente que "hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hech 5, 29).

"En el caso pues de una ley intrínsecamente injusta, como es la que admite el aborto o la eutanasia, nunca es lícito someterse a ella, «ni participar en una campaña de opinión a favor de una ley semejante, ni darle el sufragio del propio voto»"(*Evangelium vitae*, n. 73).

Debemos estar dispuestos a dar la vida si fuera necesario. Porque si la vida del inocente es sagrada, mucho más sagrado es el principio moral que la custodia. Precisamente para no repetir la triste y trágica respuesta de Caín a Dios, quien le preguntó "Caín: «¿Dónde está tu hermano Abel?», «no lo sé: ¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?», respondió Caín. Y el Señor le replicó: «¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano clama a mi desde el suelo»" (Gn 4, 9-10).

Por estas razones, "Dios se hace juez severo de toda violación del mandamiento «no matarás», que está en la base de la convivencia social. Dios es el defensor del inocente (cfr. Gn 4, 9-15, Is 41, 14, Jr 50, 34, Sal 19 / 18, 15). También de este modo, Dios demuestra que «no se recrea en la destrucción de los vivientes» (Sab 1,13). Sólo Satanás puede gozar con ella: por su envidia la muerte entró en el mundo (cfr. Sab 2, 24). Satanás, que es «homicida desde el principio», y también «mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8, 44), engañando al hombre, lo conduce a los confines del pecado y de la muerte, presentados como logros o frutos de vida" (*Evangelium vitae*, n. 53). "Dios no hizo la muerte" (Sab 1, 13).

V. Magisterio de la Iglesia y Parlamentarios católicos

10. La Iglesia católica al referirse concretamente a los fieles laicos que se encuentran comprometidos directamente en la vida legislativa de una Nación, afirma cuanto sigue:

a) "tienen la «precisa obligación de oponerse» a toda ley que atente contra la vida humana. Para ellos, como para todo católico, vale la imposibilidad de participar en campañas de opinión a favor de semejantes leyes, y a ninguno de ellos les está permitido apoyarlas con el propio voto".

b) "Esto no impide, como enseña Juan Pablo II en la Encíclica *Evangelium vitae* a propósito del caso en que no fuera posible evitar o abrogar completamente una ley abortista en vigor o que está por ser sometida a votación, que «un parlamentario, cuya absoluta oposición personal al aborto sea clara y notoria a todos, pueda lícitamente ofrecer su apoyo a propuestas encaminadas a limitar los daños de esa ley y disminuir así los efectos negativos en el ámbito de la cultura y de la moralidad pública»".

c) "En tal contexto, hay que añadir que la conciencia cristiana bien formada no permite a nadie favorecer con el propio voto la realización

de un programa político o la aprobación de una ley particular que contengan propuestas alternativas o contrarias a los contenidos fundamentales de la fe y la moral” (Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política (24.XI.2002), n. 4).

El punto b) no es aplicable al caso del Fallo de la Corte Suprema de Justicia de la Nación acerca del aborto no punible, del pasado mes de marzo, porque no tiene rango de ley para la Nación Argentina y no obliga a promulgar una ley provincial.

El punto b) sí sería aplicable si ya existiera una ley promulgada al respecto y no fuera posible abrogarla o que está por ser sometida a votación. Tales situaciones no se han verificado aún. Y, aún este caso, siempre tendrá que quedar clara la posición del parlamentario contraria al aborto y a favor de la vida del niño por nacer.

La ley civil podría renunciar a la aplicación del castigo debido por un delito. Es el caso del llamado “aborto no punible”. Esta afirmación suscita dos consideraciones, a saber: 1ª Que para la ley civil el aborto “es”, aún hoy, un delito, 2ª Que, si bien es un delito, no será castigado o no será punible. Pero aquello que no podría la ley civil es “declarar honesto lo que sea contrario al derecho natural, pues una tal posición basta para que una ley no sea ya ley” (Declaración sobre el aborto provocado, n. 21).

VI. Algunos interrogantes y reflexiones

Ante los temas expuestos y debatidos actualmente en la sociedad surgen algunos interrogantes que parecen más bien contradicciones. Las siguientes reflexiones quieren poner en evidencias las mismas.

11.Un aspecto de fecundación artificial consiste en tener separadamente en un lugar apropiado al embrión humano. Precisamente porque a partir de él se intenta implantarlo para que se desarrolle y pueda tener un hijo la persona que se somete a tal tratamiento. Es decir, se reconoce que el embrión posee todas las cualidades para que de su normal desarrollo vea la luz ese ser humano. Si esto es así, ¿cómo se podría justificar la destrucción (aborto, directamente intentado como fin o como medio) de un embrión humano?

En muchas oportunidades se pretende justificar el aborto como “un derecho” de la mujer embaraza para tomar decisiones sobre su propio

cuerpo. Al respecto, es necesario tener presente que se está ante una nueva vida, que es un don de Dios. Por lo que esa nueva vida humana es distinta de la madre y, por ello, "ya no es su cuerpo" y no puede disponer de ella como si no fuera una vida humana. La mujer embaraza "no tiene derecho" para realizar un aborto directamente intentado, como fin o como medio.

La persona, el hombre, no lo es porque otro hombre (o una ley humana) así lo acepte. La existencia de un ser humano (niño o anciano) en cuanto tal no depende del reconocimiento o no de los demás hombres. La existencia ontológica de la vida humana es independiente de una determinación legal. Es inadmisible afirmar que el embrión o el feto sería un ser humano siempre y cuando la madre o la ley, por ejemplo, acepten que lo fuera, de lo contrario, si no lo reconocieran como tal, no lo sería. "El derecho a la vida permanece íntegro en un anciano, por muy reducido de capacidad que esté, un enfermo incurable no lo ha perdido" (Declaración sobre el aborto provocado, n. 12).

El embrión desde sus primeros momentos posee ya su propio, único e irrepetible ADN. El cual será el mismo a lo largo de toda la vida de la persona, tenga cinco años como 80. Incluso después de muerto se puede obtener las características del ADN e identificar a quién pertenecen esos restos óseos, por ejemplo. Esto quiere decir, que, como sostiene la ciencia genética moderna, en el embrión desde su primer instante "queda fijado el programa de lo que será este ser viviente: un hombre, individual, con sus notas características ya bien determinadas" (Declaración sobre el aborto provocado, n. 13).

Es loable que un Gobierno ayude económicamente a las madres que se encuentran ya con un embarazo de tres meses. Lo cual significa que tal Gobierno reconoce que, al menos desde los tres meses de embarazo, una mamá lleva en sí un ser humano y, por ello, la ayuda en su gestación para que pueda desarrollarse normalmente. Si esto es así, ¿cómo se podría justificar el asesinato (aborto, directamente intentado como fin o como medio) de un ser humano de tres meses de vida, amparándose en una posible ley promulgada por ese mismo Gobierno?

Somos testigos del crecimiento positivo de importantes manifestaciones en el mundo que expresan su apoyo para la salvación de especies animales en vías de extinción o para cuidar el medio ambiente, como así también su disconformidad contra la pena de muerte y las guerras. Y, por otra parte, también somos testigos de la contradicción de legislar

para la protección de los animales en espera de su cría y, simultáneamente, legislar para destruir (legalmente) la vida humana en el seno materno.

Conclusión

12. He querido, en esta Carta Pastoral, expresarles de manera muy breve la concepción católica del hombre y de la vida. Católica, porque se trata de un argumento considerado desde la luz de la Revelación Divina, de la fe sobrenatural y según el Magisterio de la Iglesia. Asimismo, y por ello mismo, he manifestado aquellos aspectos y motivos que surgen de una interpretación objetiva de los datos de la naturaleza del hombre alcanzados con la luz de la razón. Las conclusiones a las que llega la fe y a las que llega la recta razón del hombre no se excluyen entre sí. Fe y razón son como las dos alas por las cuales nuestra inteligencia se eleva para alcanzar la verdad de las cosas.

La Revelación divina nos muestra al hombre como creado a "imagen y semejanza de Dios" y puesto en el "centro de la creación visible". En otras palabras, todo el mundo visible está al servicio del hombre y para su bien. En el libro del Génesis leemos que Dios le dio al hombre la responsabilidad de usar (y no abusar) de la creación, custodiándola y velando por ella (Gn 1, 21. 28). Y el rey David expresa esto mismo afirmando que Dios hizo al hombre señor de la creación, poniendo todas las cosas bajo su dominio (Sal 8, 7). Por su parte san Pablo confiesa solemnemente que todo es de nosotros los hombres, nosotros de Cristo y Cristo de Dios (1 Cor 3,22-23).

Tal es la centralidad del hombre en la creación que ella misma "está aguardando con ardiente anhelo la manifestación de los hijos de Dios. [...] porque también ella misma será liberada de la servidumbre de la corrupción para participar de la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto" (Rom 8, 19. 21-22). Porque por el pecado, el hombre usa (abusa) de ella en contra del fin para el cual fue creada y por eso "gime" aguardando la manifestación del hombre regenerado por y en la gracia, hasta que todo sea recapitulado en Cristo y la creación de los cielos nuevos y la tierra nueva (cfr. Is 65, 17, 2 Pe 3, 13, Apoc 21, 1). En algunas ocasiones, este aspecto de la relación entre el ser humano y el resto de la creación no ha sido considerado suficientemente ni puesto en evidencia.

La dignidad del ser humano tiene su fundamento no sólo por ser "imagen y semejanza de Dios" y ser el centro de la creación visible sino también porque el Verbo de Dios asumió una naturaleza humana y se hizo hombre para redimir al hombre. Haciéndose en todo igual a nosotros, excepto en el pecado (Hebr 4, 15).

13. Invito a todos los sacerdotes de la Diócesis que organicen, en sus Parroquias, especialmente durante los meses de mayo y junio turnos de adoración al Santísimo Sacramento y rezo del Santo Rosario para pedir a Dios que tenga misericordia de nosotros y bendiga nuestra Diócesis concediéndonos el don de la fidelidad.

De modo particular, que los niños que harán la primera comunión este año en la adoración al Santísimo Sacramento y en el rezo del Santo Rosario pidan a Dios que ilumine y fortalezca a nuestros legisladores para que, invocando a "Dios fuente de toda razón y justicia", legislen según el orden natural y para el Bien Común de nuestra Patria.

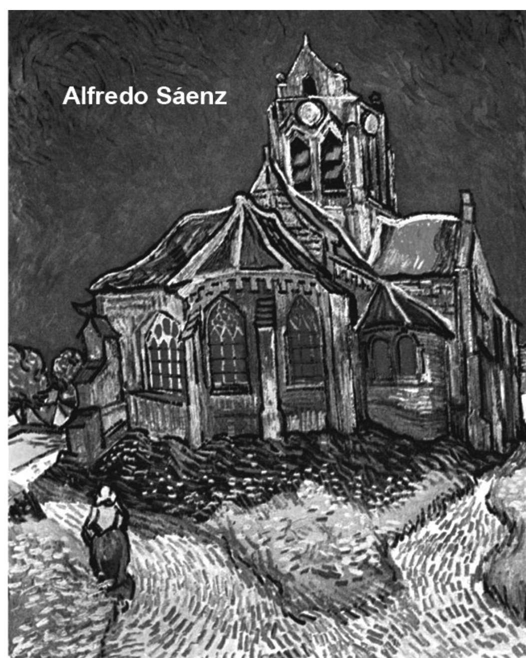
Supliquemos a Dios que nos de la gracia a todos de perseverar en la fidelidad a sus mandamientos y que estemos dispuestos a dar la vida por ellos, como lo han hecho siempre los cristianos en la historia de la Iglesia. Convencidos con san Pablo que "los sufrimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se debe manifestar en nosotros" (Rom 8, 18).

Sabiendo que "nuestras tribulaciones, leves y pasajeras, nos producen eterno caudal de gloria, de una medida que sobrepasa toda medida" (2 Cor 17).

El tiempo de Pascua nos invita a tener como horizonte la vida y no la muerte. Favorecer la vida desde su inicio. Defenderla, darle un sentido nuevo, ya que en Cristo tenemos la Vida verdadera: "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en Mí, aunque muera, vivirá" (Jn 11, 25). Porque Él vino "para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10).

Que Dios me los bendiga a todos en Cristo y María Santísima

MONS. PEDRO DANIEL MARTÍNEZ
Obispo de San Luis



ALFREDO SÁENZ

ELMODERNISMO

CRISIS EN LAS VENAS DE LA IGLESIA

Tomo 11

SERIE LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

336 páginas

Tres víctimas del aborto

Héctor H. Hernández

Si proteger bienes de interés general como la propiedad es un deber del Estado, ¿cómo hacerlo sin castigar al ladrón?

Nuestras leyes penales, que para eso se inventaron, así protegen también muchos otros bienes, por ejemplo con la pena de prisión de 15 días a 6 meses para el que violare un secreto (Art. 153 Código Penal). No parece coherente mandar a prisión de hasta 4 años más inhabilitación al que libre un modesto cheque sin provisión de fondos (artículo 302), o aplicar pena máxima de 10 años al que no informe que en ciertos productos está contenido un poquito de la especie vegetal llamada gluten de trigo (art. 200 y ley 24.827), y dejar sin castigo la muerte aleve del bebé uterino.

Si las normas sobre aborto no se cumplen o si se llega a reformar el Código con su impunidad, por ejemplo cuando el pibito a matar sea resultado de una violación, véase cómo quedarían las cosas:

Sujeto infractor	**Pena que le correspondería**
A la madre que aborta	Nada de pena
Al violador	Prisión de 6 a 15 años (art. 119)
Al chiquito víctima inocente	Pena de muerte

Si hay algún error en esto se agradecerá ayuda.

El aborto impune tiene víctimas.

1) Primera víctima

La primera víctima es el pibito abortado. Así como el 100 % de las mujeres a las que se les muere el marido es viuda, la mortandad en el aborto es del 100 %. Obvio…Primera víctima el niño muerto.

Según el Código Civil (art. 63 y 70), la Constitución y los pactos de derechos humanos, la Academia Nacional de Medicina y los datos de la genética hay persona humana desde la concepción. Desde los 18 días le late el corazón, a los 21 bombea sangre distinta de la madre, a la semana su estómago segrega jugo gástrico, a la octava semana se chupa el dedo, a las 9 o 10 semanas mira de reojo, deglute, mueve la lengua, cierra el puño si se estimula la palma de la mano, a los 7 días siente dolor y durante el trámite del aborto se retuerce hasta morir.

¿Qué hay de falso en esto? Si algún error cometí por favor avísenme.

2) Segunda víctima: la madre que lo mató

Con el esgrimido argumento que hace ahora el Juez Zaffaroni de que "la solución penal no va porque sigue habiendo abortos", habría que suprimir la pena para todos los delitos que a pesar de estar tipificados por el Código Penal se siguen cometiendo, como el homicidio y las coimas, la corrupción de los funcionarios y las torturas, que evidentemente los sigue habiendo... ¿O no?, Un disparate.

Hay pluralidad de fines de la pena además de prevenir, así como muchas formas de proteger bienes y evitar los crímenes, pero dejarlo impune es lo peor porque la cosa avanzará trasmitiendo la idea de que hay un derecho a matar.

Muchísimas madres al abortar adquieren una enfermedad con nombre alusivo, el "síndrome postaborto", de resonancias psiquiátricas muchas veces insolubles, y hay sacerdotes que lo han confirmado desde su experiencia. Dicen que éstos son los casos en que más cuesta convencer de que Dios perdona.

Hay relatos médicos de que la reacción nerviosa insoportable de una paciente ante el ruido de la lustradora sólo se explicó por el recuerdo que le traía de la máquina utilizada aquel día para abortar su hijito por el método de succión, que suena muy parecido.



Es fácil de entender que ante las fechas del probable nacimiento, o al encontrarse con otras madres que conservaron su hijo y ver a los que nacieron mientras que el suyo ya no está más, son ocasiones de agravación del mal. Si hay algo falso en esto ruego se me lo pruebe.

3) Tercera víctima, la Argentina

La tercera víctima del aborto impune es la Argentina, a dos puntas.

En el orden moral, "si aceptamos que una madre pueda matar a su propio hijo, ¿cómo podremos decirle a otros que no se maten?", enseñó la Madre Teresa de Calcuta al Presidente y al Congreso del imperio. Si se da la idea de que hay derecho a hacer lo más grave que es matar al chiquito indefenso, ¿cómo lograr cosas menores como que los automovilistas respeten en las rutas velocidades razonables, o que los dueños de restaurantes no nos vendan gato por liebre o comida podrida, o que los gobernantes no se enriquezcan a costa nuestro y nos esclavicen?

En el orden material, Ignacio Garda prueba en un libro que la escasez de nuevas generaciones produce el colapso del sistema jubilatorio

(Gobernar para las familias). Por eso y otros motivos la desnatalidad es dañosa para la Patria.

Decía Zaffaroni en su libro Criminología (Aproximación desde un margen): "Las técnicas de los países centrales [...] permiten y aún aconsejan la muerte «humanitaria» de millones de seres humanos en la periferia. [...] Esta ideología no queda en los documentos de meros especuladores de gabinete, sino que se lleva a la práctica y se instrumenta, entre otras cosas, mediante una multinacional de la anticoncepción, el aborto y la esterilización, que controla foros y congresos internacionales" (p. 48).

Efectivamente, el plan de facilitar el aborto y la desnatalidad para que nuestros países no crezcan está trazado en el Informe Kissinger en función de los intereses de Estados Unidos para dominio del mundo. Para evitar el previsible rechazo de esta política bajo la bandera antiimperialista, el perspicaz político sugirió presentar esos planes como oriundos de cada país, con aire de progresismo y de derechos humanos.

Cuestiones disputadas sobre la naturaleza de la fe y la capacidad humana para conocer la verdad

JUAN CARLOS MONEDERO (H)

Si se somete todo a la razón, nuestra religión no tendrá nada de misterio ni de sobrenatural. Si se choca contra los principios de la razón, nuestra religión sería absurda y ridícula.

Pascal

–Poseo la verdad como la puede conocer el hombre, es decir, en continua inquisición, investigación y progreso.
–Progresar me parece muy bien. Pero ¿cómo sabes que progresas?

Castellani

Introducción

Pretendemos con este artículo trazar unas sencillas coordenadas para ubicarnos en dos temas muy importantes: la naturaleza de la fe y la capacidad humana para conocer la verdad. Ambas son cuestiones perennes y relacionadas. La primera es objeto –no siempre de forma explícita– de permanentes discusiones: el espacio concedido a la fe dentro de la sociedad está directamente relacionado con el concepto que se tenga de ella. Observando las razones de quienes desean prohibir la exhibición de símbolos religiosos esto es patente.

Respecto al alcance del conocimiento humano, mencionaremos que ya Sócrates, Platón y Aristóteles como los sofistas Protágoras y Gorgias encarnaron las diferentes posturas que, en lo sustancial, perviven hasta

la actualidad, estamos hablando, pues, del *pensamiento realista o clásico* –por un lado– y del escepticismo, relativismo, agnosticismo –en sus múltiples variantes– por el otro. Sobre ambos debates –que separaron y separan las aguas– ofreceremos una respuesta desde la doctrina católica.

Podría sorprender que desde el comienzo manifestemos abiertamente nuestra procedencia, pero lo hacemos siguiendo –sólo en esto– las palabras de José Ingenieros, cuando dice que aquél que expone su pensamiento "no desea presentarse como imparcial frente a espectadores que no lo son". Comencemos, pues, abarcando las relaciones entre la fe y la inteligencia humana. En un segundo lugar entraremos de lleno en la polémica entre quienes afirman la capacidad de la inteligencia de conocer la verdad y quienes la niegan.

Dos posturas adversas

Según la noción corriente y más divulgada de "fe religiosa", ésta es algo subjetivo, personal, íntimo. Cada persona vive su propia fe, a *su* manera, cumpliendo únicamente aquellas reglas que libremente ha decidido asumir. Esta "religiosidad" acaba siendo absolutamente incomunicable, su contenido queda a merced de las decisiones humanas, careciendo de la seriedad y reverencia que es propia –o debería serlo– de la Revelación de un Dios, que no cambia como el mundo ni pasa como la historia sino que es inmutable. Esta postura excluye, por tanto, cualquier intento de racionalidad: intentar comprenderla o dar razones de ella conspira contra el lugar que se pretende darle en la propia vida. Así, *lo religioso* cobra un carácter ornamental, anecdótico, romántico, tolerado mientras no se lo tome demasiado en serio. Este concepto de fe siente horror por la sola idea de una *única religión verdadera*, motivo por el cual proclama a cuatro vientos el derecho de creer en lo que a cada uno se le antoje. Pesa la sinceridad del que cree y nada importa qué se cree.

Frente a esta primera posición se encuentran aquellos que rechazan la fe, describiéndola con las notas arriba mencionadas. Absurda, insostenible racionalmente, la fe habría sido fabricada por los hombres para consolarse en el medio de los dolores y dramas de la existencia: *la máscara blanca de un mundo negro*. *Dios es un invento del hombre.* Si la fe es absurda y lo absurdo es lo que no puede ser, la fe es falsa. Relegada

y explicada la fe desde el terreno psicológico –acaso como una alucinación o histeria–, estas personas se recuestan naturalmente en el único conocimiento que, a su juicio, les abre el secreto de la realidad: el conocimiento científico. La llave maestra del mundo no viene por la religión sino por la ciencia. Inteligencia y fe son excluyentes: *positivismo*. La religión habría explicado en su momento determinadas cosas que, con el tiempo, la ciencia se encargaría de ir develando en sus verdaderas causas. Al ritmo del progreso científico, tarde o temprano la fe dejaría de existir.

En el fondo, esta posición afirma que toda creencia religiosa –sostenedora de realidades invisibles e intangibles– responde a la ignorancia humana. No en vano August Comte ponía como "regla fundamental" del espíritu positivo que "toda proposición que no puede reducirse estrictamente al mero enunciado de un hecho, particular o general, no puede ofrecer ningún sentido real e inteligible" [1], siendo por tanto las proposiciones religiosas no sólo imposibles de afirmar sino también de negar, puesto que nada dicen [2].

Un interesado e injusto retrato

Digamos primero que este concepto de lo religioso –por más difundido que esté– no lo representa con justicia. Hasta tal punto se trata de una deformación, que no puede descartarse un deliberado interés detrás de la presentación de esta caricatura. En cualquier caso, ambas posturas coinciden en separar completamente lo racional de la órbita religiosa. Coinciden, en fin, con valoraciones distintas: el primero abraza contento esa fe arbitraria, alérgica a la objetividad, mientras que el positivista, por los mismos motivos, la rechaza. Pero en la descripción ambos están de acuerdo: la fe y la inteligencia contrajeron divorcio.

Una primera desmentida –necesariamente incompleta– a este torcido concepto puede leerse en 1 Pedro III, 15: "dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza". También leyendo las discusiones entre Cristo y los fariseos, puede advertirse cómo el Señor invoca a las profecías del Antiguo Testamento como *razones* a Su favor (Jn. V, 39,

1 Comte, *Discurso del espíritu positivo*, p.26.
2 Idem, pp.81-82.

Jn. V, 46-47, Jn. X, 34-39). Lo mismo respecto de las polémicas en torno al día sábado, al mandamiento más importante y al mismísimo Mesías. Sin ir más lejos, la acusación que pesaba sobre Cristo era la blasfemia: "siendo hombre, te haces a Ti mismo Dios" (Jn. X, 33). No daba lo mismo atribuirse, o no, la divinidad.

Los primeros siglos de la Iglesia permitieron el florecimiento de grandes santos y doctores, debates doctrinarios mediante. San Ireneo debió polemizar contra el *gnosticismo* [3] y sus "apóstoles", disputa en la cual se destaca *Adversus Haereses*, su obra más importante. San Justino, por su parte, arguye contra la pluma de Marción, conocido gnóstico. San Ireneo también debatió públicamente con Marción y con otro hereje, Valentín. Uno de los puntos en debate era, por ejemplo, la resurrección de la carne –negada por los herejes– que juzgaban a la materia como efecto del "dios del mal".

San Clemente de Alejandría representa también la compatibilidad entre fe católica y el esfuerzo de la razón humana. El santo concedía un lugar muy estimable a la Filosofía: a su juicio, el pensamiento de Platón era el inicio de un recto camino a Dios. La filosofía había preparado a la humanidad, aunque jamás podría reemplazar a la Revelación Divina: "Dios es la causa de todas las cosas buenas: de unas lo es de una manera directa, como del Antiguo y del Nuevo Testamento, de otras indirectamente, como de la filosofía" (Stromata). San Clemente tiene razón: cuando Platón pone en boca de Sócrates que es preferible padecer una injusticia que cometerla, dice lo que San Pablo –con palabras bautizadas– dejó escrito como *no devolver mal por mal, sino vencer al mal haciendo el bien.* Estaba, pues, justificado el rechazo visceral de Nietzsche frente al discípulo de Sócrates, llamándolo *cristiano anticipado.* No pudiendo explayarnos más, no queremos omitir la mención de San Agustín y sus polémicas contra la herejía pelagiana, condenada en el Concilio de Éfeso (año 431).

Este primer período estuvo signado –como dijimos– por recíprocas argumentaciones, polémicas intensas, disputas intelectuales. La fe no era algo caprichosamente subjetivo: era una Revelación, originada en Dios, que varones fieles debían custodiar en su pureza e integridad,

3 Nos ha parecido útil colocar la definición de Cornelio Fabro: "«Gnósticos» [...] se denominaron los herejes de los primeros siglos del cristianismo que pretendían fundamentar en las solas fuerzas de la pura razón no sólo el contenido de la religión natural, sino también las mismas verdades reveladas". Cfr. *Drama del hombre y misterio de Dios*, Rialp, Madrid, 1977, p.154.

frente a interpretaciones equivocadas: "los apologistas de la religión se veían precisados a trabajar sin descanso, a multiplicarse, por decirlo así, para hacer frente a los muchos puntos que reclamaban el auxilio de su saber y de su elocuencia en defensa de la religión. San Atanasio, San Cirilo, San Basilio, los dos Gregorios, San Epifanio, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, y otras lumbreras de aquel siglo, recuerdan los empeñados combates que a la sazón sostuvo la verdad contra el error, supuesto que para alcanzar la inmortal victoria se empeñaron en la lucha tantos gigantes" [4].

La Revelación constituía un mensaje de origen sobrenatural que no entraba ni podía entrar en contradicción con otras verdades que el hombre, por sí mismo, iba descubriendo. El mismo Dios que hizo el mundo es el que se revelaba: ¿cómo podía la verdad enfrentarse a la Verdad? Por eso, tanto la ciencia [5] como la filosofía eran y son para la Iglesia Católica legítimos hallazgos de la inteligencia humana: al «investigar» con sus propias luces, el hombre iba detrás del *vestigium*, es decir, de la huella que Dios había dejado en las cosas, un rastro de la palabra divina en la realidad que permanecía oculto y en estado embrionario, hasta que el hombre –arrebatado por la admiración– lo «develaba», le quitaba el velo, lo «descubría», es decir, le quitaba aquello que cubría en las cosas la estampa del que las había hecho.

La obra de Santo Tomás de Aquino y la posición de Martín Lutero

Nos vemos obligados a saltar siglos de historia hasta llegar al XIII, en donde nos encontramos con la *Suma Teológica*. En ella, Santo Tomás da testimonio de las alturas a las que puede llegar la inteligencia nutrida

4 Jaime Balmes. *Cartas a un escéptico en materia de religión,* Espasa Calpe, Buenos Aires, 1947, p.60.

5 Materia de otro trabajo será demostrar no sólo la ausencia de contradicción sino la complementariedad entre ciencia y religión. No hay palabras para calificar el descalabro producido por la propaganda evolucionista en este punto, introduciendo antes confusión que mentira, primero pequeñez de miras que voluntad tergiversadora. La nómina de católicos científicos y de científicos católicos debería ser una línea de argumentación inicial, para luego entrar en la observación emocionante de ciertos milagros, a la luz de la ciencia moderna. Como tercer elemento, a nuestro juicio, se encuentra la consideración del término *ciencia,* hoy día empobrecido y reducido a "ciencias empíricas": en realidad, el concepto de ciencia es más extenso, abarcando bajo este nombre tanto a la Filosofía de la Naturaleza como a la Metafísica y Teología. En cuarto lugar, replicando concretamente al evolucionismo, remitimos a las brillantes exposiciones del Dr. Raúl Leguizamón, quien

por la fe. La arquitectura de la *Suma* se sostiene en un dato revelado, que hará las veces de cimiento de la inteligencia. El desarrollo de 119 cuestiones de la I parte, 114 cuestiones de la I-II, 189 cuestiones de la II-II y 90 cuestiones de la última (hasta donde el Aquinate llegó a escribir) sumado a la amplitud y diversidad de temas tratados –desde la existencia de Dios a cómo es posible que existan Tres Personas distintas en Dios, pasando por la pregunta de si conoce o no el futuro, cómo Dios existe si hay mal, cómo el ser humano es libre si Dios lo sabe todo, si era necesaria la Pasión de Cristo, etc.– demuestran que no puede considerarse la fe católica como enemiga de la reflexión llevada a cabo por la inteligencia humana.

No es la posición del catolicismo, por cierto, aunque sí la de Martín Lutero, que afirmaba que el intelecto "Sólo es capaz de blasfemar y de deshonrar cuanto Dios ha dicho o ha hecho" [6], adjetivando como *prostituta* a la razón humana, afirmaciones condenadas por el Magisterio de la Iglesia durante las jornadas del Concilio de Trento. Si acaso faltara una prueba, cabe mencionar que la Iglesia, en el marco del Vaticano I –y respondiendo al agnosticismo moderno– convierte en *dogma de fe* aquella verdad de que la sola inteligencia humana es capaz de conocer, con certeza, que Dios es.

El entendimiento humano fue llamado –en palabras del Aquinate– *aquello que Dios más ama en el hombre.* Expresión hermana de aquélla de San Agustín: "Ama la inteligencia y ámala mucho". La propaganda anticatólica compite entre la malicia disimulada y la desvergonzada ignorancia.

Los límites de la inteligencia humana

No quedaría completa nuestra exposición si no reconociésemos –al compás de sus alcances– las innegables limitaciones de la inteligencia humana, sobre todo relativas a la fe. La inteligencia está herida, debido a la culpa original. Y fuera de la verdad, puede hallarse en cuatro estados diferentes:

---

utiliza como arma capilar de su argumentación las propias confesiones de autores evolucionistas respecto del evolucionismo: Cfr. http://bibliaytradicion.wordpress.com/, Ver "Audio: Crítica a la teoría de la evolución".

6 Martín Lutero, en *Weim.*, XVIII, 164, 24-27 (1524-1525), citado por Jacques Maritain, *Tres Reformadores*, Difusión, Buenos Aires, 1968, p.44.

- ignorancia
- error
- confusión
- mentira

Precisamente, parte del titubeo y de las dudas del hombre relativas a la fe tienen su origen en la experiencia de estos estados de la mente. ¿Acaso el hombre no ignora muchas cosas? ¿Está habilitado, legítimamente, a afirmar sobre algo que lo supera? ¿No tiene la experiencia del error? ¿No suele confundirlo lo más sencillo? La fe, ¿no será acaso propia de estos estados de la mente? Me han mentido y traicionado. Creí en un amigo y me defraudó: ¿Cómo sé que no sucederá lo mismo si volviera a creer otra vez?

El acto de fe

Para tener el hombre noticia de la fe, debe ser instruido por Dios. La ignorancia de Dios, Dios mismo la cura. No puede el ser humano descubrirla por sí solo, no hay proporción entre los misterios y la finitud del hombre. Aquí el hombre es más pasivo que activo: *cree.* Y cree porque advierte dos elementos, presentes tanto en el acto de fe natural –que realizamos todos los días– y el acto de fe sobrenatural. Estos dos elementos son:

- la credibilidad del mensajero (*a quién* se cree)
- el carácter plausible o, por lo menos, no contradictorio de lo revelado con otras verdades ya conocidas (*qué* se cree).

¿Quién actúa como *mensajero* de la Revelación o de la Biblia? Actúa como tal la Iglesia. De aquí la frase de San Agustín: "No creería… si no fuera por la autoridad de la Iglesia Católica". La inteligencia es bañada por la luz del *mysterium fidei,* pero no ve sino *como en un espejo*, ella descansa así en la autoridad de Dios, *que no puede engañarse ni engañarnos.*

Pieper explica esta complementación comparando, por un lado, el sentido del oído con la fe, al tiempo que el sentido de la vista con la inteligencia. Dice el filósofo alemán que el que cree "es uno que no sabe por su cuenta ni ve con sus propios ojos, es uno que accede a que otro

le diga algo". El creyente, pues, aguarda la palabra –no la evidencia– que viene de otro. Debido a "lo que oye", la «mirada» del creyente es «afinada»: su inteligencia es «dirigida» hacia "algo que él mismo ve entonces con sus propios ojos". Sólo entonces, es decir, luego de ser orientado, lo percibe. Se trata de algo que "se le habría mantenido oculto si él mismo no hubiese oído y considerado el mensaje que llega de otra parte a su oído" [7]. Tal es el papel de la evangelización y es redundante señalar la importancia de un carácter virtuoso que respalde, con coherencia, la palabra apostólica.

Por parte del *carácter plausible* de lo revelado, la Apologética tiene como tarea demostrar cómo y por qué los misterios revelados por Dios no contradicen ni la razón humana ni otras verdades propias ya conocidas.

La aventura de la fe

La fe católica cobra la nota propia de la *paradoja*: *es lo más fácil y lo más difícil*, en palabras de Castellani [8]. Lo más fácil, en cuanto su posesión no depende de una comprensión intelectual sino de una decisión: "quiero creer", y es lo más difícil porque –para que esta posesión tenga lugar– el hombre debe postrar su parte más noble, el intelecto, inclinándose no ante evidencias sino ante la autoridad de quien nos revela algo de lo que no tenemos evidencia. *Ve intelectualmente* que existen motivos para *creer.* Y esta postración es obra de una voluntad humilde: *Bienaventurados los pobres de espíritu* [9]. Se trata del drama entre *creer o no creer*.

7 Josef Pieper. *Defensa de la Filosofía*, Herder, Barcelona, 1976, p.140.

8 "«El objeto de la fe es la paradoja» [...] La Fe es lo más fácil y lo más difícil que hay. También es lo más claro y lo más oscuro, y así todos los místicos hablan de «la luz de la Fe», y de «la noche oscura de la Fe» [...] Así, el fiel tiene que mantener todas las paradojas de la fe, que crean en él una tensión que a veces lo crucifica. Sin «a veces». Siempre lo crucifica, cuando la fe ha ingresado de veras en la vida. [...] Interminable crucifixión interna, *Crux intellectus*". Cfr. *Las ideas de mi Tío el Cura*, Excalibur, Buenos Aires, 1984, pp.223-225.

9 Quedaría incompleta esta sencilla explicación si omitiésemos algo esencial: *querer creer* no viene del hombre. Querer creer es don de Dios. El círculo de la fe comienza en Dios y en Dios acaba. No podemos darnos la fe a nosotros mismos y, con todo, en nosotros mismos tiene lugar el acto libre de querer: no a pesar de nuestra voluntad libre sino –escándalo de la inteligencia– por ella misma. Tenemos que reconocer que, a primera vista, el don de la fe parece contradecir la libertad humana: Dios estaría negando sus propias leyes. No es un tema fácil, ni puede abarcarse en primer lugar, desconectado de otros. Requiere de una actitud contemplativa frente al misterio y no

Nosotros sólo podemos trazar pinceladas de este misterio, sin agotarlo, puesto que sucede en el único e irrepetible corazón de cada persona. Tomás Casares, por su lado, conocía bien esta tensión del alma humana y la llamaba *tortura*:

> Lo que la hiere (a la inteligencia) es afirmar que la realidad que trasciende los límites de su aptitud pueda serle *revelada* y haya de acceder a esa revelación no obstante su misterio. Le hiere que valga un camino de conocimiento que no sea su camino, que haya de inclinarse ante un criterio de certeza que no es su criterio de evidencia, que se admitan objetos de conocimiento de cuya íntima realidad no le es dado juzgar, que deba declinar su saber para *creer* [10].

Así, la fe está «compuesta», si se puede decir, de dos elementos o realidades *en tensión*, siendo para el hombre su mayor tentación

---

de una postura que únicamente pretenda delimitar esta verdad dentro de fórmulas conceptuales, reemplazando la fe misma por los enunciados de la fe.

Dicho esto –y para que no quede sin respuesta la objeción– cabe señalar que esta dificultad tiene su origen en una comprensión insuficiente de la esencia de la libertad, esencia que no se encuentra en la "indeterminación" frente al bien y al mal. No es allí: la esencia de la libertad está en el bien. Estar inclinado forzosamente a lo bueno no es perder la libertad sino ganarla. De lo contrario, Dios no sería libre. Es ilustrativa la cita de Pinckaers: "La inclinación biológica, como el hambre y la sed, orienta el apetito de una manera determinada y constrictora. Dudaremos, sin embargo, que contraría la libertad, pues, al alimentarse nuestro cuerpo conservamos el soporte físico necesario para nuestra acción. Las inclinaciones espirituales no son en modo alguno limitativas de la libertad, sino que, en realidad, más bien la provocan y la desarrollan. El que tiene inclinación por una persona, por una virtud, por una ciencia o por un arte, experimenta que su libertad está excitada por el amor que siente antes que limitada por el hecho de esta determinación. En cuanto a la inclinación a la verdad y a la felicidad, nos confiere el poder de sobrepasar toda limitación y nos orienta así hacia la libertad perfecta. La inclinación natural es una determinación íntima que nos hace libres. [...] La determinación interior de una voluntad es *una manifestación de su potencia*, de su capacidad de imponerse y de durar. Es el signo de *una libertad fuerte*" (*Las fuentes de la moral cristiana*. Universidad de Navarra, Pamplona, 1988).

La persona que recibe el impulso de creer continúa siendo libre. Además, puede resistir –sea por orgullo o miedo– a la gracia, negándose a creer cuando *sabe* que debe hacerlo. Pero cuidado: no resiste a creer –culpablemente– porque el mal sea de la esencia de la libertad sino porque el mal *es signo* de ella. La comparación con la inteligencia es muy apropiada. La estupidez es, paradojalmente, signo de inteligencia. Los animales no pueden ser estúpidos. Dígase lo mismo del error: equivocarse no es propio de la inteligencia sino signo de ella –sin intelecto no hay posibilidad de error. Hacer el mal no es propio de la libertad sino únicamente signo de libertad. Sobre la naturaleza de la libertad, cfr. *Libertas,* León XIII, N° 5.

10 Tomás D. Casares. *Reflexiones sobre la condición de la inteligencia en el catolicismo*, Buenos Aires, 1942, pp.16-17.

divorciarlos, en vez de dejarlos existir uno junto al otro. Una inteligencia que ve únicamente motivos para creer en algo que no ve, una voluntad libre que puede o no adherirse a tales verdades, pero que –no obstante– advierte que quien revela se presenta como *digno de ser creído,* naciendo así la *obligación* de creer a quien se muestra *veraz.*

La fe católica, en una palabra, comporta una doble condición. Pascal lo ha dicho magníficamente: "Si se somete todo a la razón, nuestra religión no tendrá nada de misterio ni de sobrenatural. Si se choca contra los principios de la razón, nuestra religión sería absurda y ridícula" [11]. La cima de la inteligencia del hombre se encuentra en este reconocimiento: "El último paso de la razón está en reconocer que hay una infinidad de cosas que la superan". La fe no es enemiga ni de lo sentidos ni de la inteligencia: "La fe dice bien lo que los sentidos no dicen, pero no lo contrario de lo que éstos ven. La fe está por encima y no en contra" [12].

El orgullo del hombre rechaza los contenidos *creídos y no sabidos*, olvidando la rotunda desmentida que tiene lugar en cada uno de sus cumpleaños:

> Doblegado ante la autoridad y la tradición de mis mayores por una ciega credulidad habitual en mí y aceptando supersticiosamente una historia que no pude verificar en su momento mediante experimento ni juicio personal, estoy firmemente convencido de que nací el 29 de mayo de 1874, en Campden Hill, Kensington, y de que me bautizaron según el rito de la Iglesia Anglicana en la pequeña iglesia de St. George, situada frente a la gran Torre de las Aguas que dominaba aquella colina [13].

* * *

La verdad, cuestión fundamental

Corresponde ahora entrar en el segundo tema de nuestro trabajo. Entre tantas cuestiones posibles que abren estas meditaciones, ¿cuál

11 Blas Pascal. *Pensamientos,* Sarpe, Madrid, 1984, p.31.
12 Idem, p.163.
13 Chesterton, Gilberth Keith. *Autobiografía*, Acantilado, Barcelona, 2003, p.7.

elegir? Nos ha parecido principal la cuestión sobre la verdad, debido a la íntima relación que tiene con el bien y la belleza, siendo los tres Nombres de Dios. Este asunto es conocido como la doctrina de los *trascendentales* del ser. Son nociones primarias y convertibles entre sí: lo verdadero es bueno y es bello, lo bueno es bello y verdadero, lo bello es verdadero y bueno. Puede decirse que tanto el filósofo, el héroe como el artista aspiran al mismo Dios, hacia quien llegan en tanto Sabio, Sumo Bien o Belleza Suprema.

Existe una íntima unidad entre estas nociones, al punto que un primer error respecto de ellas puede desembocar en un verdadero *sistema de negaciones,* por haber comenzado tropezando. La primera cuestión a considerar es la capacidad –o la falta de ella– para descubrir la verdad. Es popular la opinión agnóstica o relativista: la verdad carece de existencia o, existiendo, no puede ser conocida. Ella siempre es algo inaccesible, depende del *punto de vista,* de *la visión,* de la *perspectiva* o *lectura* de cada uno. A la realidad no accedemos de forma directa –nos dicen– sino mediatizada por nuestras propias categorías, opiniones, percepciones. Y parecería un atrevimiento, un atropello de la opinión ajena proclamar el carácter *absoluto* de algo: nada es absoluto, todo es relativo. Nada es totalmente cierto ni totalmente falso sino que la verdad depende del sujeto. Y puesto que ¡vaya si hay muchos sujetos por ahí!, la verdad será multiplicable en relación a ellos. Habría tantas verdades como sujetos que las conocen y cada uno con *su verdad*.

Esta postura no significa más que el inicio de una cadena de negaciones que llevada, por ejemplo, al ámbito médico sirve de pretexto para prácticas como la anticoncepción, la eutanasia y el aborto: la conciencia se encontraría *sola consigo misma* en el acto de decidir qué hacer, sin estar ligada por obligaciones de carácter indiscutible. En el arte ocurriría lo mismo: toda expresión titulada *artística* será tenida por tal, aunque se trate de un pedazo de chatarra, un salpicado de colores, unos indescifrables trazos en un marco o las llamadas *microficciones:* cuentos estimados como “arte literario” de un renglón de duración.

A lo sumo será *objetivo* el conocimiento matemático-científico, estarán fuera de discusión los números, las estadísticas, los datos empíricos. Pero todo lo que remita a metafísica y teología no puede sino estar rociado por la incertidumbre. La verdad no se descubre: se construye. A través del consenso, los hombres se van poniendo de acuerdo en ciertas pautas a las cuales *denominan* –y sólo eso– “verdades”. Pautas que lejos de poseer carácter permanente, participan de la historicidad y del

dinamismo propio de la libertad humana, pautas que cambian tanto como cambia el hombre.

El combate por la verdad y el conocimiento preciso de la postura que nos es contraria

Será legítimo, pues, hacer una apología de la verdad. Frente a los modernos *Pilatos* que preguntan con escepticismo *Quid est veritas?* –"¿Qué es la verdad?"–, rehusando una norma objetiva y consultando plebiscitarias mayorías, continúan vigentes las palabras de Nuestro Señor: *Ego sum Veritas.* Son las que no pasarán aunque cielo y tierra pasen. Tanto la historia y la doctrina, como las mismas Sagradas Escrituras, atestiguan este deber:

Dedícate al cultivo de la sabiduría,
hijo mío, y alegra mi corazón,
para que puedas replicar a quien me agravia.

Proverbios 27, 11

Para realizar esta defensa, téngase presente claramente las objeciones que recibe la noción de verdad –tal como el pensamiento clásico y la fe católica la sostienen.

La tesis general siempre es negativa: a la verdad objetiva *no se puede* llegar, porque todo conocimiento tiene por sujeto a una persona determinada, particular, con características diferentes de las demás. Entre la mente del hombre y la realidad hay un muro: a lo sumo, el hombre accede al mundo *mediante* tal o cual barrera, pero la misma no es sino *el cristal con que se mira.* En tanto subjetivo, el hombre participa su propia subjetividad al conocimiento. *A la verdad objetiva no puede llegar una subjetividad. El conocimiento es relativo al sujeto.*

Si esto es así, los parámetros de verdad, bondad y belleza –como hemos dicho más arriba– no tienen más firmeza que aquella que los hombres atribuyan. No existe *algo* verdadero, sino algo *que llamamos* verdadero. Y así con la palabra *falsedad* y las demás. El hombre, como mucho, puede *etiquetar* las cosas con *tal o cual* palabra, pero debe tener muy presente que tal denominación es necesariamente caprichosa: está sujeta a los cambios históricos, careciendo –de hecho y de derecho– de un carácter permanente.

Un planteo distinto, semejante pero moderado, sostiene que aunque el conocimiento humano no sea capaz de certezas, sí lo sería de probabilidades. Únicamente podríamos alcanzar *lo probable*, pero no *lo verdadero.* Se trata, pues, de un mundo en el cual nos vamos a regir a través de las experiencias, de las costumbres, que han arrojado –hasta ahora– determinado resultado. Pero viviríamos muy pendientes de lo impredecible: en determinado momento, todo podría cambiar. No llegamos a ninguna *síntesis* de las cosas: arañamos la esencia sin poder, ni por asomo, asirla.

Una tercera formulación tiene lugar en la dicotomía entre *ser* y *apariencia*. Existe, sí, un ser objetivo pero el hombre únicamente alcanza sus apariencias y nunca el ser mismo. Barajando términos equivalentes, podemos conocer el *fenómeno* –"lo que aparece"– sin jamás, ni por hipótesis, conocer el *noúmeno*: "lo que es". No puede omitirse aquí a Emanuel Kant, filósofo alemán, cabeza de esta postura, que hasta el día de hoy se respira en la calle, en los discursos, en las conversaciones. Comportó una de las formulaciones más elaboradas del *agnosticismo* e inició en la historia del pensamiento el *ocaso de la razón natural.*

La cuarta formulación del escepticismo se asienta en torno a la duda. La comprobación de engaños por parte del hombre, tanto a nivel intelectual como sensible (ilusiones ópticas, confusión entre sueño y vigilia, errores de perspectiva) arrojarían una sombra de duda sobre una generalidad de pensamientos que no solemos poner bajo tela de juicio. Pues bien, si estábamos en el error creyendo estar despiertos, por ejemplo, estando dormidos, si creyendo sumar o restar correctamente, tuvimos alguna vez un traspié, si en *ése* y en otros casos creíamos firmemente estar en la verdad –sin estarlo–, ¿por qué no pudiera pasar –ahora, en este mismo momento– lo mismo? ¿No podría suceder acaso que respecto de infinidad de "conocimientos" nos encontremos en el error, de igual manera que lo estuvimos en el pasado?

Nuestra respuesta

Ahora bien, ¿qué decimos nosotros? ¿Hay una réplica ante estos argumentos? ¿Son ideas invencibles, que deben ser acatadas con resignación? ¿O son construcciones con apariencia de contundencia pero que, consideradas detenidamente, se revelarían frágiles? Creemos que el primer paso de refutación del escepticismo consiste en hacer patente

la existencia de un *Orden Natural*. Y por estos términos entendemos una disposición recta de las cosas y de sus partes hacia su fin, disposición que no depende de la voluntad humana sino que está fuera de su control. Vayamos a los ejemplos.

La ingesta de alimentos. La comida adecuada para una persona puede ser una fruta, un pedazo de carne o algún vegetal. Existen, pues, cosas que nutren al hombre: alimentos que lo fortalecen, que le brindan energía y sin las cuales su cuerpo se debilita hasta morir. Una manzana, por ejemplo, es *adecuada* para el hombre pero no lo será un pedazo de metal: entre el sistema digestivo y la manzana existe un parecido, una semejanza. Uno está hecho *para* el otro. Obviamente no ocurre lo mismo en el otro caso. ¿Por qué? ¿Acaso porque los hombres hemos comido manzanas *a lo largo de los siglos* y hemos *consensuado* el hábito de *ingerir manzanas*? ¿Cabría, igualmente, una vanguardia revolucionaria que empezara hoy en día a comer trozos de bronce?

La saliva que genera la boca va deshaciendo los alimentos que el hombre ingiere, los cuales comienzan a despedazarse para ser tragados correctamente. Un metal, en cambio, no se deshace en contacto con la saliva. Todo esto sin contar que las glándulas salivales no sólo producen el líquido necesario para desintegrar los alimentos sino que su extrema sensibilidad genera –al contacto con éstos y no con cosas diferentes– el placer propio de comer. Nada de esto ocurre cuando el hombre ingiere algo distinto.

Los aromas propios de la comida generan en el hombre ese apetito y expectación por ingerirlos, lo que no tiene lugar si huele otro tipo de cosas. Un perfume le resultará grato, pero no sentirá hambre. Así fue siempre y no medió contrato social alguno. Por supuesto: tampoco es lo mismo para el sistema digestivo un pedazo de madera que una manzana, como no lo es un trozo de vidrio que una porción de carne. Es evidente que estas sucesivas adecuaciones no son fruto de la decisión humana ni están sujetas al arbitrio del hombre. No puede modificarlas ni contradecirlas aunque junte mayoría absoluta en el Congreso de la Nación.

El surgimiento de la persona. Algo semejante puede afirmarse de la fecundación: sólo un óvulo y un espermatozoide pueden generarla. Colóquese cualquier par de células distintas: jamás podrá conseguirse la generación de un ser humano. Tal vez alguien argumentará que los modernos avances de la ciencia depositan en las manos del hombre lo

que antes era exclusivo de la naturaleza, pero la respuesta a esta observación requiere una distinción elemental. Hay cosas que están en manos del hombre: la concepción de un embrión puede tener lugar –manipulación genética mediante– fuera del vientre materno o de cualquier otra manera. Pero escapa a su dominio lo fundamental: la concepción sólo puede tener lugar entre los gametos femenino y masculino.

Las normas de la arquitectura [14]. Salta a la vista la importancia de respetar estas leyes a la hora de construir. Aquello que sostiene una edificación está ausente en las que se vienen abajo por culpa de malos constructores. El hombre no tiene ningún poder respecto de estas leyes: tiene que cumplirlas si quiere levantar un edificio sabiendo muy bien que una pequeña omisión puede terminar en una tragedia. El peso que es capaz de soportar cada columna no depende en absoluto de los deseos de veleidosas mayorías. Tales normas físicas no tienen derogación parlamentaria posible ni están en las manos de diputados o senadores. Se trata de una regularidad, de un patrón, de un orden, de un *canon* que preexiste al ser humano y frente al cual éste no puede sino descubrirlo.

Más sobre el Orden Natural

Los ejemplos mencionados son obviamente simples botones de muestra, entramados de un sistema mucho mayor. En la naturaleza, los minerales, vegetales, animales, en los sistemas y órbitas planetarias, es posible advertir la existencia de cierta regularidad que permite *prever* sus itinerarios y comportamientos. De ahí las ciencias de la naturaleza. No necesitamos mirar, otra vez, una planta para saber cómo tendrá lugar el proceso de la fotosíntesis, no necesitamos esperar al día de mañana para saber por dónde saldrá el sol, es decir, para saber el movimiento de la tierra. El mundo es poseedor de una estructura racional: puede *ser entendido*.

Las cosas no son refractarias a nuestra inteligencia: podemos *comprenderlas*, fundándonos en cierta lógica de las mismas, por la cual aparecen ante nuestros ojos como *conectadas* entre sí. De suerte tal que unas nos llevan a las otras. Si es cierto que muchas veces hay oscuridades,

14 Recomendamos al respecto el artículo "Las leyes de la arquitectura desde la perspectiva de un físico", de Nikos A. Salíngaros, cfr. http://www.ambigramas.com/Simetria/nas/nas.htm.

dificultades en la investigación, diferencias respecto al método e incluso dramáticas calamidades naturales, no es menos cierto que toda catástrofe es tal si existe algo distinto de la catástrofe: el orden. Un Orden Natural. Un orden más allá de la voluntad humana. Sólo porque éste –el orden– existe, deploramos el desorden. Únicamente porque "hay", por-que "existe" una norma violentada, la catástrofe natural es algo dramático. Porque "no debería" suceder y no obstante sucede, podemos dolernos de los desastres y sus víctimas.

Conviene meditar sobre esta intuición: únicamente porque percibimos que no es "de la esencia" de la naturaleza que existan terremotos, tsunamis y otras calamidades, advertimos la fatalidad que implica su existencia. La fatalidad de que las cosas, pudiendo ser mejor, no lo sean.

Los desastres naturales no prueban la inexistencia del orden natural. Tal argumento fue sostenido por ciertos ateos pero no demuestra lo que ellos pretenden. La evidencia apunta a otro lado. Estos desastres son testigos insobornables de la existencia de un *deber ser fundante,* de una *fuente primera de normatividad,* en virtud de la cual una catástrofe es una catástrofe. Si el desorden fuese propio de la esencia de las cosas, nada trágico ni dramático habría en que tenga lugar lo que no puede dejar de ser.

La manifestación originaria de un orden que escapa al arbitrio humano es el punto donde conviene apoyarnos para mostrar la fragilidad de las concepciones actuales.

Carácter «verbal» del mundo

Hay una última conclusión que debe extraerse del hecho de que el mundo *pueda* ser comprendido. Este orden de las cosas –a veces, como dijimos, perturbado– manifiesta lo que ellas son, expresa sus esencias. Las cosas tienen un «qué»: pueden ser entendidas, conceptualizadas, pensadas. No están vacías ni a la espera de un contenido "puesto" por el hombre. Preexisten a nuestra mente. Nos preceden. No las construimos. Anteceden a nuestro pensamiento y son independientes de él. Las cosas pueden ser *objeto* de nuestro conocimiento. A diferencia de las casualidades –imprevisibles, es decir, imposibles de «prever» – la realidad es asequible a la mente: puede ser pre-vista, *observada antes*. El azar no.

La inteligencia –como indica su etimología– es capaz de *leer en el interior* de las cosas: *intus legere.* Comparémosla con un libro: cada una

de sus páginas puede ser leída porque su autor la escribió *pensando* en ella. Evidentemente, no da lo mismo cualquier palabra: colocando el vocablo «porque» el autor se prepara para fundamentar y no enunciar, al escribir «es evidente que» se limita a enunciar. En ambos casos, el lector entiende perfectamente la diferencia. Si el libro contuviera hojas llenas de letras –completamente al azar– nada podría leerse en él.

Algo puede leerse sólo si fue escrito. Y puede ser escrito sólo si fue pensado. *El pensamiento es anterior a la escritura. Y a la palabra oral.*

El libro, pues, está entre dos intelectos: autor y lector. Tal como el libro, podemos decir que la realidad está *cargada de sentido*: es capaz de ser «leída», entendida, comprendida. Las cosas pueden ser entendidas porque fueron hechas, diseñadas, creadas inteligentemente.

Pero ahora debemos continuar con el siguiente punto: la capacidad del hombre de conocer la verdad. ¿Puede hacerlo o es impotente?

Contestando a los sofistas de ayer y de hoy

En primer lugar, señalemos –con Aristóteles– la contradicción que tiene lugar entre la vida y esta postura: inevitablemente, la cotidianeidad de los relativistas –como la de cualquiera– está plagada de verdades y no de dudas o fatal ignorancia. Precisamente, aquellas dudas que suscitan la problemática son –en buena proporción– voluntarias y no espontáneas. Baste aquí como ejemplo el *quiero dudar* de Descartes. Si bien cuando el hombre sueña puede creerse despierto, no es menos cierto que despierto sabe que no está soñando. Camina por la ciudad, observa un pozo y lo esquiva, sin considerarlo una ilusión óptica. Si tiene hambre, come queso y no duda que tiene mejor sabor que un pedazo de vidrio.

El escéptico puede protestar que son ejemplos menores. Concedido. Pero no invalida nuestro planteo: siendo su postura una negación *universal* –decir "no hay certeza" significa decir en el fondo "no hay *ninguna* certeza"–, bastaría una sola cosa, una única verdad que resista. Decía Etienne Gilson: "los que pretenden pensar de otra manera (es decir, desconfiando a priori de nuestras percepciones más fundamentales) piensan como realistas tan pronto como se olvidan de que están desempeñando un papel".

Encaremos el primer argumento. ¿Qué decir sobre aquél que sostenga no conocer lo verdadero sino lo probable? De la pluma de San Agustín tomaremos prestada la respuesta.

La palabra *probabilidad* es sinónimo del término *verosimilitud.* Y el significado de ambos yace en la etimología del segundo: "lo que se aproxima, lo que se acerca, lo que se asemeja a la verdad". Así las cosas, el escéptico no llega a decir que conoce la verdad sino únicamente aquello *que se aproxima a ella*, aquello *que se asemeja a ella,* aquello que *probablemente* sea verdad.

Ahora bien, pensemos en una mujer muy parecida a su madre. Si preguntados por el parecido de la hija con la madre respondemos nosotros que *sí*, ¿qué descubrimos? Descubrimos que podemos responder de esta manera sólo si conocemos el rostro de la madre. Más aún: para responder –si fuera el caso– que *no* se parecen, también sería necesario conocer el rostro materno. En efecto, no puedo decir que madre e hija son parecidas si no conozco antes la faz de cada una de ellas. ¿Qué se diría de un diálogo como éste?:

–¡Qué parecida es Marina a su madre!
–¿Conoces a su madre?
–No.

Del mismo tenor sería el ejemplo de un barco navegando en alta mar. Para decir que la embarcación *se encuentra muy cerca del puerto,* es necesario conocer la localización del puerto, puesto que en virtud del término final son conocidos los términos intermedios del desplazamiento. El capitán del barco no puede afirmar que está seguro *de que está muy próximo* y, preguntado por la ubicación del puerto, contestar: "No lo sé, pero sin embargo tengo certeza de que estamos próximos".

"Oyendo esto, ¿podría alguno contenerse la risa?".

El probabilismo no es suficiente para conmover la capacidad humana de asir verdades: "la probabilidad o verosimilitud –y la misma palabra latina vero-similis se prestaba admirablemente en su constitución esencial al argumento ad hominem de San Agustín– no tiene sentido sino por referencia a la certeza y a la verdad, y que si éstas no son poseídas, mucho menos aquéllas, cuya comprensión se apoya en las primeras" [15].

Vayamos al binomio *ser-apariencia*. Como señalamos antes, nuestro adversario podría sostener la imposibilidad de conocer el ser, quedando

15 Mons. Octavio Derisi. *Actualidad del pensamiento de San Agustín,* Guadalupe, Buenos Aires, 1965, pp.35-36.

al alcance del hombre únicamente la apariencia. El ser humano accedería sólo a fenómenos, que bien puede clasificar, distinguir, colocar en tal o cual categoría. Pero fenómenos cerrados en sí mismos, apariencias de ser imposibles de traspasar, opacas para la inteligencia, conocimientos que deben conformarse con ser valorados como frágiles imágenes de la realidad y nada más.

Ahora bien: ¿tiene aquí razón el escepticismo?

Es evidente que quien distingue dos, conoce ambos. Nuestro adversario ha distinguido, claramente, entre el ser y la apariencia. Y ha dicho que conoce el segundo y no el primero. Pero, cuestionémoslo: ¿cómo se puede distinguir entre ser y apariencia, ignorando el ser mismo? Porque todo juicio de comparación entre dos supone el conocimiento de los *dos*.

En la hipótesis agnóstica el problema no hubiese tenido lugar. En efecto, aquello que desencadena la dicotomía *ser–apariencia* es percibir a la apariencia como recorte del ser. Pero esta diferenciación no puede existir si no se compara el ser con la apariencia. Para conocer a la apariencia, como tal, forzosamente debe hacérseme presente –antes– lo que no es apariencia: *el ser*. De lo contrario ella misma se disuelve: ¡toda apariencia es apariencia *de algo*! ¡Y ese algo no es apariencia!

La misma entidad de la apariencia tiene su origen en el ser. La apariencia es siempre apariencia de algo. No puede ser apariencia de nada. Luego, no puede conocerse la apariencia *como apariencia* sin conocer, *antes*, al ser del cual la apariencia depende. Tanto si hablo de apariencia como si hablo de *representación*, estamos en el mismo caso:

> ¿Por qué diríamos (representación) *"de un hombre"* si el hombre nunca nos fuera presente, si sólo nos fueran presentes "representaciones"? ¿Por qué no podríamos hablar con sentido de "representación" sin incluir *aquello de lo cual* es presentación, mientras que podemos perfectamente hablar de "hombre", "casa", "piedra", sin definirlos por relación a ninguna representación? ¿Por qué, si no fuera porque el ente irrelativo es lo primeramente conocido?, ¿y la "representación" algo puramente relativo al ente? Si no, habría que decir "es la representación de la representación de la representación…" y así al infinito [16].

16 Juan Alfredo Casaubon. *Palabras, ideas, cosas,* Candil, Buenos Aires, 1984, pp.40-41.

Si el ser estuviese, efectivamente, en la oscuridad de lo inhallable, no preguntaríamos por él. Ni siquiera para negar la posibilidad de descubrirlo podríamos nombrarlo con algún sentido.

El argumento que sigue es la duda. ¿Cómo estar seguros que aquello que en este mismo momento se me presenta como verdadero, lo es realmente? ¡Cuántas veces creí estar en lo correcto, sin estarlo! ¡Cuántas veces tomé la sombra por realidad, la imagen por cosa, el espejismo por color, el sueño por vigilia, lo malo por lo bueno, lo falso por verdadero! La firmeza misma con la que en este mismo momento apostaría que estoy despierto, ¿es suficiente para aventar toda duda?

Veamos qué es dudar: "Estar el ánimo perplejo y suspenso entre resoluciones y juicios contradictorios, sin decidirse por unos o por otros" (RAE). El que duda, pues, se mantiene tironeado entre proposiciones que no pueden ser admitidas al mismo tiempo, sin tomar partido por ninguna.

Examinemos ahora si es posible una duda respecto de todo. Derisi responderá negativamente y dará sus razones: "Sin el *ser* [...] que le dé sentido y sostén, la duda es *imposible*, es *impensable.* Precisamente porque no es lo mismo *ser* y *no-ser*, *ser* de este modo, o *ser* de aquel otro, la inteligencia suspende su afirmación o negación, *duda"* [17].

Desentrañemos esta cita. Si miramos con atención, quien verbalmente manifiesta dudar de todo, sin embargo, tiene la certeza de que dos cosas contradictorias no pueden ser simultáneamente verdaderas. Esta es una experiencia personal imposible de negar.

Armado de esta razón, Monseñor Derisi concluye vigorosamente: "Una duda universal que pretendiese no aceptar nada como verdad, sería, por eso, no sólo contradictoria, sino *impensable e imposible, se diluiría como duda, al diluirse como pensamiento*" [18].

También el santo de Hipona, antes escéptico, los pone contra las cuerdas de esta manera:

> Si dudan, viven, –si dudan, recuerdan por qué dudan, –si dudan, entienden que dudan, –si dudan, quieren estar ciertos, –si dudan, piensan,

17 Idem, p.25. La negrita es nuestra.

18 Ibidem. Es cierto que a veces nos equivocamos, pero no siempre: "En este momento, por ejemplo, yo estoy absolutamente cierto de que estoy sentado y no de pie, y de que la bombilla está delante de mí, encendida. Estoy igualmente cierto de que 18 por 5 son 90. De que alguna vez me haya equivocado no se sigue que siempre me equivoque" (Bochenski).

> –si dudan, saben que no saben, –si dudan, juzgan que no hay que afirmar temerariamente. De todo esto no pueden dudar ni siquiera los que de todo lo demás dudan, pues si todo esto no fuese, ni siquiera dudar podrían (*De Trinitate* X, 10, 14)

Si insistieran, como último recurso, diciendo: *¿Qué, si te engañas? ¿Qué, si acaso nos engañamos respecto de todas estas conclusiones, apoyadas en el dudoso valor de una dudosa inteligencia, débil, enferma, limitada?* No cabría mejor respuesta que la siguiente:

> si me engaño ya soy, porque el que realmente no es, tampoco puede engañarse, y, por consiguiente, ya soy si me engaño.

Y San Agustín (en su *Contra Académicos*) continúa preguntando: "¿cómo me engaño que soy, siendo cierto que soy, si me engaño?", para concluir magníficamente: "Y pues existiría si me engañase, aun cuando me engaño, sin duda en lo que conozco que soy no me engaño, siguiéndose, por consecuencia, que también en lo que conozco que me conozco no me engaño, porque así como me conozco que soy, así conozco igualmente esto mismo, que me conozco".

El último argumento

Queremos señalar, finalmente, el contrasentido en que el escéptico vive nomás cuando se pone a hablar. Y la postura según la cual "la verdad no existe" o, existiendo, "no puede ser conocida" no es una excepción. En efecto, esta postura, en sí misma –podríamos preguntar–, ¿es verdadera o falsa?

Primera posibilidad. Si no fuese verdadera, entonces está en el error el escéptico. Y si el escéptico está en el error, estamos en lo correcto nosotros.

Si, por el contrario, la postura escéptica fuese verdadera, la situación no varía. Porque entonces esta posición afirma lo que niega y niega lo que afirma, disolviéndose como postura sostenible al mismo tiempo que desquiciándose como capaz ser comprendida. No queda más que *reconocer* la existencia de la Verdad para –luego– refutar que la verdad sea *tal* o *cual* cosa. La existencia de la verdad no puede ser discutida, no puede ser objeto de discusión sino base de todas ellas, lo que hace

posible toda discusión, quedando como "telón de fondo" del pensamiento, incapaz de preguntarse por la verdad *desde fuera* de sí mismo.

> Es evidente que no hay juicio con el que pueda destruirse la verdad: ¡aún queriéndolo, no podría destruirse la verdad del juicio con el que se pretendiera destruirla! No puedo destruir mi *mente* (no puedo anular en mí al *hombre profundo*), aún cuando puedo destruir mi razón: no destruyen el profundo espíritu ni la locura, ni la demencia, ni la violencia desatada de las pasiones, aún cuando sacudan o anonaden mi razón. Mi yo profundo, perenne, inmortal –como la verdad, perenne, eterna –no es el yo *racional* propiamente dicho, sino el yo *inteligente*, que está más allá de la razón y por lo mismo más allá de la ciencia, de la locura y de la muerte [19].

Asombrosas, sencillas y difíciles palabras del filósofo italiano Sciacca. El que pregunta por la verdad no está fuera sino dentro de la pregunta misma.

Pero pongamos ahora un escéptico que no se rinde. Respondería: "No es así como usted dice. Claro que si suponemos que hay afirmaciones verdaderas o falsas –es decir, afirmaciones que coinciden con la realidad y afirmaciones que no–, mi postura carece de respaldo. Pero precisamente estoy poniendo en tela de juicio eso: que existan afirmaciones verdaderas o falsas".

La objeción no es menor: "mientras sigamos hablando el lenguaje propio del pensamiento occidental, forzosamente debemos caer en la verdad o en el error. Y así, de antemano ustedes llevan las de ganar. Porque todas las objeciones al pensamiento católico y clásico están formuladas en términos de la cosmovisión católica y clásica. Pero justamente, nosotros pretendemos abandonar ese bagaje lingüístico y conceptual por el cual estamos (de antemano) vencidos. Pretendemos renunciar a los términos "verdad" y "falsedad" que remiten a algo independiente del pensamiento, como si existiera algo objetivo que debe ser respetado y respecto de lo cual debemos ordenarnos".

Veamos nuestra respuesta a éste, el último argumento.

Aquí o en China la palabra externa u oral del ser humano –los sonidos con que se comunica– manifiestan lo que piensa. Aquí o en China, con

19 Sciacca, Federico Michele. *La existencia de Dios*, Richardet, Tucumán, 1955, p.66.

la palabra hacemos patente nuestro pensamiento. Cuando alguien no nos habla podemos conjeturar qué piensa de tal o cual situación pero no lo sabemos hasta que no decida comunicarse, sea por señas, signos o por palabras: *hablando*.

Y en cualquier lugar o tiempo, cuando pronunciamos palabras decimos *algo* de *algo.* Con la palabra no significamos palabras, es evidente que con la palabra "hombre" no significamos un sonido. Al contrario: con la palabra "hombre" significamos *hombres.* No sonidos. Con las palabras, pues, significamos algo.

Y ese «algo» al que nos referimos con los vocablos lo sabemos *real*, es decir, independiente de nuestro pensamiento. Quien nos pregunta algo no pretende saber *lo que pasa en nuestra cabeza* sino aquello que *es*. En la conversación cotidiana no hablamos de lo que sucede en nuestra mente –salvo que expresamente lo aclaremos– ni pretendemos comunicar puras "interpretaciones" ni "pensamientos". Normalmente pretendemos decir, hablar, de lo que realmente es.

¿Cuál es el punto de inflexión? En la hipótesis del argumento adversario –según la cual sólo por efecto de la influencia histórica del catolicismo y del pensamiento clásico nos "construimos" la idea de una *verdad* frente a la cual debemos adecuarnos– no discutiríamos. Ningún debate tendría sentido: sería imposible de raíz, porque dos ideas, dos pensamientos, sólo pueden entrar en pugna, sólo pueden contradecirse, si se refieren *a algo distinto* de ellos mismos.

> La contradicción solamente puede existir y sólo puede ser entendida cuando conozco los términos de la misma, pero sólo puedo conocerlos en cuanto contradictorios por referencia a un tercero no-contradictorio en cuya virtud la misma contradicción existe. Este tercero no-contradictorio es el *ser* [20].

La disputa tiene sentido en tanto dos –por lo menos– luchan por algo que no pueden poseer simultáneamente. Pero suponiendo que nuestro lenguaje no exprese el ser ni pueda –por impedimento congénito– expresarlo, suponiendo que *verdad* y *falsedad* sean supersticiones, ninguna idea entraría en colisión con otra. Podrían ser perfectamente

20 Caturelli, Alberto. *La metafísica cristiana en el pensamiento occidental,* Ediciones del Cruzamante, Buenos Aires, 1983, p.77.

válidas ambas y no deberían batallar entre sí, puesto que cada una no se entrometería sino con ella misma: les bastaría su propia identidad.

Pero las ideas batallan entre sí. ¿Por qué? Porque pretenden, por debajo de sí mismas, ser *verdaderas:* estar en adecuación con la realidad. Y acusan a su adversaria de ser *falsas.* Si no fuera así, ¿para qué discutir? ¿Para qué argumentar?

Nuestros objetores creen ser esclavos de palabras, cuando en realidad son esclavos de lo que son. No es que no puedan librarse del "lenguaje occidental, católico y cristiano": no pueden librarse de su naturaleza humana.

***Stat Veritas*: la verdad permanece**

Es posible que nuestro escéptico agache la cabeza y reconozca la validez de nuestras palabras. Si eso hiciera, habría que señalarle que, estrictamente, no son nuestras:

> –Reconozco, Sócrates –confesó Agatón–, que no soy capaz de sostener una controversia contigo. No insistamos, pues, y sean las cosas como tú dices.
>
> –¡No, amiguito, no! –exclamó Sócrates– Es contra la verdad contra quien no eres capaz de controvertir, pues contra Sócrates no es difícil, créeme [21].

La humildad es esencial a la filosofía: "La humildad es andar en la verdad –dice Santa Teresa– y quien esto no entiende, anda en la mentira". En la disputa intelectual puede quedar, ciertamente, un vencedor y un vencido. Pero erraría el vencido si no advirtiese el bien recibido luego de la derrota:

> *convencer* a otro es, efectivamente, *vencerlo*: pero no de tal modo que el vencido quede bajo el imperio de su vencedor, como en la lucha física, sino de manera tal que se vea obligado a reconocer el imperio de la Verdad, del cual el mismo vencedor se declara sujeto [22].

21 Platón. *El Banquete,* Senén Martín, Madrid, 1966, p.122.

22 Mihura Seeber, Federico, "La figura del polemista cristiano en los libros «Contra Cresconio» de San Agustín", en Revista *Sapientia,* vol. XLVII, Buenos Aires, UCA, Facultad de Filosofía y Letras, 1992, p.176.

Vale decir que este "«doblegar» al adversario en la polémica, y vencerlo, no significa someterlo a un poder extraño, sino hacer que él mismo «se vea forzado a aprobar otras cosas que [antes] había negado". Aún cuando es *el mismo* hombre el que aprueba otras cosas, antes negadas, sin embargo, no puede decirse que sea conducido suavemente:

> reténgase sin embargo, de esta cita, la fuerza de la expresión: que el adversario *se vea forzado.* Y "forzar" es, ciertamente, "vencer o doblegar una fuerza contraria". Sólo que, en el caso de la victoria argumental, este "forzamiento" no es sino el reconocimiento inevitable de la necesidad racional, y esto último es el testimonio de la dignidad suprema de la Verdad [23].

La palabra que arguye lleva consigo un vigor, una potencia, una energía. Ciertamente tiene lugar un *forzamiento*, pero de tal manera "que, por coincidir con la naturaleza misma de la razón, solo violenta a una fuerza que antes la desnaturalizara: a saber, la fuerza del error o, peor aún, del engaño racional" [24]. Así las cosas, "Derrotar al adversario pasa a ser, así, el ejercicio más alto de auténtica beneficencia para quien reconoce en la Verdad el Bien plenificante del espíritu humano" [25].

Todo el hombre –no sólo su intelecto– combate en estas lides

Yendo al final de nuestra exposición, reconozcamos las fronteras de nuestras argumentaciones. El hombre tiene inteligencia, ciertamente, pero no sólo. Tiene un corazón que debe ser conmovido junto con el intelecto, a fin de hacerle desear, ver y creer en la verdad. Si tiene razón Chesterton cuando escribió "Curar a un hombre no es discutir con un filósofo, es arrojar un demonio", la disputa intelectual no equivale a una partida de ajedrez.

La Verdad Divina –que no es otra cosa que Dios mismo– es, si se quiere, la *Respuesta* a nuestras preguntas. Ciertamente lo es. Es la respuesta a esa búsqueda permanente, ansiosa, desasosegada e impostergable del "todo". Pero también es el Amor. El Amor que busca amar, que hizo a los hombres por amor y para el amor. Y es el Amor

23 Ibidem, pp.190-191.
24 Ibidem, p.191.
25 Ibidem, p.189.

que llama a las puertas del corazón humano tanto *con la mano derecha como con la izquierda*, según bella expresión del Padre Ramón Cué. Si el encanto con que Dios ha engalanado las cosas mueve a buscarlo por el camino de la sabiduría, la seducción que provoca el Corazón de Dios –*Cor Iesu*– arrebata el alma por el camino del amor. Pero si la primera vía puede ser común a los filósofos, la segunda tiene por llave maestra la fe. Quiera Dios que podamos no sólo reposar nuestro intelecto en su Mente Increada, océano de Verdad y Sabiduría, sino también descansar nuestro corazón en Aquél que la lengua humana llama el *Amor de los Amores,* incesante pescador de hombres:

La Gracia

Y no valdrán tus fintas, tu hoja prima
ni tu coraza indómita nielada
a desviar el rayo, la estocada
en la tiniebla a fondo de tu sima.

¿No ves centellear allá en la cima
de gracia y luz diamante, ascuas de espada?
No, esquivo burlador, no valdrán nada
careta ni broquel, guardia ni esgrima.

No te cierres rebelde, no le niegues
tu soledad. Es fuerza que le entregues
de par en par tu pecho y coyunturas.

Que así vulnera el Diestro, y así elige
–caprichos del deseo– y así aflige
y así mueren de amor las criaturas.

GERARDO DIEGO

La sociedad opulenta

Eduardo Viscardi Gaffney

Acontecido el desmoronamiento del comunismo en la Unión Soviética, Europa Oriental y otras regiones del globo, pareciera que el liberalismo fuese la única opción triunfante a nivel mundial en el aspecto económico, político e ideológico como se afirmara hace escasos años. Aunque dicha opción está hoy completamente desvalorizada, ya que ha demostrado su fracaso por las continuas crisis provocadas y acontecidas en su propio seno, en su afán del dominio económico del mundo.

Por ello, es necesario efectuar un *racconto* y análisis de los acontecimientos políticos más importantes del siglo XX. Entre ellos sobresalen los acontecidos en 1917 y 1991, años del triunfo y de la caída del comunismo respectivamente. En este largo período de más de setenta años, es interesante considerar la tesis que durante el mismo existió una etapa particular. La comprendida entre los principios de la década de los años veinte y 1945 que fueron los años de la denominada guerra civil europea, cuando se enfrentaron a muerte dos sistemas ideológicos disímiles, el comunismo y el nazismo, ambos frutos agrios del idealismo alemán. Una de las consecuencias de la caída de la Cortina de Hierro la constituyó la pérdida de la endeble seguridad existente en el mundo, ya que hasta entonces existía un cierto *statu quo* proveniente de la división en capitalismo y comunismo. Que por cierto no era lo ideal, pero permitía a cada bando o contrincante considerar a su oponente como la expresión del mal, lo que estratégica e ideológicamente producía un cierto equilibrio a nivel mundial. Por otra parte, es destacable la actuación de Inglaterra y Estados Unidos en el siglo pasado. La primera, en la centuria anterior, había puesto fin a las intenciones hegemónicas de Napoleón, y luego de la I Guerra Mundial lo hizo también con Alemania,

situación que se repite en 1945 aunque a costa de la liquidación de su Imperio. Durante 1917 acontecen importantes hechos históricos que, aparentemente desconectados, tiene vital importancia para los años venideros la declaración de guerra de Wilson a Alemania ya que "el mundo debe ser seguro para la democracia" [1]. "En ese mismo año, el 7 de noviembre, los bolcheviques atacaron el Palacio de Invierno en nombre de la revolución de los trabajadores" [2]. En realidad era para asegurar todo el poder a los soviets. Dicha revolución se pudo realizar por el apoyo que la banca –Khum, Loeb & Co., a través de Jacob Schiff– brindó a Lenin.

Comienza a consolidarse a partir de ese año la derrota de Alemania y sus aliados y, *a posteriori*, la expansión de los procesos revolucionarios en Europa central, tempranamente fracasados, y en Asia, los que fructificaron luego de la II Guerra Mundial.

En forma progresiva, se fue produciendo la división del mundo en democracia y totalitarismo, aunque debemos aclarar que la política exterior de quienes fueron los Aliados durante el primer conflicto mundial fue proclive para con la URSS con tal de aislar y debilitar a Alemania. Así esa nación humillada y transformada en el estado-paria de Europa fue empujada a los brazos del nazismo. El diplomático e historiador suizo Burckhardt expresó en una carta dirigida a Hugo Hoffmannsthal, a principios de 1925: "Todos mantienen todavía la vista fija en Alemania, como si en esta nación fuera donde tuviesen que decidirse los más importantes aconteceres mundiales, como si esta nación fuera fuente de todos los peligros [...], y nadie alcanza a saber lo que ocurre más allá de de los telones que cuelgan de las fronteras alemanas [...], mientras la auténtica amenaza latirá más allá de la fachada de Alemania, entre el mar Báltico y el océano Pacífico, a una escala geográfica de una magnitud cual jamás la Humanidad haya visto. Parece característica propia de todas las democracias el proyectar sus enamoramientos y pasiones domésticas sobre el campo de la política internacional, en el que pueden producir el más pavoroso daño" [3]. Claramente queda así establecida cual será la actitud del Reino Unido, Francia y los Estados Unidos en la siguiente conflagración mundial.

1 Wallerstein, Immanuel, *Después del liberalismo*, México 1996, p.112.

2 Ibid.

3 Gehlen, Reinhard, *Servicio Secreto, Memorias del Jefe del Servicio de Inteligencia alemán*, Barcelona 1972, pp.18-21.

En el extremo oriental de Europa, no importaba lo que acontecía en Rusia sojuzgada por la dictadura del proletariado, del partido realmente, total al final todo quedaba muy bien ornamentado con el rótulo de la democracia popular. Aunque la realidad era otra, ya que el crimen en masa había sido establecido por los comunistas como un verdadero sistema de gobierno, sostiene Jacques Baynac en su libro *La Terreur sous Lenine.* Al respecto, uno de los primeros jefes de la Cheka (policía política soviética), Latzis, afirmó: "No hacemos la guerra contra las personas en particular. Exterminamos a la burguesía como clase" [4]

La política estadounidense, salida de su aislamiento, procuraba una revolución *made in USA*, según expresión de Drucker, con una producción masiva que asegurase altos niveles de consumo, creando una sociedad opulenta la que, teóricamente, debería extenderse a todo el orbe por la liquidación de los imperios europeos –menos el inglés, obviamente– y sus colonias, lo que aseguraría el crecimiento de la democracia y ésta a su vez, facilitaría la expansión de los mercados y la economía estadounidense.

Se descontaba la superación de la miseria y la pobreza existentes, y en este contexto se originó la búsqueda del desarrollo nacional y el estado de bienestar no sólo para los países centrales sino que también para los periféricos. Aunque éstos, seguramente, serían los últimos en recibir los presuntos beneficios del desarrollo y bienestar. Ambas concepciones políticas, la estadounidense y la soviética, tenían en común al discurso democrático pero con significaciones distintas. Para la primera, la democracia implicaba un estilo de vida consumista y la libertad de mercado. Para la segunda, la misma era la democracia popular como una forma de dominación que debía asegurar la dictadura del proletariado, aunque era el partido quien gobernara. Sin embargo, ambas posturas se orientaban hacia los mismos fines. Acrecentamiento del poderío económico, político, militar, etc. y búsqueda a corto o largo plazo de una sociedad desarrollada en la que el dominio del mundo era su último y principal objetivo.

A lo largo del siglo pasado, se fueron sucediendo una serie de acontecimientos que conmocionaron a la pretendida y buscada sociedad opulenta, desde la I Guerra Mundial hasta la actual hegemonía de los

4 Citado en Courtois, Stéphane, *Los Crímenes del Comunismo*, Barcelona-Madrid 1998, p.22.

Estados Unidos, perviviendo a través de los mismos esa búsqueda a la que el hombre parece no estar dispuesto a renunciar. La idea de una sociedad opulenta, desarrollada, rica y feliz, es tan vieja como la propia humanidad. Y a lo largo de su historia, distintos y diversos han sido los caminos intentados para lograrla, consecuentemente resulta difícil condensar en unas pocas líneas todo el conjunto de ideas y teorías referidas a la búsqueda de esa sociedad.

La última utopía aparecida en el febril pensamiento de Occidente es la globalización –hoy seriamente cuestionada, pero inexorablemente aplicada– como receta para todos los males que aquejan a la humanidad, lo que permitiría así el logro de sus más caros anhelos. Estaríamos así, según sus corifeos, a las puertas de una era de plenitud económica. Este pensamiento nace de la conjunción de las ideas de ciencia-técnica-progreso con las viejas esperanzas de Occidente de marchar hacia la tierra de promisión y de volver a los orígenes sin mancha.

A través de los organismos económicos internacionales se recurre a recetas como la interdependencia mundial de la economía y los mercados, las privatizaciones, al desguace del estado, etc., como la nueva medicina para alcanzar una economía saneada y por consiguiente una sociedad próspera. Para ello se procura por casi todos los medios: publicidad, medidas gubernamentales, programas económicos, para que los hombres se transformen en agentes de producción y consumo. Aconteció así el fin de los remanentes del estado de bienestar y desarrollo ponderándose las bondades y ventajas de la nueva economía y del mercado. Sin embargo, existen problemas económicos sin resolver y los dirigentes mundiales, frecuentemente, están completamente desorientados y confusos.

Wallernstein considera que en los últimos doscientos años han existido tres etapas bien definidas en la evolución política del mundo. La primera desde 1789 hasta 1945 con la Revolución Francesa como expresión ambigua de la Ilustración, con masas empobrecidas a las que en los siglos XIX y XX se les dio el derecho de sufragio, un cierto estado de bienestar y su unificación bajo consignas nacionalistas, de forma tal que se las desvió del poder y del gobierno. El poder y la participación política que por la democracia seguramente obtendrían, terminó desdibujándose en un horizonte sin esperanzas. La segunda etapa a partir de 1945, cuando los Estados Unidos, la mayor potencia liberal de la post-guerra, y la URSS se reparten el mundo, dando comienzo así la etapa de la búsqueda de la consolidación y acrecentamiento del desarrollo.

Cuando ocurre el Mayo francés en 1968, afirma este autor, a poco de su extinción nace un irracionalismo económico que no solamente significó el fin de los esquemas de desarrollo, sino que también desnudó las limitaciones políticas del liberalismo. Ya que el mismo no es más que una estrategia oportunista, quedando en claro que la riqueza del norte es en buena parte una transferencia de la riqueza y plusvalía del sur, que unidas a la enorme deuda externa de esta región ha llevado a la crisis del sistema. Complicada aún más por la situación económica actual de los Estados Unidos y Europa. *Consideración posterior a la edición de la obra de Wallerstein*.

Por último, la tercera etapa comenzó con la desaparición del Imperio Soviético como consecuencia de la caída del comunismo [5], sistema político en el cual ya nadie creía. Así la mayoría de los países del mundo abrazaron o fueron obligados a aceptar el dictado de la ideología sobreviviente: el liberal-capitalismo y la democracia plutocrática. Casi con certeza podemos afirmar que este mundo globalizado no es la panacea para la humanidad, ya que la economía y los mercados están en la picota a consecuencia de sus imprevisibles o ¿fomentadas? crisis económicas. Toda esta situación ha sido producto de una excesiva valoración de la economía. La globalización que fue causa de su vertiginoso ascenso, es también factor del descenso hacia la inestabilidad económica que hoy vivimos.

En la encíclica *Centesimus Annus* Juan Pablo II, al referirse a la situación que se produjo como consecuencia de la caída del comunismo, considera que la debacle del socialismo no puede interpretarse como el triunfo del liberalismo ni tampoco considerar a éste como la única alternativa válida a nivel económico. "La Iglesia no tiene modelos para proponer. Los modelos reales y verdaderamente eficaces pueden nacer solamente de las diversas situaciones históricas, gracias al esfuerzo de todos los responsables" [6]. "Para este objetivo la Iglesia ofrece, como orientación *ideal e indispensable*, la propia doctrina social" [7]. Con estas consideraciones se expresó el Papa al referirse a los acontecimientos ocurridos en Europa Oriental, como consecuencia de la caída de la Cortina de Hierro. Sostenía el Sumo Pontífice que además del socialismo y el liberalismo debe existir otra postura que supere esa antinomia. Sin

5 Cf. Wallerstein: op. cit., pp.95-125.
6 Juan Pablo II, *Centesimus Annus*, pp.79-80.
7 Ibid.

embargo, la Doctrina Social de la Iglesia no constituye ni puede ser considerada como una teoría político-económica que conforme una alternativa válida entre marxismo y capitalismo.

Haciendo caso omiso de la polémica que en su momento desató la opinión papal, creemos que es necesario recurrir a los ejemplos que la propia historia nos brinda.

El capitalismo comienza a gestarse embrionariamente durante la Edad Media, aún antes de su declinación y que asomara la Modernidad en el horizonte de la historia. Sobre todo cuando en el cristianismo penetra la influencia del espíritu ávido de riqueza de la burguesía. Recibe un fuerte espaldarazo cuando la economía, que estaba sujeta, pasa a transformarse en una economía orientada exclusivamente por el lucro y la avaricia. La avidez por la riqueza es un fenómeno que nació desde que el hombre comenzó a comerciar, al respecto recordemos la mala fama que tenían de los antiguos mercaderes mediterráneos. Si bien en la Antigüedad la economía estaba basada en normas distintas de sí misma –culturales, religiosas, jurídicas– con el advenimiento del cristianismo se produjo la conjunción de éste con la cultura grecorromana y así el Derecho Canónico ejerció su influencia moderadora sobre la economía hasta fines de la Edad Media.

Juan Calvino, que adhirió a la postura rebelde de Lutero, conformando más tarde su propia iglesia, afirmaba que el hombre próspero en los negocios terrenales estaba bendecido por Dios y predestinado a la salvación, constituyendo esta singular concepción tierra propicia para el capitalismo naciente. Por ello la prosperidad se erige en el valor dominante de la sociedad burguesa, pues ella cree más en el dinero que en la fe y los gobernantes, deudores del primero, reverencian el poder antes que la humildad y el bien común. Progresivamente y en la medida en que crecía el incipiente liberalismo, el mismo se va deslizando cada vez más hacia el despotismo. ¿Por qué acontece este fenómeno en una doctrina en que la libertad tendría que ser su más preciado bien y guía? Al respecto es interesante la opinión de Nietzsche acerca del liberalismo: "Las instituciones liberales dejan de ser liberales una vez conquistadas: después no hay peores enemigos de la libertad, enemigos más sistemáticos, que las instituciones liberales. Liberalismo significa hacer a los hombres animales de rebaño" [8] Ocurrió que las libertades y privilegios que fue perdiendo la nobleza fueron consolidando el poder absoluto de los reyes

8 Nietzsche, Federico, *El ocaso de los ídolos*, Buenos Aires 1998, p.74.

y éstos, a su vez, favorecieron a la burguesía. En escasos años y en razón de la interconexión que existe entre la mayoría de los acontecimientos políticos y religiosos con la economía, también ésta se transforma, haciéndose absoluta, y las teorías que sustenta se convierten en un nuevo decálogo. Porque el bienestar y el éxito económico adquieren un matiz religioso para la pujante burguesía europea. Y este espíritu conquista a los gobiernos, los que poco a poco dan prioridad a la razón de estado económica en detrimento de la libertad. En el aspecto confesional, de la buscada y pretendida tolerancia se terminó en la xenofobia religiosa y en las guerras que la misma produjo, ya que éstas se produjeron no sólo por razones religiosas, como es obvio, sino también por razones económicas.

John Locke, considerado por algunos como el padre del liberalismo político, en sus escritos acuña la consigna de "*Liberty and Property*" y en el continente –Francia– sus filósofos se encargan de difundirla. Adam Smith es recordado por su teoría de que en economía la política gubernamental debía limitarse a no intervenir en ella, facilitando que la misma desarrollase sus capacidades comerciales, el trabajo y el capital. Sin embargo, pocos recuerdan la contracara de estos principios, que fueron expresados por el propio Smith cuando critica la rapacidad y el excesivo espíritu de lucro de los mercaderes, considerando que ninguna sociedad será próspera y feliz cuando la miseria esté enseñoreada en la misma. Pese a estas opiniones, el sistema del economista escocés no deja de ser más que el ideal puritano proyectado en lo que podríamos denominar una ética económica, en donde el enriquecimiento se convierte en la causa de la actividad de los hombres, en la misma tierra éstos reciben las recompensas y los castigos de sus labores y desvelos. La riqueza para los buenos o trabajadores y la miseria para los malos u ociosos.

La Revolución Francesa, que constituyó uno de los numerosos hitos que pretendieron reescribir la historia terminó, sin embargo, realizando lo que había comenzado a gestarse durante las monarquías absolutas. En Francia, la desaparición de los remanentes del quebrado orden feudal que en algunas instituciones aún sobrevivían. En pocos años durante la última década del siglo XVIII se extingue la libertad de cultivo, el derecho de cercamiento y queda abolido el derecho de pastoreo. Se terminaron así las viejas servidumbres, pero a costa del empobrecimiento de las clases más desposeídas y el enriquecimiento de la burguesía rural.

El universo de la filosofía estuvo también influido por las ideas económicas. Para Kant la miseria de los pobres (encadenados por la indigencia)

y la de los ricos (dominados por su avaricia) constituye una situación que sobrepasa a unos y a otros, pudiéndose convertir en condición para el desarrollo de las facultades humanas. Hegel, otro fiel exponente de la ética protestante, elogia la santidad de la riqueza aceptando la desigualdad que la misma produce. Lo que nos permite comprobar que ambos filósofos, sin ser liberales, justifican del poder de la riqueza y la economía como una verdad incontrastable.

En el siglo XIX el liberalismo engendra a su más feroz oponente: el comunismo, que cuando alcanza el poder encarna el totalitarismo inmisericorde en su máxima expresión. Ya que poseyó el monopolio del poder político, económico, doctrinal y de fuerza como sostiene Fernández Sabaté, constituyendo una doctrina que destruye al hombre como persona y a la libertad como valor, entre sus muchos e incontables desaciertos, procurando por todos los medios que la humanidad pierda el sentido trascendente de su propia existencia en aras de la utopía de un reino terrenal definitivo y feliz.

André Piettre afirma que las civilizaciones nacen en la tutela y mueren en la esclerosis, lo que es similar a otra de sus concepciones. Que ellas nacen en lo sagrado y mueren en el estatismo. Parafraseando a este autor consideramos que en la economía ocurren fenómenos similares. Ya que generalmente las diversas formas de economía nacen en lo sagrado, alcanzan la libertad, abusan de ella y vuelven a lo sagrado. Sea la sacralidad estatal o de las teorías económicas que constituyen una novedosa y a la vez una antigua forma de hacer sagrado lo profano, como la constituyen las tendencias y doctrinas económicas post-modernas.

Puede reducirse todo esto una cuestión extremadamente simple. El pensamiento liberal post-moderno, en la mayoría de los acontecimientos que promueve o es actor, siempre procura algo muy concreto: el dominio del mundo mediante la globalización, estableciendo sin ningún escrúpulo o miramiento réprobos y elegidos, combatiendo por todos los medios a quienes considera sus enemigos naturales: la religión y el nacionalismo, tal como puede advertirse en aquellos que pregonan un nuevo orden mundial. Este orden preconizado y alabado profusamente no ha nacido ayer, sino que comenzó a gestarse a partir de los años setenta, aunque sus primeros antecedentes los hallamos a fines de la primera conflagración mundial. Se conformó en la década del setenta antes mencionada la Comisión Trilateral –América del Norte (Canadá y Estados Unidos), Europa Occidental y Japón– que pretende establecer ese nuevo orden

a través de un dirigismo mundial, desarrollado y sostenido por las empresas multinacionales, favoreciendo aquellas economías que resulten complementarias de las grandes naciones industrializadas, reservándose ellas las tecnologías modernas o de punta. Aunque actualmente, habría que considerar qué rumbo tomarán la Comunidad de Estados Independientes, China y otros estados. En ese orden muchos pueblos, naciones, por no decir continentes enteros, estarán sometidos al capitalismo monopólico empresarial. Se busca superar la soberanía y las fronteras de las naciones, todos somos habitantes de la aldea global pero no en igualdad de condiciones, sino que los hombres estarán al servicio de los dueños de las empresas y de la riqueza. La corrupción se ha transformado en un excelente método para minar los estados, los gobiernos y hasta la misma democracia. Así ésta, que es la menos imperfecta y endeble forma de gobierno y vida, se ha transformado en un sistema de dominio espurio y corrupto, que habiendo sido vaciado de su contenido ético tiende progresivamente al despotismo que pretende acabar con nuestra cultura y nuestra libertad.

Mucho se ha dicho y escrito sobre la muerte de las ideologías, pero debemos preguntarnos: ¿el trilateralismo no es una nueva forma de ideología? Incluso no es aventurado afirmar que éste consideró al comunismo como un socio, ya que para sus más conspicuos seguidores el conflicto real no era entre Oriente y Occidente sino entre los países desarrollados y los que no lo eran.

Por ello no es novedad que en ciertos círculos intelectuales, el comunismo fuese considerado en una perspectiva muy particular. Respecto de él, expresó Brzezinski: "El marxismo es una victoria de la Razón sobre la Fe [...] Representa una etapa vital y creadora en la maduración de la visión universalista del hombre" [9]. Augusto Del Noce expresa: "Es un hecho el que la revolución gramsciana del comunismo se encuentra con la evolución del capitalismo, la renuncia del comunismo a la mentalidad mesiánica coincide con la renuncia de la burguesía al moralismo. Se establecen así las condiciones para la integración del comunismo a la sociedad democrático-burguesa" [10]. Y como transcurre la historia en estos tiempos, no puede negarse la veracidad de lo expresado por Del Noce.

9 Citado en Enrique Laje, *El Nuevo orden mundial y el Cristianismo*, Buenos Aires 1992, pp.137-138.

10 Citado en Alfredo Sáez, *La Perestoika*, Buenos Aires 1991, p.103.

Hoy está completamente desnaturalizada aquella antigua cuestión que para la escolástica era fundamental, el significado del poder y de la fuerza. El primero, a través del gobernante y éste con el auxilio del derecho, debían ser herramientas para procurar el bien común. Por ello el poder político dependerá del derecho y éste, a su vez, de la justicia. Y la fuerza será el instrumento necesario para que dicho bien abarque a la mayoría de los hombres e instituciones, esta cuestión está totalmente olvidada y completamente desahuciada. Así nos encontramos que la política ha sido sustituida por una economía, prácticamente sagrada, exigente en la fe para sus dogmas e intolerante en la exigencia en el cumplimiento de sus mandamientos.

Los propósitos de establecer reinos terrenales de carácter absoluto son muy antiguos, y en ellos se advierte la intención, tácita o expresa, de conformar a un hombre nuevo, de recrear al mundo y establecer una historia consciente de acuerdo a criterios puramente humanos, escarneciendo la trascendencia del hombre. Esto constituye la exacerbación de la soberbia, nacida de aquel viejo engaño del Maligno que prometió "y seréis como Dios" .

La sociedad, la política, la economía y, en general, la cultura toda tienen su deuda con lo divino. Ya que la religión ha sido la condición histórica del origen y existencia del estado en Occidente, sostiene Guardini. Si aceptamos nuestra deuda con la religión, la misma existe, aunque esa acreencia se ha transformado radicalmente. Puesto que la nueva trinidad de materialismo-hedonismo-globalización constituye el nuevo dios profusamente adorado con la insensatez propia de aquellos que han puesto en el mundo todas sus esperanzas.

Asistimos hoy, en contraste, a la constante y continua prédica de la democracia, del derecho al voto y de los derechos humanos, para determinados grupos que responden a ideologías presuntamente superadas, pero siempre latentes. Sin embargo poca protección tiene el niño por nacer, la mujer es considerada como objeto sexual y se nos ha hecho olvidar el término libertad en su significación como valor, como si la misma fuese un concepto pequeño-burgués. Observamos la entronización de nuevos totalitarismos, que en nada se parecen a los que ya han existido en la historia de la humanidad. Aunque parezca anacrónica nuestra tarea, si efectuamos una recorrida desde el siglo XVII hasta los absolutismos y totalitarismos contemporáneos. Unos y otros gozan de buena salud, podemos comprobar que en este largo período histórico buena parte

de las teorías y doctrinas políticas concebidas en él han contribuido a la decadencia del mundo moderno.

Este proceso no comienza puntualmente con el advenimiento de la Modernidad, sino que se inicia en el hontanar del nominalismo. Ya que las teorías de Ockham fueron el inicio de la debacle filosófica de Europa y al existir en ésta una vieja tradición de enfrentamientos políticos y religiosos, los conflictos de esa naturaleza, previos a la Reforma, –Wycliff, Huss, Karlstadt– y ésta por el protagonismo de los reformadores, se manifestaron en corrientes de pensamiento que fueron llevando a los hombres al ateísmo, sobre todo por la conjunción del pesimismo político de Maquiavelo y el religioso-antropológico de Lutero.

Rommen efectúa un meduloso análisis acerca de los totalitarismos. Para él existe una vinculación entre aquellos y el humanismo antropocéntrico que, progresivamente, fue pasando de la laxitud religiosa al ateísmo. Como el resultado de una concepción en la que a Dios se lo aparta de la vida del hombre y éste, a su vez, se diviniza. Pero la divinidad humana rápidamente cede su lugar a la del estado, transformándose el mismo en totalitario, adquiriendo las características de un dios y la ideología que lo sustenta en una religión de la inmanencia. Ya que los totalitarismos vienen a llenar los vacíos de la religiosidad insatisfecha del hombre. Este planteo, lo podemos confirmar en la expresión de Nietzsche, "Casi dos milenios y ni un nuevo dios", ante el espectáculo de la decadencia europea de fines del siglo XIX.

El problema del totalitarismo continúa siendo una cuestión vigente, ya que sigue existiendo la vacuidad en el espíritu de los hombres y en el de nuestra cultura. Hoy más que nunca el ateísmo omnipresente pero con ribetes científicos, debemos aclarar, hace que ya no se crea en Dios, pero se han forjado nuevos ídolos que pretenden sustituirlo. Y todos ellos participan de una característica común: la inmanencia. Al respecto, es importante tener en cuenta el pensamiento de Antonio Gramsci. El mismo considera al marxismo, fundamentalmente, como un materialismo, así éste se convierte en una religión secular e inmanente.

La teoría gramsciana tiene un carácter totalitario y materialista que pretende desacralizar al hombre y al mundo, elevando al primero como una divinidad secular y pretendiendo acabar con la idea de Dios. Busca la generalización de una cultura secular e inmanente donde no existirá trascendencia alguna. Para su logro el Príncipe moderno –el partido–, también podría serlo la vacua democracia que hoy vivimos, como hege-

monía de coerción asegurará la laicización de la vida y las costumbres, para obtener una forma superior y total de civilización moderna, o sea el materialismo en toda su fuerza y esplendor. Para Gramsci no era imposible la conjunción del liberalismo con el socialismo, ya que las ideas límites del primero son las ideas mínimas del segundo. Esta afirmación permite comprobar que dentro de la inmanencia ambos caben. Colom y Mèlich sostienen que en la cultura post-moderna los mínimos han conquistado a los máximos, lo que nos permite inferir que más que conquista propiamente dicha, estaríamos ante la unión de las ideas liberales y marxistas que necesariamente se manifiestan en nuevas formas culturales y un nuevo "sentido común" que se pretende imponer. Es importante tener en cuenta el pensamiento de Molnar, que acertadamente expresa: "De tiempo en tiempo se esparce entre los hombres la creencia de que es posible construir una sociedad ideal. En consecuencia, comienza a tocarse a rebato a fin de que todos se congreguen a edificarla: el reino de Dios sobre la tierra. A pesar de su aparente atractivo, se trata de una fantasía delirante con la impronta de su lógica demencial. La verdad es que la sociedad está siempre inacabada y siempre en transformación, de suerte que en sus problemas clave no pueden ser resueltos mediante una ingeniería social. Pero para reconocer esta verdad el hombre debe conquistar, una y otra vez, su libertad. Mientras tanto, en los intervalos, sucumbe a ese sueño de una humanidad definitivamente petrificada en su orgullo planetario. Tal sueño –el utopismo– conduce a la negación de Dios y a la autodivinización –esto es a la herejía" [11]

Los totalitarismos del siglo XX, consubstanciación de estado y sociedad civil, han sido derrotados. Pero sobre sus cenizas se levantan victoriosas las empresas multinacionales como una de las nuevas formas de des-potismo, pero con la bendición económico-democrática que las hace aparecer como forjadoras de un mundo técnicamente perfecto cuando en realidad son un nuevo Leviatán sediento de poder. Curiosamente, la nueva consubstancialidad existente y que pretende imponerse –mercado y sociedad civil– está fomentada por ciertos estados y grupos de poder e interés que pretenden que perdamos nuestras tradiciones, nuestros valores y nuestra fe y de esta manera poder dominarnos más fácilmente.

Esta nueva forma de despotismo, camuflado con ropaje tecnológico y democrático, no es más que otro intento de edificar la ciudad terrena

11 Molnar, Thomas, *El utopismo, la herejía perenne*, Buenos Aires 1970, p.7.

que desde hace siglos se procura fundar definitivamente. Por ello no debemos olvidar que el destino final de los hombres es una Ciudad que pese a su intangibilidad es real, pero en este mundo será siempre peregrina. A poco del inicio del nuevo milenio muchos políticos, tecnócratas y economistas están convencidos de que las nuevas formas político-económicas han sido construidas para la eternidad. Cuando en realidad esas aparentes construcciones racionales no dejan de ser, en la mayoría e innumerables oportunidades, simples o complejos mitos que nos sojuzgan con la pretensión de que los hombres olvidemos nuestro destino trascendente.

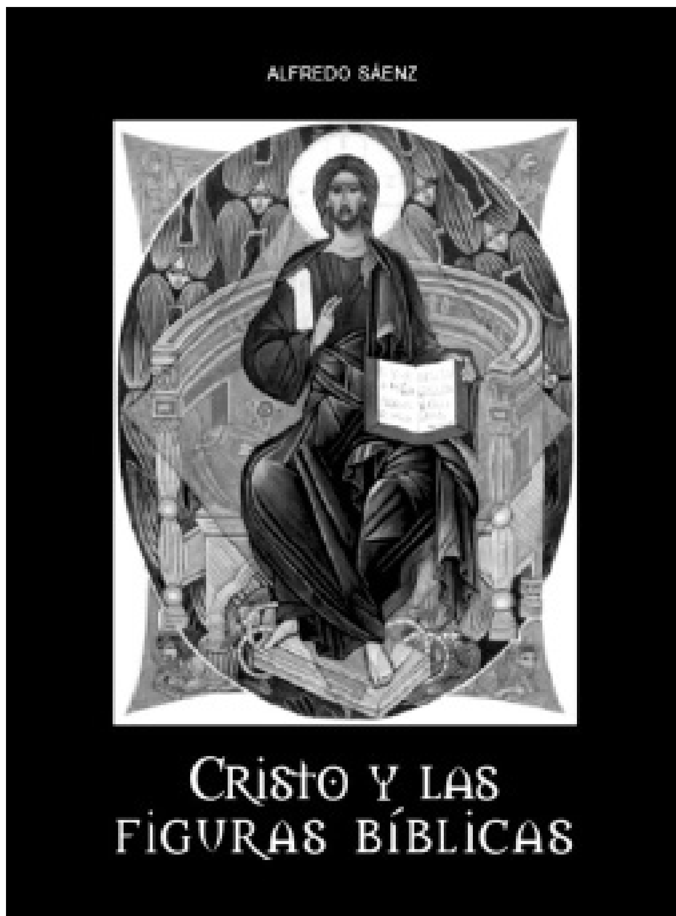
Hoy Occidente parece que viviera un sueño, o mejor dicho una pesadilla. Los países del Norte han construido una ciudad amurallada, como las que se describen en los relatos de ciencia-ficción. Ella es inmensa, dotada de todas las perfecciones de la ciencia y de la técnica, en donde cada vez más se está perdiendo el sentido de la humanidad, del sacrificio, de la solidaridad. Con poblaciones cada vez más viejas y también más egoístas, donde tres divinidades dominan la ciudad: el sexo en todas sus formas y desviaciones, la droga para satisfacer el sin sentido de la vida, y la riqueza, a la que se adora y se le rinde profuso culto a través de la religión de la economía.

Cada día más esta ciudad se va alejando del resto de la humanidad, sin comprender que difícilmente podrá sobrevivir en un aislamiento hedónico y egoísta. Desgraciadamente estamos regresando a las viejas situaciones que describiera Foustel de Coulanges.

Ya que no solamente hemos renegado del Dios verdadero, sino que también nos hemos construido ídolos de los que no somos hijos sino esclavos de la utopía de una sociedad opulenta y feliz.

NOVEDAD

REEDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA



ALFREDO SÁENZ

CRISTO Y LAS FIGURAS BÍBLICAS

Incluye

EL MISTERIO DEL TEMPLO Y LA CONSAGRACIÓN DEL ESPACIO

EL MISTERIO DE LAS FIESTAS Y LA CONSAGRACIÓN DEL TIEMPO

460 páginas

En torno a una cultura argentina *

Juan Luis Gallardo

El asunto que voy a desarrollar está sembrado de equívocos y de conceptos que requieren aclaración antes de avanzar a su respecto. Procuraré entonces ir dilucidando esos equívocos y formulando esas aclaraciones para arribar, finalmente, a un par de conclusiones razonables, aunque quizá no muy asertivas que digamos.

I

El primer punto a dilucidar consiste en establecer qué es la cultura. Los funcionarios de las reparticiones oficiales dedicadas al tema afirman que "cultura es todo", para dilatar así el área de su competencia asimilando la cultura a la vida. Con lo cual incluyen en el ámbito cultural los cuadros, los conciertos, la poesía, pero también las marchitas de las murgas en carnaval, los insultos de las tribunas domingueras y las inscripciones chanchas de los mingitorios ferroviarios.

A mí no me convence tal concepción de la cultura. Entre otras cosas porque las definiciones demasiado amplias no definen nada. Procuraré entonces ajustarme a un criterio más limitativo y más útil al efecto de aclarar el caso. Así empezaré por señalar que *el término cultura tiene origen romano y se vincula con el cultivo de la tierra, en su acepción agraria, chacarera*. Y, como los romanos eran gente seria, parece prudente analizar el sentido otorgado por ellos a la palabra, con intención de

* Conferencia pronunciada en el Centro de Estudios Universitarios el 1º de noviembre del 2011.

empezar a tratar el tema por el principio. Tarea que me animo a emprender fundado en el hecho de haberme criado en el campo, cerca de la estación Pirovano, partido de Bolívar, provincia de Buenos Aires, zona agraria si la hay.

Hemos de advertir, por lo pronto, que el cultivo de la tierra supone, siempre, trabajo, refinamiento. Y que aquel que no ha sido cultivado es campo bruto. Lo cual excluye del área de la cultura las manifestaciones que no sean producto del trabajo y el refinamiento. De modo que *cultura no es todo*.

Además, conviene reparar en que *nadie cultiva yuyos ni plantas dañinas* como el chamico, el abrepuño o el sorgo de Alepo. Detalle que viene a excluir las expresiones puramente espontáneas (yuyos) y muy especialmente aquellas que sean aberrantes (plantas dañinas).

Observamos asimismo que en todas partes del mundo se siembra y se cosecha en determinadas épocas del año. Y que las formas de labrar la tierra son análogas, de modo que los arados que empleaban los egipcios no eran muy distintos de los que utilizaban los aztecas. Circunstancia que informa sobre la existencia de una cultura universal, patrimonio de la especie y fruto del refinamiento del espíritu humano. Sin perjuicio de resultar la misma modificada por las singularidades propias de cada pueblo, de la misma manera que el clima y la calidad del suelo influyen sobre la agricultura de cada lugar del planeta, modificándola.

Resumo, entonces:

1) La cultura, siendo labranza, supone trabajo, refinamiento.

2) Como nadie labra la tierra para sembrar malezas o multiplicar plagas, excluye las manifestaciones puramente espontáneas o aberrantes.

3) Por cuanto los métodos de labranza son análogos en todo el mundo, se deduce que hay una cultura universal, patrimonio de la especie humana.

4) Sin perjuicio de ello, tal cultura universal se va especificando en virtud de la Historia, el genio de la raza, el temperamento y la geografía de los distintos países, hasta dar lugar a la propia de cada nación.

II

Asentado cuanto antecede, ha llegado el momento de preguntarse ¿se puede hablar de una cultura argentina, de una cultura nacional argentina? No lo sé. Al menos no lo sé con certeza. *Pues la nuestra es una cultura ambigua que, al principio, fue la de España y, después, una cultura mimética*, que procuró imitar las de Francia e Inglaterra. Pero ocurrió también que la cultura de España no la recibimos como un conjunto homogéneo que se mantuvo inalterable, sino que fue absorbiendo elementos locales que la modificaron (los rudimentos culturales indígenas, la influencia del clima y de la organización social) imprimiéndole perfiles propios (el barroco americano, la arquitectura colonial, el arte jesuítico). Y ocurrió también que esa cultura mimética que mencioné no fue completamente imitativa ni mucho menos.

Respecto a esto último resulta un ejemplo gráfico el de la llamada *Generación del 80*. Amada por los liberales o criticada por los nacionalistas. Y que, a mi entender, no debe ser amada ni criticada en exceso o, al menos, no debe ser ensalzada ni denigrada sin formular salvedades fundamentales. Y que, en lo que atañe a nuestro tema, es cierto que miró mucho a Europa pero también es cierto que resultó muy argentina y que tuvo una profunda preocupación por el país, reflejada en su obra y en sus obras.

Mi bisabuelo materno, Ignacio Pirovano, fue una figura representativa de la Generación del 80 (su biógrafo, el doctor Vacarezza, lo llamó "El Cirujano del 80") y hay que ver con qué fervor patriótico escribía desde París, donde perfeccionaba sus estudios, refiriéndose a adelantos científicos que anhelaba traer al país para contribuir a su progreso.

Pues bien, pese al carácter ambiguo de nuestra cultura, lo cierto es que *la Argentina imprime carácter* y eso se refleja en la producción cultural de sus hijos. Para ilustrar lo que digo suelo señalar que hay pocas cosas menos definidas que un pueblo de la provincia de Buenos Aires: la misma estación ferroviaria construida por los ingleses, las mismas casa de ladrillo visto alzadas por alarifes italianos, la misma municipalidad de estilo futurista, la misma iglesia vagamente neogótica, los mismos *paráisos* podados con saña, la misma estación de servicio pintada de escarapela (pintada ahora de *verdeamarelho* como la camiseta de la selección brasilera), la misma plaza con bancos de listones, centrada por el monumento a la madre, de Perlotti, las mismas calles barridas

por el pampero, el mismo club social y deportivo donde se toma vermouth y se apuestan novillos a la generala o al monte criollo. Sin embargo, digo, pese a la indefinición que caracteriza a un pueblo de la provincia de Buenos Aires, basta verlo para saber que se trata de un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Y lo identificaríamos como tal aunque estuviera plantado entre las colinas de Escocia o en las Landas de Aquitania.

Con nuestra cultura sucede lo mismo. Porque, en efecto, hay un cierto *estilo argentino*, aunque se trate de un estilo discreto, de medios tonos y convenciones tácitas. Pero característico y reconocible. Al menos en literatura y en pintura, que son disciplinas que conozco un poco mejor. La Argentina, repito, imprime carácter. Un carácter ambiguo y diluido pero peculiar. Que confiere incluso al extranjero o al hijo de inmigrantes que se afinca en esta tierra. Paul Groussac era francés. Y sus libros fueron bien argentinos. Fernández Moreno se educó en España. Macedonio Fernández y Roberto Arlt eran auténticos *recienvenidos*. Como Leonardo Castellani y los pintores Della Valle, Ripamonte, Collivadino o Quinquela, que se escribía Chinchela.

De modo que, pese a mis dudas, me inclino por admitir que haya una cultura argentina. Que se parece mucho a la misma Argentina, un país respecto al cual cabe preguntarse si ha terminado de fraguar como nación. Y, aunque indudablemente sea conveniente contribuir a que la Argentina fragüe como nación, respecto a la materia que estoy tratando quizá sea oportuno preguntarse si también es conveniente terminar de forjar una cultura argentina, reforzando sus características y acentuando su personalidad. A eso voy.

III

¿Conviene, en efecto, contar con una cultura propia, con una cultura nacional? ¿O, por el contrario, se trataría de renunciar a ello y, diluyendo perfiles propios, sumergirse en las aguas de una cultura universal, planetaria y uniforme?

Plantear esta disyuntiva no es una fantasía caprichosa, aunque lo parezca. Porque la posibilidad de que se consolide una cultura universal no sólo existe como planteo utópico y como fantasía literaria sino, especialmente, como contingencia planteada en los hechos, derivada de la perspectiva de aquello que se ha dado en llamar *La Aldea Global*.

Es verdad que, cuando Kissinger o Brzesinsky formulaban la posibilidad de un *Nuevo Orden Mundial,* no incluían la cultura dentro del mismo y hasta la excluían expresamente, señalando que el orden propuesto respetaría las peculiaridades propias de las diversas comunidades involucradas en él. Sin embargo, pese a tales salvedades, es evidente que un orden de alcance planetario, impulsado por potencias hegemónicas, inevitablemente traerá aparejada una creciente homogeneización cultural al difundir por el globo la cultura de la potencia rectora.

No es esto, insisto, una mera especulación teórica. Basta mirar en torno para verificar que el fenómeno está en pleno desarrollo. Escuchemos la música que oyen los jóvenes del mundo, sus ritmos, sus letras, los instrumentos empleados para ejecutarla. Observemos cómo se visten esos jóvenes, uniformados por sus *blue jeans,* sus zapatillas deportivas y sus gorritos de *pitchers.* Reparemos en el diseño de los carteles publicitarios, en el idioma de las frases destinadas a vender productos de consumo masivo. Y en la naturaleza de tales productos (hamburguesas, gaseosas, teléfonos celulares, series de televisión). Detengámonos en el novísimo idioma creado por la cibernética y difundido por Internet. Analicemos también expresiones más evolucionadas de la cultura, como ser las fórmulas políticas de acatamiento obligatorio, la concepción vigente de los Derechos Humanos, la tendencia a establecer verdades cuyo único fundamento sea estar basadas en el consenso. Todo lo cual nos estará indicando que efectivamente se está concretando la posibilidad de una cultura planetaria, cuyas principales características responden a la de las naciones que rigen el mundo. Y si no me creen, interroguen sobre el particular a los deudos del coronel Gadhafi.

Es verdad que, incluso en el Primer Mundo, se están multiplicando las protestas contra ciertas expresiones del orden planetario. Basta reparar en las multitudes que se declaran “indignadas” para comprobarlo. Pero dichas propuestas, por el momento, resultan caóticas y contradictorias, no estando siquiera en claro si pretenden un reemplazo de la situación vigente o desean más de los mismo, eso sí, con una mayor participación de los protestatarios. De *Mayo del 68* quedaron pocos rastros, pese a que sus consignas resultaban más inteligentes que las enarboladas actualmente.

Pero, en todo caso y fuere cual fuere la suerte que corran las rebeliones de los *indignados* y el tenor de sus exigencias, creo que sabemos de qué estamos hablando cuando nos referimos a las pautas de la Aldea Global. De modo que de lo que se trata es de formular un juicio de

valor a su respecto. O sea de opinar y tomar partido en cuanto a considerar buena o mala la perspectiva de un mundo uniformado conforme a las referidas pautas. Declararnos, en una palabra, partidarios o adversarios de ese tipo de cultura, expansiva y homogeneizante.

De tal toma de posición surgirá, *a contrario sensu,* la postura que hayamos de adoptar en lo que se refiere a la conveniencia de forjar o robustecer una cultura nacional, propia, y a las características que propongamos para la misma.

Si aceptamos la oferta cultural que se nos presenta para ser instalada en el mundo, no vale la pena esforzarse por contar con una cultura nacional diferente a ella. Si, por el contrario, nos desagrada esa oferta, el camino para oponerse a su expansión planetaria será robustecer una cultura propia. Cuyos rasgos habrá que delinear.

IV

Ante la disyuntiva expuesta prefiero la cultura argentina a la de la Aldea Global. Prefiero esta cultura nuestra, ambigua como un pueblo de la provincia de Buenos Aires y como la misma República Argentina, en contraposición a la cultura que va definiendo al Nuevo Orden Mundial. Que es una cultura de verdades contingentes y establecidas por consenso, de religiones intercambiables, de la fealdad admitida en el plano de las Bellas Artes, del encumbramiento de antihéroe, de la involución respecto a las reglas literarias, de abdicar la noble facultad de censurar ejercida por las autoridades civiles y religiosas, de la familia promiscua y acéfala, del matrimonio por un rato, de la abolición de las fronteras nacionales y, consecuentemente, de la virtud del patriotismo, del coraje presentado como machismo, de la autenticidad antepuesta a la autoexigencia, de la poesía sin música y de la música sin melodía...

Si esa es la cultura de la Aldea Global, no me cabe duda en cuanto a que prefiero la cultura nacional, la nuestra, la argentina… Pero, eso sí, en tanto resulte diferente y contrapuesta a aquélla.

Y aquí es donde surge una duda angustiosa: ¿resulta muy distinta la cultura argentina actual de la inherente al Nuevo Orden Mundial? Me temo que no. Y, aquejado por ese temor, arribaré a las conclusiones finales de este trabajo.

Cautelosamente, midiendo cada paso, procurando equivocarme poco, diría lo siguiente:

I. En contraposición a la cultura que informa el avance hacia un Nuevo Orden Mundial, conviene fortalecer una cultura argentina.

II. Cabe optar por ella conforme a dos motivos: a) por una razón de autenticidad, pues es la que respondería mejor a nuestra índole, a nuestro temperamento, a nuestra tradición, a nuestros paisajes y a nuestra Historia. b) por una razón táctica, pues ofrece mayores perspectivas de éxito librar la lucha en el campo circunscripto de la propia tierra que intentar hacerlo en escala internacional (es más fácil empezar por aquí, con ánimo expansivo).

III. Sin embargo se trata de fortalecer la cultura nacional en tanto resulte diferente y mejor que aquella difundida por el Nuevo Orden Mundial. Y, para ello, será necesario proceder a una cuidadosa selección de sus componentes, subrayando sus mejores aspectos y redefiniendo sus contenidos y propósitos.

Lo que propongo, en una palabra, es que tengamos el coraje de practicar un juicio de valor respecto a la obra de nuestros artistas e intelectuales, analizando cuanto tenga de rescatable y desalentando cuanto tenga de censurable. El coraje de señalar lo bueno y lo malo que tengan un libro, una película o un cuadro. El coraje de colocar una obra en el lugar debido. Que, en algún caso, podría ser el tacho de basura. Donde yo colocaría, por ejemplo, la producción de León Ferrari. ¿Es esto discriminar? Desde luego, ya que la discriminación es una de las facultades más eminentes que posee el espíritu humano. Y vuelvo al principio de esta exposición para justificar lo que digo: *el cultivo agrario no incluye criar yuyos ni plantas dañinas*. A los yuyos y a las plantas dañinas se las arranca. Y, con tal fin, hay que empezar por conocerlas e individualizarlas. Eligiendo entre el cereal y el chamico.

IV. Establecida la conveniencia de contar con una cultura propia y delineadas sus características, conviene dedicar un párrafo a aquello que, elusivamente, se ha dado en denominar *diversidad cultural de los pueblos originarios*. A la que sería preciso respetar, según surge de la nueva denominación impuesta al Día de la Raza.

Alcanzado este punto, es preciso advertir que nada tiene que ver la *cultura nacional* con la atribuida a los *pueblos originarios.* Porque la cultura argentina deriva de la traída aquí por España y no es tributaria de los rudimentos culturales indígenas. ¿Por qué son así las cosas? Sencillamente porque los indios, al llegar Colón, apenas habían superado

la Edad de Piedra, desconocían el lenguaje escrito, los rudimentos del Derecho y el uso de la rueda, amén de rendir culto a oscuras deidades sanguinarias que, en muchos casos, exigían se les tributaran sacrificios humanos.

Y ocurre que las culturas superiores absorben a las inferiores. Motivo por el cual una cultura derivada de la griega y la romana, y que florecería en el *Siglo de Oro* español, absorbió a la que hallaron los conquistadores al pisar tierra americana, tomando de ella sólo algunos detalles y matices.

V. Más o menos aclarado qué debe entenderse por *cultura nacional*, quiero poner fin a este trabajo señalando la responsabilidad que nos alcanza respecto a difundirla. Tarea que cabe considerar como un deber para los argentinos que hayan recibido de lo alto la vocación y la aptitud requeridas para actuar en el campo cultural.

Tal vez resulte oportuno recordar que poseer una vocación no es privilegio reservado a curas y monjas o, en todo caso, a médicos y periodistas como algunos suponen. Vocación tenemos todos. Cada uno la suya. Hay, en efecto, una vocación de sacerdote. Pero también una de soldado, de banquero, de poeta, de jugador de fútbol, de político, de campesino. Y de investigadora o de ama de casa. Que, sin ser incompatibles entre sí (hay investigadoras que son amas de casa y soldados que son poetas), indican las aptitudes de cada uno y constituyen un indicio claro de cuál es el cometido que la providencia les ha asignado.

De manera que, como corolario de cuanto antecede, se puede sostener que, efectivamente, los argentinos convocados por su vocación para ello deben consagrarse a la tarea de redefinir la cultura nacional y procurar su difusión. Obligación apremiante, encaminada a contrarrestar la marea perniciosa que se extiende por el mundo globalizado que nos rodea.

¿Qué perspectivas de éxito ofrece esta tarea urgente? No lo sé. Pero tampoco importa mucho saberlo. Lo que se nos pide es afrontarla, cada cual conforme a sus posibilidades, desde una posición ventajosa o desde un pequeño reducto, hablando, escribiendo, asumiendo el oficio de cómicos de la legua (de *saltimbanquis del pensamiento*, como definí alguna vez a quienes practicamos este arduo cometido). Y ello para evitar que se apague una antorcha que ha sido puesta en nuestras manos. Para que no se extinga el pabilo que humea. Así habremos cumplido nuestra parte. Que no es poco decir.

El escudo de la fe en Malvinas

A 30 años de la gesta

Nicolás Kasanzew

Desde el vamos, no tuve ninguna duda sobre el sentido profundamente espiritual, amén del histórico y político, que iba a tener la guerra de Malvinas.

Con cada día que pasaba, percibía con mayor fuerza que estabamos inmersos en una suerte de campo magnético, capaz de elevar las almas hacia lo sublime y eterno. Ya el 4 de abril creí advertirlo en algo a primera vista quizas irrelevante: mi colega y amigo, el "Loco" Daniel Mendoza, calavera de las mil y una novias, comulgaba con verdadera unción durante una misa de campaña en Puerto Argentino.

Después de la guerra, el conscripto Fabián Blardone, del Regimiento 3, me decía: "La fe era como un escudo. Desde el momento que me puse el rosario en el cuello, yo sabía que no me iba a pasar nada. Pero si me pasaba, si moría, sabía que iba a estar en gracia de Dios, porque habría muerto por la patria".

Que la religión cumplió durante la Gesta Austral precisamente esa función de escudo, me lo atestiguaron incontables combatientes.

Uno de ellos, Miguel Savage, conscripto del Regimiento 7 : "Estabamos en el pozo, aguantando la artillería, había muertos afuera, heridos adentro. Era un momento caótico, terrible, en cualquier momento moríamos. Yo agarré el rosario y entré a rezarlo a los gritos, entre las bombas. Y de golpe yo, y todo mi grupo, sentimos como una tranquilidad, algo mágico, una paz interior que nos daba la certeza de que ibamos a volver y que nuestras vidas iban a ser buenas. Fue algo muy lindo, sentimos a Dios bien cerca. Y nuestro pensamiento en ese momento era: "Dios, si Vos nos salvaste de esto, ahora en la vida te vamos a responder y te

prometemos ser fieles a la fe". Esa experiencia fue como una cachetada, para decirme: "Bueno, pibe, la vida tiene otro color".

Y aquel escudo no solo protegía del enemigo, sino asimismo de las pequeñas miserias de algunos representantes del propio bando. Como me lo pintaba Carlos Alberto Chiarlini, otro conscripto del 7: "Veíamos a un teniente que nos prepoteaba, a un sargento que no nos quería dar de comer y se guardaba la comida para si mismo. Y uno decía, ¿en quién confío? No tengo a nadie, el único que está es El… y bueno, me aferro a Él".

También se aferraban a Él en la hora de la muerte. El padre José Fernández, coordinador de capellanes de Ejército, fue testigo de ello. Estaba encargado de enterrar al último grupo de caídos argentinos, unos 30 muertos de la batalla final. Acompañado por el capitan Videla, llega al cementerio, donde ya lo esperaba el tanque británico Scorpion, provisto de una pala mecánica, que había cavado la fosa pedida por el capellán: de unos 15 metros de largo por 4 de ancho. En medio de la greda, el padre Fernandez dió el responso y les habló a los conscriptos que iban a hacer el penoso trabajo.

"Llorábamos todos –me relata el cura–. Los caídos estaban en bolsas de plástico, cuando se descubre una de esas bolsas, el capitán Videla se impresiona mucho y llama por señas al conductor del tanque: «Hey, mister!». El inglés baja y se acerca. Entonces, el capitán le muestra el cadaver y le dice por señas: «Mire cómo mueren nuestros soldados». Ahí miré yo también. Se ve que el muchacho, que tenía su rosario al cuello, en la agonía había llevado el crucifijo a su boca. Murió besando la cruz de su rosario".

El padre José Fernández fue la persona que mayor número de contactos personales tuvo con los combatientes, recorría incansabletemente las trincheras. Al conscripto Gustavo Luzardo, del Regimiento 7, le dejó grabada está imagen: "Recuerdo al padre Fernández, vestido de verde, su sonrisa, su consejo de amigo, sus palabras de consuelo. Sus frases inolvidables. «Tomá hijo, tu caramelo, para cinco minutos de dulzura». «Tomá, aquí está tu cigarillo, para un minuto de placer». Confieso que en el medio de la batalla, allá en el monte, cuando pensé que estaba perdido, comí uno de sus caramelos y encomendé mi vida a Dios".

El 24 de abril llegó a Malvinas el padre Jorge Piccinalli, un joven sacerdote voluntario. Enseguida me impresionó vivamente su rostro ascético, su fuerza interior, su misticismo. A lo largo de las jornadas se fue robusteciendo cada vez más en mí la convicción de que así, de esa

misma madera, debían haber sido los primeros mártires cristianos. Aunque tenía alojamiento en el Upland Goose, prefería dormir en el frente, en los pozos, cuantas veces podía. En una oportunidad en que compartí mi cuarto con él, me desperté muy pasada la medianoche y lo vi rezando fervorosamente de rodillas junto a su cama.

Más allá de lo que después le aconteció en la vida –tuvo una crisis, colgó los hábitos, se mudó a Italia, tuvo una hija con una rusa– recuerdo con afecto y admiración a Piccinalli, enfundado en su uniforme mimetizado, siempre junto a los combatientes.

Una de las primeras cosas que le oí decir fue que había llegado el tiempo en que la Argentina iba a tener verdaderos héroes. Ya no serían los futbolistas. No. Se trataría de héroes en el sentido griego de la palabra. El fue uno de ellos. El lunes de la rendición, cuando todavía seguía el combate, el padre Piccinalli estaba en la línea de fuego, entre los moribundos y heridos, con su fervor religioso, con su pureza de cura joven y corajudo, dando la extramaunción y confortando. Como durante todas las semanas previas, en las que el padre Piccinalli llegaba con su motocicleta Kawasaki Enduro de motocross hasta los lugares más alejados del perímetro defensivo, y bendecía a los soldados en medio de las inclemencias del tiempo y la metralla inglesa.

Las homilías del padre Piccinalli tenían la virtud de enfervorizar. Sus misas eran oficiadas con una devoción que pocas veces vi en otros sacerdotes. El domingo 25 de abril en el Town Hall, dijo:

"Las Malvinas, se han transformado, por la gracia de Dios en el corazón de la Nación. Aquí debe palpitar lo más puro, lo más noble, lo más sublime que tiene esta Nación católica... Nuestro pueblo argentino que es católico, porque es hispánico, porque es romano, hoy ha prorrumpido en la gesta de la reconquista de un territorio para la Nación. Nación que tiene como origen el cristianismo. Entonces nosotros, todos los que estamos acá, tenemos que sentirnos santamente orgullosos de pisar estas tierras, y quizá no seamos dignos de ésto. Es un gran honor, un inconmesurable honor estar aquí. Tenemos que ver esto como la gesta de la defensa de la Nación para Jesucristo. Tenemos que tomar en nuestras manos el Santo Rosario y confiar en la Santísima Virgen que siempre va a estar con nosotros. Porque esta patria ha sido consagrada a la Virgen de Luján. Y la Virgen de Luján y la Virgen del Rosario nos van a proteger, tenemos que estar seguros. Y ese rosario que hoy ustedes tienen en sus cuellos y también toman en sus manos, sepan que es el gran instrumento. Es la gran defensa porque es la defensa del espíritu

sobre la materia. Sabemos que el espíritu es absolutamente superior a toda materia. Por eso tenemos que confiar plenamente en Dios, plenamente en Cristo, plenamente en la Santísima Virgen, reina y señora de estas tierras de las Malvinas, que ya es tierra de la Argentina. ¡Qué así sea!”.

En Malvinas escuché a no pocos combatientes decir que agradecen directamente a la Virgen por su salvación personal. Muchos tambien le atribuyen a la Madre de Dios la sobrenatural protección brindada a la Base Aérea Malvinas. Hay un mapa de la zona del aeropuerto, realizado por el teniente Luis Edmundo Paris, de la Fuerza Aérea, que registra todos los impactos de bombas, misiles y obuses. La zona parece un colador, está acribillada en todos sus sectores, ¡excepto en la pista! Muchos soldados atribuían este verdadero milagro al hecho de que el 2 de abril el teniente coronel Seineldín hizo un pozo en la turba con la culata de su fusil, cerca de la cabecera de la pista, y allí enterró un rosario.

No he visto un solo argentino en las islas, militar o civil, que no llevara su rosario al cuello. El padre Fernández había traido a las islas diez mil de ellos. El número de medallas y estampas que las madres y las novias habían dado a los combatientes y que también repartían los capellanes, era incontable. En el hotel Upland Goose. donde se alojaba la mayoría de los capellanes, había un desfile incesante de combatientes que venían a pedirlos.

El acercamiento a la fe fue patente desde antes del bautismo de fuego del 1° de mayo. Después, se fue acentuando aún más. Y cuando la inminencia de la batalla final se respiraba en el aire, se detectaba en las facciones reconcentradas, en el endurecimiento de las miradas, también se reflejaba en un más marcado acercamiento a Dios. Hacia el final del asedio, el sábado 5 de junio, me decía Piccinalli –como lo había señalado ya en su homilía del 25 de abril– que no sabía si el pueblo argentino merecía ganarle a los ingleses. Esto fue al día siguiente del veto norteamericano al cese del fuego en la votación de las Naciones Unidas. La actitud de los Estados Unidos era el tema del momento en Puerto Argentino. Nadie se mostraba sorprendido ante ese veto. Es más, había una suerte de rabiosa satisfacción.

El padre Piccinalli enfatizaba, presintiendo la derrota argentina: “La gran ramera apocalíptica que es la democracia norteamericana se ha sacado la careta. Ahora es sin tapujos, la OTAN contra la Argentina, y yo le rezo a la Virgen para que se repita la victoria de David sobre Goliath. Claro que quizá nuestro pueblo no es merecedor todavía de

un milagro así. No se ha purificado por el sacrificio y el sufrimiento, como el polaco, el húngaro o el ruso, pueblos mártires que son la verdadera esperanza de la humanidad. Pero yo rezo igual".

El misticismo se contagia, como se contagia el valor. Y eso depende de los jefes. Los del Regimiento de Infantería 25, por ejemplo, habían planificado retiros espirituales para la tropa que, en lo posible, debían llevarse a cabo en forma regular. El teniente coronel Seineldín, me decía cada vez que me encontraba: "Cuando vuelva, acuérdese que ustedes, los de la prensa, no estaban aquí para contar cómo abatimos un Harrier, cómo cayó la bomba y demás pavadas. Lo que hay que hacer cuando salgamos de acá, es volver con un mensaje para la creación de una nueva Argentina. Y la nueva Argentina debe ponerse a cumplir los designios de la Virgen, debe derrotar al «mundo» en sentido evangélico, debe ser una Argentina cristocéntrica".

Y ese Regimiento 25, con esos jefes, soportó sin pestañar un mes y medio de bombardeos continuos, sin que su moral trastabillara. Yo vi a sus soldados de 18 años impasibles, caminando sin apuro durante las alertas rojas, como si fueran fogueados veteranos. Por otra parte, varios de los oficiales que en esta guerra cobraron más notoriedad por su arrojo, pertenecían justamente al 25: Roberto Estévez, Carlos Daniel Esteban, Juan José Gómez Centurión...

Muchos encontraron a Dios recién en las Malvinas, como aquel teniente de Aviación de Ejército que se decía ateo y que, luego de protagonizar los combates que se sucedieron a partir del desembarco inglés, le confesó al padre Fernández que había vuelto a la fe cristiana. Hubo muchos casos de soldados que pedían ser bautizados, como por ejemplo, Dante Rubén Velázquez del Batallón de Logística 10, de Villa Martelli. El jefe de la unidad, teniente coronel Trías, fue su padrino, en tanto que el padre Fernández le administró el sacramento. "Madrina no conseguimos –me comentaba el cura– porque las *kelpers* católicas son muy pocas y porque tampoco hubieran aceptado".

Durante las misas celebradas al aire libre en las islas, en más de una oportunidad se produjeron bombardeos, pero los sacedotes no interrumpían el oficio religioso. En una de ellas, en uno de los montes del otro lado de la bahía de Puerto Argentino el altar en que oficiaba el capellán naval Ángel Mafezzini estaba formado por tres cajas de municiones. Súbitamente estalla una bomba a poca distancia: "¡Estan pegando cerca!'", grita un soldado. Pero como el cura no interrumpe la misa, nadie se mueve. Y se siguen elevando las plegarias al cielo, ahora al son de las deflagraciones.

El hecho de que la fe en Dios haya ayudado a tantos a fortalecer su resolución y hasta a salvar la vida, de que haya servido como escudo protector, no es en realidad nada insólito. Porque hasta los manuales del ejército de los Estados Unidos, (ejército que, por cierto, no peca de exceso de espiritualismo), enseñan que la voluntad de sobrevivir se mantiene por medio de la fe en Dios y a través de la oración. Y además, dicen estos mismos manuales, que la pérdida del deseo de sobrevivir puede remontarse en muchos casos a una falta de fe en Dios y en el poder de la oración.

Tan grande y espontánea era la manifestación de fe entre los argentinos, que el obispo inglés, monseñor Daniel Spragoon, a pesar de su posición contraria a la reivindicación argentina, no podía ocultar su desconcertada satisfacción. Por primera vez desde que fuera fundada, la iglesia de St. Mary estaba repleta de bote en bote todos los domingos. Y sus nuevos feligreses, infantes de marina, policías militares, aviadores, comandos, no solo rezaban con devoción, rodilla en tierra, no sólo comulgaban con lágrimas en los ojos, sino que cantaban toda la misa. No, evidentemente éstos no eran como los Royal Marines, monseñor…

Por regla general, todos apelamos a Dios recién cuando las cosas se ponen espesas. Lo cual no deja de ser una actitud hipócrita y oportunista. Por eso me pareció digna de admiración la valentía y honestidad de las que hizo gala en este respecto el vicecomodoro Alfredo Abelardo Cano, jefe del temerario Escuadrón Hércules durante la guerra.

Fredy había hecho tercero, cuarto y quinto año nacional pupilo en el colegio Don Bosco de Bahía Blanca y eso lo marcó para siempre. Aunque no se mantuvo como católico práctico, nunca dejo de rezar un Padrenuestro y tres Avemarías. Sin embargo, la guerra lo sorprendió alejado de la religión y si bien –como me confió– tuvo ganas de pedir piedad por sus pecados a Dios Nuestro Señor, no lo hizo por honestidad intelectual y "para no pedir la escupidera en un momento en que me convenía. Sí, volví para quedarme, un par de años después: ahí me confesé con el capellán del Hospital Aeronáutico y cambié de vida".

En cuanto a mi propia persona, fui a Malvinas teniendo ya firmes convicciones religiosas, inculcadas por mi madre, gran devota de la Virgen, pero creo que allí esa fe se consolidó aún más. Es que para muchos de los que estuvimos en la turba, la protección de la Madre de Dios se percibía como un hecho concreto de la vida cotidiana. Si hasta la experimentaron conscriptos que no habían sido educados en ninguna religión, como por ejemplo, Rubén Brodsky, del Regimiento 25.

Este médico radiólogo me confió que en Malvinas tuvo “una clara sensacion de que, más allá de nuestro esfuerzo personal para protegernos, sobrevivimos demasiados, en proporción al enorme bombardeo a que fuimos sometidos, y gracias a la intensa actividad pastoral de mi amigo Vicente Martinez Torrens, sacerdote salesiano, pude comprender que debía de existir una fuerza superior a nosotros y esa fuerza bien pudo haber sido la Virgen, así lo vimos y así lo vemos muchos combatientes, de modo que hay una gran deuda de honor para con Ella y es por eso que vamos a entronizarla en nuestro Bosque de los Veteranos en la ciudad de Coronel Suarez”.

Otro combatiente, Walter Donado, decía: “Yo no soy creyente, pero en una situacion tan límite, si querés volver, debés tener fe en algo superior. Por eso rezaba cada mañana un Ave María y un Padrenuestro a la noche. Y volví”.

Sin embargo, en determinados casos, los horrores de una guerra pueden tambien mellar e incluso destruir la fe en Dios. Sobre todo, si no hay cerca alguien capaz de poner las cosas en claro.

El viernes 11 de junio, aproximadamente a las 15:30, dos aviones Harrier se acercaron en vuelo rasante desde el sur, pasando por sobre las posiciones del Batallón de Infantería de Marina 5 y lanzaron sendas bombas sobre el cuartel de Moody Brook. Con mi camárografo Alfredo Lamela, alcanzamos a flmar ese ataque en el que murieron tres soldados conscriptos: Mosto, Rodríguez e Indino. A Mosto, particularmente querido por todos, le decían “el curita”, era un verdadero santo que cuidaba, curaba, protegía y catequizaba a sus camaradas, como si fueran sus hermanos menores, ya que él, estudiante de medicina, era de una clase más antigua y había ido de voluntario.

Su jefe, el mayor José Rodolfo Baneta, sale del cuartel malherido y conmocionado por las explosiones, al igual que el soldado Fogolini, a quien el conscripto Fernando Papasodaro lleva al hospital. Baneta está cubierto de escombros y blanco como la cal. Acto seguido le informan que tres de sus hombres perecieron. A él, que había prometido a sus subalternos llevarlos a todos de vuelta con vida!

En ese momento Baneta ve al padre José Fernández, yendo camino a las posiciónes del Regimiento 7, y le grita: “Cura, tu Dios es un H de P!”. El sacerdote se acerca a Baneta y le inquiere: “Mi mayor, ¿por qué me dice eso?”.

El oficial está fuera de sí: “Se lo digo, porque estaba con ellos en la misma posición y a mí me deja vivo, y a ellos, que eran unos ángeles, se los lleva. ¿Por qué no me llevó a mí y los dejó a ellos?”

Y el cura le responde: “Es muy sencillo, se los llevó a ellos porque eran unos ángeles, y lo deja a usted, que es el verdadero H de P, para que siga sufriendo”.

Y sigue caminando hacia la otra posición. Baneta se queda sin habla. Tiempo después, me confiaba: “Ese curita, pero curita con mayúsculas, tenía razón! ¿Quién era yo para juzgar al Tata Dios? Con sus dichos, me puso en situación nuevamente”.

Al día de hoy, cada vez que José Baneta se acuerda de sus tres ángeles, se le llenan los ojos de lágrimas.

Uno de esos ángeles, Carlos Mosto, merece un capítulo aparte. Tenía los ojos verdes y el pelo muy rubio. Flaco y alto, con sus 23 años acababa de terminar el servicio militar, que había hecho con prórroga por estudios. Estudiaba medicina en la Universidad Nacional de La Plata y marchó como voluntario: ocupó el lugar de otro. Entre todos los estoicos conscriptos del estoico mayor Baneta, destinados en Moody Brook, este muchacho de Gualeguaychú se destacaba por su prestancia, simpatía y generosidad. Siempre trataba de ayudar a otros soldados, aunque no fueran de su unidad: se empeñaba en hacerles curaciones, levantarles el ánimo, pasarles café, alimentos, muchas veces sin siquiera conocerlos y sin obligación alguna, tan solo para hacerlos sentir mejor.

Tambien se destacaba por su religiosidad. Bastaba que el padre Fernández pasara por las inmediaciones del cuartel, para que Mosto y su grupo lo instaran a rezar allí un rosario. “Me daban fuerza ellos a mí, más que yo a ellos”, me confiaba el capellán.

Siempre de buen talante, Mosto empero, sabía que estaba signado, que iba a morir.

A principios de 1984 conocí a su madre, cuya entereza me sorprendió y conmovió. No había en ella resentimiento alguno.Le pregunté si tuvo sentido la muerte de Carlitos, y me respondió sin hesitar: “Por la Patria y por Cristo bien valía la pena morir. Yo respeto su decisión, él fue como voluntario y murió por su ideal. Todos tenemos que creer eso: que las Malvinas son nuestras. Y estando ellos allá, con más razón”.

Clara de Mosto me mostró las cartas que le escribía su hijo desde el frente, y me señaló: “En todas ellas yo podía leer, entre líneas, que él se estaba despidiendo, que nos estaba preparando para su muerte y nos dejaba su testamento”.

Carlitos escribía: “Vieja, no reces por mí, porque yo estoy con Dios, rezá por las madres y las novias inglesas, que nunca van a ver llegar a

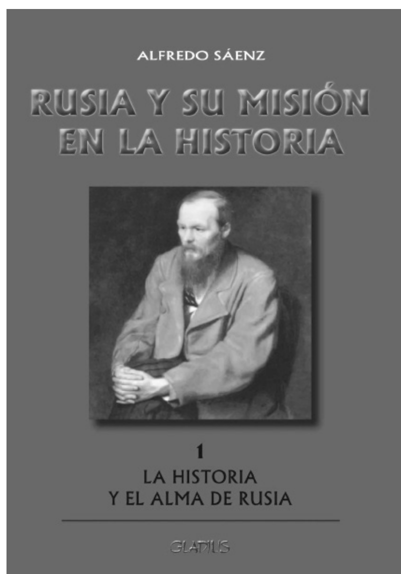
sus hijos y sus novios... Yo, cuando llegué acá, me puse en las manos de Dios y que se hiciera en mi la voluntad de Él, no la mía. Lo único que yo le pedí fue que le enseñara a mis viejos a vivir sin mí... Estoy muy orgulloso de estar acá, estoy orgulloso de mi jefe, el mayor Baneta, orgulloso de ser de los primeros en ver un 25 de mayo flamear mi bandera en las islas, nunca la había visto tan linda, como la veía ahora... Mami, estoy de guardia, escribiéndote desde un manantial de una belleza incomparable y pienso: ¿por qué no podemos vivir en amor?... Mirá, tengo un francotirador, que cada vez que salgo, me tira. No le he visto la cara y no se la quiero ver. Porque no quiero odiar a nadie. Los hombres no saben vivir sin odiar, no saben vivir en el amor. Pedile a Dios que los ilumine... Viejo, no rezongues por la plata, seguí ayudando a Caritas, que es lo único que te va a dejar algo valioso... Ayer recibí el Evangelio que les había pedido, ahora soy feliz porque estoy completo. Tengo la Palabra y se las leo a mis camaradas... Doy gracias a Dios de ser como soy y poder levantar a mis compañeros... Recen para que esto se termine, porque yo veo las cosas mal".

El 7 de junio habló por teléfono a su casa. Sus últimas palabras fueron: "Mami, estén siempre unidos y recen mucho". El 11 lo mataron.

Carlitos despreciaba el peligro, no escondía la cabeza. Una vez más, haciendo caso omiso de la alerta roja y de las órdenes de Baneta, había ido a llevar café a un pozo de zorro. Y fue ahí que lo sorprendieron los Harriers.

El testamento del soldado Carlos Mosto trasciende a su familia, apunta en realidad a todos los argentinos de hombría de bien.





ALFREDO SÁENZ

RUSIA Y SU MISIÓN EN LA HISTORIA

Tomo 1. La historia y el alma de Rusia

270 páginas

Tomo 2. La experiencia soviética y la supervivencia de Rusia

560 páginas

Rusia en la obra del P. Alfredo Sáenz

Mario Luis Descotte [1]

> *Los años pasan. Las generaciones se suceden, y lo que unos sabían, los otros ignoran o ya no saben bien. Es, pues, necesario de tiempo en tiempo volver a contar desde el principio los hechos del pasado.*
>
> Manuel Lizondo Borda
> historiador tucumano del siglo XX

Breve introducción

Es un buen motivo de júbilo comentar el nacimiento de un libro, o su oportuna reedición. Tal vez haya algo de cierto en unas palabras que escuché de labios de un filósofo sabio: los libros de filosofía se escriben pero no se leen. Nos asalta la inquietud: ¿Ocurrirá lo mismo con todos los libros?

Yo por mi parte he asumido una buena ración del mensaje y de la advertencia de Giovanni Sartori, el autor de *Homo Videns*. Insistó, una y otras vez, inclusive aquí en Buenos Aires, que seríamos partícipes de un cambio radical en la genética humana, esto es que frente al *homo sapiens* estaríamos en la aurora de otro tipo de hombre, el *homo videns*, que no es ya el fruto de una ingeniería humana calculada, como alguna vez se soñó y se obró –y que de paso es el corazón del libro a presentar– sino el resultado, la culminación de una mutación cultural. En efecto *el homo sapiens*, nos dice el profesor italiano *comprende sin ver...* Por su parte, en cambio, *este nuevo homo videns , ve sin comprender,* incapaz

1 Presentación del libro del Padre Alfredo Sáenz: *Rusia y su misión en la historia*, Buenos Aires, Gladius, 2011, 2 tomos., Librería Leonardo Castellani, Capital Federal, 11 de agosto de 2011.

de ejercitar la abstracción y de captar las ideas, el mundo de la cultura, e incluso de pensarse a sí mismo [2].

Sin embargo aquí y allá está el libro, que, como decía Jorge Luis Borges, es una *extensión de la memoria y de la imaginación*. Abrigo la esperanza de su descubrimiento, en cada tramo silencioso del diálogo intemporal entre un lector y un autor. Tal es el camino que nos llega desde Homero a nuestros días. Es menester reinvindicar el lugar del libro en el alma de nuestros contemporáneos. Cada libro... un descubrimiento...

2 Giovanni Sartori: "¿Tiene futuro la democracia?", en Ñ, Revista Cultural, Clarín, Buenos Aires, 13 de noviembre 2004, Año II. Vale la pena transcribir partes del artículo:

"[...] estamos viviendo un cambio de la genética humana radical: estamos pasando –me he acostumbrado a decir– del "homo sapiens", producido por la cultura escrita basada en palabras, a un "homo videns" en el cual la palabra es destronada por la imagen... Sí, destrozada...

"Democracia, demos, poder, constitución, libertad, Estado, soberanía, legitimidad, derecho, son palabras abstractas que remiten a un pensar por conceptos que comprendo sin ver, sin verlos. Por lo tanto, todo el saber del homo sapiens se desarrolla en la esfera de un *mundus intelligibilis* (de conceptos, de concepciones mentales) que no es de ninguna manera el *mundus sensibilis*, el mundo percibido por nuestros sentidos. El punto importante es el siguiente: que el impacto del telever, del videovivir, invierte el avance de lo sensible a lo inteligible. La televisión produce imágenes y borra los conceptos y así atrofia nuestra capacidad de abstracción, y con ello el concebir y toda nuestra capacidad de comprender.

"En el homo videns el lenguaje conceptual (abstracto) es sustituído por un lenguaje perceptivo (concreto) que es infinitamente más pobre.

"*El homo sapiens comprende sin ver, el homo videns ve sin comprender.*

"Por otra parte, y peor todavía, lo visible nos aprisiona en lo visible. Para el hombre que ya ni lee siquiera los diarios, para el hombre lisa y llanamente vidente, lo no visto no existe. Y esta amputación es realmente colosal.

"Las funciones cerebrales de la especie humana están modificándose a causa de la televisión, el homo sapiens está extinguiéndose y emerge el homo videns [...] El acto de "telever" está cambiando la naturaleza del ser humano. *¡Nos encontramos en un momento de mutación!*

"En estos últimos 3000 años, aprehendimos el mundo mediante la lectoescritura alfabética, es decir, con abstracción, conceptos abstractos, símbolos [...] Esto cambia radicalmente con la televisión: aparece el video-niño, novísimo ejemplar del ser humano educado en el "telever", antes de saber leer y escribir.

Las estructurales cerebrales de ese ser humano van a ser distintas: se pierde capacidad de abstracción y se retorna a otra más animal, meramente vidente. De entender sin ver (letra impresa) retornamos al ver sin entender (televisión). ¡Ver no es conocer! [...] El conocer verdaderamente se despliega por entero más allá de lo visible. Ver el mar no es conocerlo. La abstracción nos lleva al H2O. ¡Eso sí es conocimiento pues nos permite controlar y transformar las cosas!". El libro de Sartori es: *Homo Videns, La Sociedad Teledirigida***,** Buenos Aires, Taurus, 1998.

Los estudios ruso-soviéticos en la Argentina: la obra de Alberto Falcionelli

Pues bien lo que nos congrega esta noche es la reedición de la obra del Padre Alfredo Sáenz: *De la Rus'de Vladímir al "hombre nuevo soviético"*. Nada más propicio para pensar el siglo XX, que, entre otras cosas, fue el siglo de la URSS, el siglo soviético por autonomasia. Aunque también fue el siglo de EE.UU. Y entre ellos, toda una etapa de "Guerra Fría" que terminó tiñendo los distintos ropajes de la centuria.

Es un antecedente insoslayable del libro del Padre Sáenz la obra tesonera e inteligente de uno de los hombres más cultos que he tenido en suerte conocer y admirar: Alberto Falcionelli. Nacido en 1910 en Francia terminó recalando en la Argentina al concluir la Segunda Guerra Mundial. Periodista de raza, agudo observador comprometido, su itinerario intelectual aún espera ser redescubierto y lo más importante, releído. Se ancló en mi provincia, Mendoza, y en la Universidad Nacional de Cuyo ejerció una docencia universitaria inolvidable para los alumnos de entonces. Allí alumbró dos obras claves de la historia ruso-soviética escrita en el mundo hispanoamericano. Me refiero a su voluminosa y documentada *Historia de la Rusia Contemporánea. Primera Parte. Las Ilusiones del Progreso 1825-1917*, editada por la Facultad de Filosofía y letras de la Universidad Nacional de Cuyo en 1954. Unos años después aparecía en España su *Historia de la Rusia Soviética 1917-1957*, Ediciones Acies, Madrid, 1959. No me cabe duda que uno de los acontecimientos culturales más importantes del interior argentino de los años 50 fueron estas obras nacidas en una joven universidad nacida en 1939. Formó parte de una generación innovadora que aportó las bases de la cultura de Mendoza de la segunda mitad del siglo XX. Fue uno de sus más preclaros maestros, que espera ser redescubierto...

Falcionelli fue Profesor de Historia Contemporánea en la UNC hasta 1973. Su producción creció en los años 60 y 70. No debe olvidarse su incisiva obra: *De Marx a Brezhnev. La "sagrada familia", 1844-1975*, editada en Chile en 1975. Destaco su *Manuel Histórico de Sovietología,* de 1984. Se mantuvo joven de espíritu hasta el final. A mediados de los años 80 el padre Sáenz y quien escribe confluíamos en su departamento dela calle Paraguay a deleitarnos, junto a su inolvidable Elsa, con este testigo privilegiado del siglo XX. Se despedía con los generosos préstamos de libros, tan presentes en la bibliografía del que vamos a presentar y en mi libro sobre el estallido del mundo soviético que publiqué varios años después.

Debo agregar que considero a Don Alberto Falcionelli el mejor puente entre Rusia y la Argentina. Mi deuda con él es inmensa. Me hacía recordar un testimonio de uno de los rusos más interesantes, Dmitri Lijachev, residente del Gulag en las islas Solovsky, sobre el mar Blanco: "la cultura es hecha por los hombres que nos rodean".

Por otra parte, es justo añadir la labor de la señora Irina Astrau, a quien conocí, en su otoño final, pues sus artículos durante décadas en *La Nación*, sobre literatura soviética y de modo especial, la llamada "disidencia intelectual", hizo mucho por ampliarnos nuestra visión de aquel mundo. Recuerdos dos de sus libros: *La verdad de Solyenitsyn* y *Literatura Rusa. Del Príncipe Igor al Archipiélago Gulag.*

Los orígenes del libro *De la Rus' de Vladímir al "hombre nuevo soviético"*

En 1985 Alberto Caturelli hacía un balance de la vida intelectual del Padre Alfredo Sáenz. Asombra su dilatada labor. Formado por los Padres Jesuitas, ya que ingresó al Noviciado de la Compañías de Jesús en 1949 y obtuvo su Licenciatura en Filosofía en el Colegio Máximo de San Miguel. En 1962 se ordenó de sacerdote y posteriormente arribó a Roma. En efecto, en la Universidad Pontificia de San Anselmo hace su tesis académica y se doctoró en Teología con especialización en Sagrada Liturgia,

Al regresar al país, se dedica a una honda tarea de enseñanza, de formación de seminaristas. Yo lo descubrí a través de su texto su "Santa Teresa y nuestro tiempo" de la revista *Universitas*, que inspiraba Monseñor Derisi en la joven Universidad Católica. Pero sin duda su alma está íntegra en dos revistas claves de la cultura católica de la segunda mitad del siglo XX: *Mikael*, del Seminario de Paraná y *Gladius*, de larga vida ya... Junto a sus innumerables artículos no es tarea menor la recensión de libros que, tras décadas, nos recuerdan esas palabras de las Sagradas Escrituras: por la palabra pensada se ve el corazón del hombre...

Pero vamos a la opinión que importa, la de Alberto Caturelli vertida en su estudio aparecido en *Gladius* titulado "La Obra de P. Saénz", que concluye diciendo: "Está en medio del "buen combate" paulino y, por eso, ya ha producido una obra notable que dará sus frutos en la Argentina actual" [3]

3 Alberto Caturelli: "La Obra del P. Sáenz", en *Gladius*, n 7, Año 3, n 7, Navidad 1986 p.146.

El insigne filósofo cordobés nos alertaba antes: "El escriturista, el patrólogo, el teólogo y, sobre todo, el pastor y el educador que coexisten en el P. Alfredo Sáenz, alcanzan su plenitud en lo que creo su obra más madura, más extensa y más hermosa: Su libro sobre «la fisonomía espiritual del sacerdote de Cristo» al que ha intitulado, con palabras del Sumo Pontífice, *In persona Christi* (1985). Este libro también podría llamarse «teología y mística del sacerdocio». La lectura de esta obra produce la inmediata impresión del fruto maduro, de la espiga en sazón y, en ella, se dan la mano, en unidad viva, el especulativo y el maestro, el contemplativo y el formador de otros Cristos... Confieso –dice al final– que las páginas de *In persona Christi* no sólo han satisfecho mi inteligencia, sino que me han llegado al corazón" [4]

Pero hay algo más que nos brinda el pensamiento meditado del Dr. Caturelli. Leamos, pues: "La obra escrita del P. Alfredo Sáenz... se nos presenta no como un término, sino como una suerte de comienzo. A partir del actual estado de su obra, *podemos y debemos esperar un nuevo comienzo.* Tengo la impresión de que acabo de exponer los frutos primeros, como los higos tempranos, las brevas, de la higuera bíblica, esperamos los frutos más abundantes y sabrosos que serán como los higos tardíos. La higuera prospera en terreno pobre y pedregoso como el mundo y hasta hostil como nuestro mundo de hoy, pero, cuando está bien alimentada, como en este caso, produce frutos abundantes" [5]

Podemos y debemos esperar un nuevo comienzo. Son palabras de 1985. Gorbachov llegaba al poder en la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Vivíamos los tiempos del Dr. Alfonsín y nada hacía prever un fin de década con la llegada de un riojano a la presidencia o aún más, que nos esperaba la Revolución de 1989 en la Europa Oriental y la caída del Muro de Berlín, el fin de la Guerra Fría, y tantas realidades más que terminaron configurando el mundo de nuestros días.

El P. Sáenz, entre tanto, descubre Rusia y la belleza esplendorosa de los iconos. Viaja y conoce la URSS. Estudia, da conferencias o cursos que son la semilla de sus futuros libros. Justo allí coincidimos en un Curso sobre la Rusia y la URSS en San Rafael. Transcurría 1988. En General Alvear, al final de una disertación, fui interrogado por eso nuevo de entonces: la perestroika... y la glasnost.Yo venía influído hasta la médula de mi alma por el fenómeno de la "disidencia" en la URSS y

4 Ibidem, pp.138 y 146.
5 Ibidem, p.145.

la Europa Oriental y por las figuras, entre otros, de Alexandr Solzhenitsyn y Andrei Sajarov. Otra coincidencia eran nuestras visitas al viejo maestro Alberto Falcionelli.

Y con las primeras chispas de la Revolución de 1989 el P. Sáenz nos sorprendía dando a luz este libro que hoy reedita Gladius.

Una mirada a la vastedad de una obra

¿Qué decir del libro de Rusia sobre el Padre Sáenz? Lancemos algunas ideas rectoras que nos pueden orientar. En primer término que ha cristalizado en un libro de historia contemporánea, en un esfuerzo –magnífico– de síntesis, desde los orígenes hasta casi nuestro presente.

El origen del libro es por demás especial: su interés por la belleza del ícono. Conocía ese otro pulmón de la Iglesia y comenzó, también, a respirar por él. El libro es, pues, el origen directo de su otra obra eslava: *El Icono, esplendor de lo sagrado.* Es su continuación lógica, natural. "Puede decirse que toda la Patrística y un número muy importante de teólogos rusos desfilan y son asimilados para la formulación de esta estética sacra del P.Sáenz. En el fondo se desliza la doctrina patrística sobre el hombre mismo como icono, como luz escondida y misterio insondable en cuanto es participación analógica del Icono infinito", nos dice Caturelli [6].

6 Alberto Caturelli: *Historia de la Filosofía en la Argentina 1600-2000*, Ciudad Argentina- Universidad del Salvador, Buenos Aires, 2001, p.917. En esta obra volvió sobre el P. Sáenz para dejarnos esta nueva síntesis harto valiosa: "Si tuviera que sistematizar su extensa obra de una treintena de libros y numerosos artículos podría distribuirlos en cuatro temas. *Escritura* (figuras bíblicas, escritos juveniles y, ahora, sus muy maduros y sabios seis volúmenes de comentarios a los Evangelios), *Patrología* (obra sobre San Máximo de Turín -tesis doctoral en la Gregoriana-, sobre San León Magno, 1982), *Teología* (libros sobre la Santa Misa, la Eucaristía y, sobre todo, *In persona Chrristi,* uno de los mejores)... El cuarto tema es la *Filosofía* que también incluye libros sobre la experiencia del mundo y la historia contemporánea. Este es el aspecto que debe ocupar mi atención. Comenzaré por el problema del fin de la historia inviscerado en su libro –fruto de sus visitas a Rusia soviética y postsoviética– *De la Rus'de Vladímir al 'hombre nuevo'soviético...* cuyo subtítulo lo dice todo: "la misión providencial de Rusia" que el P. Sáenz cree ver a través del sufrimiento redentor del pueblo ruso, en consonancia con filósofos rusos. En el plano de la teología y de la filosofía de la historia ha analizado, en *El fin de los tiempos en seis autores modernos* 1996), el pensamiento de Dostoiewski, Soloviev, Benson, Thibon, Pieper y Castellani. Al mismo tiempo, si la historia es hoy preocupación fundamental, tiene que serlo también la situación del hombre contemporáneo que aparece en *El nuevo orden mundial en el pensamiento*

Nos dice: "Desde siempre me había fascinado «el tema ruso» pero fue sobre todo a raíz de un estudio que estaba realizando sobre el sentido teológico de los iconos y la teología de la belleza". De civil, desembarca en octubre de 1985 en la URSS. Su encuentro con ese inmenso imperio que ya estaba en agonía, aunque no lo supiéramos, dejó sus huellas.

Vamos a lo esencial de sus páginas. Por de pronto hay que advertir dos grandes vertientes, divididas por la Revolución del siglo XX, que no fue otra cosa que la ocurrida en San Petersburgo en octubre de 1917, cuando la utopía alcanzó el poder con Lenin, Trotsky y Stalin.

Un gran esfuerzo lleva al P. Sáenz a bosquejar la primera vertiente, esto lo que llama las cinco Rusias, los cinco momentos que van desde la cristianización, en 988 dc, las tierras de la Rus con el príncipe Vladímir hasta los tiempos de Stalin. Es el telón de fondo histórico donde se mueven las fuerzas políticas, sociales y, por sobre todo, los fundamentos espirituales y culturales de los rusos. En efecto, una estimulante incursión sobre "el alma rusa" apoyado de modo especial en el incitante libro de Walter Schubart *Europa y el alma de Oriente*... y su esquema sugerente. Y una larga meditación, que es toda una valioso resumen histórico y teológico de la iglesia rusa.

La segunda fuente es la vida y rostro de la Revolución en la URSS, desde su primer aliento a casi sus postrimerías. Aquí se afinca otro esfuerzo del P. Sáenz. Es otro título, otro galardón, pero de una ciencia extinguida: la sovietología. Nos agrada esta mirada argentina, crítica, pero atravesada por el amor a Rusia, que revela la riqueza del teólogo, oficiando de historiador... Veamos, pues.

---

de Fukuyama... cuyo proyecto considera un "remedo simiesco de la Cristiandad" (p.124), una suerte de trasfondo doctrinal opuesto al "nuevo orden mundial" es la idea de Cristiandad que Sáenz ha desarrollado en su obra *La Cristiandad y su cosmovisión* (1992). Por fin, el más filosófico de sus libros es *El hombre moderno, Descripción fenomenológica* (1998) en el cual analiza la carencia de interioridad, el desarraigo, la masificación, el igualitarismo y otros caracteres del hombre de hoy expresados sintéticamente por el naturalismo radical, el inmanentismo filosófico y la consiguiente pérdida del sentido de la existencia... y el florecimiento de las "falsas espiritualidades"... Esta situación, ciertamente trágica, sólo deja como posible el camino heroico de la restauración metafísica y teológica del hombre. La reflexión del P. Sáenz sobre el hombre alcanza cierta culminación tanto en su obra El ícono, *esplendor de la verdad* (1991) como en su libro sobre *Siete virtudes olvidadas* (1998)" (pp.916-917).

El telón de fondo: las cinco Rusias, el alma de Rusia y el rostro de la Iglesia y la cultura rusa

Para adentrarse en los orígenes de Rusia hay que registrar la irrupción de los eslavos en la historia, tras la caída del imperio romano de Occidente, en la cuenca del Pripet, actual Ucrania. La primera Rusia, la Rus'de Kiev, recibe el poderoso influjo de la cultura bizantina y la acción de los varegos, esos escandinavos que unen el Báltico con el Mar Negro, a través de los grandes ríos, acaudillados por el legendario Rurik. Junto a este origen varego nacen ciudades como Novgorod y Kiev. Época de reyes: Oleg, Igor, cuya esposa Olga sería la persona que intenta introducir el cristianismo en Rusia.

Ya han pasado los tiempos de la acción evangelizadora y cultural de los dos copatronos de Europa: Cirilo y Metodio, quienes traducen una buena parte de las Sagradas Escrituras al eslavo.

La figura clave que detiene al P. Saénz es el rey Vladímir, fundador de la primera Rusia y artífice de la conversión de su pueblo, a orillas del río Dniéper, hacia el 988.dc. Mil años después, la celebración del milenario, con Gorbachov en el poder, fue más que simbólico, como también fueron significativas y operantes las encíclicas adel Papa eslavo, Juan Pablo II, avivando brasas de la memoria histórica, deliberadamente ocultadas. Es singular el camino del paganismo al cristianismo de este rey Vladímir, atraído por la belleza. Recibió emisarios, y envió los propios al Islam, al judaísmo, a Alemania y a Constantinopla. El impacto que produjo la Basílica de Santa Sofía y el culto en Constantinopla deja este texto: "No sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra... No existe sobre la tierra ninguna belleza, ningún esplendor comparable, no encontramos palabras para describir lo que vimos y oímos. La única cosa que sabemos es que allí Dios reside entre los hombres".

El P. Sáenz descubre aquí el origen de la idea de la alegría y de la belleza inherente al culto divino, reflejo, sin duda, de la alegría y belleza de Dios. Por eso añade: "Los primitivos eslavos paganos... tuvieron acceso a un orden natural de cosas expresado en términos de belleza. Esa fue su primera visión del cristianismo, y dicha visión quedaría grabada para siempre en el alma del pueblo ruso. Donde está la belleza ¡y semejante belleza! no puede menor que estar la verdad. He aquí por qué, desde sus comienzos, la Iglesia greco-rusa fue un culto, una liturgia, mucho más que una enseñanza"

Vladímir encabezó una gran labor evangelizadora, tanto en el ritual, en la erección de Iglesias, como la dedicada a la Santísima Virgen en Kiev, y al nacimiento de un clero autóctono. Cristianizó, duplicó la superficie rusa y, en pocas palabras, puso las bases de una civilización rusa. Todo ello lo eleva a la categoría de un arquetipo nacional. Tras su muerte la figura central de la Rusia Kieviana fue Iaroslav el Sabio, que gobierna de 1019 a 1054, y lleva a esta civilización a su cenit. Su obra fue ingente. Un código de leyes, "La Verdad Rusa", colegios, fundación de pueblos, una asidua relación diplomática con Occidente y una obra magna que perdura: la Catedral de Santa Sofía, que visitamos con el Padre Sáenz en nuestro viaje de 1993. Por otra parte brota la vida monástica, y como bien escribe Zenkovsky en su *Historia de la filosofía rusa*: "Los monasterios eran el centro de la vida espiritual de la antigua Rusia... La "verdadera vida", según una creencia popular, transcurría en los monasterios. Razón por la que tanto se esttimaban "los peregrinajes a los lugares santos" [7]. Recordemos la peregrinación de Soloviev y Dostoievsky a Optina Pustin, otro centro de la Rusia espiritual de la segunda mitad del siglo XIX.

Ahora bien, esa civilización de Kiev era frágil, como toda civilización, como le gustaba decir a Paul Valery, aunque él agregaba que todas eran mortales. La muerte de la primera Rusia se asocia a la figura de Gengis Khan (1155-1226), quien puso las bases del dominio mongol en Rusia. Cancela, violentamente, la Rusia de Kiev e inaugura la Segunda Rusia, la cual, escribe el autor, "se aisló de la Cristiandad, de cerró al Occidente. Fue la primera de las «cortinas de hierro» de su historia. El aislamiento se volvió hermético [...] Y quemaron esa santa ciudad con toda su hermosura y riqueza [...] y no quedó hombre vivo [...] Todos murieron. Todos habían apurado la misma amarga copa hasta las heces. Y ni ni tan siquiera hubo alguien que pudiera llorar a los nuestros. Y esto aconteció a causa de nuestros pecados" [8]. Tal la descripción de un cronista de la destrucción de la ciudad de Riazán, en el río Oka. El monje italiano P. Carpini fue enviado por el Papa a la corte del Khan Tártaro, en 1246,

7 B. Zenkovsky: *Historia de la filosofía rusa*, Eudeba, Buenos Aires, T. I, p.31.

8 Cit. por Robert Wallace: *Orígenes de Rusia*, Folio, Barcelona, 1996, p. 57.Es explicable que otro cronista ruso, al paso de una de las tantas invasiones a una ciudad, exclamara: "no quedó ningún ojo abierto para llorar a los muertos". J. Saunders añade: "Los cronistas hablan de «nubes de tátaros», aproximándose a la ciudad, y sostienen que el ruido de los carros, los bufidos de los camellos, los relinchos de los caballos y los salvajes gritos de guerra de los atacantes se alzaban tan imponentes que llegaban a sofocar las conversaciones de los sitiados", J. Saunders*: La conquista mongólica,* Eudeba, Buenos Aires, 1973, p.70.

tras la invasión. Escribió después: "Los tártaros habían cercado a la ciudad de Kiev y después de un largo sitio tomaron la capital rusa. Los habitantes fiueron aniquilados, de ahí los tártaros salieron para robar, saquear y devastar toda la tierra rusa, de manera que cuando la atravesábamos, encontrábamos en las estepas desiertas multitudes de cráneos y esqueletos. La ciudad de Kiev, que había sido opulenta y tenía muchos habitantes, se vio reducida a nada, no le quedaban más que doscientas o trescientas casas, cuyos habitantes fueron sometidos al esclavaje".

La dura experiencia de los mongoles fue concluida por la tercera Rusia, la de los príncipes de Moscú, ciudad, nombrada por primera vez en las crónicas en 1147. Ella reunificará las tierras rusas y hacia finales del siglo XV terminará con el servil vasallaje a la Horda de Oro.

El renacimiento ruso fue, pues, obra de los príncipes moscovitas, herederos de Daniel, el hijo del legendario Alexandr Nevsky, de Iván Kalita, etc. Aquí irrumpe la magna figura de San Sergio de Radonetz (1315-1392), un ser de una enorme estatura espiritual. Inspiró la creación del Monasterio de la Trinidad. Dio "forma y nobleza al monacato ruso". El P Sáenz remata con esta frase: "Rusia tiene un corazón místico: el Monasterio de la Trinidad y San Sergio". Y, además, nos dice también, encendió "en el alma de Rusia la decisión de liberarse de los opresores mogólicos".

Un hecho de incalculable trascendencia para Rusia fue la caída, en 1453, de Constantinopla en poder de los turcos otomanos. Fin del milenario imperio bizantino, que, sin embargo, les dejaba dos aportes político-religiosos. A saber: la fe ortodoxa y la idea de misión. Religión y nacionalidad van a transitar muy unidas inextricablemente. Sáenz perfila esta evolución en la labor de Iván III e Iván IV. Con ellos se pasa del principado al Estado y luego se preparan las bases territoriales de un imperio entroncado con la antigua Roma. Las raíces del zarismo... de César... y de allí al concepto de Moscú: tercera Roma.

Iván III (1462-1505) en 1480 niega el tributo a la Horda y en pocos años toma Kazán. Trae a arquitectos y artistas italianos y por sobre todo urde su casamiento con la princesa Zoé Paleóloga, residente en Roma junto al Papa. Rusia asume una misión político-religiosa: la continuidad e integridad del imperio y la defensa de la ortodoxia. Aquí está el famoso texto del monje Filoteo que cristaliza la idea de Moscú como Tercera Roma: "observa y comprende, Zar misericordioso, cómo todos los imperios confluyen en el tuyo, cómo dos Romas han caído y la tercera permanece y no habrá una cuarta". [9]

9 Cit. por: Riccardo Picchio: *La literatura rusa antigua*, Losada, Buenos Aires, 1972 , p.156.

Iván IV (1533-1580) usa, ahora sí, el término Zar, de César. Con él los rusos se lanzan a una enérgica campaña hacia el Este: Kazán, Astracán, el curso del Volga se les abre a su comercio, cruzarán después los Urales, para conquistar Alaska, que algunos han comparado con la conquista de América, que los lleva a merodear la futura costa oeste norteamerica, antes hispánica...

Iván IV da cima al absolutismo centralizado del poder político. Tras su muerte adviene un período de crisis o "*smuta*", de ingerencia polaca, para entrar en el siglo XVII con el nacimiento de la cuarta Rusia, la de San Petersburgo. En efecto, en 1613 irrumpe en la historia rusa la dinastía de los Romanoff, con el Zar Miguel, que se prolongará hasta terminar asesinada en Ekaterimburgo, cuando los bolcheviques recién arribados al poder asesinan a Nicolás II, el último Zar, y a toda su familia.

El P. Sáenz se detiene en dos figuras claves de la modernidad rusa: Pedro el Grande (1682-1725) y Catalina II, la Grande ((1762-1796). Ellos dominan, sin lugar a dudas, el horizonte histórico ruso, tanto por sus medidas internas, violentas, revolucionarias, como por su expansión imperial.

Sáenz advirte bien en Pedro el Grande al fundador del moderno imperio ruso. Al fortalecer al ejército y la flota, pudo alcanzar dos metas geopolíticas claras: el Báltico y el Caspio. Por eso escribe: "El Báltico y el Caspio llegaron a ser los dos grande puertos de la Rusia de San Petersburgo, el primero para su comercio con Occidente, y el segundo, para su comercio con Oriente. Entre uno y otro se extendía el eje económico del Imperio: el curso del Volga".

Esto suponía dejar Moscú y fundar una ciudad de la nada: San Petersburgo [10]. Es todo un símbolo de cara al nuevo siglo que comenzaba

10 Cfr. Henry Troyat: *Pedro el Grande,* Emecé, Buenos Aires, 1980. Allí dice sobre la fundación de San Petersburgo: "Una ciudad que será enteramente su obra [...] Admirador de los holandeses, quiere, como ellos, domesticar el elemento líquido. San Petersburgo será la réplica rusa de Amsterdam.Una ciudad sobre pilotes, atravesada de canales, dividida en islotes, un puerto en medio de tierras esponjosas [...] Al edificar San Petersburgo lanza un desafío a la naturaleza. Y, al mismo tiempo, al pasado de Rusia. San Petersburgo es lal anti-Moscú. Pedro detesta la antigua residencia de los zares, su clima continental, sus tradiciones seculares, sus supersticiones locales, sus intrigas de corte, su espíritu oriental, atrasado y arisco a la vez [...] Si quiere volver su patria hacia el futuro, él tiene que" abrir una ventana" al mar, al Occidente. Es así cómo San Petersburgo, aglomeración surgida de la nada, arbitrariamente concebida y autoritariamente desarrollada, no será simplemente una ciudad más en el mapa de Rusia. Encarnará el deseo de renovación de un zar que rechaza la herencia de sus padres [...] La construcción se inicia sin plan preciso y se continúa intermitentemente,

y en plena “*crisis de la conciencia europea*”, como llama Paul Hazard a esta etapa coincidente con el reinado de Pedro el Grande.

Sáenz define a Pedro I como el primer tecnócrata dela historia. Toma una medida clave para la evolución de la vida religiosa rusa: la supresión del Patriarcado, y su reemplazo por el Santo Sínodo, que duró hasta 1918. “Ya no habrá más Iglesia Rusa sino Iglesia del Estado ruso, que no es lo mismo. Se pasa así de la Iglesia nacional a la Iglesia del Estado”. El Zar es pues la cabeza de la Iglesia. Pedro, entonces, comenzó pronto a elaborar la lista de los nuevos obispos, sometió al Estado los bienes eclesiásticos, disminuyó el número de sacerdotes.

Catalina II, a su vez, tan enamorada de las luces, fue “discípula de Montesquieu, corresponsal de Voltaire y protectora de Diderot”, en la pluma de Sánez. Podría haber agregado la figura de un americano, Francisco de Miranda, quien buscó amparo en su Corte… La francmasonería ingresa en Rusia importada de Inglaterra. Catalina atacó la Ortodoxia y generó un divorcio entre el poder y el pueblo, que rechaza sus ideas. Por supuesto que continuó el fuerte impulso poblacional que los llevó hacia Alaska, vendida en el siglo XIX a EE.UU.

La pincelada del siglo XIX es harto breve para nuestro gusto. Es un siglo que, para Rusia, es invertebrado, carece de unidad, pero, sin embargo, ofrece en su segunda mitad un apogeo cultural extraordinario. Se inaugura con Alejandro I (1801-1815), Nicolás I (1825-1855), Alejandro II (1855-1881) Alejandro III (1881-1894) y, por fin, Nicolás II (1894-1918). Leamos al P. Saénz:

> Hagamos un balance del siglo XIX. Desde el punto de vista moral, sus emperadores son los mejores que haya tenido Rusia, pero su historia

---

al azar de los caprichos del soberano [...] Las intemperies, el escorbuto, la disentería ataca a esta multitud andrajosa que pulula en torno a los andamiajes. Cada día se apilan nuevos cadáveres en la fosa común [...] Se hacen levas de campesinos [...] Arrancados de sus aldeas, de sus familias, se los lleva desde el primer momento hacia canteras donde deben trabajar bajo vigilancia de soldados armados [...] Para justificar su empresa Pedro se dice a sí mismo que el arte de la arquitectura es comparable al arte de la guerra [...] Sin embargo, los diplomáticos aseguran que en toda la historia de la guerra no se puede hallar una batalla tan mortífera como la construcción de San Petersburgo. Hablan de cien mil muertos [...] innegablemente San Petersburgo se levanta sobre un osario. Los verdaderos pilotes de la ciudad son las osamentas de los obreros que han perecido para que allí se levante magnífica, por encima de las aguas [...] El viejo Moscú [...] baja ya la cabeza. En 1713 la ciudad de San Petersburgo es designada capital. Al año siguiente cuenta ya con 34.550 habitantes”(pp. 160-166)

> es trágica. La era se inaugura con un asesinato, el de Pablo I, y se cierra con una matanza... la Iglesia se hallaba sin cabeza [...] Hasta el final del régimen, los rusos supieron distinguir a la persona del Zar de su mismo régimen [...]
>
> Desde el punto de vista cultural, el siglo XIX es para Rusia lo que el Renacimiento fue para Italia, lo que el Siglo de Oro para España [...] Rusia exhibe en este siglo una extraordinaria riqueza: el pensamiento de un Soloviev, la música de un Mussorgsky, el arte de un Gógol. Dostoievski es típicamente ruso como Shakespeare es inglés y Calderón español [...] La obra de Pushkin [...] es un compendio de la Europa moderna y medieval. Especialmente el movimiento cultural y político de los eslavófilos en oposición al espíritu de los occidentalistas, calcadores de Europa, implica un resurgir auténtico de los grandes valores tradicionales rusos.

Pero también nos advierte Sáenz cómo en dicho siglo otra Rusia se estaba incubando en el extranjero: "una Rusia revolucionaria, materialista, una juventud que aceptó el materialismo en sus tres formas: económica, histórica y científica. Pero como esa juventud era rusa, lo apuró hasta sus últimas consecuencias, hasta el nihilismo", nos repite Sáenz siguiendo al inefable y apasionante Gonzague de Reynold, cuyo libro *El Mundo Ruso* es una obra que difícilmente envejezca.

Una voz profética rescata el P. Sáenz, es la de José de Maistre, quien estuvo de 1805 a 1817 como representante del rey de Cerdeña. Conoció a fondo a los rusos, a quienes amaba, y llegó a escribir:

> *¿A dónde va ese imperio? A la revolución.* Pedro fue el asesino de su nación... La despojó de sus vestidos, de sus costumbres, de su carácter, de su contemplación, de su religión [...] La revolución que se anuncia superará en mucho a la Revolución Francesa: hay que prepararse para una gran revolución de la cual la que acaba de terminar (según se dice), no era más que el prólogo [...] Nunca encaro este tema sin una especie de temblor en el que hay una buena parte de ternura [...] Si algún Pugatchev de universidad viniera a ponerse a la cabeza de un partido, si alguna vez el pueblo fuese excitado y empezara, en lugar de las expediciones asiáticas, una revolución a la europea, no hallo expresiones para deciros lo que podría temerse [...] *Rusia es un gran espectáculo que yo no contemplaría jamás sin amor y sin terror.*

El Pugatchev de universidad nació hacia 1870. Fue Vladímir Ilich Ulianov. Se lo conoció por Lenin. Con él y los bolchevique, nutridos

con las enseñanzas de Marx introducidas por Plejanov en las últimas décadas del siglo XIX, entraremos en la Revolución del siglo XX, la soviética, esto es la quinta Rusia, o mejor, la URSS. Pero no nos adelantemos.

La obra que estamos comentando incursiona en dos aspectos íntimamente relacionados: el alma rusa y la evolución de la Iglesia Rusa. Para Sáenz los rusos entran en el arquetipo del hombre "mesiánico", tal como lo describe Walter Schubart, esto es un ser que "no está animado por el afán de poder, ve en el hombre, no al enemigo, sino al hermano, y en el mundo no la presa, sobre la cual precipitarse, sino la materia que espera ser redimida y santificada". Difiere de los otros arquetipos, es decir, el hombre armónico, el heroico o prometeico y el ascético. Si el primero (el griego de tiempos de Homero o el cristiano del mundo medieval) se finca en la contemplación del mundo, el segundo en el dominio del mismo (el romano de la edad antigua o el europeo de la época moderna), el tercero, en su huída (los griegos neoplatónicos y los hindúes), el hombre mesiánico (los primeros cristianos y la mayoría de los eslavos) busca la santificación del mundo...

Pues bien, el alma rusa se distingue por notas que explica Sáenz con detenimiento: el influjo del medio geográfico y climático que hubieran agradado al mismísimo Montesquieu, la psicología extremosa y bohemia, de modo especial -me parece- ese dolorismo que se refleja en su capacidad de sufrir y compasión humilde, el peso de lo aldeano en el modelamiento del alma rusa, herido de muerte por ese corte brutal de la colectivización de Stalin de los finales de los años 20, a lo que se agrega su antirracionalismo, sobrenaturalismo, la religiosidad que impregna la cultura animi del ruso, y por fin, una tríada inseparable: nihilismo, mesianismo y escatologismo. Todo modela un tipo de hombre que llegó al siglo XX.

Ejemplico con frases decisivas de un libro que obliga a pensar: "Bosque y estepa son el hábitat original del ruso [...] En la psicología del pueblo ruso tuvo influencia enorme el clima [...] extremado y seco, duro para el hombre. Este clima se define por sus contrastes agudos, su carencia de términos medios y su falta de *transición* [...] *La geografía han modelado al hombre ruso*. La infinitud de los espacios engendra "la divagación en el alma [...] *Rusia es el país de las ilimitadas posibilidades psíquicas*. El ruso pasa inmediatamente y sin motivo aparente de un estado al estado opuesto [...] Rusia [...] *el impulso hacia el extremo*, hacia el fin [...] Una característica profundamente rusa es el predominio de las relaciones espontáneas y naturales entre las personas [... su] espíritu bohemio se expresa [...] por una actividad muy generalizada: el

desprecio a la acumulación de los bienes materiales [...] Para el ruso el ahorro no es virtud sino vicio [...] *El ruso* [...] *es un jugador nato*. La ruleta es un juego esencialmente ruso, escribe Dostoievsi. El ruso juega porque ama la casualidad, el hormigueo del riesgo y la embriaguez de lo imprevisible".

Pero hay más: "En Rusia, más que maldecir al criminal se lo compadece. El delincuente no ha de ser excluído de la familia humana, es capaz de redención [...] La comunidad en el sufrimiento, *la compasión,* enfatiza un aspecto del amor fraterno: el amor de conmiseración... la idea del sacrificio constituye un tema central en la espiritualidad rusa [...] Sin sacrificio no hay nuevo nacimiento, sin muerte no hay resurrección. De ahí el primado del tema pascual, tan característico de su cristianismo. Pascua, y no Navidad, es la fiesta preferida de los rusos. Esta actitud –dice Sáenz– frente al dolor va muy unida con la humildad y con la libertad [...] *El espíritu de humildad es lo más secreto y precioso de la vida espiritual del pueblo ruso*".

En este punto agrego algo de mi cosecha. Se encuentra en las memorias de Evgenia Ginzburg, uno de los documentos más singulares de la Rusia staliniana. Miembro del Partido Comunista, como su esposo Pavel Aksenov. Fue desde 1937 residente involuntaria del Archipiélago Gulag. Ella escribe muchos años después: "Cuando se vive durante tantos años en un mundo trágico, se acaba uno acostumbrando a un sufrimiento tan constante y hasta se aprende a olvidarlo de cuando en cuando. Uno se consuela pensando que el dolor desnuda la esencia de las cosas y que es el precio que hay que pagar para poder contemplar la vida de un modo más cercano a la verdad" [11]

Por su parte Tatiana Goricheva nos dice:

> Estamos hablando sobre el sufrimiento. Se ha dicho que la historia rusa es una historia de sufrimiento que ha marcado el carácter ruso. Quizá sea realmente así. Entre nosotros se valora mucho la paciencia. También se estima mucho la capacidad de sacrificarse, también hoy en la Rusia comunista. Nuestra Iglesia rusa comienza con sufrimientos, paciencia y sacrificio [...]
>
> *Nuestra cultura rusa del siglo XIX, toda la literatura religiosa de aquella época es prácticamente una respuesta al tema de Job.* Nosotros leemos el libro de Job en Cuaresma, durante el gran ayuno. Dostoievski lo vivió de niño y le impresionó de tal manera que toda la obra de su vida fue

11 Evgenia Ginzburg: *El cielo de Siberia,* Argos Vergara, Barcelona, 1980, p.108.

> un intento de dar respuesta a la pregunta de Job: "¿Por qué este sufrimiento? ¿Y por qué precisamente a nosotros?". Las respuestas en Dostoievski y también en Tolstoi conducen desde el infierno de la autocompasión al paraíso de los cultos divinos, del amor que adora, del amor que sirve. Van del abismo del nihilismo, de la nada, hasta Cristo vivo [12].

Concluyo con algunas frases abarcativas del alma o el espíritu ruso, que son una pálida imagen de la riqueza de análisis de nuestro autor. En efecto: "El espíritu de familia y el sentido de comunidad, características del alma rusa, encuentran una concreción admirable en la aldea, en el campesino ruso". Los lectores de Solzhenitsyn recordamos la evocación nostálgica del aldeano ruso, ese ser naturalmente cristiano, en las páginas del genial escritor y su pérdida irreparable, o su huella en las obras de Gógol. Otros aspectos finales: "El ruso es visceralmente antirracionalista, dejando que sus sentimientos se desborden cual corceles impetuosos que no se dejan uncir con facilidad a la carroza de la razón". "Para el ruso lo natural es lo sobrenatural, el mundo místico [...] todo lo sobrenaturaliza, aun lo que pertenece al orden natural [...] De ese «sobrenaturalismo» se deriva el menosprecio que el alma rusa experimenta por la sabiduría y prudencia humana".

Esta alma rusa –idea que cruza todo el libro hasta el final– está impregnada de cristianismo. Y por supuesto su cultura. Vale este texto como uno de los más medulares de todo el libro: "si consideramos de una manera global el conjunto de la cultura cristiana, advertimos que toda ella está impregnada de cristianismo, así como la tierra rusa está sembrada de cúpulas y de cruces. La arquitectura rusa es religiosa. La pintura, con Rublev a la cabeza, es esencialmennte religiosa. La literatura, con sus Gógol, Dostoievski y Solzhenitsyn, está embebida de religión. El pensamiento, con sus padres Bulgákov y Florenski, con Soloviev y Berdiaeff, es espiritualista por esencia. La música, con Mussorgsky y Tschaikovsky, está llena de resonancias religiosas". Finalmente el mesianismo y el nihilismo, típicamente rusos. Una frase del autor de *In persona Christi*: "El nihilismo es el mesianismo que se invierte, que ha perdido la esperanza [...] Lo importante es advertir hasta qué grado el nihilismo ruso es de carácter religioso. El ruso es un pueblo eminentemente mesiánico. Lleva el mesianismo en la sangre [...] el nihilismo es un sentimiento religioso que pasó a la negación. El nihilista ruso encuentra en su obra

12 Tatiana Goritchéva: *La fuerza de los débiles*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1988, pp. 49-51.

destructora un "gozo creador", como lo manifiesta explícitamente Bakunin". La historiadora rusa radicada en Chile, Olga Ulianova, agrega: "El espíritu mesiánico se remonta a tiempos antiguos. Para conservarse como pueblo y como cultura, frente a todas las calamidades que han asolado en la historia de Rusia desde sus orígenes, había que tener una fe enorme en que Rusia sí tenía un destino especial en el mundo" [13].

Cierro esta incursión de textos selectos con el escatologismo ruso. Nos dice: "La nostalgia del fin del mundo es un anhelo que se anida en el fondo del espíritu ruso [...] Es quizás este espíritu escatológico el que mueve los pies de los rusos en esa especie de vértigo que sienten por las peregrinaciones. Rusia corre desde hace siglos por bosques y llanuras, en busca de lo que está más allá, en busca de Dios". Sáenz cita oportunamente a Berdiaff: "Todos somos acá peregrinos sin hogar ni lugar. Es de la ciudad futura que tenemos hambre y sed".

Son inspiradas las reflexiones del P. Sáenz sobre Rusia y España. Son múltiples las semejanzas anímicas, psicológicas. Tal vez esta frase sintetiza la cordial unión de pueblos extremos: "Entre rusos y españoles no existen tan sólo semejanzas en la perisferia sino en el centro del alma".

Hace muchos años Alberto Falcionelli me decía no comprender cómo en una de las últimas obras de un historiador importante sobre Rusia como Richard Pipes pudiera ignorarse la iglesia Ortodoxa. Pues bien, Sáenz no cae en ese error. Hace una preciosa síntesis desde sus antecedentes bizantinos, pasando a la autoacefalía religiosa que culmina en la independencia de la Iglesia de Bizancio. Como bien lo recalca, desde 1459 la Iglesia Rusa quedó constituída en unidad canónica autocefálica. Conoce muy bien las visisitudes de las relaciones entre la Iglesia de Moscú y el Papa de Roma y la Iglesia Católica. Así como se detuvo en la figura de San Sergio, también estudia la labor de Isidoro, metropolita de Moscú en 1437 y partidario de la unidad con Roma, como emanó del Concilio de Florencia. Sin embargo, los moscovitas rechazan la unión, se distancia de los griegos, de Bizancio e inician la rusificación de su iglesia

Ahora bien, un acontecimiento religioso de primera magnitud fue el Raskol o cisma rusa, la herejía de los "viejos creyentes". El motivo fue la revisión de los viejos textos litúrgicos en tiempos del Patriarca Nikón, a mediados del siglo XVII, y otros aspectos más, como el modo de san-

13 Olga Ulianova: *Luces y sombras de la "Idea Rusa"*, *El Mercurio*, Santiago de Chile, 2 de agosto de 1992.

tiguarse. El Patriarca entró en colisión con el Zar, y fue finalmente expulsado de Moscú. "La reforma litúrgica de Nikón –dice Sáenz– conmovió el alma de Rusia y está, de hecho, en el origen del cisma". Los rebeldes a la reforma cayeron en herejía y las sectas pulularon, desde entonces, como los "viejos creyentes" o starowierz. Solzhenitsyn consideró el Rakol "la mayor tragedia de nuestro pueblo en los últimos mil años de vida, antes de la revolución bolchevique".

Pues bien, antes de entrar de lleno a la Revolución del siglo XX el P. Sáenz nos regala uno de los apartados más atrayentes: "Características del cristianismo ruso". Aquí nos sumerge en la raigambre religiosa de la cultura rusa. En primer término sobresale la preeminencia que la Iglesia rusa da a la liturgia. Dice: "en la acción cultual se encuentra quintaesenciada la sustancia más recóndita del cristianismo oriental". Citando a un autor el P. Sáenz esquematiza: En las liturgias griegas el elemento predominante es la acción simbólica, en tanto que en las latinas es la palabra dogmática... Aquí se inserta el universo de los iconos, toda la manifestación de un mundo espiritual, como escribiera Tomás Spidlik. Sáenz cita a Dostoiveski: "El pueblo ruso se instruyó en las iglesias donde, durante años, ha visto iconos que valen más que sermones". El oriente es, pues, la patria del icono. La iconografía es allí parte orgánica de la tradición y constituye la base de lo que podríamos denominar una "teología visual".

Otro aspecto definido por Sáenz en una frase lapidaria: "El cristianismo occidental es una religión de la encarnación, el cristianismo oriental, una religión de la resurrección. Es lo que llama la centralidad de la Resurrección de Cristo. Es el relieve que se da al misterio Pascual [...] Pascua es la gran fiesta del año [...] El Cristo Resucitado es el contenido de toda la contemplación litúrgica, el nervio de toda la piedad rusa, el foco de la Teología oriental".

Interesantes meditaciones le merecen el templo ruso, ese espacio sagrado. Su estructura, dice, es un verdadero tratado de teología, pues como escribiera San Germán de Constantinopla: "La iglesia es el cielo en la tierra, donde habita y se mueve Dios, que es más alto que el cielo". Nos detenemos en la cúpula en forma de bulbo o acebollada, típica de los templos rusos. Nos dice, casi poéticamente: "La cúpula da una idea de la felicidad que se abre camino en medio de los sufrimientos de esta tierra, trascendiendo el mundo de los padecimientos humanos todo lo arrastra hacia lo alto. Los bulbos son como lenguas de fuego, y una iglesia con varias cúpulas es como un candelero abrasado de llamas. El

resplandor del cielo penetra a través de ellas en el interior del templo, e ilumina sus bóvedas, como si el cielo descendiera a la tierra, llenando de luz el rostro majestuoso del Pantocrator [...] Este juego de llamas de las cúpulas, que se encienden con tanta frecuencia sobre el suelo ruso, aun en medio del páramo soviético, simboliza la pervivencia de la Santa Rusia, y su vocación de reflejar sobre el mundo la refulgente imagen divina. Pero todo esto [...] no es sino el marco exterior de aquello en torno a lo cual gira la liturgia, el sacramento del altar".

Olga Ulianova dice, por otra parte, que la cúpula de forma típicamente bizantina, "simboliza la vela, el fuego, la llama. Las cúpulas de las iglesias se pintaban de oro para que, según antiguas tradiciones, las viera Dios, o de azul con las estrellas de oro, para significar el firmamento" [14]

El pueblo tuvo dos guías principales: la liturgia y los stáretz, es decir, esos ancianos que nos transportan a las páginas de Dostoievsky y el stáretz Zósima, de *Los Hermanos Karamazov*. Esos monjes profundamente venerados en el pueblo, con una vida ascética, contemplativa, que tenían la especial cualidad de comprender y dirigir las almas dolientes [15]. Sáenz

14 Ibidem.

15 Leamos a Dostoievski en *Los Hermanos Karamazov*: "El «starets» se sintió atraído por dos ojos que relucían entre aquel tropel de gente. Era una joven campesina enferma, que permanecía silenciosa, con la mirada suplicante, pero que sin que se atreviera a acercarse.

–¿Qué deseas, hija mía?

–Absuélveme, padre mío –dijo con voz quejumbrosa, a tiempo que se arrodillaba–. He pecado, padre mío, y mi pecado me llena de espanto.

El «starets» se sentó en el peldaño inferior y la mujer se fue arrastrando de hinojos hasta junto a él.

Hace tres años que soy viuda –añadió en voz muy baja y trémula–. Mi existencia conyugal fue muy penosa. Mi marido era viejo, y me pegaba. Cayó enfermo y yo me dije: «Si sale de ésta, si se levanta, ¿qué va a ser de mí?» Y entonces tuve una idea...

–Aguarda –dijo el «starets».

Y acercó el oído a los labios de la mujer. Esta siguió murmurando en voz tan baja, que a excepción del «starets», nadie pudo entender una palabra, la cosa fue además muy breve.

–¿Hace tres años de eso? –preguntó el «starets».

–Tres años. Al principio no pensé en ello, pero ahora, la pena me tiene enferma.

–¿Vienes de lejos?

–Quinientas verstas.

–¿Lo has dicho al confesor?

–Lo he dicho, sí, lo he dicho: dos veces.

–¿Te concedieron la comunión?

–Sí, pero temo a la muerte.

nos brinda un exquisito medallón de un stáretz que vivió entre los siglos XVIII y XIX, San Serafín de Sarov, quien "encarna el ideal de la santidad rusa, especialmente por su inmensa bondad y «com-pasión» al desamparado y su extraordinaria humildad".

Y por último la mística rusa con su fruto más maduro: La *Filocalia*, "el libro de cabecera de la tradición mística de la iglesia oriental", escrita por Nicodemo de Naxos (1749-1809), en colaboración con Macario de Corinto. Es que la Ortodoxia es, según el P. Bulgákov, "amor y visión de la belleza espiritual".

San Serafin de Sarov, al final de su vida, auguró para Rusia tiempos terribles. Se cerrarían las puertas de los conventos y caerían las cruces de las iglesias. "Habrá tanta miseria y tanto dolor como jamás ha habido. Los ángeles no alcanzan a recoger sobre la tierra las almas de los muertos". Lamentablemente, decimos nosotros los habitantes del siglo XXI, no se equivocó. Y esta cita de San Serafín nos introduce en la segunda parte del libro, en donde *todo* fue posible.

La utopía al poder, el *homo sovieticus* y la lucha por el alma del hombre

Podría servir de acápite para esta segunda parte las siguientes palabras del matemático ruso Igor Shafarevich: "En el último medio siglo hemos pasado por una experiencia única en el mundo. Según el concepto de los cuentos antiguos, para adquirir fuerzas sobrenaturales es necesario pasar por la muerte. Rusia ha pasado por la muerte y por eso mantiene la esperanza de oír la voz de Dios" [16].

–No, no temas, no hay que temer a nada. No te quejes. Arrepiénte y Dios te perdonará. No hay un pecado en el mundo que Dios no perdone al verdadero arrepentido. El hombre, por muchos y grandes que sean sus pecados, no puede agotar la misericordia divina. ¡Oh, mujer! ¡Es tan grande la misericordia divina! A ti, por ejemplo, pecadora como eres, y por razón de tu pecado, Dios te ama. En el cielo hay más gozo por un pecador que se arrepiente, que por diez justos que perseveran: esta es una sentencia muy antigua. ¡Ve y no temás más! Sé humilde a las ofensas de los hombres. Perdona de corazón al que murió, perdónale todo el mal que te hizo, y la verdadera paz descenderaá a tu alma. El amor lo borra todo. Piensa en eso, si yo que soy un pecador como tú, tengo compasión de ti, ¡cuánto más grande no ha de ser la piedad de Dios! El amor es un tesoro tan inestimable que limpia todos los pecados del mundo, no solamente los nuestros, ¿oyes?, sino todos los del mundo. Ve y no temas nada".

16 Cit en Alexandr Solzhenitsyn: *Alerta a Occidente*, Acervo, Barcelona, 1978, p.156.

Es menester recordar que el siglo XX fue, entre otras cosas, el siglo del comunismo. La construcción del nuevo orden comunista, desde octubre de 1917 tuvo como inspirador y ejecutor a Lenin y, junto a él, el creador del Ejército Rojo, León Trotsky. La revolución y la construcción de ese vasto imperio ideológico, la URSS –llamada así desde 1922– fue el gran sueño, la gran ilusión, como la llama Furet. Se vivió bajo "el embrujo de Octubre", durante décadas. El mundo marxista tuvo enormes ganancias territoriales, con motivo del fin de la segunda guerra mundial. Toda una serie de países terminaron, entre 1945 y 1949, viviendo a la sombra de Moscú, en la expresión de Henry Bogdan: esto es Polonia, Alemania del Este, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria. Yugoslavia, los antiguos eslavos del sur, con el Mariscal Tito, artífice y conductor férreo hasta su muerte en 1980, tuvo un rumbo diferente, ya que evitó caer bajo el yugo de Stalin, pero dentro de un durísimo comunismo nacional.

En 1949 el triunfo de Mao Tse Tung abría las puertas del dominio comunista en la inmensidad de China. De allí seguirán Corea del Norte, la antigua Indochina, con Vietnam, cuya guerra marcó, prácticamente, a una generación, hasta la derrota americana en 1973 y la posterior unificación en 1975. La Revolución Cubana de 1959 reavivó el celo revolucionario en toda la izquierda mundial, y exportó su modelo de revolucionario profesional dispuesto a hacer revivir el poder en la punta del fusil, como se repetirá veinte años después, en 1979, cuando el Sandinismo tome el poder en Nicaragua. África fue ganada, en varios naciones, durante las décadas de los años sesenta y setenta, para la revolución mundial: Angola, Mozambique... Luego vendría la dominación militar de la URSS en Afganistán, desde diciembre de 1979, que al cabo de ocho años le resultó fatal.

Es menester volver a insistir en las décadas de yugo absoluto que el comunismo ejerció sobre sociedades cautivas, cerradas, a las que se intentó liquidar, desde sus creencias más hondas, el Cristianismo en particular y todo el repertorio de las culturas nacionales respectivas. Esta lucha titánica, desigual, es el corazón del libro del P. Sáenz. En la misma URSS antiguos pueblos soportaron el dominio rusificador del partido comunista soviético: Letonia, Estonia, Lituania, esto es los Países Bálticos, anexados violentamente desde 1940, justo después de la agresión alemana a Polonia y la invasión a dicho país por la URSS. También Ucrania, Bielorusia, Moldavia, etc. Otros pueblos dominados fueron los armenios y los georgianos, en la región del Cáucaso, y las naciones musulmanas del Asia central como Kirguistán, Takiyistán, Uzbekistán, Kazajstán y Turkmenistán.

La construcción del "*homo sovieticus*", como lo describe muy bien el P. Sáenz, suponía la liquidación, de raíz, de la conciencia cristiana y de toda creencia religiosa. "Toda concepción religiosa, toda idea sobre cualquier dios [con d minúscula] en general, es una abominación suprema", le escribía Lenin al escritor Máximo Gorki, en carta de fecha 1 de noviembre de 1913, y hacia 1922, en nombre del Politburó, le ordenaba a Molotov "que aprovechase el hambre para fusilar al mayor número de sacerdotes con el fin de que quedase este recuerdo durante decenios" [17]. No en vano el patriarca ruso Tijón, al excomulgar a los comunistas soviéticos, en enero de 1918, los tilda de "enemigos de la verdad de Cristo", quienes se afanaban por "expandir por doquier las semillas del mal, del odio, de la lucha fratricida" y suplicaba a los fieles hijos de la iglesia ortodoxa, "que os abstengáis de toda relación con esos monstruos de la especie humana" [18].

El autor nos introduce en la Revolución de Octubre, con todas sus singularidades. Una de ellas fue *el uso masivo del terror, el estimulo del odio y la crueldad*. Lo repite a Lenin, a lo largo del libro: "Sin merced, sin dar cuartel, mataremos a nuestros enemigos por centenares, por millares, que se aneguen en su propia sangre [...] que la sangre de los burgueses corra a raudales". Muchos años después Leonardo Wanke, un emigrado polaco que escribe una historia de su país en la Argentina, recordó con horror el canto de jóvenes montoneros y del ERP, en torno al obelisco: "qué lindo va a ser bañarse en la sangre de los burgueses" [19]. Es el mismo furor por la Revolución, que envolvió a Lenin, el arquitecto del Totalitarismo, como le llamó Bertram Wolfe. El alma de Lenin engendró a Stalin, su más fiel discípulo que, hay que recordarlo, tras su duelo con Trotsty, a quien deporta y manda asesinar en México, se instala en el poder, hacia 1929, e inaugura el período de mayor terror mental de la historia, en palabras de Tatiana Goricheva, una resistente tan presente en las páginas del Padre Sáenz...

Una larga incursión sobre el terror y la represión surca todo el libro y le merece un apartado especial. Es que el régimen nació acunado por

17 Cit. por Bernard Lecomte: *Cómo el Papa venció al Comunismo. La Verdad triunfa siempre*, Rialp, Madrid, 1992, p3034

18 Mario Luis Descotte: *El Legado de Juan Pablo II*, Fondo Editorial San Francisco Javier, Mendoza, 22005.Cfr. el libro revelador, con la apertura de los archivos secretos del Comité Central del Partido Comunista de la URSS (PCUS), del general Dmitri Volkogónov: *El verdadero Lenin*, Anaya y Mario Muchnik Madrid, 1996.

19 Leonardo Wanke: *Polonia. Su misión histórica*, Ediciones del Águila Coronada, Buenos Aires, 1983, pp. 302-303.

el terror y la coacción. Se arrancó con el sistema de rehenes para aterrorizar a la población, para pasar a los campos de concentración y el terror de masa. Una creación clave fue la Tcheka, con E. Dzerjinski a la cabeza. Luego GPU, NKVD y KGB. El terror, unido al miedo y la mentira generalizada, fue consustancial al régimen ideocrático. Hubo un Gran Terror y luego un Gran Miedo. Y en la época posestaliniana, el refinamiento mayor: las clínicas psiquiátricas para personas sanas. Fue el emblemático grito de Vladímir Bukoski, a cuyos libros acude Sáenz: "pienso, luego estoy loco". Pues los dirigentes soviéticos inventaron la figura: "disidentes enfermos mentales no responsables ante la ley de sus comportamientos". Luchar por la verdad pasaba a ser un acto demencial. Por supuesto que los campos de concentración, inventados por Lenin, hallaron en Stalin su consumación. Es que toda la URSS fue un gran universo concentracionario. Era "el orden por el terror", según la fórmula acuñada por Carrere d'Encausse. Cuenta Weissberg que en cierta oportunidad se le preguntó a Stalin si le agradaría arrancar la lealtad de su pueblo por miedo o por convicción. Se le planteaba el mismo dilema de Maquiavelo: el príncipe, ¿debe ser temido o amado? Respuesta del florentino: los hombres temen menos al que se hace amar que al que se hace temer. Respuesta de Stalin: "Por miedo. Las convicciones –agregó– pueden cambiar, pero el miedo queda siempre" [20]. Es coherente con otras de sus frases célebres: "¿Qué es una muerte? Una tragedia. ¿Y un millón de muertes?..." Respuesta del georgiano: "sólo estadística"...

¿Qué fue la URSS? Fue, al decir de Besançon, una ideocracia, por el peso de la ideología. Fue también una logocracia, término acuñado por el poeta polaco Ceslaw Milosz, a quien yo le debo la fruición de su libro: *El pensamiento cautivo*. Pero tambiérn acepta, con Aron y Solzhenitsyn, que fue un régimen ideológico. Y para rematar, fue la utopía al poder, como acuñaron Heller y Nekrich en su obra fundamental sobre la URSS. Todo eso y algo más que Sáenz se encarga de señalar con Boris Souvarin, que de esto supo bastante: "La URSS fue *una gran mentira*, desde su sigla al *homo sovieticus* que nunca nació pero que prepararon el parto durante setenta años [...] La mentira, junto con la corrupción económica y el alcoholismo, fueron las grandes lacras de la sociedad soviética. El último texto de Solzhenitsyn en Moscú, antes de ser expulsado en 1974, me estremeció siendo alumno del Liceo Militar General Espejo: «Rechacemos la Mentira». Me conmovió su fuerza moral al incitar en la no participación personal en la mentira. El vínculo inex-

20 Cit por Alex de Jonge: *Stalin,* Buenos Aires, Emecé, 1989, p.360.

tricable entre violencia y mentira (la violencia solo puede cubrirse con la mentira, y la mentira sólo puede manetenerse con la violencia). Y el corolario: "Que la mentira lo cubra todo, que lo avasalle todo [...] pero, *¡no a través de mí!* [...] Nuestro camino es: *¡no apoyar conscientemente la mentira en nada!* [...] Quien quiera ser honrado tiene que elegir: todos los días, todos nosotros, incluso ante las ciencias técnicas más seguras, hemos de andar o en dirección a la verdad o en el sentido de la mentira: hacia la independencia espiritual o el servilismo del alma. Y quien no tenga valor ni para defender su alma, que no se enorgullezca de sus convicciones vanguardistas, que no se ufane de ser académico o artista del pueblo, personalidad emérita o general, que se diga a sí mismo: soy un animal y un cobarde y sólo necesito suculencia y calor" [21].

Y por último, toma posición en una vieja polémica: ¿fue el comunismo un fenómeno ruso o extraño a su alma? El comunismo para Sáenz fue un fruto maduro del Occidente, fraguado en Marx y Engels, embebidos, como sabemos, de la modernidad europea.

Sáenz nos describe la URSS de los años 80 con soltura y precisión. Por de pronto, sobresale el Poder omnímodo del Partido Comunista, único hasta Gorbachov, cual "guía y levadura de la sociedad soviética". Para Sáenz su función era la encarnación y sustituto de la sociedad civil, que votaba fútilmente, en una búsqueda afanosa de los líderes de contribuir a la integración de la sociedad soviética. El lugar del Partido en el alma comunista era inmenso. Recuerdo las cartas de la esposa de Arthur London, viceministro de Relaciones Exteriores de la Checoslovaquia comunista, que al caer en desgracia, le escribe en 1951: "El pensamiento de que tú –la persona más amada– seas indigno de pertenecer a la gran familia socialista nos tortura [...] si eres inocente, lucha por probarlo. Si no, es justo que pagues las consecuencias de tus actos". Y en otra misiva le agrega: "Conoces nuestra adhesión al Partido y que podríamos perdonarte todo, menos la traición para con él [...] Si se confirma que tú eres un traidor, a pesar de todo mi amor por ti, te advierto que entre nosotros el lazo se romperá para siempre" [22].

21 Alexandr Solzhenitsyn: *Alerta a Occidente*, Ediciones acervo, Barcelona1978, pp.45y47.

22 Arthur London: *La confesión en el engranaje del proceso de Praga*. Monte Ávila, Caracas, 1971 pp.171-172 y 324. Cit. en Mario Luis Descotte: *El Estallido del Mundo Soviético. Ensayo sobre la descomposición de la URSS y la Europa Oriental en tiempos de Mijaíl Gorbachov*, EDIUM, Universidad de Mendoza, Mendoza, 1999, pp.126-127.

Una novedad que presenta es el surgimiento de una clase privilegiada, la Nomenklatura, que terminó confirmando las palabras de Trotsky, esto es que ejerció una dictadura *sobre* el proletariado. Cerca de tres millones, en tiempos de Gorbachov hacían añicos la pretendida sociedad sin clases. El mejor adelanto fue el que hizo Orwell en su obra *La rebelión en la Granja*. Cuando los animales le reprocharon al chancho Napoleón por las prebendas y le recordaron la soñada igualdad, contestó con proverbial franqueza: sí, todos somos iguales, pero *algunos somos más iguales...* Así en Rusia... así en la Cuba de Castro... El libro *La Nueva Clase* de Milovan Djilas fue un rayo de luz venido de la Yugoslavia de los años 50. En su ensayo *Mi patria y el mundo,* Andrei Sajarov decía: "Es extremadamente significativo el hecho de que nuestra sociedad carezca de justicia social", y refiriéndose a la Nueva Clase dice: "Esta «elite» tiene su propio estilo de vida, su propia posición social claramente definida, patrones o jefes, y su propia manera de hablar y pensar. La nomenklatura tiene, en el hecho, una posición inalieable y recientemente ha llegado a ser hereditaria" [23].

Sumamente aleccionador es el juego, dentro de la sociedad soviética, que el P. Sáenz engarza entre la familia, la aldea, el mundo obrero, el Ejército Rojo y ese mosaico de nacionalidades y etnias que fue la ex-URSS. De la célula básica al Imperio, va descorriendo el velo, mostrando cómo el Estado lo invade todo y lo penetra todo. En efecto, siguiendo muy de cerca las investigaciones de Michel Heller que cuajaron en ese libro magnífico *El Hombre Nuevo Soviético*, evidencia cómo la utopía atacó a la familia tradicional, base por lo demás de las aldeas y del alma rusa, siguiendo al pie de la letra a Marx y Engels. Para el jurista soviético Stucka la familia era la primera forma de esclavitud. Irrumpe entonces en los días iniciales de la revolución el matrimonio civil, el divorcio, el aborto y las ideas de amor libre y cambios de parejas del agrado de Alexandra Kollontai. Destruida la familia había que reconstruirla sobre bases socialistas. Es la época de Stalin, cuando se da un viraje. Como bien dice el P. Sáenz, es entonces que la familia debe aceptar un nuevo miembro: el Estado. Se acaba con el libertinaje y se propugna "la madre heroica", "gloria de la maternidad", merecedoras de la "medalla de la maternidad".

Los bolcheviques heredan la inquina marxista al campo. Un objetivo fue destruir la aldea rusa, apoyada en las familias numerosas. No es un

23 Andrei Sajarov*: Mi país y el mundo*, Vaitea, Santiago de Chile, 1977. Cit por Mario Luis Descotte, op. cit, p54.

dato menor que en 1917 más de un 80% de la población vive en el campo. Hay una creciente industrialización que hunde sus raíces hacia 1880 en Rusia. Pero el peso está en el campo. Pues bien, los bolcheviques, en su afan de construir el *homo sovieticus*, le declararon la guerra al mundo agrario. Y tras el impasse de la NEP, Nueva Política Económica, decretada por Lenin para salvar la revolución tras las hambrunas espantosas de 1919-1921 y tras la rebelión de Cronstadt, vino, pues, la colectivización agraria (1929-1932) que actuó, dice Sáenz, como un arma contundente de guerra espiritual.

Todo fue posible tras este "gran viraje": deportaciones masivas, liquidación física de 15 millones de personas. Hambrunas deliberadas y ocultadas a la perfección, como lo reconoció Arthur Koestler: de 4 a 6 millones, especialmente en Ucrania. Levantamientos obreros por doquier. Fruto final: quiebra del amor por la tierra y el trabajo. Raíz de la endémica baja productividad del hombre de campo ruso, quien, como el obrero, repitió la frase célebre: el Estado hace como que nos paga y nosotros hacemos como que trabajamos. Hay otro pensamiento singular. Es de Leczek Kolakowski: la pobreza fue el alma inmortal del comunismo... Un mundo que era el granero del planeta antes de 1914... terminó importando trigo de la Argentina a fines de los años 70 y con motivo de la invasión a Afganistán...

El mundo obrero, exaltado por el marxismo, pues la fábrica debía crear al hombre nuevo, pronto se decepcionó. De la desilusión, nos muestra el autor, se caminó a su degradación. El trabajo se tornó obligatorio y militarizado. El ejército –escribe Sáenz– se convirtió en modelo de los trabajadores, y pronto apareció el menor entusiasmo laboral. Surgirán con Stalin los campos de internación o de "reeducación" por el trabajo. Ellos atenderán la construcción de los dos grandes canales, el de Leningrado al mar Blanco y el de Moscú al Volga. Un dato singular que siempre he recordado: lo cita Helene Carrere d'Encausse, la brillante académica francesa y eximia buceadora de Rusia y la URSS. La última huelga en la URSS fue en 1927, en tiempos de Trotsky. La siguiente... en 1988... en plena perestroika...

No descuida el autor señalar al Ejército Rojo. Creado por Trotsky tras la debacle producida por la Orden Nº 1 del Soviet de Petrogrado, que sumió en la anarquía y en la deserción al ejército del Zar. Después la URSS contó con un ejército altamente ideologizado, sovietizado, que respondió a los dictados del Partido Comunista. El otro gran tema es que la URSS heredó un imperio agrietado por la batahola revolucionaria. Vastos jirones se desgajaron: los países Bálticos, Finlandia, Georgia,

entre otros. Ucrania. Luego, ya con Lenin, se reconstituye la URSS, en 1922, con un nuevo principio de legitimidad: no ya la monarquía zarista autócrata sino el marxismo-leninismo. Ese imperio crece en tiempos de Stalin, hasta plasmarse en la Constitución de la URSS de 1977: 15 repúblicas federadas, 20 repúblicas autónomas, 8 regiones autónomas, 129 territorios y 3.225 distritos.Un imperio multiétnico, con más de cien nacionalidades, con más de cien lenguas. Carrere D'Encausse añade la clave para entender el fin del siglo ruso: "La URSS es el campo de batalla de una serie de naciones que afirman su existencia y están deseosas de perpetuar su particularidad" [24]. El P. Sáenz comprende bien la inviabilidad entre internacionalismo proletario y las nacionalidades y sus culturas. Lenin acentuó la centralización, tras la proclamada unión federal. "Nosotros somos antipatriotas", dijo en 1915. La política sovietizadora de Lenin y sucesores implicó el traslado de poblaciones enteras, como los mitimaes incaicos, por necesidades imperiales. El hombre soviético se fue desarrollando, en palabras de Sáenz, "huérfano de su pasado", con un tremendo desarraigo vital... Aquí se entiende bien la frase del escritor checo Milan Kundera: "la lucha del hombre por el poder es la lucha de la memoria contra el olvido". La memoria recobrada brotará, a fines de los ochenta en todos los límites del Imperio soviético... por ello nuestro autor escribía con acierto: "El régimen ha logrado destruir la mayor parte de los cuerpos intermedios, las clases, la cultura, pero la única entidad política que siempre le ha resistido, que no ha podido hacer desaparecer, es la entidad nacional. El problema de las naciones resurge a cada momento y es quizás uno de los más penosos que el gobierno soviético debe enfrentar, el más irreductible e insoluble, junto con el problema del resurgimiento religioso [...] Pero el despertar de los nacionalismos sigue siendo el gran peligro latente que acecha a la monoliticidad de la URSS".

La idea nacional y la fe religiosa: dos escollos en la construcción del hombre soviético. La parte final de nuestra presentación girará en torno a estos temas, con sus testigos, sus mártires y su mensaje al siglo XXI.

Vamos a una pregunta esencial, que le hacemos al autor como lectores inquisitivos: ¿qué fue el comunismo ruso?

Penetramos aquí en uno de los capítulos más interesantes del libro. Su respuesta fue la que advirtió, entre otros, Fulton Sheen: "con el co-

24 Helene Carrere D'Encausse: *El expansionismo soviético*, Rl Cid Editor, Buenos Aires, p.229.

munismo nos topamos con una nueva religión, pero invertida". Nos descubre un revelador texto de Berdiaeff: "El comunismo pretende ser una nueva religión y exige para su realización grandes reservas de energías religiosas y una fe ilimitada [...] crea una nueva moral [...] Posee su teología ortodoxa, crea su propio culto, por ejemplo, el culto a Lenin, su propio simbolismo, sus fiestas, el bautismo rojo y los funerales rojos [...] posee sus dogmas obligatorios para todos, su catecismo, condena las herejías y excomulga a los herejes".

Ensaya, pues, una pequeña historia de las ideas y de las creencias. En efecto, rastrea el vínculo de Marx con el ateísmo y sus antecedentes (Feuerbach) y dice, tajantemente: "Lo que intenta es elaborar una especie de teología al revés, una teología del más acá en donde el Hombre venga a ocupar el lugar de Dios. En el fondo no hay ateísmo sino antiteísmo. Marx no prescindirá de la región sino que construirá una religión al revés". De aquí llegamos a la "religión como el opio de los pueblos", expresión de la impotencia del hombre... instrumento de explotación del hombre por el hombre... y los vínculos de Marx con el satanismo. Pero hay más: es la incursión intelectual en torno a una psicología del ateísmo y del nihilismo, pero rusos. Aquí también algunos pensamientos son lapidarios: "El ateísmo ruso es pues rebeldía y no indiferencia, sublevación contra Dios y no simple alejamiento de Él, acusación y no mero despido de alguien que en adelante se considera prescindible. El ateísta ruso pone el acto religioso, pero en mala dirección. Conoce a Dios, mas no lo reconoce, es antiteísta y no simplemente ateo [...] El ateo ruso no deja de creer, sino que cree en algo nuevo. Cree en el ateísmo y defiende esta fe con la energía y el entusiasmo propio de la religión [...] Entre los rusos todo es religioso [...] hasta el ateísmo".

Y, por fin nos encontramos con *el nihilismo,* "que se puede definir –nos dice Sáenz– como *una fe ardiente en la negación*, como la afirmación apasionada del no-valor de todo aquello que se acostumbra a considerar como válido en el mundo de la religión, el arte o la moral". El nihilismo ruso tuvo dos exponentes claves: Bielinski (1810-1848) y Bakunin (1814-1876). Y el verdadero profeta del nihilismo socialista fue Dostoievski, quien arrojó a los vientos una de esas frases decisivas: "Si en Rusia hay alguna vez revolución, ha de empezar irremediablemente por el ateísmo".

Volvamos, pues, al comunismo como religión. Sáenz nos hace la síntesis doctrinal y rastrea sus particularidades. En efecto, en el credo marxista, hubieron mitos: la Revolución, el Estado, el Paraíso en la tierra, el Partido, pero sin duda el Mito central fue el del Proletariado en tanto

que nuevo Mesías. Esto vendría de la vertiente judía de Carlos Marx. Según Saénz dos corrientes mesiánicas se encuentran en 1917: el mesianismo marxista del proletariado y el mesianismo tradicional del pueblo ruso. Y un texto altamente significativo: “En cierto modo –escribe nuestro autor– el marxismo ha secularizado las tres virtudes teologales: la fe ya no es en Dios sino en el proletariado, la esperanza no es más la visión de Dios en el cielo sino del paraíso en la tierra, gracias a la labor denodada del proletariado, la caridad toma la forma del odio de clases, que conduce a la sociedad perfecta”.

Es interesante vincular esta visión del P. Sáenz con estas palabras del distinguido historiador rumano de las religiones, Mircea Eliade: “Se ve muy bien que hubo un mito mesiánico en el pensamiento mismo de Marx: la lucha de clases interpretada como un combate apocalíptico entre las fuerzas del Bien y del Mal, luego la victoria de las fuerzas del Bien, de la cual resulta la sociedad sin clases, verdaderamente paradisíaca. En los comienzos de la revolución bolchevique sucedía que algunos obreros, convencidos de que el comunismo iba a transformar el mundo, trabajaban en la fábrica hasta dieciocho horas por día, según sabemos. Un esfuerzo físico tan intenso no era posible sino en la medida en que el trabajo tenía una significación mesiánica, milenarista, que implicaba que la revolución bolchevique iba a salvar al hombre [...] el mito marxista posee todas las características de una religión, desde que da –o daba– una significación global a la vida humana, justifica -o justificaba- el mundo y la Historia” [25].

Abreviemos con Sáenz. El comunismo intentó ser una concepción total del mundo, cuya esencia más íntima, como hemos visto, es el ateísmo militante. Por lo tanto hubo una moral soviética que parte de la opresión y la explotación. Fue acompañada de un santoral y de una liturgia comunista, es decir, se exaltó hasta el hartazgo la tutela de Lenin, que era -lo digo por mi parte-el principio de legitimidad del régimen, por lo cual cuando se lo tocó ya a mediados de 1988, podría fijarse el principio del fin de la ateocracia y el comienzo de una crisis en el corazón del régimen. Hubo además ritos: bautismos rojos, bodas rojas, funerales rojos y Pascuas rojas. Las personas cambian de nombre. No ya María sino Atlántida, Octubrina, Ninel. Un largo ritual cargado de simbología ideológica: la visita al mausoleo de Lenín, las jornadas del 7 de noviembre y las del 1 de mayo.

25 *Diálogo con Mircea Eliade*, *La Nación*, Buenos Aires, 6 de julio de 1980. Diálogo de M. Eliade con Sophie Lannes y Jean-Louis Ferrier.

Y, por supuesto, no faltó hasta una escatología soviética, en donde la debacle del capitalismo suplía la fe en el Juicio Final. Aquí las palabras de Sáenz son más que oportunas: "Es el cielo pero en la tierra, la victoria final del proletariado, la sociedad sin clases, el broche de oro de la historia, el término del proceso dialéctico, el fin de los tiempos".

El marxismo, en su exaltación del hombre empuja a nuestro gran conocedor de la cultura cristiana, incita al autor de La Nave y sus tempestades, a evocar la lucha de las dos ciudades agustinianas. El marxismo integra "la ciudad del mundo". Exalta al hombre en detrimento de Dios. Cita al inefable profeta de Treveris: "La religión de los trabajadores es una religión sin Dios, porque intenta restaurar la divinidad del hombre" Sáenz nos completa en una magnífica síntesis valorativa: "Tal es la quintaesencia de la cosmovisión soviética: la exaltación del hombre al que pretende liberar de sus religaciones, especialmente de la que lo une con Dios. Pero así como decía San Agustín que cuando el hombre cae de Dios cae también de sí mismo, de manera semejante el comunismo no se reduce tan sólo a la negación de Dios, sino que acaba también por ser la negación del hombre, dos negaciones estrechamente vinculadas entre sí. La propaganda antirreligiosa de los soviéticos es a la vez propaganda antihumana. He aquí por qué el comunismo está en las antípodas del cristianismo, de la religión del Dios-hombre, que afirma no sólo a Dios, sino también al hombre".

Una faceta interesantísima del libro responde a la pregunta: ¿cómo se intentó, en la realidad histórica, la forja del *homo sovieticus*, desde el minuto inicial de la Revolución? Es "el punto neurálgico" del texto. ¿Cuáles fueron las herramientas que usaron los bolcheviques para crear y moldear los engranajes dóciles al Estado-Leviatán que estaban danddo vida? ¿Cómo convertir el *homo sapiens* en *homo sovieticus*? La arcilla era la pobre naturaleza humana. Por lo tanto este es un de los tramos más sugerentes para iluminar toda una parcela del siglo XX, en la cual los regímenes totalitarios marxistas se empeñaron en "transformar por la fuerza a la naturaleza humana", según expresión de Bertrand Rusell, que avistó la URSS en sus inicios.

Tal misión despiadada caminó el siglo. De Moscú a Varsovia, Praga, Sofía, Berlín, Bucarest, Pekín, La Habana, Hanoi y Saigón, entre otras latitudes que conocieron y padecieron y padecen la utopía al poder. Nada más gráfico que la llegada del Khmer Rouge a Pnon Pehn, en Camboya en 1975 y el destierro de toda la población para ser sometidos a la "reeducación comunista". Después... el genocidio camboyano con

los ideólogos formados en la Sorbona... y que en nuestros días están siendos juzgados. Fue, pues, un proyecto mundial de modelar un tipo de humanidad poblada por "hombres nuevos", iluminados por las luces de la Revolución Proletaria...

La forja, pues, comenzaba con el niño, la escuela y las agrupaciones juveniles. Arrancar al niño de la influencia "nefasta" de la familia era una prioridad. Con los adultos se aplicaría un proceso de "infantilización colectiva". La escuela tradicional debía ser destruida: no más exámenes, cursos, el latín, los uniformes, los deberes en casa, etc. El profesor pasa a ser "trabajador escolar". Había que romper el molde del pasado. Por otra parte, todas las asignaturas estaban atravesadas por el fin ideológico. Como diría Jean Francois Revel cincuenta años despúes, no hay educación sino adoctrinamiento, que no es lo mismo. Todavía en 1984 una nueva ley educativa soviética reiteraba lo obvio: "Todo el proceso escolar debe ser [...] vehículo de una concepción del mundo".

Luego estuvieron las organizaciones juveniles como los Pioneros, los "hijos de Lenin" y los jóvenes comunistas o Komsomol, sometidos a una educación de los principios leninistas.

Otro aspecto importante en la forja del hombre nuevo es el lenguaje, pero ahora soviético. Saenz nos advierte que "Desde los días iniciales de la revolución el poder se apoderó de las palabras, ejerciendo un decidido despotismo sobre el vocabulario..."El Estado se trueca en un Estado "nominalista", esto es que da nombre y entidad a las cosas. Una frase para pensar: "La instalación de una ideología es siempre la instalación de un lenguaje". Nada más actual... El Estado, el Partido es dueño de la palabra pero también es dueño del pasado. Es que el poder no podía descuidar la memoria como arma de combate". Pero además, no podía abandonar la literatura (el realismo socialista), el arte, el cine, el ejército, para concluir con un inmenso lavado de cerebro, que finalmente no sirvió para nada [26]. Sin embargo advino lo que Kostas Papaioannou llamó el martirologio de la cultura rusa... desde Blok, Gumilev, Esenin

26 Yo siempre vuelvo a este texto de Alan Bullock, el brillante historiador inglés de Hitler, quien en los días de la caída del muro de Berlín, en 1989, escribió: "Vemos como se diluye y escapa la historia del siglo XX, como si se tratase de un viejo tapiz al que se va deshaciendo: el dibujo se disuelve poco a poco y desaparece. Yo nunca me he sentido emocionado como el día de hoy desde que terminó la Segunda Guerra Mundial. La plomiza nube de temor y opresión se aleja, y podemos comprobar con alivio que las personas que surgen de sus escondrijos no han perdido su calidad de seres humanos y ahora añoran todavía la libertad. El lavado de cerebro no ha servido de nada" (Mario Luis Descotte: *El estallido del*... cit, p.123.)

(valorado por Sáenz como el poeta aldeano), Mandesltam, Pasternak, (refugiado por años en sus inofensivas traducciones de Shakespeare), Ana Ajmátova, la gran poetisa autora del poema más célebre del siglo XX ruso: *Requiem*, hasta llegar a Solzhenitsyn, Maxímov y Tatiana Goricheva... Stalin había definido a los escritores como "ingenieros de las almas humanas".

Cuando el lector de Sáenz tiene en su haber la deleitante lectura de *1984* de George Orwell, es muy difícil no recurrir al viejo texto anotado y marcado... En cada página inspirada del inglés, Sáenz nos aporta el ejemplo adecuado extraído de la experiencia soviética. No resisto la tentación. Devolvamos la voz a Orwell, una vez más, releyéndolo:

> [O'Brien a Winston] El verdadero poder, aquel por el cual luchamos día y noche, no es el dominio sobre las cosas, sino sobre los hombres... El poder consiste en causar dolor y humillación, en desgarrar en pedazos el entendimiento humano para volverlo a reconstruir conforme a nuestros propósitos. ¿Empieza usted a comprender la clase de mundo que estamos empeñados en estructurar?
>
> Es lo opuesto a todas las majaderas utopías de corte hedonista que proclamaron los reformadores de otros tiempos: el nuestro será un mundo de temores, felonías y tormentos, un mundo de subyugadores y subyugados, un mundo que se tornará, no menos, sino más despiadado a medida que se vaya perfeccionando. El progreso en nuestro mundo consistirá en evolucionar hacia padecimientos más perfeccionados. Pretendían las caducas civilizaciones estar fundadas en la caridad y en la justicia. La nuestra tiene por base el odio...
>
> Actualmente estamos empeñados en liquidar todos los razonamientos anteriores a la revolución. Hemos roto los vínculos entre padres e hijos, entre un hombre y otro hombre o entre un hombre y una mujer. Ya nadie confía en su esposa, en su hijo o en el amigo. Pero en el porvenir no habrá cónyuges ni amistades. Los niños serán separados al nacer como se les quita los huevos a una gallina. El instinto sexual habrá desaparecido. La procreación se verificará por cupos anuales, a igual que la renovación de las cartillas de racionamiento. Suprimiremos todo placer del contacto carnal. Ya nuestros neurólogos se ocupan de buscar una solución a ese problema. No existirá la fidelidad, excepto aquélla que se deba al Partido.
>
> Pero siempre –recuérdelo, Winston– siempre existirá el sibaritismo del poder [...] subsistirá la embriaguez producida por el éxito y la inefable satisfacción de aplastar la cabeza de un enemigo vencido.
>
> Si quiere tener una visión certera del mundo del mañana, imagínese una bota aplastando la cabeza de un ser humano... por todos los tiempos.

> […] Y no olvide nunca que es por siempre jamás. Nunca faltarán caras que pisotear. Nunca faltará un revoltoso o un enemigo de la colectividad a quien vencer y humillar una y otra vez… El espionaje, las felonías, las torturas, las ejecuciones y desapariciones no cesarán jamás […]
>
> La tragedia que he representado con usted en estos últimos siete años volverá a representarse año tras año y generación tras generación, pero siempre superándose en refinamientos y crueldades. Siempre habrá un disidente a nuestras plantas, aullando de dolor, vencido y escarnecido y, al final, arrepentido, impotente y besando las manos de sus verdugos por propia y espontánea voluntad. Ese es el mundo que nos proponemos estructurar [27]

Es clave la revisión del pasado, pues como escribió Orwell, "quien controla el pasado, controla el futuro", abriendo la posibilidad de una brutal manipulación del pasado.

Hubo pues *siete décadas de un lavado de cerebro* apoyado en tres pilares básicos: el miedo, el halago y la corrupción. Las escuelas del partido impulsaron por doquier la labor de miles y miles de agitadores (en el mundo obrero), informadores políticos, conferencistas y defensores del ateísmo. La propaganda política lo inundó todo, especialmente la visual. Todo se intentó: el libro, el cine, los diarios. Fue una lucha de cosmovisiones.

27 George Orwell: *1984*, Editorial Kraft, Buenos Aires, 1951, pp 318-320. Unas perlas más: "Que las masas tengan esta o aquella opinión es cosa absolutamente desprovista de la más elemental importancia […] pero tratándose de un afiliado al Partido, no puede tolerarse la más mínima divergencia de opinión en torno de cualquier asunto, por trivial que fuere. Desde que nace hasta que muere, un afiliado del Partido será sometido a la vigilancia de la Policía del Pensamiento, aún cuando se cree solo, nunca puede tener la seguridad de estarlo. Dondequiera que se halle, en el trabajo o en el descanso, dormido o despierto, en el baño o en la cama, está vigilado sin saberlo ni poder advertirlo. Sus amistades, sus esparcimientos, su conducta en el hogar, la expresión de su rostro […] son objeto de la más estrecha fiscalización. Se registra de inmediato no solamente cualquier desliz, sino una extravagancia, un cambio en las costumbres o un tic nervioso que pudieran interpretarse como una variante de su estado emotivo.

"No tiene en absoluto libertad para seguir sus inclinaciones en la dirección que fuere […] A todo afiliado el Partido le exige tener, no sólo opiniones exclusivamente estáticas, sino también instintos regimentados […]

"Un afiliado al Partido no puede abrigar sentimientos personales ni demostar la menor falta de entusiasmo en su fervor sectario: ha de vivir en un invariable frenesí de ODIO a los enemigos de dentro y de afuera, regocijarse con las victorias militares y renunciar en absoluto a su personalidad para ofrendarla al poder y a la sapiencia del Partido" (ob. cit., pp.252-254.)

¿Nació el hombre nuevo? Evidentemente no, pues los frutos maduros decantados con el paso del tiempo fueron el escepticismo, el aburguesamiento y un afán inmoderado de consumismo [28]. ¿El soviético de los años 70 y 80 creía en el marxismo? Sáenz advierte lo que me ha gustado llamar la evaporación de la ideología, o, mejor la frase de Octavio Paz que repito desde hace años: "El marxismo en la Unión Soviética es un catecismo que todos rezan pero en quien nadie cree". Alain Besancon, en su paso por Buenos Aires en los años ochenta Gorbachov nos decía: "en el interior del mundo comunista, la ideología dejó de ser una creencia. Es un lenguaje, el lenguaje obligatorio de los asuntos públicos, y para los miembros del partido, igualmente de los asuntos privados. Es el signo y el medio del poder. Pero ya no cuenta más con la adhesión espontánea y sincera, a diferencia de lo que sucedía todavía con frecuencia en los años cincuenta" [29]

Esto lo ve muy bien el P. Sáenz: el régimen devino una logocracia. La lengua de madera... Nos dice: "Antes de la toma del poder el Partido fundaba su cohesión en las ideas, de tal modo que al subir al gobierno instauró una ideocracia. Pero a medida que la realidad «real» derivaba lejos de la realidad utópica, a medida que las ideas se iban vaciando y no conservaban una sustancia verbal, el régimen fue evolucionando hacia una logocracia, que permite un nuevo tipo de coincidencia más fácil de lograr que la cohesión ideológica. En la actualidad al partido Comunista le interesa más el ritual que la creencia".

28 Esa labor de construir el hombre nuevo dejó secuelas graves. Véase estas apreciaciones de Helene Carrere d'Encausse al filo del siglo, tras el fin de la URSS, en una entrevista valiosa que le hacen Carlos Floria y Jean Yves Calvez. Dice la académica francesa: "Además, existe otro verdadero problema: la violencia en las relaciones entre los hombres. Así era también bajo el sistema soviético, sólo que el régimen fingía que no existía esa violencia [...] Esa violencia se traduce principalmente en el hecho de que la criminalidad es grande y muy salvaje. Asesinar al prójimo siempre es salvaje, pero ahora toma formas terribles [...] Existe, también, violencia en el seno de la familia. La cantidad de mujeres muertas por sus maridos cada año es monstruosa. Simplemente porque el marido está borracho y le pega hasta matarla. Cincuenta mil niños por año huyen de sus casas por la violencia de sus padres, y vagan por las calles, hay actualmente 500.000 niños perdidos por las calles, que se escaparon en los últimos diez años porque sabían que si se quedaban en sus casas los matarían. Esta violencia es un gran problema para los rusos, que no son malas personas , pero adquirieron hábitos de violencia bajo el régimen soviético", Carlos Floria y J. Y. Calvez: "La otra Rusia. Conversaciones con H. Carrere d'Encausse¨, *Criterio*, Buenos Aires, Año LXXII, Nov. 1999, n 2245, pp. 639-640.

29 Alain Besancon: "Fuerzas y debilidades del régimen soviético", en *Prudentia Iuris*, UCA, Buenos Aires, dic. 1984, XIV, p.150.

Su conclusión: “el sistema no ha logrado suscitar el «hombre nuevo» tan anhelado. Lo que ha suscitado es un hombre mediocre, desconfiado y totalmente escéptico”.

A los jóvenes de entonces, “el comunismo ya no les ofrece arquetipos. No creyendo más en nada [...] sólo sueñan con vivir económicamente un poco mejor [...] la nueva generación no tiene ni pícaros ni héroes, aparte quizás de los ídolos occidentales del rock”.

No hace falta agregar que esos jóvenes de hace treinta años son los que gobiernan hoy en Rusia... Y en un vaticinio de las futuras décadas, el P. Sáenz recuerda al valioso Augusto Del Noce quien, en esos días de perestroika, avizoraba para las próximas décadas (las nuestras) un encuentro del Oriente y el Occidente, “pero no en la verdad sino en el inmanentismo más absoluto. Occidente ya no cree en nada y la URSS ya no cree en el marxismo. Se encontrarán en el hedonismo, en la búsqueda del bienestar y del paraíso en la tierra. Será la dictadura mundial de la inmanencia”. El gran tema, del que tanto nos ha enseñado Alberto Caturelli. Yo de esos años recuerdo otra expresión de Del Noce, esto es que viviríamos bajo un tiempo de “nihilismo triste”...

A fines de los años 80 el filósofo ruso Julij Szrejder escribía que en la URSS se asistía a una verdadera “catástrofe antropológica”, es decir el daño provocado tras décadas de comunismo había tocado la intimidad del hombre y ese perjuicio intelectual y espirituaal adquiría dimensiones catastróficas. En 1990 Gisela Silva Encina añadía: “En definitiva, la gran catástrofe antropológica que sufre el hombre soviético es la pérdida de la capacidad de amar. O, mejor dicho, la sustitución del amor por el odio, y la competencia desenfrenada”. “Yo no sabía que había que amar a los otros –escribía Tatiana Goricheva, deslumbrada por el descubrimiento de la fe cristiana–, solamente me habían enseñado que había que vencerlos”. Y la valerosa disidente Larissa Bogoraz añade: “Desde los bancos de la escuela, toda nuestra educación está dirigida contra la piedad. ¡Nada de piedad! La piedad humilla al hombre” [30]

Vamos en pos del tramo final de esta presentación, en la que ya lo habrán advertido, se dialoga con el autor, quien suscita el despertar de viejas lecturas .Su libro es una extensión de la memoria y de la imaginación, por lo que le estamos doblemente agradecido...

30 Gisela Silva Encina: “¿Qué es hoy el Homo Soviéticus?”, *El Mercurio*, Santiago de Chile, 9 de diciembre de 1990.

En todo el texto campea el gran combate espiritual entre el comunismo y el Crtistianismo, en la lucha sin cuartel, desde sus orígenes hasta Gorbachov. Aquí pisamos la tierra de los mártires, de los testigos, de la Iglesia Ortodoxa y el catolicismo ruso, que también tiene su martirologio.

Sáenz nos interna en las persecusiones a la Ortodoxia desde el primer minuto. A su vez hay una larga incursión en las múltiples estrategias de la propaganda antirreligiosa. Y no dejan de conmover los testigos de la fe católica en Lituania y en Ucrania, que merecen conocerse. Todo enmarcado en el gran proyecto (fallido) de erradicar la fe de los corazones de los hombres del siglo XX. Juan Pablo II en su primer viaje a Polonia en 1979 recordó esta empresa estéril de erradicar a Cristo del alma de los hombres... Pero veamos un texto ruso de noviembre de 1917: "Durante varios días, los cañones rusos han bombardeado uno de los edificios sagrados más venerables de Rusia: nuestro Kremlin de Moscú y sus antiguas catedrales, donde se conservan los iconos milagrosos [...] Hace ya mucho tiempo que las semillas del Anticristo penetraron el alma rusa y el corazón del pueblo está envenenado por las doctrinas que intentan destruir la fe en Dios, impulsan a la envidia, la codicia y el pillaje de los bienes del prójimo. Sobre esta base prometen edificar acá abajo la felicidad universal [...] Ante nuestros ojos se realiza el justo juicio de Dios sobre un pueblo que perdió el sentido de lo sagrado".

Estas palabras fueron del Concilio de la Iglesia Ortodoxa que reunidos en los días de la Revolución había reestablecido el Patriarcado en la persona del Obispo Tikon, luego de dos siglos de suprimido por Pedro el Grande. Condensan la gravedad del momento. Había comenzado la larga agonía de la fe en Rusia... En diciembre de 1917 tuvieron lugar los primeros zarpazos contra la libertad y propiedades de la Iglesia. Nacionalización de todas las escuelas eclesiásticas, y supresión de los monasterios hasta la profanación de tumbas venerables. El hambre empujó a Lenin a incautar los objetos sagrados. En abril de 1924, en plena NEP, muere el Patriarca Tikon. Un año atrás se retractó en una enigmática declaración: "yo no soy enemigo del Poder soviético. He comprendido toda la falsedad y calumnia de que es víctima el Poder soviético de parte de sus enemigos". Antes de morir dijo: "La noche será muy larga y muy sombría". Al terminar la década de 1920 y consolidarse la posición de Stalin, la batalla por la liquidación de la Iglesia es frontal: por ley la propaganda religiosa es convertida en un crimen para el Estado. Los ateos, en cambio, gozan de una ilimitada libertad de propaganda antirreligiosa.

El ataque no tuvo límites: destrucción de miles de iglesias, quema de libros e iconos, supresión de las campanas, deportación de centenares de obispos. Liquidación en masa y sin piedad. La frase de Stalin: "Hemos aplastado al clero reaccionario... Sí lo hemos aplastado... La desgracia es simplemente que todavía no ha sido enteramente liquidado".

El movimiento antirreligioso cobró forma con la Liga de los sin-dios o Unión de los militantes sin-dios, con sus periódicos y editoriales propias. Pululan los tristemente célebres museos del ateísmo. Entre 1937 -1938, en tiempos de las grandes purgas y del Gran terror como bien tituló Robert Conquest a su libro clave, la persecución religiosa arreció. Luego la invasión nazi a la URSS en junio de 1941 puso un impasse, una nueva NEP, un respiro. Los alemanes abrían iglesias y monasterios en los territorios que conquistaban y Stalin pactaba -maquiavélicamente-una unión sagrada con la Ortodoxia, para luchar en la Gran Guerra Patriótica. Aquí los lazos de la Iglesia Ortodoxa con el régimen comunista se anudaron más y de modo especial, tras el Concilio de 1945 y la elección del Patriarca Alejo. En los años 50 hubo una notable distención, tras la muerte de Stalin en marzo de 1953. Esto se lee en las obras de Solzhenitsyn, quien recupera la libertad. Pero el hombre que permite que aparezca este escritor, el más grande de Rusia en el sigloXX, con su novela de los campos de concentración, *Un día en la vida de Iván Denisovich*, me refiero a Nikita S. Kruschev, arremetió contra el Cristianismo de un modo que no tiene nada que envidiarle a tantos antecesores, como Diocleciano, el emperador romano. En efecto 10.000 Iglesias fueron cerradas. Disolución y demolición de monasterios, a tal punto que si había 67 en 1959, quedaban 10 en 1964, año que derrocan a Kruschev.

Llegados a este punto creo menester insertar un texto que me estremeció hace muchos años y que "ilustra" todo lo que nos enseña el P. Sáenz. Se halla en el libro *Millones de Rusos creen en Dios* de Chysostomus Demh y que comentó el sacerdote y fino poeta chileno José Miguel Ibáñez Langlois. El relato titulado *Cristo de frac y sombrero de copas* nos sumerge en la atmósfera de asfixia espiritual de generaciones enteras bajo el régimen comunista. Vamos en pos de esta lectura cautivante:

> El lugar del episodio es el teatro estatal de Moscú, donde debía darse la primera representación de una obra anunciada y publicitada durante mucho tiempo: *Cristo de frac y sombrero de copa*, una parodia religiosa de propaganda atea. Colegios, konsomoles y agrupaciones juveniles de trabajadores habían sido avisados para que incluyeran la pieza en sus programas culturales y la debatieran y comentaran ampliamente, con

el obvio fin de extraer la conclusión deseada: la consabida tesis del marxismo leninismo, según la cual la religión es el "opio de los pueblos" (Marx) o "vodka espiritual donde los esclavos del capitalismo ahogan toda forma humana" (Lenin).

Para el papel principal de Cristo se había elegido la participación del célebre actor comunista Alexandr Rostovsev. La obra prometía ser impactante y no era raro entonces que el día del estreno el teatro estuviera lleno hasta el último rincón. Al abrirse el telón se vio sobre el escenario un "altar" colmado de botellas de ron y cerveza. El ambiente, en general, intentaba evocar el estilo de un bar con popes borrachos y pendencieros y monjes y monjas en continuo movimiento y en actitud igualmente negativa. Así, entre gritos y empujones, transcurrió el primer acto, que tenía sólo el fin de preparar la atmósfera adecuada al segundo. Comenzado éste, entró Rostovsev en la escena, con el libro de los Evangelios en sus manos.

Con arreglo al libreto, el actor representando a Jesús, debía leer los dos primeros versículos de las Bienaventuranzas, que abren el Sermón de la Montaña (San Mateo, capítulo V). Pero, según las indicaciones del autor de la pieza, debía hacer su lectura en medio de chistes y payasadas, de modo que, en forma simultánea a la recitación del texto sagrado, debía provocar en el auditorio un estallido de risas incontenibles. En efecto, esta parodia de los Evangelios debía convertir en motivo de bromas y carcajadas todo lo relacionado con Cristo y su doctrina. Terminados esos dos versículos, el actor debía proferir a gritos la siguiente petición: "¡Tráiganme frac y sombrero de copa!", imagino que en la idea de evocar, con tales atuendos, la imagen de lo más ridículo y sofisticado del capitalismo.

Rostovsev abrió los Evangelios y leyó "Bienventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los humildes, porque ellos poseerán la tierra". En ese instante debían estallar las carcajadas, y el actor tenía que arrojar lejos el libro y pedir a gritos su frac y su galera. Pero nada de eso aconteció. Tras un segundo de vacilación que todos sintieron grávido de un secreto dramatismo, Rostovsev siguió leyendo con voz trémula: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados".

En ese momento se calló. El público no se movía, ni sabía a qué atenerse, pero en medio del silencio sepulcral, todos percibieron que algo estaba ocurriendo en el interior del actor que representaba a Cristo, algo extraño, misterioso y profundo que salía de la previsión del libreto.

Todos contenían el aliento. Luego, después de una breve interrupción, Rostovsev siguió leyendo, pero su voz tenía ahora otra resonancia, otra seguridad inaudita, una firmeza incontenible. El actor estaba como transfigurado. La potencia de la palabra divina parecía dominarlo por completo, mientras los espectadores escuchaban en medio de un silencio mortal. Era obvio que no se estaba representando nada, sino que estaba

ocurriendo algo, algo íntimo, hondo, increíble, que protagonizaba el autor con plena sinceridad pero que alcanzaba también, de un modo extrañamente eficaz, a todos los presentes, inmóviles y expectantes en sus butacas.

Entonces Rostovsev, con los Evangelios en la mano, se adelantó hasta el borde del escenario y siguió leyendo. Leyó con voz firme los cuarenta y ocho primeros versículos del capítulo V de San Mateo: las restantes bienaventuranzas, la misión de los discípulos de Cristo en la historia ("Vosotros sois la sal de la tierra", "vosotros sois la luz del mundo"), la promulgación de la nueva ley evangélica, los deberes de amor hacia el prójimo, el sentido de la castidad y pureza cristiana, la indisolubilidad del matrimonio, el deber de amar incluso a los enemigos... nadie lo interrumpió: todos escuchaban sus palabras como si estuvieran delante del mismo Cristo y no de un hombre llamado Alexander Rostovsev. "Sed, pues, perfectos, como vuestro padre celestial es perfecto", murmuró finalmente el actor con voz más baja, pero todos lo asistieron con un gesto.

Por fin Rostovsev cerró los Evangelios, dando la impresión de que con ello hacía algo definitivo para su vida. Se persignó y con voz fuerte y desgarradora pronunció las palabras del buen ladrón en la cruz: "Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino". Luego enmudeció con un semblante de inmensa paz. Lo que había sido preparado por él mismo como un acto de burla y desprecio hacia la fe, se había convertido en una iluminación divina, en su camino de Damasco, en una predicación del mismo Cristo y en el testimonio de fe de un hombre que, en la cumbre de su gloria, estaba poseído del temple de los mártires. Nadie gritó, nadie silbó, nadie protestó. Todos abandonaron el teatro mudos y pensativos. Fue como una tormenta: había caído un rayo de lo alto y los había alcanzado a todos.

La pieza no se volvió a presentar jamás, y Rostovsev después de aquella noche desapareció para siempre de los escenarios. Su carrera artística había terminado, y había comenzado para él la vida cristiana, oscura y proscripta en su medio, la Rusia comunista. Ciertamente Cristo se ha acordado de él en su gloria [31].

Sáenz nos relata las vicisitudes del cristianismo en las décadas del 60, 70 y 80. Sin duda, se detiene en el Informe secreto al Comité Central sobre el estado de la Iglesia en la URSS, que se filtra a Occidente y se publica en París en 1980. Es altamente revelador de los éxitos y fracasos del régimen. Pero no pierden el aliento de la lucha sin cuartel. Domesticar

31 Cit. por Mario Luis Descotte: *El Legado de Juan Pablo II*, Fundación San Francisco Javier, Mendoza, 2005, pp.79-82.

a los obispos y al clero. Refleja al obispo "leal" ("Habitualmente dice sermones, pero son muy breves, poco expresivos, sin fuego [...] Los termina casi siempre con una exhortación a vivir en paz, a luchar por la paz en el mundo entero") y a los otros, los que resisten... El control de los seminarios, las publicaciones, la propaganda antirreligiosa. Todo se estudia: el ateísmo en la prensa, los libros, la radio, la televisión, los museos e inclusive los ritos, desde el bautismo a los funerales.

Porque, en realidad, el ruso acude a Dios y todos leíamos en aquella época el renacimiento religioso en la URSS. Los textos de Solzhenitsyn reflejaban esa Iglesia del Silencio, que se hacía oír a pesar de los suplicios y que se mostraba en Pascua, en las peregrinaciones a la Trinidad de Zagorsk, o al monasterio de Pskov-Petchory, o a la Laura de las Grutas de Kiev, que conocimos con el Padre Sáenz en 1993.

Respecto al catolicismo ruso nos enteramos de la realidad católica hacia 1917: 5 diócesis. Nos muestra dos figuras centrales: el padre jesuíta Michel d'Herbigny y el P. Asuncionista Neveu, de vasta trayectoria como administrador apostólico de Moscú. La Revolución devastó el catolicismo ruso: cerca de un millar de iglesias y capillas católicas. Arrasó con los sacerdotes. En los años 80 quedaban dos iglesias abiertas al culto: una en Moscú (San Luis) y otra en Leningrado ((Nuestra Señora de Francia). Entonces había en la URSS 10 millones de católicos, y el 40% residía en los países bálticos. Una especial mención le merece los 4 millones de católicos de rito bizantino de Ucrania, que fueron anexados compulsivamente en 1946, por la Ortodoxia. Es la Iglesia Uniata.

Sáenz se detiene con simpatía y admiración en Lituania y Ucrania

Lituania fue anexada, como Estonia y Letonia, en 1940 a la URSS como consecuencia del Pacto Molotov-Ribentropp de agosto de 1939, firmado entre Hitler y Stalin. Cincuenta años después no fue casual que tuviera mucho que ver en la desintegración de la URSS en 1991, puesto que, como lo advierte el P. Sáenz, en este baluarte del cristianismo latino, junto con Polonia, el sentimiento patriótico y el nacional van unidos en forma indisoluble.

La persecución a los creyentes fue durísima. En este caso contamos con un testimonio inapreciable, escrito y difundido a costa de la sangre lituana: *Crónica de la Iglesia católica de Lituania*, que es una magnífica fuente histórica que testimonia toda una época. En el tomo II dicen sus autores: "Tenemos una única finalidad: ¡Renovarlo todo en Cristo! Renovar la faz de la Nación, tan dolorosamente mutilada por el ateísmo a lo largo de varios decenios de postguerra". Por sus páginas desfila

todo lo que ya nos ha explicado el P. Sáenz, pero ahora en la vertiente católica: profanación de templos, como que la Catedral de Vilnius la transforman en una galería de arte, o la de San Casimiro fue trocada en Museo del Ateísmo. Un aspecto singular es la ateización en los colegios. Aquí nos brinda una pequeña perla:

> El 27 de mayo de 1974, la profesora le preguntó a un alumno de VII año:
>
> –¿Reniegas de la fe?
>
> –Creo y creeré.
>
> –Ahora son muy escasos los que asisten a la iglesia, por tanto hay que obedecer a la mayoría –le explicaba la profesora.
>
> –Solamente al muerto lo arrastra la corriente, mientras que el vivo nada contra la corriente.
>
> –Con tu fe les cortarás a tus hijos el camino hacia el estudio –intentó convencerle la profesora.
>
> –No soy yo el que lo cortará, sino ustedes, los ateístas. Finalmente, *¿para qué hace falta el estudio si hay que renunciar a la cosa más preciada, la fe?*

La Crónica deja constancias de los testigos de la fe, J. Gimbutas, Nijole Sadunaite, sacerdotes mártires y heroicos por doquier. Pero hay otra perla. El P. Jonas Usila, Rector por décadas del Seminario de Vilnius, al llegar a los 80 años fue presionado para que firmara una nota contra Pio XII por negarse a la colaboración de los cristianos con el comunismo. Su respuesta es antológica:

> Ministro, ocupando Vos un tan elevado cargo, os comportáis deshonestamente. Os atrevéis a proponernos que firmemos contra el Papa una nota. ¿Cómo nos consideráis? Toda la vida he enseñado a los candidatos a sacerdotes y a los creyentes, a respetar al Santo Padre y obedecerle. Vos deséais que yo, al final de mi existencia, denigre aquello que me es más preciado, lo que creía, amaba y proclamaba. Eso no será nunca. Nosotros, con toda resolución, protestamos contra el vejamiento del Papa, Cabeza de la Iglesia, de la misma Iglesia y de los sacerdotes. Vosotros perseguís a la Iglesia, habéis escarnecido y clausurado nuestros bellos y preciados santuarios, habéis convertido en depósitos los monumentos de belleza y arte, habéis destruido los bienes eclesiásticos –órganos, objetos y vestimentas litúrgicas–, habéis convertido en materia prima las obras, libros teológicos de incalculable valor de las bibliotecas del Seminario Eclesiástico y de la Universidad. No permitís el funcionamiento

> del Seminario Eclesiástico de Vilnius, clausurasteis los conventos [...] dispersasteis a los monjes y monjas [...] los dejasteis sin techo, sin un bocado de pan, obligasteis a espiar a los sacerdotes y a los creyentes, a ir contra su conciencia. Intentáis hacer explotar la Iglesia desde dentro, buscáis traidores entre los sacerdotes y los creyentes [...] A los que se mantienen dentro de los principios católicos los calumniáis, los encerráis en cárceles o los hacináis en *lagers*. Sabedlo, con esos actos de terrorismo no arrancaréis la fe de nuestros corazones. Las cañas se moverán, se inclinarán, pero los robles persistirán y criarán nuevos brotes de roble, más fuertes y más resistentes. La Iglesia sobrevivió muchas persecusiones. Ella salió de cada persecusión más pura y más fortalecida. Ella soportará honrosamente también esta oleada de terror. Vosotros, persiguiendo a la Iglesia, obtendréis resultados contraproducentes, nacerán nuevos héroes-mártires, que con su sangre lavarán las manchas de los débiles de voluntad y carreristas y ornarán a la Iglesia con la aureola del martirio, la fidelidad y el amor. Ellos no nos faltarán. Martirizaréis a unos, y su lugar lo ocuparán otros. No solamente en los primeros siglos del cristianismo la sangre cristiana era la semilla del crecimiento del cristianismo. Puesto que ello se repite y se repetirá [...] Cualesquiera terribles y asqueantes métodos que empleéis, no eliminaréis la fe, pues la fe no es obra de hombres, sino de Dios. Como es eterno Dios así es la fe. Desgraciados de vosotros que pretendéis luchar contra Dios. He terminado, ahora podéis detenerme.

"Cualesquiera terribles y asqueantes métodos que empleéis, no eliminaréis la fe". Permítanme que vincule este texto del P. Jonas con el testimonio del padre albanés Antón Luli, pronunciado frente al Papa Juan Pablo II, cuando ambos cumplían 50 años de sacerdocio. Está aquí mi homenaje a todos los mártires del siglo XX, que confirmaron ese pensamiento que leí en Thierry Maulnier, en su libro *Comunismo y Miedo*, esto es que *el odio engendra la crueldad...* Leamos con todo el silencio y el detenimiento que permiten nuestras agitadas y alteradas vidas:

> Santísimo Padre, yo acababa de ser ordenado sacerdote cuando mi país, Albania, recibió los azotes de la dictadura comunista y la persecución más despiadada. Era el año 1946, y algunos de mis hermanos en el sacerdocio, después de un proceso lleno de falsedades y engaño, fueron fusilados y murieron mártires de la fe para celebrar como pan partido y sangre derramada su última Eucaristía personal por la redención de mi nación. Pero a mí el Señor me pidió que abriera los brazos dejándome clavar en la Cruz de otro modo: celebrando el propio ministerio –que me era pública y privadamente prohibido– con una vida transcurrida entre cadenas y torturas de todo tipo. El 19 de diciembre de 1947 me

arrestaron acusándome de agitación y propaganda contra el gobierno. Viví diecisiete años de cárcel estricta y veintiséis de trabajos forzados. Mi primera prisión, en aquel gélido mes de diciembre de 1947, tuvo lugar en una pequeña aldea de las montañas de Escútari encerrado en un cuarto de baño. Allí permanecí nueve meses obligado a estar agachado sobre excrementos endurecidos y sin poder enderezarme completamente debido a la estrechez del lugar. La extraordinariamente gélida noche de la Navidad de aquel año –¡cómo podría olvidarla!– me llevaron a otro cuarto de baño en el segundo piso de la prisión y me obligaron a desvertirme para colgarme con una cuerda que me pasaba bajo las axilas. Estando desnudo y apenas pudiendo tocar el suelo con la punta de los pies, sentía que mi cuerpo desfallecía lenta e inexorablemente, y cuando el frío que me subía poco a poco por el cuerpo llegaba al pecho y estaba por parárseme el corazón, lancé un grito de agonía. Entonces acudieron mis verdugos para descolgarme y llenarme de puntapiés. Esa Nochebuena, en ese lugar, y en la soledad de aquel suplicio, viví el sentido verdadero de la Encarnación y de la Cruz. Pero en esos sufrimientos, tanto a mi lado como dentro de mí, tuve la extraordinaria y consoladora presencia del Señor Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, pues era muy grande la alegría que me embargaba. Me liberaron cuarenta y tres años después, con la amnistía de 1989. Tenía setenta y nueve años, y estaba para cumplir los ochenta. Santo Padre, debo decirle que nunca guardé rencor hacia quienes humanamente hablando me robaron la vida, y también hacerle notar que en este año en que Usted y yo cumplimos las bodas sacerdotales, los caminos por los que hemos recorrido las cinco décadas es distinto. Yo, a petición de la Santa sede, en este acto de homenaje a sus bodas de oro, accedí por obediencia a dar el testimonio de mi vida sacerdotal, experiencia muy particular si se la considera en relación al común de los sacerdotes, pero Usted bien sabe que no es la única, pues son millares los sacerdotes que en estos cincuenta últimos años han sufrido tras la cortina de hierro –y en otros múltiples sitios de persecución religiosa– dramáticos sufrimientos a causa del sacerdocio de Cristo [...]

En fin, tras cincuenta años podemos afirmar que quienes procuraron despojarnos de todo jamás consiguieron arrancarnos del corazón el amor a Jesús y a nuestros hermanos. En este sentido –como ayer y como siempre– podemos decir con convicción y alegría las palabras de San Pablo: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada? Ya lo dice la Escritura: Por tu causa somos muertos todo el día y tratados como ovejas destinadas al matadero, pero en todo esto salimos vencedores gracias a Aquel que nos amó (Rom. 8, 35-37) [32]

32 *L'Osservatore Romano*, 10 de noviembre de 1996- Cit. por Pedro J.M. Chiesa*: Amor, Soberbia y Humildad,* Tucumán, Edición del Autor, 2005, 292-294. Cfr. Stefano M.Paci*, Cristo se paró enn Escutari.* En 30 Días, Año 1, n 12, 1994 la entrevista al Padre

Respecto a Ucrania y su iglesia "heroica, mártir, militante", nos deja dos figuras entrañables: el metropolita Andrés Sheptyski, que cubre con su acción apostólica la primera mitad del siglo XX, arzobispo de Lvov (Lemberg). Asiste a la rusificación de Ucrania occidental en la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces, todos los obispos fueron deportados a Siberia, Kazastán y mueren en cautiverio. El testigo y mártir que Sáenz destaca con enorme cariño filial es Josyf Slipyj, quien recorrió todos los círculos del Gulag y sobrevivió por la intercesión del Papa Juan XXIII en 1963. Desde entonces mantuvo viva la llama de la fe y la cultura ucraniana en todo el mundo y, por sobre todo en Roma, (réplica de la Catedral de Santa Sofía, en Roma, y la Universidad San Clemente). Murió en 1984.

Quiero mencionar el extraordinario aporte de Irina Osipova con su libro *Si el mundo os odia... Mártires por la fe en el régimen soviético*. Un fruto de cinco años de investigación en los archicos del KGB y del Ministerio del Interior de la exUnión Soviética. En él se da cuenta de las persecuciones a los católicos entre 1923 y 1949, también sobre los católicos en el *lager* de las islas Solovski, entre 1927 y 1937, los sacerdotes alemanes del Volga, entre otros temas, para concluir con un emotivo capítulo de confesores de la fe, que confirma que, tal vez, el siglo XX sea el siglo de mayores mártires de la historia [33].

Dos magníficos medallones nos regala el P. Sáenz, dos vidas del mundo soviético que evidencian la perennidad del espíritu humano, aun en los tiempos más arduos... Alexandr Solzhenitsyn y Tatiana Goricheva.

Solzhenitsyn fue un fiel testigo del siglo XX, un insobornable testigo. El más grande escritor ruso del siglo XX. Todas las páginas que le dedica el autor son una invitación a descubrir al hombre y su tiempo, a aquel que fue capaz de enfrentarse al Imperio con la sola fuerza de su pluma y de su alma. No en vano decía en uno de sus textos célebres que nada

---

MIkel Koliki, primer Cardenal en la historia de Albania. Pasó 37 años en las cárceles comunistas. Su testimonio es estremecedor. Una respuesta: "... el régimen quería construir un "hombre nuevo" destruyendo sus raíces, pero la fe católica otorga la hombre una dignidad que le impide dejar que se someta su conciencia.. Y además porque el catolicismo conformaba a la nación. Los más grandes poetas nacionales, los más grandes escritores eran todos católicos. Teníamos excelentes escuelas a las que iban incluso musulmanes. El régimen comunista quiso decapitar toda la inteligencia del país. Durante 50 años se borró de los libros y de la memoria la existencia de nuestra propia literatura... Ya lo creo que sufrimos..." p.52.

33 Irina Osipova: *Si el mundo os odia,* Encuentro Ediciones, Madrid, 1998.

lo apartaría del camino hacia la verdad. Nos brindó dos penetrantes miradas. Una hacia Rusia y su experiencia extrema, la del comunismo soviético y su saldo de millones de muertos. Fue uno de los más formidables luchadores contra el Totalitarismo. Por otra parte, al ser desterrado, no dejó de alzar su voz para alertar al Occidente adormecido en su comodidad, en su "celo por no ver"... enceguecido por el "espíritu de Munich"... Le endilgó la falta de lucidez y de coraje. Creyó hasta el final en el renacimiento ruso, aunque creo que, tal vez, en su regreso a Rusia, advirtió que el comunismo había hecho más daño del calculado. Su obra escrita es un testimonio del valor de la memoria. Tuvo mucho que ver en el socavamiento de la mentira totalitaria.

Toda su obra es inmensa y rica, pero su *Archipiélago Gulag* es estremecedor, ya que horadó la coraza interna del Imperio, como alguna vez escribiera el inefable André Frossard. Lo he leído mucho y he leído bastante sobre él. Rescato la evocación que hace de Solzhenitsyn otro francés, Raymond Aron, en sus Memorias: "La personalidad del *zek* me había llegado al corazón: venido de otro mundo, un hombre fuera de lo común, de un calibre como tienen pocos entre los cuatro mil millones que pueblan el planeta, se dirigía a todos nosotros [...] Aunque las palabras, las obras, la vida de Solzhenitsyn constituyan realidades políticas que agobian con toda su carga de ssufrimiento y de genio, él no es un político. Sus convicciones trascienden lo político porque inspiran a una personalidad fuera de lo común, porque siguen siendo, en último término, de índole espiritual: fe en la libertad y devoción incondicional a la verdad". Pero hay algo más: fue un fiel testigo cristiano hasta la médula en un país que, como dijo Chafarevich, conoció la muerte y prtendió la muerte de Dios...

Tatiana Goricheva, a su vez, describe con su vida los inescrutables designios de la providencia. Nacida en 1947, de padres y abuelos ateos, se convierte a los 26 años, tras recorrer un itinerario sorprendente: el yoga, Sartre, el rezo del Padrenuestro como mantra y descubre que Dios existe. Su libro *Hablar de Dios resulta peligroso* me deparó un sacudón tan intenso cuando cayó en mis manos, que aún recuerdo el vago temblor de la emoción. Literalmente no podía dejar de leerlo. En sus primeros libros hay frases que obligaban a meditar: "El nihilismo no dispone ya de suficientes fuerzas negadoras y se ha transformado en cinismo [...] En nuestras tinieblas soviéticas la mentira es obligatoria y el miedo es omnipotente [...] Yo no vengo de ninguna parte y a ninguna parte voy: he carecido de raíces y he tenido que encaminarme hacia un futuro vacío y absurdo".

Tatiana Goricheva redescubre la tradición cristiana y con ello el valor del sufrimiento... "La fuerza de la cruz está en nosotros".

Expulsada en 1980 mira duramente al Occidente descreído, marcado por el antropocentrismo, la predilección por lo gregario y el terror a la soledad.

Por último Sáenz redondea su pensamiento rastreando la misión providencial de Rusia. Confía que la voz de Rusia puede y debe ser escuchada por el mundo. La experiencia extrema de setenta años puede ser una advertencia para el mundo. Nos enriquece. El autor vincula la experiencia rusa con Fátima y la necesaria unidad de los cristianos en torno al Papa, a Roma.

Luego de repasar a tres hombres clave de la intelectualidad rusa del siglo XIX: Khomiákov, Dostoievski y Soloviev en esa búsqueda afanosa de la vocación histórica de Rusia, el P. Sáenz asevera que el comunismo implicó un juicio y castigo de Dios al Occidente. Por otra parte espera de Rusia grandes reservas ya que, nos dice, "Rusia ha pasado por el lagar del sufrimiento, ha hecho la experiencia de la cruz. La Rusia crucificada está en las antípodas del Occidente gozador y hedonista".

De allí ese grito angustiosos del Papa eslavo, Juan Pablo II, cuando animaba a los hombres del Este a no pasar de un materialismo al otro...

Rusia resucitada debería aportar los valores espirituales forjados en la desilusión comunista. Está muy en consonancia con estas palabras del ex presidente checoslovaco, Vaclav Havel, una de las figuras más interesantes del Este europeo, quien escribió: "He afirmado más de una vez que los decenios de régimen totalitario son algo más que tiempo perdido, constituyen una determinada experiencia específicamente espiritual que se puede aprovechar y valorar, que nos puede enriquecer gracias a que nos descubre el autoconocimiento humano. No creo que seamos sólo unos que no saben más que pedir ayuda al mundo desarrollado. Es más, creo que somos capaces de ofrecer al mundo algo especial a cambio" [34]

Por ello nuestro autor reitera que la sangre de los mártires que ningún calendario recoge, clama... Evoca a Fátima y dice con claridad: "Esperamos la conversión de Rusia al catolicismo". Y encuentra quién tenderá el puente, quién permitirá la reunión: la Virgen María.

34 Vaclav Havel: *El intelectual y la política*. En *El Mercurio*, Santiago de Chile, 14 de febrero de 1993, en Mario Luis Descotte, *El Estallido del mundo... cit*, p.154.

Últimas palabras sobre un libro magnífico

El libro me ha devuelto a la vieja Rusia y a su drama singular del siglo XX. A una Rusia que amo por razones del corazón que mi razón no conoce. Siempre me ha fascinado este pueblo con solo rozar su superficie. Pero mucho más toca el alma un libro como el del Padre Sáenz, que termina por hacernos comprender el destino de millones de hombres marcados por la utopía al poder. El autor admite 110 millones como balance del experimento. Es mucho más que estadística. Es una advertencia para los desmemoriados habitantes del siglo XXI, carentes de cultura histórica, sobre la posibilidad de aniquilamiento que tiene el Poder sin límites. Lo digo con palabras de una antiguo Pontífice: sin el respeto profundo por la dignidad humana, de cada persona, única, irrepetible, nuevos Auchwitz, Dachau, Vorkuta, Mordovia, Magadán, pueden retornar. *¿Qué nos inmuniza contra el atropello más atroz, si ya todo fue probado?* El siglo XX soviético –y el Padre Sáenz lo demuestra– evidencia que el poder absoluto puede corromper, absolutamente...

Yo por mi parte me animé a escribir la página siguiente donde dejó el Padre Sáenz. Me refiero al estallido del Imperio soviético en tiempos de Gorbachov, y el inolvidable derrumbe del muro de Berlín, en noviembre de 1989, que cancelaron una época, y que permitieron que las cuatro siglas URSS se desgajaran y se arrinconaran en los libros de historia. Permítanme que intente resumirme.

¿Es posible explicar satisfactoriamente el desplome de la URSS durante Gorbachov... ? ¿Cuáles han sido las causas, los factores, las circunstancias que nos ayudan a entender el fin del Imperio Soviético y la descomposición del marxismo?

Durante los años de Gorbachov y mucho más a partir de 1988-1989 se conjugaron una serie de relevantes causas que –imbricadas juntas en un proceso histórico que se aceleró en 1989– hicieron explotar el mundo del marxismo soviético y sus aledaños...

La evaporación del marxismo en la URSS y mucho más en la Europa Oriental ha sido un aspecto crucial en este proceso. La ideología entró en crisis y con ello se cuestionaron las bases de legitimidad del régimen, que empezó y terminó apoyándose en la fuerza... Otro aspecto esencial fue la diplomacia norteamericana, o más bien, la estrategia que inaugura el presidente Ronald Reagan a partir de su llegada al poder. Un punto controvertido es el peso que tuvo su Iniciativa de Defensa Estratégica,

lanzada en marzo de 1983, que golpeó en la cara de una economía soviética que no podía soportar tamaña aventura armamentística y de investigación. Otra causa que hay que retener es la supervivencia de las culturas nacionales... Tanto en el seno de la URSS como en los países de la Europa Oriental las culturas que habían soportado largas décadas de intensa sovietización, regresaban... con un vigor marcado por la recuperación de la memoria colectiva. Esto se ve con claridad en los intelectuales rusos que repudiaron el marxismo y se aplicaron a descorrer el velo del pasado cultural ruso, cuando fue posible, esto es, cuando advino el tiempo de la *glasnost* gorbachoviana. En la Europa Oriental siempre existieron corrientes culturales subterráneas que esperaban el momento oportuno para reaparecer, tal como se vio en la Checoslovaquia de 1968, en Rumania e incluso en la Alemania del Este, donde existió una literatura clandestina de gran valor.

Llegamos entonces a lo que bien podrían llamarse las corrientes intelectuales del derrumbe soviético. Las ideas mueven a los hombres, decía un miembro del Congreso Pedagógico convocado en la primera presidencia de Roca. No cabe duda que el movimiento cultural, de gran impronta moral, que se conoció con el nombre de disidencia, tuvo un papel angular en la tarea de horadar el edificio totalitario. En la URSS siempre hubo intelectuales que pagaron caro su actitud libre frente al Estado-Leviathán. A partir de la década del 60 la disidencia rusa fue una fuente –como quieren Heller y Nekrich– del renacimiento moral. Los nombres de Pasternak, Siniavsky, Daniel, Galanshov, Bukovski, Grigorenko, N. Gorbanevskaya, Solzhenitsyn, Sajarov, Maxímov, I.Orlov y muchos más jalonan esa otra cara de la libertad, como la designó Uscatescu. Octavio Paz vio en ellos una nueva nobleza, de índole moral, que golpeaba la conciencia de un mundo occidental demasiado dormido en su confort material y en su celo por no ver...

La disidencia no se circunscribió a la URSS. Existió, en mayor o menor medida, más o menos reprimida según las épocas, en toda la Europa del Este. Fue particularmente activa en Polonia o en la Checoslovaquia de Alexander Dubcek. Un fruto maduro de esta postura moral fue Vaclav Havel, que simboliza el esfuerzo del intelectual centroeuropeo por reinsertarse en Europa, tras superar la etapa comunista.

Junto a esta disidencia intelectual hay que hacer mención a otra fuerza muy viva, con un testimonio personal enorme: la oposición religiosa. El Cristianismo. Tanto católico, como ortodoxo y protestante, tiene sus mártires y sus testigos. Fue en muchos casos la única institución

que no entraba en los cánones del andamiaje totalitario. Las persecuciones, las discriminaciones y los atropellos a la dignidad del creyente fueron continuos.

¿Dónde registrar el comienzo del fin? No tuvimos dudas: Polonia. Escribe Garthon Ash: "Si 1989 fue el final, ¿cuál fue el principio del fin? [...] Si tuviera que determinar una fecha específica para el «inicio del fin» [...] diría que fue el mes de junio de 1979. Quizá se me tache de polacocéntrico, pero estoy convencido que la primera gran peregrinación del Papa a Polonia representó ese viraje decisivo".

Junto a los factores mencionados hay que señalar el peso gravitante que tuvo la economía soviética. Fue un elemento esencial del derrumbe... Otro factor se acopló: la retirada militar, la derrota de Afganistán. Su impacto fue grande, tanto en la esfera de la moral militar como en su faz económica y de vidas humanas perdidas.

La Revolución de 1989 en la Europa Oriental aceleró la descomposición del marxismo soviético. Los medios de comunicación y de modo especial, la televisión, ampliaron al infinito sus efectos... La perestroika y la glasnost, en esencia, ayudaron a despertar a la sociedad civil, que descubrió los problemas reales que habían sido, por décadas, ocultados: pobreza, alcoholismo exacerbado, baja productividad laboral (según Todd era la forma natural de la lucha de clases en un régimen totalitario), catástrofe ecológica, etc. Y también brotó la cuestión nacional. Los nacionalismos aprovecharon la glasnost para terminar con el Imperio...

Las consecuencias del derrumbe soviético son múltiples. Por de pronto desaparece el último Imperio Colonial y la herencia zarista-bolchevique se diluye. Emerge Rusia con el liderazgo de Boris Yelsin. Si miramos Europa, aparece nítido el impacto de la reunificación alemana... Muy pronto los Balcanes estallan... La creación del Mariscal Tito (muerto en 1980) se desmembra. Se independizan Eslovenia y Croacia. Y adviene una guerra espantosa, cruel, que desangró a esos viejos pueblos... El Pacto de Varsovia y el Comecón desaparecen sin dejar rastros. Toda una época se va con ellos. La república de Checoslovaquia, dirigida por el disidente Vaclav Havel, se divide... se produce un "divorcio sin sangre"... Una consecuencia esencial del derrumbe de la URSS ha sido la apertura, por orden del Presidente Yelsin, de los Archivos Soviéticos. Toda la historia mundial del siglo XX espera recibir nuevas luces puesto que los Archivos centrales de la URSS albergan cerca de setenta y cinco millones de documentos... Alfredo Sánchez Bella resume los "hallazgos" hacia 1993: "Los Archivos del Comité Central del Partido confirman las

acusaciones mantenidas durante tres cuartos de siglo, sobre los métodos del régimen soviético. En cartas inéditas de Lenin aparecen instrucciones precisas para destruir la Iglesia y la sociedad en un baño de sangre: «Cien mil rublos por cada 'kulak', propietario de tierras, que haya sido colgado» (9 de mayo de 1922). Otra orden: «Debemos obtener por todos los medios los bienes de la iglesia para constituir un fondo de muchos centenares de millones de rublos-oro, de no hacerlo, nuestra acción gubernamental será imposible»"

No menos precisas son las consignas de Stalin: "De acuerdo con vuestros informes sobre los trabajadores de teléfonos licenciados. Fusiladlos". Igualmente interesante es la confirmación de la financiación del terrorismo internacional de todos los continentes... Las revelaciones van a aportar una nueva visión: cómo se planeó la ayuda militar y política durante la guerra española, en la que la aportación soviética fue determinante, cuál fue la estrategia de los movimientos guerrilleros en toda Hispanoamérica, de 1962 a 1990. Toda la historia habrá de sufrir una profunda revisión. Muchísimas mentiras serán ahora descubiertas. Y hechos que parecían absurdos adquirirán ahora abajo esta nueva luz pleno sentido [35].

Cuando escribí sobre Juan Pablo II advertí su influjo en la caída del comunismo. No en vano fue el mismo Gorbachov quien escribió en *La Stampa* de Turín en marzo de 1992: "Todo lo que ha sucedido en la Europa Oriental en los últimos años no habría sido posible sin la presencia de este Papa, sin el gran rol –inclusive político– que él ha sabido desempeñar en la escena mundial. Sus primeras palabras: «No tengáis miedo» perforaron la coraza del mundo totalitario [...] Lo peor que le puede suceder a un sistema totalitario es que ciertos hombres pierdan el miedo, incluso ante la persecución y la muerte, y rechacen la colaboración personal con la mentira [...] ¡No tengáis miedo!, dijo y repitió [...] Todo su pontificado es un testimonio de la coherencia interna del clamor de un pontífice que animó al hombre, a todos los hombres, a librarse de todos los temores, que anidaban tanto en el este como en el oeste. Cuando las personas pierden el miedo y se deciden a vivir en la verdad, las horas de la dictadura totalitaria están contadas, salvo, claro está, que los instrumentos de la represión estén muy aceitados" [36].

35 Mario Luis Descotte: *El estallido del Mundo Soviético* cit.... pp211-216.

36 Mario Luis Descotte: *El Legado de Juan Pablo II,* Mendoza, Fondo Editorial San Francisco Javier, 2005, pp101-102-111-112.

Finalmente llegué a una última interrogación:

> ¿Será posible un balance del comunismo del siglo XX, en lo relativo a las vidas humanas? Quizás. Pero las cifras son aterradoras. Zbigniew Brzezinski repasa el costo humano y admite cincuenta millones, que "representan –dice en su libro *El Gran Fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo XX*– sin duda el más extravagante y desorbitado experimento de ingeniería social que jamás se haya intentado". Un libro reciente, *El Libro Negro del Comunismo*, escrito por Stéphane Courtois, Nicolás Werth, Jean-Louis Panné, Andrzj Paczkowski, Karel Bartosek y Jean-Louis Margolin, publicado en París en 1997, acercan la cifra a cien millones. Solzhenitsyn insitió en más de 60 millones sólo para la URSS...
>
> Escribió Isaiah Berlin: "He vivido durante la mayor parte del siglo XX sin haber experimentado –debo decirlo– sufrimientos personales. Lo recuerdo como el siglo más terrible de la historia occidental". Yehudi Menuhin, por su parte, señaló: "Si tuviera que resumir el siglo XX, diría que despertó las mayores esperanzas que haya concebido nunca la humanidad y destruyó todas las ilusiones e ideales"....
>
> La revolución de 1989 implicó la recuperación de la dignidad humana, expresada en esa frase de una mujer alemana al cruzar el muro en noviembre de dicho año: "Se acabaron los años de humillación [...] volvemos a ser personas". Por eso escribía Víctor Massuh: "Ser testigos, en las postrimerias de este siglo, de la desintegración del comunismo, es una experiencia deslumbrante. Muchos habían creído definitivamente perdida esta posibilidad, por lo menos en el espacio de la propia generación. Pero allí está el acontecimiento rotundo".
>
> Está aquí, tal vez, el corazón del mensaje de fin de siglo, esto es el redescubrimiento del valor de la persona humana, única, irrepetible, irreductible a todo engranaje, pues, como alguien escribió, Dios cada vez que crea a un hombre, rompe el molde. Havel, el presidente checo de los años 90, toda vez que puede, clama contra una Europa sin alma [...] El fin de siglo deja caer sus últimos años con renovadas esperanzas y preocupaciones. Todo un ciclo revolucionario –el de la aurora roja por lo menos– se ha cerrado" [37].

Es de agradecer esta edición a Gladius y agradecer al autor por una obra que enorgullece a todo argentino que cree aún en la existencia de esa Argentina invisible, de la que hablaba Eduardo Mallea, que, de tanto en tanto, sube a la superficie y ¡con qué vigor...! Lo he leído con el placer de reencontrame con viejos amigos que me acompañan, desde mi

37 Idem, pp.216-217.

adolescencia, en mi cantera, en mi biblioteca, pues he releído libros a que acudí hace décadas. Retornaron así viejas vivencias en un mundo distinto. Me ha dilatado las pupilas de mi imaginación y de mi memoria. Y seguramente enriquecerá a los nuevos lectores que se animen a la aventura formidable de leer y releer...

Gracias Padre Sáenz por toda su obra, por su testimonio cotidiano, de toda la vida, pues, como siempre se recuerda, "Así como el cultivo del árbol se muestra por su fruto, así, por la palabra pensada, se ve el corazón del hombre" (Ecl. 27, 7). Entonces por las palabras pensadas y escritas, se ve, se calibra, el corazón magnánimo del hombre. Cedo por última vez la palabra evocadora al Padre Sáenz, que están en su prólogo. Corría el año 1985:

> Es el Kremlin de Moscú. En el centro de las murallas que lo rodean se encuentran varias catedrales, todas con sus cruces enhiestas, y diversos edificios civiles, coronados de estrellas rojas, enormes e iluminadas por la noche. Allí está el corazón cultual de las antigua Rusia, la Catedral de la Asunción, allí está el corazón político de la Rusia soviética, la sede del gobierno comunista. ¿No habrá en esta especie de yuxtaposición algo de providencial? ¿No será un símbolo de la lucha teológica entablada entre la cruz y la estrella roja? A pesar de tanto odio antirreligioso, las cruces permanecen misteriosamente en su lugar... Un día triunfarán sobre la empresa soviética. Caminando por ese imponente recinto, en medio del Kremlin, se me ocurrió pronunciar en voz alta aquella frase que días antes había escuchado con tanta emoción en Zagorsk, donde llegué precisamente cuando se estaban celebrando las fiestas de Pascua: *Christós woskréss!* ¡Cristo ha resucitado! Era no sólo una expresión de fe sino un grito de combate. Y todos respondían: *Woístinu woskréss!* ¡Verdaderamente ha resucitado!

¿Por qué Trotsky? ¿Por qué ahora?

Patricio H. Randle

¿Coincidencias? Por un lado aparece inusitadamente un libro de Marcos Aguinis [1] sin ningún motivo aparente cuando casi nadie se acordaba de él, por lo menos entre nosotros. ¿Por qué elige a este personaje más bien recordado por su asesinato, para hacer un relato novelado de sus primeros años de vida política? ¿Habrá algo de querer rehabilitar su memoria cuando Stalin ha caído en desgracia? ¿O es que exhibe al disidente como una variante más digestiva del comunismo internacional ahora que se les han quemado casi todas las banderas?

Acaso Trotsky resulte más interesante para la intelectualidad de extrema izquierda, mientras su asesino virtual aparece como un tosco campesino filisteo.

Aguinis nutre su relato pura y exclusivamente de la autobiografía de Leon Davidovich Bronstein –su verdadero nombre de origen judío– omitiendo deliberadamente aspectos no poco importantes de su vida y personalidad que él mismo comenzó por disimular.

La figura de Trotsky no había merecido un estudio particular hasta la publicación de la detallada y exacta biografía escrita por Robert Service recientemente [2] y todavía sin traducir al español. De haberla consultado Aguinis no hubiera pretendido dejar la impresión de que se trataba de un idealista revolucionario incontaminado de los horrores que desencadenó el comunismo en el poder, sin otra meta que ejercerlo arbitrariamente conforme a su ideología atea, cerril e inhumana.

1 Marcos Aguinis: *Liova corre hacia el poder*, Bs.As., Sudamericana, 2011.
2 Robert Service: *Trotsky, a Biography*, London, Macmillan, 2009.

Como quiera que sea, la figura de Trotsky recobra renombre en la actualidad con motivo de la apertura de los archivos secretos de la Unión de Repúblicas Soviético-Socialistas (URSS) en los últimos años, así como han surgido autores talentosos que indagando esa cantera de información hasta ahora reservada nos han legado obras imprescindibles para hacer la historia de la Revolución de Octubre de 1917, así como de sus consecuencias.

Aparte de Robert Service se pueden citar a Robert Conquest, Simon Sebag Montefieore, Orlando Figes, Stephan Courtois, Adam Hochschild., Anne Applebaum, Boris Semenovic Ilizarov, los hermanos Medvedev, entre otros [3] –cada uno especializado en la vida de Stalin, el Gulag, las Purgas y el Terror. De entre todos se destaca la obra de Service, Profesor de Historia de Rusia en la Universidad de Oxford, especialmente su trilogía *Lenin, Stalin, Trotsky*.

Un escalón más abajo hay que situar el libro de Aguinis que se presenta como una biografía novelada donde la verdad histórica se entremezcla con la fantasía del autor y la del mismo protagonista de la autobiografía, todo sin límites precisos. Lo que indica que, voluntaria o involuntariamente, se ha eximido de investigar en las fuentes más actualizadas sobre el personaje, dejándolo como un intérprete más sutil de Marx que Stalin y cuyo pensamiento podría aún hoy tener alguna vigencia. Claro que para cubrirse de críticas fáciles Aguinis detiene el relato en 1917 cuando Trotsky accede al poder conjuntamente con Lenin, cuando triunfa la Revolución y empieza la larga noche del terror comunista que asolará media Europa

Además de ser una versión libre y exclusiva de la mencionada Autobiografía que Trotsky publica en 1921, en Moscú (y que aumentará con modificaciones en sucesivas re-ediciones), Aguinis se cuida muy bien de emitir juicios de valor que pudieran comprometerle, más allá de ponderar su dotes oratorias o el estilo literario propio de un inocuo revolucionario. Repite el lugar común de la izquierda de hoy, según el

3 Robert Conquest: *The Great Terror, Stalin's Purge of the Thirties*, London, Macmillan, 1968. Simon Sebag Montefiore: *Stalin. The Court of the Red Tsar*, New York, Alfred A. Knopf, 2004. Orlando Figes: *The Whisperers*, New York, Picador, a Metropolitan Book, 2007. Stephan Courtois: *Une si longue nuit*, Paris, editions du Rocher, 2003. Adam Hochschild: *The Unique Ghost*, Boston-New York, Houghton Mifflin Book, 2003. Anne Applebaum: *Gulag. A History*, Great Britain, The Penguin Press 2003. Boris Semenovic Ilizarov: *Vita Segreta di Stalin*, Milano, Boroli Editore, 2005. Zores A. Medvedev, Roj A. Medvedev: *Stalin sconosciuto, alla luce degli archivi segreti sovietici*, Milano, Feltrinellli 2006.

cual hubo un divorcio entre los revolucionarios puros y el sistema decadente. ¿Con qué intención? También ahora no faltan quienes pretenden ahondar el distingo entre el marxismo revolucionario y el stalinismo.

Los hechos no permiten insistir en ese esquema. Es más, la caída del Imperio Soviético no ha traído una liberación de los prejuicios marxistas y en algunos casos, como se ve en la actualidad, lo que se ha producido es una suerte de travestismo político como ha ocurrido con los recursos naturales del país, otrora en manos de un estatismo férreo y hoy sujetos a una "repartija" entre los miembros de un elite de viejos camaradas de la KGB seleccionados por la mano todopoderosa de Putin, con la consiguiente retención del poder político que de ello se deriva.

Aguinis parece haberse dejado seducir por la elocuencia ideológica de Trotsky, se fascina por las aventuras y riesgos para alcanzar el poder, su disconformidad crónica con el régimen zarista y la protesta como sistema. Acepta sin críticas la manipulación de la democracia que lo conduciría a coincidir con Lenin –más allá de algunos desencuentros anecdóticos– y si nunca simpatizó con Stalin tampoco queda claro si no se trató más que de un choque entre dos ambiciosos por lograr el poder.

Resulta difícil, sino ímprobo, hallar virtudes o ejemplos morales en un verdadero delincuente social, envenenado sin remedio con una ideología utópica. Pese a lo cual Aguinis se deleita justificando sus contradicciones con el argumento de que se había "enamorado del marxismo", lo que confirmaría la tesis de que por encima de la razón prevalecieron en él cuestiones afectivas que le duraron toda la vida, pues nunca cambió el modo de pensar.

Nada puede ocultar el carácter violento de Trotsky por mucho que se lo intelectualice. Hay testimonios ilevantables de que la emprendía a patadas y a puños contra todo aquel que se interpusiera en su camino, fueran estos servidores el orden en países donde buscó ilegalmente refugio o potenciales desviacionistas.

Cierto es que en medio del caos revolucionario contra el gobierno provisional una vez tuvo un gesto honroso. Fue cuando salvó la vida de un ministro de Kerensky a punto de ser linchado por la multitud. Pero si las masas eran incontenibles lo eran porque durante el período prerrevolucionario, igual que los demás jerarcas bolcheviques, no había hecho otra cosa que alimentar con ideas violentas la caldera del odio ideológico y del resentimiento de clase. Pero más de una vez tuvo que

probar su propia medicina cuando se lo acusó de anarquista, de agente alemán, de intrigante sin orientación clara –ya que fue tardo en afiliarse al bolcheviquismo en donde no le faltaron enemigos. Aquí es verdad que Trotsky fue una pieza importante en el triunfo de la Revolución mientras Lenin permanecía oculto dando instrucciones.

Aguinis interpreta libremente el pensamiento de Trotsky en su versión novelada cuando Lenin lo conmina a pasar de la tarea ideológica a asumir un puesto de lucha: "Mi vocación literaria –le hace decir– por intensa que fuera no tenía el derecho de sepultar mis obligaciones con el pueblo en esta epifanía" [4]. Pero, ¿acaso esto lo hace menos responsable de los horrores cometidos por la militancia activa de los cuadros revolucionarios que llevaron progresivamente al stalinismo con sus purgas y su Gulag?

Es verdad que la novela sobre Trotsky no cuenta nada que no estuviera en su Autobiografía pero, eso sí, también "respeta" sus omisiones salvando su memoria como la de un intelectual pacifista incontaminado directamente con la violencia, la arbitrariedad y el odio comunista.

Esa misma Autobiografía fue arma favorita de los camaradas críticos del Kremlin. El colmo llegó con la rehabilitación política póstuma ordenada por Gorbachov en 1988 [5] a la cual sin duda el libro de Aguinis parece obedecer. Como quiera que sea la estrategia de Trotsky tuvo poco que brindar como excusa a un régimen opresivo. Como afirma Service: Lenin, Trotsky y Stalin comparten mucho más entre sí que desacuerdos mutuos, resumiendo: que "Trotsky no fue ningún angel" como de algún modo lo presenta Aguinis. En todo caso jamás se le oyó quejas contra el rigor comunista y, al contrario, siempre estuvo dispuesto de justificar el uso de la violencia por las masas.

Su origen judío y el bienestar económico que reinaba e su casa paterna fue sistemáticamente silenciado en su Autobiografía como en esta versión novelada. Los Bronstein eran los más ricos del vecindario, con personal a su servicio, incluso Leon tuvo una institutriz [6]. A la vez cuando nace Trotsky el marxismo es la tendencia dominante entre los terroristas y él también va a caer en el uso del terror en canto avanza la subversión revolucionaria. Incluso –aunque el Partido oficialmente lo condenara– la facción afín a Trotsky del bolcheviquismo no tendrá empacho en recurrir al robo de bancos.

4 Marcos Aguinis: op. cit., p.407.
5 Robert Service: op. cit, p.497.
6 Masha.

Como él mismo se proclamó, fue un verdadero jacobino y estaba fuertemente inspirado en 1789: “Yo les aseguro que van a rodar cabezas y sangre va a fluir [...] la fuerza de la Revolución Francesa residía en la máquina que cortaba la cabeza a los enemigos” [7]. Léase: la guillotina.

¿Qué clase de protesta pacífica propiciaba cuando a la vez pedía a miles de manifestantes que trajeran sus armas con ellos, desde entonces hasta la revuelta de Paris en 1968 que tuvo aspectos más afines al trotskismo que al stalinismo, todo envuelto en una surte de beatería cultural hipócrita?

Otro principio declarado por Trotsky mismo fue no sólo servirse del terror sino organizarlo desde el Estado. La cruel represión del motín de los marineros del Kronstadt lo involucró directamente pese a que hizo todo lo posible para ocultar la verdad de los hechos que fueron posteriormente investigados.

Victor Serge, primero confinado y luego obligado a migrar a Francia en 1936 fue, en su momento, un gran admirador de Trotsky y sin embargo no pudo olvidar su comportamiento en el caso Kronstadt, así también como la liquidación de anarquistas y socialistas radicales en 1921. Esto enfureció a Trotsky y tuvo a buen cuidado no mencionarlo en su Autobiografía. Como obediente marxista nunca perdonó la menor desviación y fue inmisericorde frente a ella. De su coraje físico no dejó dudas como cuando se produjo el levantamiento de los marineros del Kronstadt disconformes con la paga y las condiciones del reclutamiento, los enfrentó personalmente en la plaza frente al Comisariato aun cuando los mismos marineros había prestado un gran servicio para voltear al gobierno provisional.

En un discurso pronunciado en Sokolnki el 6 de junio de 1918 anunció la necesidad de una lucha violenta contra aquellos campesinos que supuestamente retenían sus granos y abogaba porque fueran sentenciados a diez años de trabajos forzados. Lo cual lo coloca como un pionero en materia de persecución de los kulaks que luego Stalin llevaría a extremos inhumanos.

Nunca le tembló el pulso para tomar medidas drásticas y como Jefe del Ejército Rojo designado por Lenin se pasearía por el frente contra las fuerzas blancas de Komuch pistola en mano listo para usarla para disciplinar a sus subordinados.

7 Robert Service: op. cit., p.233.

Asimismo tuvo participación en la creación de la Comisión Extraordinaria establecida por Lenin en diciembre de 1917, más conocida por el acrónimo "Cheka" que no fue otra cosa que una policía política que desencadenará el terror rojo de refinada metodología psicológica tan bien ilustrada por Arthur Koestler en *Darkness at Noon* [8], donde los inocentes eran inducidos perversamente a confesar crímenes que no habían cometido. Y cuya estrategia impuso la ejecución sin más trámite del sospechoso. Nada de lo cual fue ajeno al "pacífico" e "intelectual" Trotsky. Bien que Aguinis prefiere no mencionarlo.

Según Robert Service, un investigador riguroso alejado de toda ficción, durante la Guerra Civil (rojos contra blancos), nunca se detuvo en consideraciones humanitarias aunque fue entonces que tuvo uno de sus primeros choques contra Stalin pues este, en su cerrazón ideológica, se oponía a reclutar antiguos oficiales imperiales prefiriendo partisanos bolcheviques sin ninguna preparación militar.

Por lo contrario Trotsky después de haber predicado contra el militarismo se sentía muy cómodo en su uniforme militar, otro rasgo ocultado por Aguinis y el trotskysmo en general, que preferían imaginarlo como héroe civil. No faltaron, sin embargo, quienes lo veían como un Napoleón Bonaparte capaz de compatibilizar la ideología revolucionaria con el poder constituido. Entretanto amenazaba con ejecutar comisarios del pueblo que no delataran traidores declarando: "Los saboteadores del Soviet deben ser castigados tan severamente como los burgueses".

Paralelamente a su ejecutividad militar y revolucionaria no abandonaba su sueño de una sociedad mundial utópica dominada por el marxismo internacional. Mientras tanto seguía la Guerra Civil. Los blancos de Yudenich habían infligido por sorpresa una importante derrota al Ejército Rojo, más de dos años después de la Revolución de 1917, y se hallaban a doce kilómetros de Petrogrado donde Stalin ejercía la jefatura del partido.

En su consternación, Stalin ordenó ejecuciones ejemplares en masa sin que Trotsky expresara la menor objeción. Peor aun, desde el Instituto Smolny donde tenía su base ordenó "purgar a los tímidos e incompetentes". La idea de "purgar" al enemigo ideológico iba a hacer un largo recorrido hasta llegar a las famosas purgas stalinistas de 1937-38, cuando Trotsky desde su refugio en Méjico pretendía no tener nada que ver, acaso porque él mismo hubiera sido una de sus victimas.

8 London 1940.

En la fundación de la Tercera Internacional, Trotsky apareció como una figura alejada de lo que se calificaba como "el más grande antimilitarismo en Europa" y anunció "nuestro propio antimilitarismo", el cual consistía en armar a los trabajadores y "enseñarles a usar lo que ellos mismos habían forjado".

La cuestión de demonizar lo militar tenía lejanos orígenes de cuando los marxistas desafiaban a los poderes establecidos. Es más, en el monumento erigido en homenaje a los muertos en la 2ª Guerra Mundial que el gobierno comunista de la entonces República Democrática Alemana instaló al costado de la Avenida de Unter den Linden en Berlin, un bajorrelieve aludía a las víctimas del *"fascismus und militarismus"*. Prueba de que los eslóganes ideológicos sobreviven más allá de las polémicas internas.

Si bien es cierto que Trotsky fue caracterizado como un comunista de corte internacional –como adelantándose a lo que en el futuro se llamaría "eurocomunismo"–, los enemigos del bolcheviquismo no le ahorraron críticas como la de ser un fanático "sediento de sangre" [9], tal como fue calificado por los letones que celebraron –sin saber la verdad– la versión falsa de haber sido capturado en Riga a principios de 1919. Tal fue el recuerdo que deja en los países bálticos después de la Guerra Civil.

Uno de los que creyeron en Trotsky como un genuino pacifista fue Bertrand Russell, mientras consideraba leer a Marx como un aburrimiento [10]. Lejos del pacifismo de su libro *Terrorismo y Comunismo*, publicado en Petrogrado en 1921, afirmó: "El hombre que repudie el terrorismo por principio debe rechazar la idea de la supremacía política de la clase trabajadora". Y esto no sería tan tremendo si él y sus compinches bolcheviques no hubieran ido más allá de la Guerra Civil ejecutando rehenes inocentes y tratando salvajemente a trabadores y campesinos que no compartieran su posición de glorificar las ideas terroristas y su aplicación.

Otro síntoma de su insincero pacifismo fue exigir la militarización del trabajo, así como estatizar los sindicatos o usar al terrorismo contra los insurgentes de las propias filas, como quedó demostrado en el motín del Kronstadt donde los jefes fueron fusilados sin ningún trámite. Con algún resabio de culpa, en un discurso declaró que era cierto que la Cheka no era amada pero que tampoco lo era la contrarrevolución.

9 Robert Service: op. cit., p.259.
10 Ibidem, p.260.

Es sabido que en materia religiosa se declaraba agnóstico, no ateo, aunque sí lo haría en su Testamento. Igual que Lenin, sabía que extinguir la religiosidad popular demandaría más de una generación, por eso pergeñó un plan previo para dividir la Iglesia Ortodoxa que fue aceptado por el Soviet Supremo.

Mientras tanto, Lenin se lanzó a celebrar los "juicios-espectáculo" para procesar a los enemigos externos y luego a los internos en lo cual halló el apoyo de Trotsky contra la opinión de Bukharin, que terminaría en una década siendo una de las víctimas de este proceso-tipo en 1938 con las Grandes Purgas.

Por lo demás, Trotsky siempre abogó por los métodos autoritarios y las estructuras centralistas al tiempo que se mostraba especialmente indiferente a la democracia partidaria interna que no dejó de ser un eslogan. Amenazado por enemigos dentro del Partido aceptó la protección especial que le brindaba Dzerzhinsky a cargo de la entonces llamada OGPU y, curiosamente, obedeciendo a un pedido de Stalin que así se cubría de sospechosas responsabilidades.

No hay que olvidar que el clima interno de los Soviets era especialmente conflictivo, lleno de intrigas y acusaciones mutuas. Las cuales fueron en aumento mientras Lenin yacía postrado esperando la muerte a principios de1924. A la vez debe recordarse la actitud de absoluta indiferencia frente a la masacre de la familia Romanov, un crimen políticamente innecesario pero cargado de un *odium fidei* ideológico que Trotsky compartía.

En efecto, en julio de 1918 se entera de que no sólo habían ejecutado al Zar Nicolás II, de quien había dicho que su único mérito había sido el carecer de toda crueldad, sino que ello había involucrado a su inocente familia y, además, que la pena de muerte había sido ordenada por Lenin en su ausencia sin jamás expresar su disconformidad y menos aun su horror.

Sin embargo es un hecho que nada que sucediera en Rusia le era ajeno. Siempre se jactó de tener especial interés por las artes mientras Lenin, el Partido y luego Stalin le prestarían poca atención. Sin llegar a valorar la estrategia de Gramsci (con quien tuvo un cruce de cartas tardías) se propuso fomentar el cine como un medio de alejar a la gente de la religión.

Pero al mismo tiempo que se preocupaba por "problemas de la vida cotidiana" (según un folleto de 1923) tratando de "civilizar" usos y cos-

tumbres de una Rusia que consideraba atrasada, al mismo tiempo recomendaba a la tropa lavarse la camisa y peinar el pelo aunque antes era imperioso tener limpio y aceitado el rifle (el "pacifista" dixit) [11].

El clima de tensiones, intrigas y traiciones dentro del bolcheviquismo fue una constante desde los tiempos de la conspiración a principios del siglo XX hasta el stalinismo en que alanzó su máxima expresión insuflada por el carácter diabólico de su líder.

Si hoy está a la orden del día en todo el mundo nadie se imaginaría que el espionaje telefónico comenzara en tiempos de Trotsky, quien ante el Politburó llegó a exclamar cínicamente: "Las grabaciones telefónicas son un hecho", aunque conjuntamente con esa explosión de franqueza, según Mikoyan, Trotsky tenía aversión al uso del lenguaje obsceno. O sea, un rasgo más de puritanismo en su personalidad contradictoria –o hipócrita– que sin embargo logró engañar a mucha gente que le eximía de culpas.

A la vez fue muy mujeriego –como la mayoría de los líderes bolcheviques. No sólo abandonó definitivamente a su primera mujer Alexandra en Siberia remplazándola por Natalia, a la que le fue relativamente fiel hasta su muerte. Pero mientras tanto tuvo múltiples amoríos con Larissa Reisner entre otras emancipadas feministas, con Claire Sheridan y sobre todo un affaire durable con la pintora Frida Kahlo, esposa de Diego Rivera, su protector durante el exilio en Méjico.

Su apología del terror la hacía descargando su responsabilidad en el Partido y así se lo hizo saber al jefe de la Checa, Dzerzinski, acusándolo de perseguirlo subrepticiamente, a lo cual este le respondió: "Yo de quien tengo miedo es de Usted". Tal era el tenor de los diálogos entre los jerarcas [12].

Tampoco tuvo Trotsky la menor consideración con los mencheviques –sus antiguos correligionarios– cuando fueron enviados a la prisión mortal de la isla Slovki, ni movió un dedo para aliviar la brutal supresión de los rebeldes nacionalistas de Georgia en 1924. Tampoco puso la menor objeción a la drástica persecución a la Iglesia Ortodoxa en 1922 iniciada por Lenin con juicios públicos y ejecución de obispos en forma sumaria.

Años después de la Guerra Civil, Molotov, en 1927, recordó que Trotsky había sido acusado de ejecutar miembros del propio partido

11 Ibidem, p.314.
12 Ibidem, p.352.

bien que lo había hecho merced al permiso incondicional que le había otorgado Lenin.

Trotsky, al igual que todo el establishment pretendió ignorar el sufrimiento infligido a los campesinos durante la introducción forzada de las granjas colectivas, al mismo tiempo que se expandía la red de campos de trabajo forzado, el Gulag que sólo sería popularizado varias décadas después gracias a la valiente denuncia de Solzenitsyn.

En todo caso Trotsky continuó siendo leal al Komintern al cual nunca pensó en abandonar sino, en todo caso, conquistar. Sus diferencias serían con Stalin en materia de política exterior, ridiculizando su eslogan "socialismo en un país" antes que la "revolución internacional". En cuando a conflictos internos se lució como hábil manipulador capaz de hacer enfrentar una facción contra otra para salir airoso. Pese a lo cual no pudo impedir la infiltración de agentes de las OGPU destinada a destruir el trotskysmo alemán.

Omisiones en su Autobiografía que Aguinis no se ocupa en señalar: aparte del motin de Kronstadt está el levantamiento de Tambov. Según Service "fue un maestro para esquivar ciertas cuestiones políticas enmascarándolas con una alquimia literaria" [13]. De entrada ocultó la riqueza de su padre y el origen judío de la familia. Aguinis hace hincapié en que la condición de judío fue un obstáculo para su carrera política obviando referirse a que la mayoría de los líderes de la Revolución lo fueron. Por ejemplo: Litvinov (Comisario), Kaganovich (segundo de Stalin), Molotov (Molostein), Yagoda (Jefe de la NKVD), Kamenev (Rosenfeld), Zinoviev, para citar los principales. Entre tanto escribió muy poco sobre la persecución de los kulaks, sacerdotes y nacionalistas. Los juzgaba enemigos del bolcheviquismo aunque no puso objeciones a su juzgamiento público, al contrario, alentó a las fuerzas policiales.

La pregunta que queda en el aire es: ¿Hubiera sido más benévolo que Stalin si hubiera ejercido el poder supremo? No es fácil de creer, porque la violencia estaba instalada en sus planes políticos. Incluso más de una vez se mostró contento cuando entre 1921-22 se condenaron a sospechosos de conspiraciones internacionales que nunca existieron.

Así como el que a hierro mata a hierro muere, el 24 de agosto de 1936 fue condenado a muerte *in absentia* implicándolo como líder de una conspiración terrorista internacional mientras estaba asilado en Noruega.

13 Ibidem, p.403.

Poco después llegaba a Méjico acogido por el gobierno de Lázaro Cárdenas que al tiempo recibía numerosos refugiados izquierdistas europeos provenientes de la Guerra Civil española. La idea de Trotsky de fundar una IVª Internacional en 1938 se concretó en Perigny, en las afueras de París, siendo elegido como miembro secreto y honorario.

Nada de esto sucedió sin que previamente hubiera habido divisiones antagónicas, acusaciones mutuas de falso testimonio, de torturas, etc.

Mientras se acariciaban planes para liquidar a Stalin, Trotsky declaraba que el terror individual era un arma de los impacientes y desesperados pertenecientes en general a los miembros más jóvenes de la burocracia. Por su parte prefería una estrategia más fría no menos cruel.

Los grandes "juicios-espectáculo" durante las grandes purgas de 1936-38, aunque no le incumbieron directamente, afectaron su optimismo ideológico por haberse tratado de "procesos judiciales travestidos", según sus palabras. No sólo Trotsky, es verdad, pasó por alto la farsa que implicaba una defensa implícita del terror, la subversión revolucionaria y la más atrabiliaria dictadura. También un gran número de socialistas, liberales y hasta algunos "conservadores" hicieron lo mismo.

A Trotsky se le llegó a ofrecer la rectoría de la Universidad de Edimburgo en Escocia, lo que ilustra la penetración –entonces como ahora– de la extrema izquierda en los claustros. Carente de verdaderos títulos académicos, obtuvo peticiones en su favor de personajes como H. G. Wells, John Maynard Keynes o Harold Laski. Hasta el propio obispo de Birmingham, inducido por George Bernard Shaw, que era incondicional de Stalin, le dio su apoyo. Sin contar la adhesión de Beatrice Webb, que llegó a pedir que se le diera asilo político en el Reino Unido.

Otros defensores de Trotsky en Occidente fueron el educador John Dewey, novelistas famosos en el momento como John Dos Pasos o Mary Mc Carthy, críticos literarios muy influyentes como Lionel Thrilling o Edmund Wilson y hasta otros admiradores precoces como Max Eastman o James Burnham, que luego sufriría una evolución inversa.

Trotsky planeó utilizar todo este apoyo internacional prestándose a ser juzgado por un tribunal quasi-judicial en Coyoacán, previo el despacho de una Comisión internacional que comenzó a reunirse en 1937. Con ella pretendió ser exculpado de haber sido el principal arquitecto de la supresión de los derechos humanos en la URSS, de lo cual ahora era su victima. Hay pruebas de que tenía in mente el caso de la defensa de Dreyfus por Zola, pues aspiraba a limpiar su nombre de las "calumnias" de Stalin, en lo cual contó con el apoyo de John Dewey.

La ignorancia, la estupidez de los liberales o su complicidad final se aclara leyendo *Terrorismo y Comunismo* de 1920, donde rechaza los conceptos morales universales y justifica que los marxistas tomaran y ejecutaran rehenes para oponerse a la Contrarrevolución. O sea, como escribe Service: "subordinaban la preocupación moral a los requerimientos prácticos corrientes" [14].

¿En qué está pensando Aguinis cuando nos presenta un Trotsky intelectualmente idealista o que aprueba la Guerra Civil española en cuanto seguía los términos fijados por Stalin en su política exterior?

Otro dato que revelaría el futuro fue la actitud frente al pacto nazi-soviético para atacar a Polonia, ya que no le mereció ninguna clase de condena. Por el contrario llegó a declarar: "Así como un ama de casa prolija nunca permite que se acumulen telarañas y basura, tampoco como revolucionario puede tolerar faltas de claridad, confusión, equivocación. La casa debe de estar en orden" [15].

Su amor por la URSS pese a sus faltas siguió vivo en el fondo de su corazón hasta su muerte. Aunque admitía haber cometido errores nunca los explicitó. En cambio declaró que no había ninguna mancha en su honestidad revolucionaria, y agregó: "Moriré como revolucionario proletario, como materialista dialéctico y consecuentemente como irreconciliablemente ateo" (*My Testament*, 27 de febrero –3 de marzo de 1940: Joseph Hansen Paper (HIA)box 22, folder 4– Hoover Institution Archives, Stanford University, STAN).

Según Service, los trotskystas se caracterizaron siempre por tener "cierta capacidad para análisis sofisticados del marxismo y un abuso de técnica para polemizar". En esto fue maestro el propio Trotsky, que "tan pronto como logró poder suprimió violentamente las aspiraciones populares". O también se caracterizó por su "pensamiento rígido y esquemático aunque extremadamente violento en su práctica llevando adelante sangrientas campañas de represión" [16], como que se deleitó con el terror.

Una vez dijo que quería construir un paraíso en la Tierra a la vez que le constaba que los comunistas llegados al poder estaban determinados a extirpar toda fe religiosa.

14 Ibidem, p.471.
15 Ibidem, p.476.
16 Ibidem, p.497.

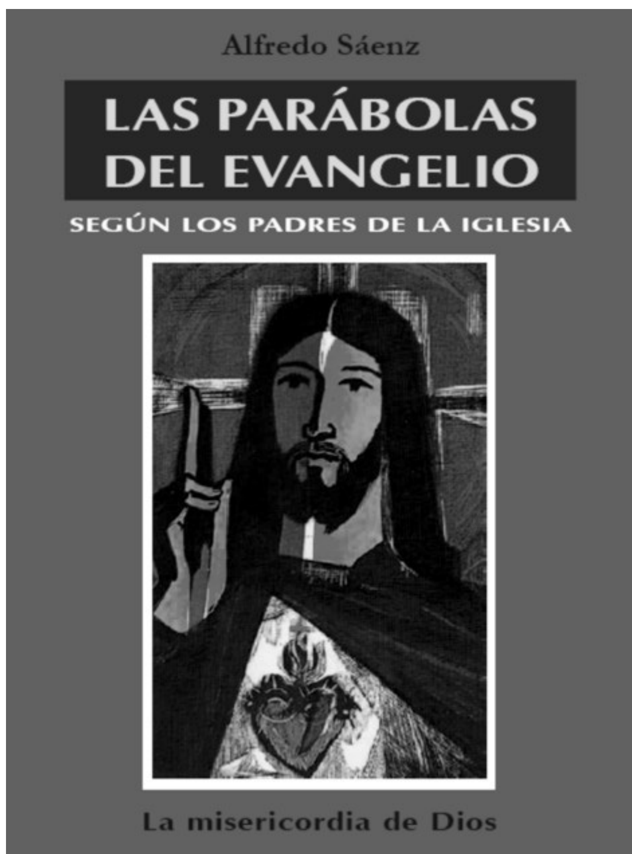
Antes de terminar correspondería responder a las preguntas del título: "¿Por qué Trotsky? ¿Por qué ahora?", cuando aparentemente haya perdido actualidad y mayormente sólo se recuerda su espectacular asesinato en tanto la URSS como tal haya desaparecido. ¿O será que el comunismo marxista revive de otras maneras?

Sabido es que los comunistas aggiornados eligieron sacrificar la figura de Stalin como el gran culpable de todo. Y renovarse libres de todos los crímenes materiales dejando a salvo la responsabilidad moral de una doctrina intrínsecamente perversa, según la definición papal.

El trotskismo mientras tanto pasa por ser una versión edulcorada del bolcheviquismo, apta para consumo de la intelectualidad de izquierda, tan sólo porque representa el revés de la moneda de Stalin. Lo cierto es que no es mucho lo que se sabe de Leon Bronstein, cómplice principal de lo que sería el comunismo internacional con todas sus lacras disimuladas por el relato literario de Aguinis.

Mientras tanto la apertura de los archivos soviéticos, no todavía investigados totalmente, promete agregar nuevas revelaciones al trabajo meritorio de Robert Service.

REIMPRESIÓN



ALFREDO SÁENZ

Serie

LAS PARÁBOLAS DEL EVANGELIO SEGÚN LOS PADRES DE LA IGLESIA

Tomo 1

LA MISERICORDIA DE DIOS

400 páginas

La calandria y la mula

Hugo Esteva

Al fin y al cabo, tampoco era tan difícil: sin oposición, con toda la plata, adaptándose al aire de la "cultura" ambiente, con un poco de fraude, la Calandria se llevó todos los premios electorales. Aunque los electores fueran muchos menos de los que hubiera deseado alguien derecho. Un treinta y pico de ellos, disfrazado de cincuenta y pico, bombos y platillos, un poco de gente para festejar en un salón de hotel donde se dieron la mano los peores gremialistas, los mejor pagos "camporizados" y los más activos maricones, muchos de los que estuvieron en la plaza de Mayo arreados bajo el persuasivo poder de los "planes", y ya está: fiesta cívica con un poco de mula, pero fiesta al fin. Para cantar y para bailar, como bailó la viuda con esa poca gracia que debe arrastrar desde los setenta.

La mula grande apareció al día siguiente. Y se acabó lo que se daba.

El asunto es: ¿No supo la Calandria que venía tormenta? ¿Tiene un "volido" tan corto como para no haberlo previsto? ¿Tan ladina fue para callárselo? ¿O es que, una vez más, cantaba con canto ajeno?

Parece que hubo varias cosas juntas: la "ubicaron" en la reunión de los grandes en Francia, la volvió a "ubicar" el morocho figurín norteamericano, y aunque allá se mandó una clase teórica sobre lo obvio, llegó de vuelta y pidió los números: no cierran. La plata no está y se pone bravo "cuando todas las puertas están cerradas y ladran los fantasmas de la canción".

¿Cómo hacer para seguir contando la historia del "mayor crecimiento con inclusión" y ocultar que cada vez hay más pobres, que cada vez hay más gente durmiendo tirada en la calle, que crecen las villas miseria

con propios y ajenos? ¿Cómo hacer para tapar el aumento de la deuda externa cuando apenas se acalló un poco al acreedor más poderoso y se hace el aguante –un aguante que implica deber el abismal interés del interés– frente a todos los demás?

De entrada, la Calandria quiso echar mano de los más obsecuentes y de entre ellos mandó al frente al carancho ñato, que tiene fama de malo. Pero lo que pasa es que ella no le tiene confianza: el carancho anduvo siempre demasiado cerca de los mangos del pingüino y, desde el primer día, la viuda sabe que sólo los testaferros conocen cifras oscuras que el otro jamás confesó. Ni el pingüinito, al que desde chico enseñaron a sacar la plata afuera por el confín austral, sabe bien qué cosa es de quién. Y así –la Calandria de eso entiende– no hay lealtades duraderas. Los cercanos, entonces, esos que están queriendo solamente durar, no le van a servir de mucho. Por lo menos se le van a quedar con los vueltos.

Ni el pavo grande que se ha puesto al lado, más allá de que ella proclame lealtades, le va a durar el día que esto se ponga más espeso. Y entonces la Calandria, que es pícara, altanera y nada zonza, encontró la fórmula: las malas noticias las van a dar los caranchos, ella está para las buenas. Para jugar de buena.

Usted lo sabe, por naturaleza la calandria es ligera, canta el canto de los otros como si fuera propio y está siempre atenta para levantar lo que le dejen a mano. Además, mientras sean más chicos que ella, corre siempre a los demás pájaros. Irla de buena, entonces, no es una tarea fácil para la Calandria. Horas ante el espejo le insume lograr el tono para decir que "no se enoja más", sabiendo lo puteadora que fue toda la vida. Las mismas horas que se toma su ignorancia para explicar a todo el mundo lo que ya todo el mundo sabe, pero que al final ella también se cree. Porque nuestra Calandria se ha convencido de que los grandes problemas del mundo se resuelven con ese tono y esa mentalidad de maestra secundaria que no acierta a alejar de sus discursos. En fin, mucho trabajo forzado que si a algo huele es nuevamente a mula.

* * *

Vueltas y vueltas daban todas estas cosas por la cabeza del hornero que, habiendo trabajado toda la vida, ya veía que la carga se iba a volver una vez más contra él. Porque, claro, a él, que nunca había reci-

bido nada sino de su trabajo, le venían ahora a echar en cara planes y subsidios como si los hubiera inventado y cobrado. Nadie se tomó el trabajo de explicarle dónde había ido a parar esa plata de los subsidios, en qué bolsillos amigos del gobierno había desaparecido del mapa. Ni tampoco le dijeron qué iba a pasar con los de los planes que sólo sabían evadir el laburo que él se tomaba a pecho, y eso por generaciones. Sin embargo, los mismos que los habían establecido y ahora ya no sabían cómo pagarlos, le hablaban al hornero como si fuera él quien había disfrutado del festín. Como siempre: "con los bonos, con los préstamos, con el uno a uno, con el corralito y con el corralón, el que los paga sos vos, crédulo trabajador" le parecía oír.

Pero, por otro lado, el hornero quería creer. Y si todos esos industriosos chimangos sonreían aplaudiendo el discurso de la Calandria, él también tenía ganas de sonreír cuando le prometían "sintonía fina", aunque fuera no tan fina la de la proposición. Claro, los chimangos nunca habían sido demasiado industriosos de por sí, pero, mal que mal, siempre habían andado revoloteando detrás de las sembradoras del Estado y se los veía gordos y bien reproducidos. Así que, con esas tribulaciones, lleno de sensaciones encontradas para los futuros cuatro años, se arrimó al tero como para aconsejarse.

El tero conoce a la Calandria porque siempre la vio volar desde arriba. Y sabe que, aunque sólo fuera por aquello del tango –"hoy un juramento, mañana una traición, amores de estudiante flores de un día son"– ni el Pingüino le tenía mucha confianza a esta pulpera de Santa Lucía. Por eso, cortito esta vez, le largó la cita por toda conclusión:

> Como dijo un entrerriano gracioso y observador,
> Comentando de un curita que cantó el áura y colgó:
> "El hombre ha jodido a Dios, ¿no te va a joder a vos?"

Cristo Sacerdote y el Obispo Bargalló

No se trata de "tirar la primera piedra" porque como todo cristiano soy pecador, sino de participar un diagnóstico. Soy solamente un sarmiento de la Vid, una oveja sin autoridad *ex officio*, pero que no me impide manifestar el lacerante dolor sobrenatural que siento al enterarme del caso del Obispo Bargalló y de algunas reacciones hechas públicas por *La Nación* (sec. 1ª, del 24 . 6. 12, p. 19).

No sólo una "imprudencia en la que incurrió este hermano nuestro", porque la prudencia cardinal hace que la luz de la conciencia sea eficaz hasta en los actos más pequeños, y en ella engarza la prudencia infusa o sobrenatural, esto debe aclararse porque no se trata de la simple prudencia cardinal. El Apóstol, (el Obispo) participa realmente del sacerdocio de Cristo-Sacerdote y sus actos hasta los más pequeños, deben ser actuados *in persona Christi*. De lo contrario traiciona en lo esencial su carácter de Apóstol de Cristo.

Tampoco puede hablarse del "error cometido" sin distinguir entre *error y pecado*. No todo error es pecado aunque puede haber error pecaminoso. No puede hablarse de "error cometido" sino de pecado cometido que quita la gracia, por eso –como manifiestan fieles confundidos por su culpa– no ha sido, no es un "buen pastor", como el Pastor por excelencia que conoce sus ovejas, las defiende y la ordena, Cristo es el Pastor, es la Puerta del redil, aunque el mercenario, el malo, se meta al redil y confunda a las ovejas como quiere el Maligno.

Tampoco este hecho doloroso reabre la "polémica" (interesada e inválida) del celibato sacerdotal que es norma de los diocesanos desde el Concilio II de Letrán (1137) y el de Trento 1545-). El celibato obliga a observar la castidad perfecta y es sobre todo, la asimilación con Cristo que exige una libre decisión personal. Así como el adulterio es la máxima ofensa al sacramento del matrimonio, la ruptura de la castidad sacerdotal es máxima injuria contra el orden sagrado. Si es habitual, la administración de los sacramentos y la celebración de la Santa Misa constituyen un sacrilegio también habitual contra Dios y contra sí mismo. Los fieles son las víctimas del mal Pastor.

Me pregunto: ¿qué debería ocurrir? Pienso que en un país de Utopía como imaginó Santo Tomás Moro: a) *todos* los pastores deberían exponer *en público* la verdadera doctrina (bastan pocas líneas), b) condenar absolutamente el ultraje como pecado mortal habitual, c) organizar rogativas y penitencias con todos los fieles y sacerdotes por aquella persona, por el perdón amoroso y por su salvación por Cristo-Sacerdote. Santo Tomás Moro Mártir lo habría hecho setenta veces siete.

Alberto Caturelli



EL TESTIGO DEL TIEMPO

Bitácora

Vuelve la clase de religión a las escuelas rusas

Moscú (Rusia) AICA. Tras dos años de experimentación en algunas regiones rusas, desde el próximo curso, que comienza en septiembre, la historia de las religiones y los fundamentos de la religión se convertirán en una asignatura obligatoria en todas las escuelas rusas. El primer ministro, Vladimir Putin, aprobó el decreto que introdujo la enseñanza de la religión en todo el país.

Los estudiantes de primaria y secundaria pueden optar por estudiar o bien la historia de una de las cuatro religiones llamadas "tradicionales" –el cristianismo ortodoxo, el Islam, el Judaísmo y el Budismo– o cursos más generales sobre los "fundamentos de la cultura religiosa" o "los fundamentos de la ética pública".

Prohibida durante el período soviético, la religión volvió a las escuelas en abril de 2010, pero sólo en 19 regiones, en una iniciativa bendecida por el Kremlin, que está interesado en la consolidación de los valores comunes de la identidad nacional. El programa piloto de clases de religión en 2009-2011 recibió una respuesta favorable. En los cursos participaron medio millón de niños, 20.000 profesores y 30.000 escuelas de todo el país.

El gobierno ruso también planea introducir la teología como una asignatura en las universidades públicas. En Rusia, la teología se desarrolló sólo en las escuelas religiosas –los seminarios espirituales ortodoxos, las madrasas musulmanas y las yeshivas judías. Sin embargo, desde el año 2000, las disciplinas teológicas se incluyeron en los currículos de varios institutos de Rusia, especialmente los privados y religiosos.

Los católicos y los protestantes, que son minorías en Rusia y no forman parte de las cuatro religiones de herencia histórica que el Estado favorece, tendrán que elegir entre las distintas asignaturas propuestas.

En las primeras pruebas de la clase de religión, en 2010, en la región de Krasnoyarsk, casi el 60% de las familias eligieron Fundamentos de Ética Pública, y otro 27%

Fundamentos de Cultura Religiosa. Sólo un 20% optaba por Ortodoxia, lo que demuestra aún un recelo importante hacia la religión.

Desde el principio, la idea suscitó fuertes críticas en Rusia, un país que experimentó 70 años de ateísmo de Estado, y donde conviven diferentes etnias y religiones. Algunos creen que Rusia es un estado laico en el que ninguna religión debería ser enseñada en los centros públicos. Otros piensan que Rusia es un estado multinacional y multirreligioso y consideran que dividir a los alumnos en grupos de acuerdo a sus creencias podría promover el odio nacional y religioso.

Otra objeción planteada por los críticos de la religión en la escuela es la falta de profesores calificados y buenos libros de texto, como fue admitido por Romanova Elena, jefa de la Secretaría de Educación para la enseñanza de la religión. Sin embargo, el Ministerio de Educación de Rusia puso en marcha cursos para profesores de religión desde el pasado mes de febrero. "Estos temas deben ser impartidos por personas bien formadas, ya sea por profesores de teología o por clérigos", dijo Putin en una reunión con representantes de las confesiones tradicionales.

Los líderes religiosos rusos no comparten el escepticismo de los opositores laicistas a la nueva asignatura. Por ejemplo, el Patriarcado de Moscú apoyó públicamente la iniciativa, así como también la comunidad musulmana.

El muftí Krganov Albir, presidente de la Comisión musulmana de Chuvashia (una república autónoma de Rusia) dijo que "la nueva asignatura se hizo muy popular entre los alumnos y padres en las escuelas de Chuvashia. Los padres dicen que aprenden mucho acerca de la religión cuando sus hijos asisten a estos cursos". "Cuanto más una persona se educa en la esfera de la religión, más tolerante se vuelve hacia las opiniones de las otras personas", agregó.

Por su parte el portavoz del Patriarcado de Moscú, Vsevolod Chaplin, insiste en que "si un joven crece fuerte desde el punto de vista moral en un ambiente que carece de moral, hay posibilidades de que él o ella cambie las cosas, al menos parcialmente. Sólo así, generación tras generación, superaremos la mentalidad moralmente anormal de nuestra era post-soviética".

La Federación Rusa cuenta con unos 143 millones de habitantes, de los que entre el 60 y el 80% se autodeclaran ortodoxos. Además, por etnia unos 14 millones de habitantes podrían considerarse musulmanes. Rusia es el país con más musulmanes de Europa y el que tiene más musulmanes tibios en la fe.

AICA, 13 Marzo 2012

LIBROS RECIBIDOS

AA.VV., *La guerre civile perpétuelle*, Artege editions, Paris 2012, 280 pgs.

AGUER, HECTOR, La formación del Hombre, Ágape, Buenos Aires 2012, 254 pgs.

DÍAZ ARAUJO, ENRIQUE, *Lesa Humanidad*, Universidad Católica de La Plata, La Plata 2012, 324 pgs.

ECHAVARRÍA, MARTÍN F., *Corrientes de Psicología Contemporánea*, Universidad Católica de La Plata, La Plata 2012, 739 pgs.

VENIARD, JUAN MARIA, *La música en la Iglesia*, CIAFIC, Buenos Aires 2011, 365 pgs.

REVISTAS RECIBIDAS

DIDASCALIA, Revista de Catequesis, Pte. Roca 150 (2000) Rosario:

Año LXV, Nº 648, *Una familia para un niño, un niño para el mundo*, diciembre 2011

ESPIRITU, Cuadernos del Inst. Filosófico de Balmesiana, Duran y Bas, 9, Apartado 1382 Barcelona, España

Año LX, Nº 142, 2011. *En el bicentenario del nacimiento de J. Balmes*.

HUMANITAS, Rev. Antropología y Cultura Cristiana, Av. Libertador Bernando O'Higgins 390, Santiago, Chile

Nº 64, Año XVI / Primavera 2011, *450 años de la Arquidiócesis*

INSTAURARE omnia in Christo, Periodico cattolico, culturale, religioso, civile, Casella postale n. 27 Udine Centro (Italia)

Anno XL, Nº 2, luglio-Dicembre 2011,. *l'Insegnamento di centocinquanta anni di costituzioni*

RAZÓN ESPAÑOLA, Paseo Santa María de la Cabeza 59 (28045) Madrid, España:

Nº 170, *Correspondencia con Joaquin Satrústegui,* nov-dic 2011

SAPIENTIA, Pontif. U.C.A. Sta. María de los Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Av. Alicia M. de Justo 1500, Edif. San Alberto Magno (1107) Buenos Aires

Vol. LXV, Fasc. 225-226, 2009. *Impossibilità di pensare Dio non esistente: il* Proslogion *di Anselmo d'Aosta come applicazione implicita dei moderni procedimenti di logica aletica*

SIEMPRE P'ALANTE, Quincenal Navarro Católico, Doctor Huarte, 6 1º izq., 31003, Pamplona (España)

Año XXX, Nº 663, *In-Maculada,* 1 de Diciembre 2011

Año XXXI, Nº 665, *Madre Virgen, engendraste al Rey,* 1 de enero 2012

TODO MARIA, Ayacucho 236 P.B."A" (1025) Buenos Aires

Año 14, Nº 167, *¡Nos ha nacido!,* diciembre 2011

AHORA, Información, Bimensual, Aptdo. Correos 31.001 (08080) Barcelona, España

Nº 114-115, *La tiranía del Liberalismo*, ene-abr 2012

CONJECTURA, Filosofia e Educaçao. Rua Francisco Gétulio Vargas, 1130 – CEP 95070-560 Caixas do Sul – Brasil / educs@ucs.br

Nº 1, V. 17, jan / maio 2012

CRISTIANDAD, Duran y Bas, 9 2º- 08002 Barcelona, España

Año LXIX, Nº 968, *El señor se buscó un hombre según su corazón,* Mar 2012

Año LXIX, Nº 969, *Cristo Rey, esperanza de las naciones,* Abr 2012

DIDASCALIA, Revista de Catequesis, Pte. Roca 150 (2000) Rosario:

Año LXVI, Nº 651, *La familia: el trabajo y la fiesta*, Mayo 2012

Año LXVI, Nº 652, *La eucaristía: comunión con Cristo y entre nosotros*, Junio 2012

HUMANITAS, Rev. Antropología y Cultura Cristiana, Av. Libertador Bernando O'Higgins 390, Santiago, Chile:

Nº 66, Año XVI / Otoño 2012, *Juan Pablo II: Hace 25 años, su visita a Chile*

Juan Luis Gallardo
De memoria nomás. Recuerdos políticamente incorrectos
Universidad Católica de La Plata, Buenos Aires 2011, 350 pgs.

Al leer memorias que cubren un período que se superpone, al menos parcialmente, con la vida del lector, se desencadena una serie de procesos mentales y afectivos más o menos tumultuosos y por momentos conmovedores. Al menos a cierta edad, cuando uno recuerda que de joven se impacientaba con anecdotarios y detalles y quería llegar a respuestas precisas y geométricas, abstractas y –aunque nos hubiéramos entonces resistido a aceptarlo– con un algo de ideológico, y descubre luego que la historia real se explica justamente en esos climas del ánimo y en los matices, más bien que con esquemas, necesarios provisoriamente, pero que no bastan. Así como una persona no es un esqueleto.

Pero hay algo más: aquí no hay *ghost writer*, tan de moda hoy, sino que el mismo protagonista es escritor y poeta. Por tanto hay algo vivo y genuino, más que un armado de datos para abonar segundas intenciones justificatorias o para aprovechar coyunturas inmediatas y circunstanciales. Son recuerdos, "de memoria", cuadros que fluyen. Aun los textos que se incorporan aquí y allá son siempre oportunos. En especial los versos del autor, siempre eficaces y cautivantes.

Juan Luis Gallardo nació en 1934, y el libro concluye recién entrado el siglo XXI. La infancia y primera juventud en el campo, la familia, los viajes a Buenos Aires, las raíces entrañables en nuestra pampa están magistralmente evocadas. Y nos vamos acercando al núcleo histórico y político del libro, cuyo cincuentenario fue lo que impulsó al autor a escribir: los hechos de 1955 (p.9). Sucesos estos de enorme trascendencia para el país, hoy en general mal conocidos y de suma complejidad, están vistos desde dentro y contados con una naturalidad que permite, a un lector atento y no ideologizado, entender al menos en gran parte lo que de veras pasó, y su significado. Y decimos los hechos del 55 porque, sin considerar la tragedia del 13 de noviembre ("De vencedores a vencidos", pp.104ss.), no se comprenderá absolutamente nada: lo que sucedió desde entonces, hasta hoy mismo; y paradójicamente, tampoco lo que ocurrió antes, pues se explicitó después.

Luego vienen los años más intensos de la militancia –la década del 56 al 66–, hasta los tiempos de Onganía, y los que siguieron. Y aquí está la clave generacional del libro, en cuanto a su relación con nuestra historia reciente. Claro, cualquiera acierta las carreras del domingo con el diario del lunes. Pero la pintura de esos años está muy bien lograda, con sinceridad y sin retoques, y para los que vinimos inmediatamente después, resulta fascinante. Porque a ellos, al autor y a sus amigos y camaradas de entonces, aun con sus perplejidades y confusiones, les debemos nosotros lo mejor que tenemos. Por ellos nos llegó próximamente el hilo de la tradición. Y es una deuda impagable. La década del 60 fue una terrible tempestad que devastó una ya decrépita cultura occidental, sin perdonar siquiera a la estructura humana de la Iglesia. Todo se desmoronó: la familia, la educación, las costumbres, la patria. Ahora se ve claro que es el origen próximo del caos en el que penosamente nos movemos. Y en esos años turbulentos aquel delgado hilo de la tradición pasó, entre otros cauces, por un puñado de jóvenes, que sin saberlo ellos eran, para los que veníamos atrás, una suerte de faro en medio de la tiniebla. Y nos legaron un

estilo. Parecerán éstas palabras grandilocuentes, pero esa fue nuestra historia doméstica, pequeña quizás, pero la única que tuvimos. Hoy, en un mundo ingrato, nos complacemos en agradecer.

Y el relato continúa, siempre con interés y constantes motivos de reflexión. Cada lector encontrará sus momentos mágicos, que le harán revivir un mundo más amable, que resultaba posible, y que hoy se nos aparece como tan remoto. O también observaciones exactas, acuñadas sin querer en fórmulas redondas. Así en los recuerdos de viajes, por ejemplo: "*el lago azul de Ypacaraí*, que no es azul" (p.207), o bien estas europeas: "En Europa todo lo que parece es" (p.219); "Chartres: cosa 'e locos" (p.218); "Si los españoles saben morir, no hay duda en cuanto a que los ingleses hace mucho que saben vivir (metafísica aparte)" (p.217).

Por cierto que, aun en un libro distendido y que evita cualquier pose de didactismo y admonición, no puede faltar algo así como una reflexión última, desde el hoy, que intenta responder a la remanida pregunta sobre "qué hacer", en particular a quienes sienten el dolor de la patria. La acción política tal como se conoció en años anteriores no puede repetirse tal cual. A esto responde Juan Luis Gallardo, con notable penetración, con un párrafo que merece ser meditado:

"¿Qué es, entonces, lo que se puede hacer, cuando la política no ofrece posibilidades de éxito dentro de un plazo razonable? Mi respuesta es la siguiente: la crisis que padece nuestra civilización no tiene precedentes, ya que afecta sus fundamentos más profundos. Así, a través de la manipulación genética, ha alcanzado el territorio donde se encienden los primeros chispazos de la vida; se aniquila ésta, apenas iniciada, mediante el aborto legalizado; se considera intolerable distinguir entre el hombre y la mujer; se cancela la indisolubilidad del matrimonio; se suprime la necesaria autoridad paterna en el seno de la familia; se descalifica el coraje personal; se suprime aquella dimensión natural expresada en la existencia de las naciones; se destierra la belleza del arte... Por lo tanto, no cabe hablar ya de la necesidad de reconstruir los cimientos que sustentan esa civilización. Hay que ir más hondo, hay que llegar al contrapiso, a la base de cascotes en que se apoyan tales cimientos. Y reconstruir el contrapiso no es tarea de la política sino de la religión y de la cultura. Allí, según entiendo, a dicho campo de batalla, se trasladó el cometido de una generación que, como la nuestra, vio cerrarse las posibildades de alcanzar el éxito político" (pp.265-2626).

Pero con verdadera prudencia agrega: "debo aclarar, no obstante, que lo dicho se refiere a una época determinada y a una generación determinada, que es la mía. De manera que no cabe aplicarlo a situaciones diferentes ni debe desalentar a quienes, tozudamente, desde su propia circunstancia, procuran valerse de la política para servir a Dios y a la patria" (p.267).

El libro tiene un apéndice: *De memoria nomás. Recuerdos complementarios* (Buenos Aires, Universidad Católica de La Plata, 2011, 118 pp.), destinado sobre todo a "parientes cercanos y amigos próximos" donde se registran "detalles menudos, de carácter doméstico, familiar" (p.9), que enmarcan coloridamente los tiempos narrados en el volumen principal, y abunda en cuadros de costumbres y lugares, recreando vívidamente la atmósfera del relato.

Un libro para gozar tranquilo, texto y fotos. Que requiere cierta edad (no usaremos la socorrida palabra "madurez", que ya no se sabe qué significa) para su plena intelección, aunque los más jóvenes no dejarán de aprovecharlo si se le animan. Para releer y pensar. Una vez más, se lo agradecemos a Juan Luis y a sus editores.

Jorge N. Ferro

Blas Piñar
La Iglesia y la guerra española de 1936-1939
ACTAS, Madrid 2011, 343 pgs.

El autor ha querido dedicar este libro al Cardenal Isidro Gomá y Tomás "con el que España tiene contraída una deuda histórica" por su desempeño como defensor de la Fe en tiempos en que fue atacada vilmente y no debidamente reivindicada por todos los católicos españoles. Que ese es el propósito central de la obra: echar luz sobre episodios históricos oscurecidos por la propaganda de izquierda con la complicidad de los que hoy se han rendido ante el equívoco, la ideología y la mentira que pretende enlodar una lucha noble y limpia que, de una manera u otra intenta reeditarse en nuestros días, con menos crueldad física pero igual perversidad moral.

Es paradójico que el Cardenal Gomá que "bautizó" la guerra civil como "Cruzada" fuese arzobispo de Toledo en su tiempo y que luego –cuando volviera a arreciar la presión anticatólica en España– otro arzobispo de Toledo, el Cardenal Tarancón contribuyera "en forma bien conocida a la puesta en marcha del proceso secularizador con consecuencias hodiernas como bien lo demuestra este libro".

Con prolija exhaustividad, cual compete a un notario, Piñar en esta obra también se luce transcribiendo citas textuales que testimonian admiración por la persona de Franco, pese a lo cual, muchos de los citados acomodarán su juicio a la peculiaridad de las circunstancias. Y el dato no carece de interés visto que otros muchos que han pasado a la historia como enemigos de Franco y de su obra, más de una vez se habían deshecho en elogios.

Particularmente significativos son los elogios tributados al Caudillo como defensor de la Fe católica de muchos personajes que, empero, tarde o temprano se transbordaron al campo enemigo: primero alentando a la democracia cristiana y luego al progresismo más extremo, hasta sostener las peregrinas ideas de un marxismo cristiano. Estos casos, frecuentemente olvidados, Piñar los exhuma con todo rigor documental prestando así un servicio invalorable a la historia.

Desde el punto de vista formal el libro da pormenorizada cuenta de las relaciones oficiales con la Santa Sede especialmente durante los primeros años del gobierno de Franco y de su triunfo sobre el comunismo ateo. Recuérdase en particular la encíclica *Divini Redemptoris* de Pío XI del 19 de marzo de 1937 en la que se advierte al mundo que "lo que sucede en España tal vez pueda repetirse mañana en otras naciones civilizadas".

De aquellas circunstancias, ¿cómo pudo llegarse años después a que en el mismo seno del franquismo o del falangismo surgiera una tendencia que intentara fusionar un cierto cristianismo con el socialismo no-marxista para enfrentar a Franco?

Por otra parte, la adhesión del Vaticano a la Cruzada está abundantemente confirmada por documentos, papales, alocuciones y toda otra clase de testimonios. De modo tal que cuesta entender cómo pudo darse un giro tan espectacular de tantos católicos que sin abjurar abiertamente de su fe se volvieran tan hostiles al bando nacional, al gobierno franquista y a toda actitud de repulsa de la alianza de las izquierdas, desde el republicanismo liberal al diálogo con el comunismo.

No fue casual que una de las primeras publicaciones en principio afines al gobierno triunfante se llamara *Diálogo*, como para ir abriendo una puerta a la infiltración de izquierda entre católicos liberales, y que el fundador de esa revista hubiese sido escogido por Franco como su embajador ante el Vaticano –nos referimos a Joaquín Ruiz Giménez– hubiese surgido de lo más rancio del ambiente católico y tradicional.

No es curioso, al contrario, que lo que comenzó a delinearse nítidamente en el panorama español, fuera un anticipo de una tendencia paralela a la que sufriera la

propia Iglesia a partir del papado de Paulo VI y el Concilio Vaticano II; o sea, una "apertura" al liberalismo y una desapego creciente de la tradición.

Conviene no olvidar que mientras la jerarquía episcopal –especialmente a partir de la "Carta colectiva" del 1º de julio de 1937– comenzaba a reconocer que apenas iniciada la guerra hubo testimonios de que ya estaba produciendo mártires entre "los nacionales" y Paul Claudel componía el vibrante poema "*Aux martyrs espagnols*", Jacques Maritain sembraba cizaña entre los católicos franceses contra la reacción legítima de los católicos de siempre.

Los argentinos pudimos ser testigos de esta actitud derrotista que fue prolegómeno de la "democracia cristiana" cuando Maritain, en plena guerra civil, nos visitó en Buenos Aires decepcionando a tantos que le admiraban por su obra filosófica anterior; cuando todavía no se traducía de sus libros la apertura hacia la izquierda internacional y su benevolencia por los comunistas. Todo cometido en nombre de la democracia universal, así como su rechazo al calificativo de Cruzada de la guerra española, pretendiendo que se trató de una lucha fratricida y que nada tenía en común con el crimen de Caín.

En reemplazo de este concepto hoy se invoca un camino a la "reconciliación" para así condonar, de paso, todos los excesos cometidos por comunistas y anarquistas para desencadenar la guerra.

La dicha "reconciliación" ahora sirve además como revancha por la derrota militar que sobrevino. Y a partir de allí se abrió camino, mediante una maniobra semántica, una "apertura" sin recaudos que pretende un mea culpa por haber vencido. Luego viene sin tapujos un proceso de secularización que pretende quitar todo mérito al haber defendido la religión, el culto, la vida de sacerdotes y monjas sacrificados cruelmente.

Así se infiltró poco a poco el enemigo de la Cruzada no sólo en lo político sino en el plano religioso; peor aún, episcopal, no sin cierta benevolencia de algunos sectores vaticanos como fue ratificado en la "apertura a sinistra" que sobrevoló durante el Concilio y fue confirmada en los antecedentes familiares de Paulo VI cuyo padre fue un periodista claramente enrolado en la facción "republicana".

Con ecos que no nos resultan tan lejanos, ni extraños, como dice Piñar: "se ganó la guerra de las armas y se perdió –Dios quiera que no con carácter definitivo– la guerra ideológica de la paz; lo que equivaldría al *Finis Hispaniae*".

Muchos se preguntan ahora si esto hubiera sido posible de no haber prosperado un cierto derrotismo dentro del catolicismo español alentado por el avance del progresismo en la propia Roma que contribuyó indirectamente al giro secularizador dentro de la misma Cruzada.

Si hubo enemigos precoces en Europa como Maritain en Francia o Luigi Sturzo en Italia, la embestida se agravó en la posguerra cuando se sumó abiertamente la francmasonería que llegó a ser legalizada, durante el gobierno de Adolfo Suarez con el beneplácito del Cardenal Tarancón, quien en una rueda de prensa el 25 de mayo de 1979 declaró "estoy contento por la legalización".

Respecto del papel desempeñado por Tarancón durante la "transición" del gobierno de Franco a la llegada de la "democracia" o como se llame, el tema ocupa una porción importante del libro, aparte de que Piñar ya se había ocupado in extenso en otra obra suya: *Mi réplica al Cardenal Tarancón* (Editorial Fuerza Nueva, Madrid 1998). En ella el propio Cardenal se autoincrimina a través de su libro *Confesiones*, donde revela taxativamente la antipatía que había tenido Paulo VI con la España de Franco, complaciéndose en oponerse a la Iglesia triunfante sobre los rojos.

Los vientos de la apertura alentaron a los enemigos seculares de la Iglesia a infiltrarse entre los católicos. Así Santiago Carrillo el comunista instigador de la matanza de Paracuelllos del Jarama recién iniciada la guerra, pudo llegar a declarar

en 1970: “El socialismo español marchará con la hoz y el martillo en una mano y la cruz en la otra”. Y la no menos delincuente Pasionaria en un discurso en la Cuba de Fidel en 1963 recomendaría no enfrentar a los católicos sino “mezclarse (*sic*) con ellos para alcanzar la victoria”. Lo que, vista la fecha, permite sospechar que ya entonces había católicos dispuestos a una alianza antifranquista y si no de entre la propia jerarquía por lo menos más de uno, estimulado por Tarancón.

Para ellos la estrategia consistía en dividir a los católicos introduciendo un sector “aggiornado” a caballo de la tendencia progresista posconciliar. Baste recordar también la fuerte tendencia abriéndose camino en Europa empeñada en lograr el diálogo entre católicos y marxistas a la vez que acusando de retrógrados a los católicos que seguían valorando y homenajeando a la Cruzada.

Largo sino imposible en una breve recensión como esta sería dar cuenta de todos los matices y enfoques que suscita la lectura del libro, así como referirse al tratamiento exhaustivo y textual de muchos hechos que el tiempo ha oscurecido; en muchos casos deliberadamente.

Es importante señalar el carácter de reivindicación de la Guerra Civil Española que se asienta sobre la base de sus ideales y sus motivaciones profundas que hoy parecen haber perdido vigencia. Y si es cierto que a la victoria militar no se ha correspondido una victoria ideológica de la misma envergadura, también es verdad que la razón y significación de la Cruzada no ha perdido valor. Al contrario, es el enemigo rojo ateo y anticatólico el que ha debido quitarse la careta toda vez que la lucha se renueva con otros disfraces.

Esta es la importancia de este libro que arroja luz sobre un período de historia contemporánea que cierta “corrección” política sigue tratando de deformar. No es poco el mérito del autor que ya nos tenía acostumbrado a su lucidez y a su fidelidad a la España eterna.

Patricio H. Randle

Blas Piñar Gutiérrez y
Jorge Fernández-Coppel
El Alcáazar no se rinde.
La historiografía del asedio
más simbólico de la Guerra Civil
La Esfera de los libros, Madrid 2011

Un tema tan conocido, máxime para quienes lo pudimos “vivir” desde nuestro país, sin embargo, ha podido ser encarado 75 años después en una publicación que no sólo lo evoca vibrantemente sino que suma toda la información posible escrita y gráfica a posteriori como nunca se lo había hecho hasta ahora.

El mérito corresponde al General Blas Piñar Gutierrez –nieto del Comandante Blas Piñar Arrendó, uno de los heroicos defensores del Alcázar– con la colaboración de Jorge Fernández Coppel, piloto de Iberia y académico correspondiente de la Real Academia de la Historia. Ambos encararon una labor ciclópea como es el procesamiento y ordenamiento de una multitud de datos y fotografías de gran valor histórico que reconstruyen palpablemente las circunstancias patéticas por las que pasó el Alcázar durante los sesenta y nueve días del asedio, del 21 de julio al 28 de septiembre de 1936, sólo tres días después del Alzamiento.

Sin restar valor a la epopeya desde el punto de vista militar acaso hay que rescatar como ejemplar el comportamiento, disciplina y moral de los sitiados, mucho de ellos civiles que supieron mantener muy alto el espíritu necesario para consolidar la resistencia frente a una enemigo mucho más poderoso materialmente que, sin embargo, no pudo quebrar la moral de solo 1800 frente a fuerzas militares que llegaron a sumar 3000 efectivos, mejor pertrechados y con apoyo aéreo, a las órdenes del gobierno republicano dominado por la ideología del Frente Popular comunista.

Organizado cronológicamente, el libro comienza con una introducción alusiva a la significación histórica de la ciudad de Toledo y sobre los antecedentes del propio

Alcázar convertido en baluarte defensivo obligatorio de las fuerzas nacionales que debieron refugiarse en él después del fracasado intento republicano de tomar la ciudad.

Hay muchas preguntas que suscita la heroica defensa del Alcázar que el libro responde con documentos, como la resistencia al ataque persistente de una artillería sobre un edificio que no estaba concebido como fortaleza y al cual pronto le fue cortado el suministro eléctrico así como las comunicaciones telefónicas y la provisión de agua.

Sabido es que el final de la epopeya ocurre providencialmente cuando el edificio ya estaba reducido casi a ruinas por la acción de mineros asturianos expertos en demoliciones por explosión. Ese mismo día llegan las tropas de rescate que tardíamente se enteran del sitio del Alcázar desconectado del mundo y deben encarar la difícil tarea de reconquistar el baluarte al mismo tiempo que recuperar toda la ciudad de Toledo que ofreció cerril resistencia durante tres días.

El valor simbólico de esta reconquista se debe en buena parte a la estrategia fallida de los rojos que aprovechando la incomunicación que sufrían los sitiados se equivocaron informando prematuramente a la prensa nacional e internacional que el Alcázar se había rendido a las tropas leales de la República y había sido evacuado por los últimos sublevados, según hicieron publicar en grandes titulares del diario *El Sol* de Madrid el 28 de julio de 1936.

Si el gobierno republicano quiso convertir al Alcázar en el símbolo de un primer triunfo contra el Alzamiento mintiendo descaradamente, logró agrandar el valor de la resistencia que se prolongó más de dos meses después de esa falsa recuperación.

Particularmente valiosa por lo inédita es la documentación gráfica procedente del sector rojo, ya que generalmente se divulgó la que procedía de los defensores. Así pues pueden verse imágenes del presidente del Gobierno, a la sazón Francisco Largo Caballero, que fue convocado al teatro de operaciones para presenciar el estallido de las últimas dos minas descontando que a partir de ello el asalto por parte de los milicianos era un hecho seguro, lo que sólo en parte lograron alcanzando a hacer flamear sobre las ruinas de de la torre N:O. una bandera roja con la hoz y el martillo, no la tricolor republicana, por unas horas.

"El Alcázar no se rinde" no es solo el título del libro sino que fue la respuesta que el entonces coronel Moscardó dio a los intentos de doblegar la resistencia, cuyo sentido religioso fue manifiesto; sin ello ¿cómo podrían haberse defendido tan heroicamente? Aunque entre los sitiados faltó un sacerdote, y el único que hizo su aparición fugaz fue un canónigo de Madrid –disfrazado de paisano– requerido por aquellos, que apenas pudo rezar una misa, repartir la comunión a los heridos y enfermos y que realizó un insidioso intento de socavar la moral de los defensores.

La fe y una devoción a la imagen de la Virgen perteneciente a la capilla de las Hermanas de la Caridad que atendían a la Enfermería de la Academia sostuvo la moral y la fe de los sitiados.

Del frondoso anecdotario de la gesta sobresale la famosa comunicación telefónica del General Moscardó con su hijo cautivo, en la que este le informa que la han amenazado de muerte si el Alcázar no se rendía. Lo que le costó la vida un mes después visto que la resistencia continuaba sin ceder.

Otro episodio memorable fue el protagonizado por el Capitán Alba que apenas iniciado el sitio se ofreció a sus superiores a cruzar las líneas enemigas para poder así informar a las tropas del General Mola de la verdadera situación de Toledo. Aunque vestido de paisano para no ser reconocido fue descubierto por un antiguo subordinado suyo que lo denunció y le ocasionó la muerte *ipso facto*.

Finalmente como conducta ejemplar se suele citar a un defensor del Alcázar que luchó como un valiente siendo sólo un

voluntario: Antonio Rivera, conocido como "El Ángel del Alcázar" que distinguiéndose en la primera línea de fuego repetía a sus camaradas: "Tirad, pero tirad sin odio".

¿Qué significado adquiere hoy, más de 75 años después, la epopeya del Alcázar? Muy importante debe ser puesto que el gobierno socialista hace poco se empeñó en borrar todo rastro de nobleza y heroísmo cambiando el destino de las dependencias del edificio fielmente reconstruido destinándolo a un anodino museo del ejército sin la menor referencia al hecho más importante de su historia.

Patricio H. Randle

Hildegarda de Bingen
Libro de los merecimientos de la vida
Introducción, traducción y notas de Azucena A. Fraboschi
Miño y Dávila, Buenos Aires 2011

Nunca más oportuna la aparición de este libro de la abadesa renana, OSB (1098-1179) porque al Papa Benedicto XVI le debemos el empuje que han recibido la obra y la persona de H. de B. Ya en 2010, el 1 y el 8 de septiembre le dedicó dos catequesis de los miércoles consagrados a los SSPP, destacando sus eximias condiciones de santidad y sabiduría como mujer, monja, abadesa, mística visionaria, artista, además de sus dotes políticas con las que defendió al Papa frente al emperador, es decir, por el tacto y la firmeza con que se manejó entre las dos espadas: las del poder temporal y el espiritual.

El 10-05-2012 ha hecho más Benedicto por Hildegarda: una 'canonización equivalente' así denominada porque se extiende su culto público con el rezo del oficio y la celebración de la Misa en algún día particular a la Iglesia universal sin proceso jurídico previo (condición establecida por el papa Urbano VIII, 1623-1644) sobre un santo reconocido y venerado *de facto* como sucede con santos no mártires ante-riores al s. XVII[1], además de anunciar que en octubre la proclamará, doctora de la Iglesia cumpliendo un prolongado anhelo.

Destaca el Santo Padre que "las visiones místicas de Hildegarda se parecen a las de los profetas del Antiguo Testamento y están llenas de contenido teológico. Hacen referencia a los principales acontecimientos de la historia de la salvación, y usan un lenguaje principalmente poético y simbólico con los rasgos característicos de la sensibilidad femenina. A partir de estas breves referencias vemos ya cómo también la teología puede recibir una contribución peculiar de las mujeres, porque son capaces de hablar de Dios y de los misterios de la fe con su inteligencia y sensibilidad propias".

H. tiene una obra cuantiosa y polifacética por los diversos campos en los que incursionó: comentarios de libros de la Sagrada Escritura, de la regla de san Benito, vidas de santos, libros de medicina, una obra musical: la Sinfonía de las armonías celestes con 77 himnos litúrgicos, un epistolario muy intenso y cuantioso con corresponsales como papas y emperadores y entre otros escritos, tres libros visionarios, de los cuales, el segundo, nos ocupa ahora con su recensión, redactados entre 1141 y 1174, porque a los 42 años, en 1141, recibe de lo alto una voz que le ordena redactar las visiones que recibía desde su más tierna niñez: "Tú, hombre, di lo que ves y oyes… Repítelo tal y como te ha sido dicho… y esto no a tu manera, ni a la de otro hombre, sino según la voluntad de Aquel que sabe, ve y dispone todas las cosas en el secreto de sus misterios…, en

1 Ejemplos de "canonizaciones equivalentes" son enumerados por Prospero Lambertini, luego papa Benedicto XIV (1740-1758) en el capítulo XLI del libro I de su *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione* (1734-1738). Él cita, por ejemplo, los casos de los santos Romualdo, Norberto, Bruno, Pedro Nolasco, Ramón Nonato, Juan María de Mata, Félix de Valois, Margarita de Escocia, Esteban de Hungría, Wenceslao de Bohemia, Gregorio VII y Gertrudis la Grande.

la pureza de un espíritu sencillo, escribe lo que ves y oyes".

Parece que fuera una orden bien imperativa dada a un profeta del A.T., pero no, es a Hildegarda, tratada genéricamente como hombre, es decir, como creatura humana. De ese imperativo sobrenatural, surge este terceto de extraordinaria e insólita singularidad redactado a lo largo de 33 años. Los tres libros poseen una estructura unitaria y estrecha relación entre sí, por eso cuando un mismo tema se presenta en otro, cambia la perspectiva de su tratamiento desplegando aspectos no profundizados en el anterior.

La experiencia lumínica la ha acompañado toda su vida desde los tres años, primero como una nube radiante y móvil, denominada por ella *umbra viventis luminis,* sombra de la lumbre viviente, en cuyo centro se concentra con un fulgor más vívido y absoluto la *lux vivens,* la luz viviente, *lux indeficiens*, luz inextinguible que con su sístole y diástole genera, configura y ordena todas las visiones. Sin embargo éstas no le son dadas con estados de éxtasis sino en plena vigilia realizando cualquier tarea.

Scivias

En el primero, *Scivias* (Sci + vias = Conoce los caminos), se describe una visión única y poderosa de Dios que vivifica el cosmos con su fuerza y con su luz. Es el primer libro de sus revelaciones escrito a lo largo de diez años a partir de 1141, cuando viendo los cielos abiertos, una luz cegadora de excepcional brillo se derramó por su cerebro como una llama que no quemaba sino iluminaba y le concedió súbitamente la comprensión del significado del *Psalterio*, de los *Evangelios* y otros escritos bíblicos, una visión ordenada y totalizadora del cosmos y un conocimiento primordial de sus causas y efectos. Es decir, que el don profético no se restringe a una prognosis de lo porvenir, sino a una superior comprensión de textos, acontecimientos y realidades del pasado o del presente, mostrando como la conciencia cristiana medieval tiene una viva percepción de su unidad con el pasado.

El *Scivias* terminado consta del prefacio justificatorio y de tres libros con seis, siete y trece visiones respectivamente, doblando el tercero las de los dos primeros. El libro I trata de la creación y caída de los ángeles y el hombre, de las *visibilia e invisibilia Dei*, de la nostalgia del alma ante la caída y los ángeles fieles. El II se refiere al misterio de la Encarnación, la Iglesia y el juego del demonio. El III contiene la consumación de toda la realidad en Cristo y en la Iglesia y un tono apocalíptico al tratar la acción del Anticristo[2]. Finaliza con una cuasi teatralización alegórica de las virtudes enfrentadas a los vicios[3] luchando por la posesión del alma.

El contenido de este libro fue avalado en 1147 por Inocencio III, quien leyó textos del mismo al clero reunido para el Sínodo de Trier (Treveris) legitimando las visiones y redacción de la Sibila del Rin.

No olvidemos que los historiadores cristianos comenzaban sus relatos por Adán y Eva, anclando el presente en los orígenes entreabiertos en el *Génesis* y el futuro en el *Apocalipsis,* hecho que se rompe con Voltaire, que empieza por los chinos.

2 Cf. la traducción de esta visión (III, 11) en Disandro, C.A. *Santa Hildegarde y la visión del Anticristo*, La Plata, 1988. Cf. Buisel, M.D. "Dos imágenes femeninas en el Scivias de H. de Bingen" en Fraboschi, A. (compiladora). *Desde el fulgor de la Luz Viviente*, B.Aires, EDUCA, 2007, pp. 159-190.

3 Cf. la traducción de esta visión (III, 13) en Pernoud, R. *Hildegarde de Bingen. Conscience inspirée du XIIe siècle*, Monaco, éd. du Rocher, 1995, p. 195-213. Hay traducción castellana de este libro en ed. Paidós, Barcelona-Buenos Aires, 1998. Esta visión provee la base de su obra musical *Ordo virtutum*, drama litúrgico, donde los vicios son asumidos por el personaje del demonio incapacitado para el canto y que sólo puede vociferar. Sobre la música de Hildegarda cf. Cortazar, C. *Hildegarda de Bingen compositora: nova et vetera en Conociendo a Hildegarda. La abadesa de Bingen y su tiempo*, edición de Azucena A. Fraboschi, B. Aires, EDUCA, 2003, pp. 121-138. Reseñado en *Gladius* nº 62, 2005, pp. 215-219.

Liber divinorum operum

También llamado *De operatione Dei* (*Libro de las obras divinas* o *De la operatividad de Dios*) se considera el más abarcativo y sorprendente de los suyos, redactado entre 1163 y 1174 a los 65 años.

La visión parte de un núcleo de una luz absoluta rodeada de otra lumbre[4] y de allí surge la voz tan absoluta como la Luz viviente, la *prima vox*[5] que le va explicando las imágenes y el sentido de los símbolos, que con perfecta lucidez pondrá a continuación por escrito.

Se trata de una síntesis de sus creencias teológicas, la estructura del universo y las operaciones de la mente humana relacionando paralelamente el prólogo joánico con los primeros capítulos del Génesis yendo desde la Trinidad, y pasando por los ángeles, la Iglesia, el hombre, el Juicio final, el purgatorio, el infierno, hasta las mínimas realidades del cosmos.

Tanto el *Scivias* como el *Libro de las obras divinas* nos han llegado ilustrados con magníficas y extrañas miniaturas explicativas de sus visiones; las del primero se configuraron en vida de H. que controló su factura; las del último se acompañan en su totalidad con un recuadro inferior dentro o fuera de la visión propiamente dicha, donde aparece H. en actitud de escribir ante una pizarrita de dos columnas pero mirando hacia lo alto y recibiendo una lumbre blanca o ígnea, signo de un conocimiento sobrenatural; éstas fueron realizadas inmediatamente después de su muerte y autorizadas por sus fieles benedictinas.

Liber vitae meritorum

Vayamos ya al 2º libro visionario. El genitivo '*meritorum*' presenta un problemita inicial de traducción. ¿Cuál es el vocablo más ajustado; 'recompensa', 'premio', 'mérito', 'merecimiento'? La edición inglesa emplea 'rewards' (recompensa, premio), la norteamericana y la italiana 'merits' y 'meriti' (méritos); otra editada también en USA, en registro médico prefiere 'remedies'. Para el castellano, la traductora ha reflexionado y elegido un vocablo más adecuado con el sentido que la abadesa le ha querido asignar: 'merecimiento', por el matiz de esfuerzo necesario que el hombre debe poner para vencer los vicios y lograr la recompensa inaudita o premio de la vida eterna y por eso, voz menos ambigua que 'mérito'. Son los merecimientos que debemos alcanzar laboriosamente, a fin de evitar o reducir, por medio de la penitencia en esta vida, cualquier posible castigo futuro.

El *Liber vitae meritorum*[6] o *Libro de las merecimientos de la vida*, redactada entre 1158 y 1163, de estructura más simple que el anterior consta de seis partes, variaciones de un mismo tema: el hombre como nudo entre el cielo y la tierra tironeado por los poderes de la luz y las tinieblas; éstas llevan a los vicios que generan sus propios castigos como en la *Psychomachia* de Prudencio o las obras de Hrotswitha de Gandersheim, pero sin seguir sus esquemas, además las batallas con las virtudes son verbales y no físicas; la visión del mal en el mundo se compensa con la acción redentora de Dios a través de la Encarnación de su Hijo; el libro se cierra con temas correspondientes a las Postrimerías, la resurrección de los cuerpos, los lugares de castigo y la morada de los no bautizados.

En las cuatro primeras un Hombre mira hacia cada uno de los cuatro puntos cardinales y en la quinta contempla la totalidad del orbe. Las cinco siguen el mismo esque-

4 La literatura contemporánea de un J.P. Tolkien en *El señor de los anillos* ha mostrado una impronta de esta imagen por contraposición caracterizando al demonio como una oscuridad dentro de otra oscuridad.

5 Así la denomina H. en la antífona *O pastor animarum.*

6 Cf. la edición de la benedictina Ángela Carlevaris en el *Corpus Christianorum, Continuatio Medievalis*, t. XC, Turnhout, Brepols, 1995. Un buen análisis de este libro puede encontrarse en Flanagan, Sabina. *Hildegard of Bingen. A visionary* life, London, Routledge, 1996.

ma. En la sexta el Hombre remueve y sacude los confines de la tierra anunciando su 2ª venida.

¿Quién es este Hombre que está en el centro del universo, eje axial de la exposición y que tal como se concreta en el texto, es Dios en la 2ª persona de la Trinidad. Hildegarda, por dictado de la Luz Viviente, lo describe por medio de símbolos, detalla su situación y sus acciones, y explica las alegorías que de él dependen. Entre sus muchos rasgos, cuenta que de su boca salen las ráfagas de tres vientos que llevan cada uno una nube de diferente naturaleza y contenido; otra nube tenebrosa les sale a su encuentro, la de los vicios, animada por el Maligno, pero desde la primera, una voz les hará de contrapunto exponiendo la Virtud correspondiente a cada parcela del mal, que ellos representan.

Volvamos a este Hombre mayúsculo y con mayúscula. En las seis visiones cambian los movimientos y ciertas peculiaridades del mismo, pero no muta su posición vertical y el gigantismo singular que detenta, ya que hunde sus pies en el abismo y su cabeza sobrepasa las nubes penetrando en el éter, el 5º elemento de los antiguos por encima del aire y el fuego. En efecto una nube ígnea, 4º elemento, lo envuelve desde los hombros hasta los muslos, y en el tercer elemento, el aire, se evidencian los muslos hasta las rodillas. Nos quedan la tierra y el agua; en la 1ª se entierran las piernas con rodillas y pantorrillas; en las tenebrosas aguas del abismo se plantan sus pies.

Es evidente que éste Hombre cósmico y magnífico, que domina el universo es un símbolo del eje del mundo, que unifica los tres libros visionarios, pero con diversa expresión y representación en cada uno de ellos. Al no haber ilustrado este libro, H. realiza una descripción muy pormenorizada, porque lo pinta no con pinceles, sino con su pluma, pero en los dos restantes de la trilogía lo hace con imágenes por ella realizadas o dirigidas.

En el *Scivias*, la 2ª Persona está representada en la Cruz o en el trono, esto es *post Incarnationem*, pero también en la Unidad de la Trinidad en la 2ª visión de la II parte, así para representar al Verbo en la eternidad H. se vale de 3 círculos concéntricos con distinta coloración: el central azul oscuro o blanco incandescente, el 2º también azul en un registro distinto y el 3º ígneo o naranja rojizo (E. Santo); en cambio desde la Encarnación tenemos círculos concéntricos en dos tonos y en el centro del centro 'una forma humana del color del zafiro' (NSJC) que arde impregnada de un fuego rutilante (E.S.) proveniente del círculo exterior, el intermedio es la luz esplendorosa del Padre que amorosamente rodea al Hijo.

En el *Liber divinorum operum*, la audacia de la imaginería hildegardiana rompe todos los esquemas. Aquí el Verbo, que aplasta al dragón, es una figura humana con veste sacerdotal, en cuyas manos sostiene sobre su pecho un cordero con el lábaro de la cruz y con doble par de alas que salen de sus hombros y su cabeza, sobre esta cabeza filial surge otra anciana y barbada, la del Padre y la fulgurante luz que como diadema los envuelve es el E.S.

Al parecer, la representación de N.S del *Libro de los merecimientos de la vida*, no tiene precedentes, tal vez un atisbo insignificante pueda verse en la estatua gigantesca de diversos materiales según las partes del cuerpo con la que soñó Nabucodonosor, sueño que esclareció el profeta Daniel, pero no deja de ser insuficiente y como imagen bastante lejana de la de nuestra H.

Con la simbología del eje del mundo, Virgilio en la *Geórgica II*, nos provee de una imagen muy humilde, pero más cercana a la de H. en su semántica: la de la encina, que hunde sus raíces en el Tártaro y su fronda en el éter, y que podríamos considerar uno de los tantos '*semina Verbi*' prodigados por la literatura clásica. Y para no ir tan lejos de nosotros, la túnica ajeiropoiética, no hecha por mano humana, de N.S. de Guadalupe con su pequeñísima flor solar en su vientre con embarazo incipiente, nos brinda otro símbolo del eje del

universo: los 4 pétalos son los 4 puntos cardinales y el corazón es el '*axis mundi*'.

A esta imagen básica H. la va caracterizando en cada una de las 6 partes del libro en función de los vicios y virtudes que tienen al hombre con minúscula, como campo de batalla.

En las cinco primeras partes, ve y describe un total de 37 imágenes, 35 de las cuales representan cada una un vicio portador de un parlamento con el que intenta justificar su actuación. Las restantes se refieren al Hombre con mayúscula y al Celo de Dios. Después de presentar cada vicio, de la nube que brota de la boca del Hombre sale una voz: la de una virtud que se opone al anterior, lo refuta, le echa en cara sus argumentos y luego explica cual debe ser el recto proceder, incluso con apoyo de textos escriturarios.

H. presenta la contienda de los vicios con las virtudes, tópico, más que abundante en la literatura medieval, en forma alegórica, lo cual también era usual, pero la imaginería con que lo hace es de pasmosa y originalísima diversidad y trabazón en un encadenamiento inaudito de imágenes y metáforas; así como ha representado a la 2ª Persona de la Trinidad con modalidades distintivas en cada libro visionario, también ocurre lo mismo con este *litis* que se da en el *Scivias* y en el *Ordo virtutum*. Veamos un ejemplo.

I parte: *El Hombre que mira hacia el este y hacia el sur*

H. no alcanza a ver el rostro del Hombre por su enceguecedora luz, pero junto a su boca se asienta una nube con forma de tuba o trompeta que resuena emitiendo ráfagas que modelan tres nubes: una ígnea, otra borrascosa y una 3ª luminosa; las tres se escalonan jerárquicamente entre la boca y el pecho del Hombre y cada una encierra algo, ¿qué?

La nube de fuego, una multitud de almas bienaventuradas que cantaban al unísono contemplando los misterios divinos; la tormentosa guarda almas también beatas que tienen asignadas moradas celestiales, pero todavía no gozan de ellas; en la nube luminosa aparecen el sol, que brilla incluso bajo tierra, con un león en el medio y la luna con un capricornio (cabra y pez).

Ésta nube se enfrenta con tinieblas que provienen del espacio ubicado entre el occidente y el norte, ámbito de simbología negativa; las mismas contienen o almas perdidas sin música ni canto o espíritus malignos, mientras que el este y el sur son positivos. No olvidar que en la geografía medieval los puntos cardinales no se ubican como los registramos actualmente. Para H. y todo el Medioevo, el este se ubica donde el norte actual, porque la Luz viene del este y por eso Jerusalén es nuestro norte[7].

Allí ve H. las imágenes de 7 vicios con su descripción y significado, que H. muestra sin atenuantes ni enmascaramientos: el Amor Mundano, pp.74 y 107, con su contraparte el Amor celestial, la Jactanciosa Insolencia, pp.76 y 108 (versus la Disciplina), el Jocoso Descaro, pp.77 y 109 (versus la Modestia), la Dureza de Corazón, pp.78 y 110 (versus la Misericordia), la Flojedad de Ánimo, pp.79 y 111 (versus la Divina Victoria), la Ira, pp.81 y 112 (v. la Paciencia), la Alegría Torpe e Inapropiada, pp.82 y 115 (v. el Anhelo celestial).

Las Virtudes, que en el *Scivias* tiene representación plástica como castas y bellas doncellas, aquí son voces sin plasmación figurativa, no así los Vicios, de gran contenido plástico dentro de una tradición figurativa grecolatina, donde las figuras del mal se representan con un acople de lo humano con lo animal de terrible efecto, ej. minotauro, esfinge, quimera, harpías, etc. El resto de la I parte despliega este núcleo básico de compleja imaginería mostrando las consecuencias de la caída

7 Fraboschi, A. "La ubicación de los puntos cardinales en las iluminaciones de la abadesa de Bingen", en *Bajo la mirada de Hildegarda, abadesa de Bingen*, B.Aires, Miño y Dávila, pp. 236-243.

en el vicio con su castigo o penitencia catártica.

¿Cómo salen las almas que caen en los vicios? Con el castigo punitorio y la penitencia sacramental y purificatoria en una expiación graduada según la dimensión del pecado. H. incluye el ayuno, el cilicio y la flagelación, descartadas del imaginario contemporáneo. La abadesa es severa con el asesinato, el suicidio, el aborto y el infanticidio para los que está la Gehenna, pero para el alma arrepentida y penitente, abunda la misericordia de Dios y su gracia.

II parte: *El Hombre que mira hacia el oeste y el norte*

La misma imagen del Hombre de dimensiones cósmicas se presenta ahora enriquecida con dos pares de alas sobre los hombros, la espalda y el pecho, entre cada ala hay un libro cuyas páginas están escritas con el dedo de Dios. El libro significa la racionalidad (pp. 160 ss.), don penetrado por las 3 Personas de la Trinidad, que no tienen los animales. La misma tiniebla en la que antes había visto 7 vicios, observa ahora 8: la Glotonería, pp. 147 y 172, a la que le responde la Sobriedad o Abstinencia, la Acritud, pp.148 y 173 (versus la Largueza del Ánimo), la Impiedad, pp.149 y 175 (v. la Piedad), la Mentira, pp.150 y 176 (v. la Verdad), el Ánimo Contencioso, pp.152 y 180 (v. la Paz), la Infelicidad, pp.153 y 181 (v. la Felicidad o Bienaventuranza), la Desmesura, pp.154 y 182 (v. el Discernimiento), la Perdición de las Almas, pp.155 y 182 (v. la Salvación de las Almas).

Pero el león que aparece en el sol representando al Celo de Dios se vuelve contra los vicios y los castiga de distinto modo para sanear y sanar las almas pecadoras en atención a su salvación o señalarles el infierno si insisten libremente en su pertinacia, porque nadie se condena con predeterminación, sino en uso de su libertad.

Dijimos que de este 2º texto H. no nos dejó ninguna representación, pero esperamos que Magdalena Cattoggio, ilustradora argentina, quien ya nos ha regalado imaginería hildegardiana en otras ocasiones, pueda continuar en sus precisos dibujos. Ya ha realizado doce de la serie de los vicios siguiendo prolijamente la descripción de la abadesa de Bingen, serie que podemos observar en el diseño de la tapa de la bellísima y espléndida edición de Miño y Dávila, y añadir tal vez otras imágenes, como la del Hombre, Alfa y Omega de toda realidad.

III parte: *El Hombre que mira hacia el norte y hacia el este*

Es interesante el inicio de esta parte: un diálogo del Hombre con los 5 elementos: no tienen voz como la creatura humana, pero resultan trastornados, desquiciados, degradados y corrompidos por las maldades de ésta por lo que se quejan a Dios al no poder cumplir sus funciones naturales. Es el inicio de una protesta ecológica antipolución de gran actualidad, aunque hoy desacralizada o sacralizada con otros signos inmanentes. Sin embargo la fuerza de Dios los limpiará, castigará al causante de los males y vencerá absolutamente con los 7 dones del Espíritu Santo.

En la nube caliginosa se anidan los siguientes 7 vicios: Soberbia, pp.209 y 232 (versus Humildad), Envidia, pp.210 y 234 (v. caridad o Amor), Vanagloria, pp.213 y 236 (v. Temor de Dios), Desobediencia, pp.215 y 238 (v. Obediencia), Infidelidad, pp.217 y 239 (v. Fe), Desesperación, pp. 219 y 241 (v. Esperanza), Lujuria, pp.220 y 243 (v. Castidad); sobre éste vicio se explaya hasta terminar esta III parte con muchos matices.

IV parte: *El Hombre que mira hacia el sur y hacia el oeste*

En esta sección la nube tenebrosa presenta otros 8 vicios: Injusticia, pp.270 y 293 (versus Justicia), Indolencia, pp.273 y 294 (v. Fortaleza), Olvido de Dios, pp.275 y 297 (v. Santidad), Inconstancia, pp.277

y 298 (v. Constancia), Preocupación por las Cosas Terrenas, pp.279 y 300 (v. Deseo Celestial), Obstinación, pp.280 y 301 (v. Compunción del Corazón), Avidez, pp.282 y 305 (v. Desprecio del Mundo), Discordia, pp.284 y 306 (v. Concordia).

El Celo de Dios castiga o corrige a las almas que incurren en ellos y aceptan o no libremente Su gracia.

V parte: *El Hombre que mira a través de todo el universo*

Aquí el Hombre no gira, con Su mirada abarca en 360º todo el universo moviendo las aguas del abismo en todas direcciones y presionando la tierra, entonces habla directamente, no como antes a través de las Virtudes, sino pidiendo Él mismo arrepentimiento y penitencia, como el Bautista en Marcos I, 15 o el ángel de la 3ª parte del secreto de Fátima con amenazadora espada flamígera y con su triple llamado a la penitencia.

Sin embargo la niebla tenebrosa de los vicios osa enfrentar la voz divina y emite otros cinco más: el Sarcasmo, pp.333 y 355 (versus el Respeto), el Vagabundeo o Labilidad, pp.334 y 356 (v. la Tranquila Estabilidad), el Ocultismo, pp.335 y 359 (v. el Verdadero Culto a Dios), la Avaricia, pp.340 y 361 (v. el Contento con lo Propio), la Tristeza por la Propia Existencia, pp.342 y 366 (v. el Gozo Celestial).

La variedad de vicios no es la tipificada usualmente en los tratados y disputas medievales, incluye muchos otros, no siempre considerados tales. H. revela una percepción psicológica extraordinaria y de gran actualidad, sobre todo en la distinción de los matices, ej. no es lo mismo Avidez y Avaricia; Infelicidad o Tristeza de la Propia Existencia e Inconstancia o Vagabundeo; o habla del Ocultismo cuando pocos o nadie lo hacían atacando algunas realidades con él involucradas, ej. brujería, astrología, etc., por otra parte, no se trata de una enunciación caótica de vicios sino de una secuencia seriada y bien eslabonada con relación de causa y efecto.

Nuevamente el Celo de Dios bajo la imagen de una maza de bronce golpea a los vicios venciendo a la antigua serpiente, pero hasta el fin la turba diabólica se empeñará contra el hombre, que no debe olvidar que las milicias angélicas lo asisten. H. introduce vicios no usuales en los listados medievales, pero no por eso menos reales, que muestran la agudeza de su percepción espiritual y el conocimiento profundo que poseía de los laberintos del alma humana y por eso proponemos esta obra como de conocimiento, osaríamos decir obligado, para directores de almas, psiquíatras y psicólogos.

En suma, cada una de estas cinco primeras partes termina con la exposición de los castigos reservados a quienes cometan esos pecados, y la penitencia que el hombre debe realizar en vida si quiere verse libre de los demonios que le tientan con ese vicio, y evitar los castigos reservados para toda la eternidad, a los que por él pecan.

VI parte: *El Hombre todo se pone en movimiento con las 4 regiones de la tierra*

En esta última parte, el que es Alfa y Omega, se desplaza Él y consigo mueve hasta los cuatro confines de la tierra. Esta conmoción universal significa el fin del mundo. No habla ya de vicios sino que detalla los lugares reservados en el cielo a las almas de los bienaventurados y el tipo de atributos y gozos que tendrán según la vida terrenal que hayan tenido. Al final del mundo, Dios manifestará su poder y trocará toda la realidad, porque Él hace nuevas todas las cosas, de allí que la nueva creación será aún más maravillosa. El demonio no podrá promover más vicios, porque será aherrojado al abismo y se curarán tanto el espacio como el tiempo.

El *Liber Vitae Meritorum* es una detallada y originalísima exposición de las tendencias latentes en la mente humana que son gravemente erróneas. Hildegarda las expone en forma de iconos, después las formula, las desenmascara y finalmente la Verdad rebate sus argumentos. Es un

tratado completo de psicología desde el punto de vista divino.

Pero el libro no es solo una confrontación entre vicios y virtudes, sino que se inscribe en un plano más amplio: el de la batalla que, iniciada con la rebelión de Lucifer, debe librar el hombre para llegar a su Creador, que es la beatitud y la suprema felicidad. La contienda terminará con la victoria final de Cristo a quien todo se someterá el último día, pero mientras tanto en el día a día del cristiano, lo acechan peligros y seducciones distractorias para apartarlo de su objetivo final que es la salvación y la visión del Creador.

La edición

Hemos hablado de H. y de su libro. Ahora hablemos del trabajo ciclópeo de su traductora y comentadora. Los largos años que le viene dedicando a su santa abadesa, parecen escasos frente a este extraordinario '*labor improbus*', que le ha costado sangre, lágrimas y salud; '*labor*' no sólo representado en esta edición, sino en la traducción comentada de la 1ª parte del *Scivias*[8], de los dos tomos donde ha reunido trabajos presentados en las Jornadas hildegardianas[9], de los restantes donde ha hilvanado sus propios aportes de cursos y conferencias sobre H. y su mundo, exposiciones, cinco Jornadas bianuales a ella dedicadas, en fin, un largo etc. que incluye trabajos en puerta, lo que la ha posicionado como referente internacional en el tema.

Volvamos al *Liber meritorum vitae* y veamos su composición. ¿Qué se puede decir de una traducción? Los italianos exigentes en este campo plantean de entrada una aporía insoluble: *'Traduttore, traditore'*. En nuestro caso esta premisa no corre, porque la traducción de Azucena, que ha empezado basándose en la mejor edición del texto, la de la benedictina Ángela Carlevaris de 1995 para el *Corpus Christianorum* en su *Continuatio mediaevalis* con confrontación de manuscritos que no conocieron ni pudieron compulsar las de la *Patrología* de Migne ni la *Analecta sacra* del cardenal Pitra, ambas de 1882, su traducción, digo, es de una tersura, prolijidad y fluidez que casi no se nota que es una traducción y eso es el mayor elogio y bien merecido que hacemos de su tarea, porque el latín de H. es la mayoría de las veces de una sintaxis bastante compleja y trabada, a lo que ayuda tal vez la frecuencia de estructuras reiterativas, pero que exigen una gran concentración y acuidad de intelecto y espíritu para comprender un pensamiento que por lo matizado de su semántica exige una gran precisión lexical, dicho de otro modo, un singular y acabado manejo del castellano como del latín, lo que en su versión se refleja con justeza, amplitud y riqueza.

Además tiene el mérito de ser la 1ª edición impresa en castellano de esta obra que no abunda en traducciones y poco accesible para el común de los lectores, ya que tampoco se registra el *opus* hildegardiano en la excelente y muy seria colección patrística de *Sources chretiennes*, careciendo el traductor de un buen texto bilingüe y comentado que ayude en la interpretación de *loci* difíciles, no tanto de verter como de interpretar. Sin embargo Azucena lo ha logrado.

Una enjundiosa Introducción nos presenta a H., la ubica en su tiempo, expone brevemente su *corpus* y se dedica al libro traducido, analizando su estructura y haciendo hincapié en algunos temas considerados dignos de una observación como el purgatorio, las enfermedades, la rebelión de los elementos maltratados por el hombre, etc., en fin su prólogo baja ciertos temas a la actualidad y muestra la vigencia de los mismos.

8 Fraboschi, A. Scivias. I parte. *Lectura y comentario al modo de una lectio medievalis*, B. Aires, Miño y Dávila, 2009.

9 Fraboschi, A. *Conociendo a Hildegarda, la abadesa de Bingen*, B. Aires, EDUCA, 2003. Fraboschi, A. *Hildegarda de Bingen. La extraordinaria vida de una mujer extraordinaria*, B.Aires, EDUCA, 2004. Reseñado en *Gladius* nº 62, 2005, pp. 215-219. Fraboschi, A. *Desde el fulgor de la Luz Viviente*, B. Aires, EDUCA, 2007.

Otro capítulo importantísimo lo comportan las notas, abrumadoras en calidad, que es lo que hay que destacar, y en cantidad, aproximadamente unas 1300. No son sólo aclaraciones explanatorias y muy necesarias para nuestra mente actual tan disgregada y sin el hábito de un pensamiento acostumbrado a la lectura simbólica, sino notas que nos ubican en la polisemia de realidades que dicen algo más de una literalidad que se ofrece a simple vista.

Por otra parte, Azucena practica la concordancia textual, así nos encontramos como las Sagradas Escrituras iluminan los textos donde H. las alude sin la cita precisa por su gran familiaridad con la Biblia, o los Santos Padres, ej. Isidoro de Sevilla, Honorio de Autún, el venerable Beda, santo Tomás de Aquino, para citar algunos alegados por Azucena, que acuden a complementar significaciones dudosas o ambiguas o de amplia polisemia cuando se trata de esclarecer simbolismos complejos.

¡Y para qué hablar de la *Concordantia* con la misma obra de la abadesa, en especial los otros dos textos visionarios de temas concomitantes o con el resto de su obra! Su comentadora nos pasea en las notas con un conocimiento y familiaridad que nos sorprende, apabulla y enseña. Sí, enseña. No podemos salir indemnes después de su lectura, se nos impone una obligación con la Providencia y con sus mediadoras, santa Hildegarda y su traductora, a las que nunca se les agradecerá bastante.

Azucena Fraboschi no ha hecho semejante tarea plena de sufrimiento y alegría a la vez, por vanagloria, sino por su celo apostólico prodigador de bienes, por el bien común, y eso sí le gana una gloria legítima y objetiva.

Concluyendo podríamos subtitular su traducción *Liber Azucenae meritorum*!

María Delia Buisel

Juan María Veniard
La música en la Iglesia
CIAFIC, Buenos Aires 2011, 365 pgs.

El 24 de abril del corriente año, se presentó en el Salón de la Parroquia de Nuestra Señora del Socorro de la Ciudad de Buenos Aires, el libro *La Música en la Iglesia*, cuyo autor es el Dr. en Musicología e Investigador del CONICET, Juan M. Veniard. La presentación estuvo a cargo del Rdo. Padre Alfredo Sáenz S. J., quien es citado en este libro causa de su obra *La Música Sagrada y el proceso de desacralización. Inversión de valores*, que fuera publicada en la Revista *Universitas* el año 1974 y luego por un libro de la Revista *Mikael* del Seminario de Paraná. Este último trabajo de Veniard es también un homenaje a Mons. Jesús Gabriel Segade. Y se trata de un libro cuya aparición es insólita, en una Nación cada día más inculta. Sin embargo como aparecen florecillas aun en el desierto, aparece este trabajo de investigación, de años de investigación, que nos regala Veniard. Es un trabajo exhaustivo que arranca desde 1536 cuando los mil quinientos hombres de Don Pedro de Mendoza, siguen la primer misa en nuestras tierras y en donde se pudo oir por primera vez música religiosa. Desde esos azarosos años hasta el año 1610, es lento el desarrollo de Buenos Aires que era en aquel entonces el más austral de los puertos del imperio español y apenas un pobre villorrio. Veniard nos cuenta la gran alegría que significó en el año 1610 la beatificación de San Ignacio de Loyola y en cuya fiesta los religiosos de los conventos de la ciudad y también los recién llegados, con “ingeniosos motete cantados” habían conseguido despertar en el pueblo la devoción al santo. Y ya sabemos lo importantes que esta devoción y los Ejercicios Espirituales del santo fundador de los jesuitas fueron para nuestra patria. En 1620, se establece el obispado de Buenos Aires y en la catedral que era de barro, llega el

primer órgano. Era el año 1621 y también se crea el cargo de Organista rentado. El facistol, el gran atril de cuatro caras donde los canónicos y presbíteros entonaban los himnos de las misas y del oficio de las horas litúrgicas, también data de ese momento. Van creciendo Buenos Aires y las ciudades de las provincias, pero hay escasez de clero, y de maestros de música y la población va cayendo en el mal gusto musical, hasta que llega la reacción de manos de la Encíclica de Benedicto XIV en 1749, que reconoce y ordena como música de Iglesia al Canto Gregoriano, la música Polifónica del estilo de Palestrina y la "tolerancia" de instrumentación en tanto y en cuanto sea un apoyo a la voz humana. Pero a pesar de estas recomendaciones la mayoría de los religiosos de nuestras tierras ignoraban el Canto Gregoriano (como sigue ocurriendo hasta el día de hoy) y fueron muchas veces los laicos y las damas de las sociedades porteña y provincianas las que hacían colectas para pagar músicos e instrumentos que puedan enaltecer el culto religioso. En la época de Rosas, se restauraron templos que se dañaron con el paso de los años y se hicieron canciones religiosas pero sobre todo en Córdoba. Luego de su gobierno seguirá la música más o menos siguió igual, pero van apareciendo laicos que compusieron música religiosa como Eduardo García Mansilla (1871- 1930); Zenón Rolón (1856-1902) o Pablo María Beruti (1863-1914). Así, en esta apretada síntesis, llegamos al Congreso Eucarístico Internacional del año 1934, con una producción musical extraordinaria y que marca la época de oro de la música religiosa argentina. Ya para ese entonces las iglesias argentinas estaban dotadas de órganos y armonios y existían numerosos coros. En 1954, la Comisión Central de Música Sagrada del Episcopado Argentino edita el cancionero para las Iglesias con el nombre de "Cancionero popular parroquial" "¡Gloria al señor!" Donde trabajaron Mons. Tomás Solari, y los padres Osvaldo Catena, Enrique Lombardi, Jesús Gabriel Segade que hacía los arreglos organísticos entre otros y el poeta Francisco Luis Bernárdez que adaptaba las letras de los originales latinos. Luego continúa la triste época de la trivialidad y las cancioncitas a la moda, porque ya llegamos a los años de 1960 y 1970, con todo lo que ello presupone. Epoca que aún estamos transitando.

Es un libro que recomendamos leerlo y difundirlo, para salir del atascamiento musical en nuestras iglesias, porque como dice el autor los jóvenes creen actualmente que la misa es "con guitarra". Merece transcribirse el último párrafo de Veniard y con el que concluye su libro: "Quizás la Iglesia, que en los años de fin de siglo ha hecho acto de contrición tan amplio, echándose sobre si algunas culpas que le son ajenas, debiera hacer un acto de conciencia respecto de la música sacra y con ello detener la devastación y reparar el gran daño, que sin proponérselo, le hizo a la cultura del pueblo cristiano".

Marcelo Luis Breide Obeid

REIMPRESIÓN



ALFREDO SÁENZ

Serie

LAS PARÁBOLAS DEL EVANGELIO SEGÚN LOS PADRES DE LA IGLESIA

Tomo 3

LA FIGURA SEÑORIAL DE CRISTO

436 páginas

Alberto Caturelli

ORDEN NATURAL
Y ORDEN MORAL



LECCIONES DE FILOSOFÍA MORAL



ALBERTO CATURELLI

ORDEN NATURAL Y ORDEN MORAL

LECCIONES DE FILOSOFÍA MORAL

670 páginas

GLADIUS

¡EL MEJOR REGALO ES UN LIBRO!

Pedido de Publicaciones

Nombre y Apellido:...

Domicilio:...

.... CP: ....

Localidad: .... Prov.: ....

Teléfono: .... E-mail:...

Formas de pago

1) Depositar la suma que corresponda en cualquier sucursal del Banco HSBC, cuenta corriente 617-3203059, a nombre de FUNDACIÓN GLADIUS. Enviar luego la fotocopia de la boleta de depósito junto con el pedido, a FUNDACIÓN GLADIUS, C. C. 376 Correo Central (C1000WAD) Buenos Aires

2) Enviar cheque o giro postal o bancario contra plaza Buenos Aires, a la orden de FUNDACIÓN GLADIUS, C. C. 376 Correo Central (C1000WAD) Buenos Aires

Remito la suma de $ .... Depósito Cheque Giro
en concepto de la/s publicaciones señaladas

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO CATÓLICO GLADIUS

Suscripción Gladius	Ordinaria	Estudiante	Extranjera y Apoyo
Año 2012: Volúmenes 82-83-84	$ 120	$ 90	U$S 120

Volúmenes sueltos (1-2-3-4 agotados) c/u $ 45
Indique los números solicitados:

Los libros de Gladius se encuentran disponibles
en las Librerías LEONARDO CASTELLANI

Buenos Aires
Luis Sáenz Peña 312 (e/Av. Belgrano y Moreno)
(C1110AAH) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel/Fax: 011 4382 4547, Lunes a viernes de 10 a 19

Bernal
25 de Mayo nº 51 (1876) Bernal, Buenos Aires
Tel/Fax: 011 4251 7691

La Plata
Calle 57 nº 936 e/13 y 14 (1900) La Plata, Buenos Aires
Tel/Fax: 0221 422 2802

Marque con una el/los libro/s elegido/s: $

AA.VV., Palabra y Vida. Homilías dominicales y festivas Ciclos A-B-C, c/u 43
AA.VV., Palabra y Vida –los 3 volúmenes– 100
ANÓNIMO, Libro acerca de la Natividad de María 14
ARROYO DE SÁENZ, E., La Misa, misterio de amor 22
BALLESTEROS, Juan C. P., La filosofía del Padre Castellani 29
BELLOC, Hilaire, Así ocurrió la Reforma 29
BERTHE, García Moreno 43
BOJORGE, Horacio, ¿Entiendes lo que lees? La interpretación bíblica en crisis 43
BOJORGE, Horacio, Éstas son aquellas palabras mías 43
BREIDE OBEID, Marcelo, Vocación del militar cristiano 43
BREIDE OBEID, Rafael L., Imagen y Palabra ..... ag
BREIDE OBEID, Rafael L.y o., Legislación fundamental sobre recursos naturales y ambiente humano sustentable 130
BREIDE OBEID, Rafael L., Los Ángeles y las Naciones 12
BREIDE OBEID, Rafael L., Política y sentido de la historia ..... ep
BREIDE OBEID, Rafael L., Teología política según Gueydan de Roussel 60
CALDERÓN BOUCHET, Rubén, Apogeo de la ciudad cristiana 43
CALDERÓN BOUCHET, Rubén, Formación de la ciudad cristiana 43
CASTELLANI, Leonardo, Las canciones de Militis 43
CASTELLANI, Leonardo, Las ideas de mi tío el Cura 43
CASTELLANI, Leonardo, Seis ensayos y tres cartas 43
CATURELLI, Alberto, Dos, una sola carne. Metafísica, teología y mística del matrimonio y la familia 58
CATURELLI, Alberto, El abismo del mal 43
CATURELLI, Alberto, Examen crítico del liberalismo como concepción del mundo 36
CATURELLI, Alberto, La historia interior 43
CATURELLI, Alberto, La Iglesia Católica y las catacumbas de hoy 50
CATURELLI, Alberto, La metafísica cristiana en el pensamiento occidental 22
CATURELLI, Alberto, La Patria y el orden temporal. El simbolismo de las Malvinas ..... ag
CATURELLI, Alberto, Orden natural y orden moral 90
CAVIGLIA CÁMPORA-VAN RIXTEL, Tercer Milenio. El misterio del Apocalipsis 86
CREUZET, M., La Enseñanza 17
CREUZET, M., Los cuerpos intermedios 17
DE ESTRADA, Santiago, Santos y misterios 22
DE MAEZTU, Ramiro, Defensa de la Hispanidad 29
DE OLIVERO, Marta, Cómo conocerse y confesarse bien 43
DELHEZ, Víctor, 49 grabados sobre el Apocalipsis 86
DERISI, O.N., Esbozo de una epistemología tomista 22
DIEZ, Marcelo, Luces y sombras de la educación argentina 36
EDDÉ, Emilio, El Líbano en la historia, tomo I 43
EDERLE, R., SÁENZ, A., Las Parábolas de Jesús, ayer, hoy y siempre ..... ag
GOROSTIAGA, Roberto, Cristianismo o revolución 22
GOYENECHE, Juan Carlos, La continuidad en el Magisterio de la Iglesia 10

(ep: en preparación, ag: agotado)

GLADIUS



83

GLADIUS

I N D I C E



ISBN 978-987-659-030-3



83